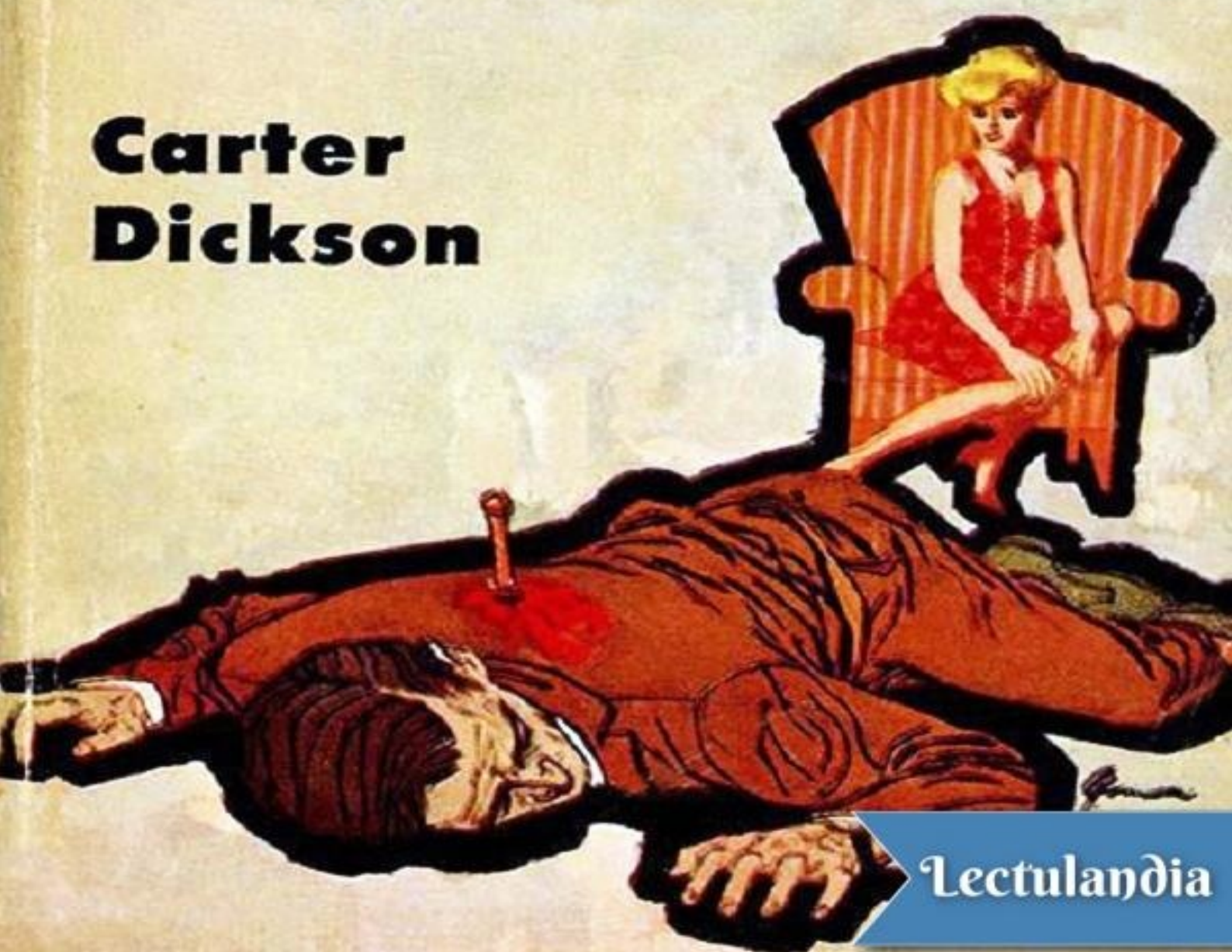


EL PATIO DE LA PLAGA

**Carter
Dickson**



Lectulandia

La acción se inicia cuando Ken Blake se encuentra con su viejo amigo, Dean Halliday, que le cuenta la historia de Plague Court (la casa señorial de la familia). Halliday explica que la casa está embrujada por el fantasma del propietario original, Louis Playge, verdugo de profesión. Halliday invita Blake y el inspector jefe Humphrey Masters a tomar parte en una sesión de espiritismo, dirigido por Roger Darworth y su medium Joseph.

Sin embargo, Darworth es un fraude y está siendo vigilado por la policía. La noche de la sesión de espiritismo, Darworth se encierra en una pequeña casa de piedra, detrás de Plague Court, mientras que tiene lugar una sesión espiritista. Cuando Masters y Blake van a buscarlo, ha sido apuñalado hasta la muerte con la daga de Louis Playge.

Pero todas las puertas y ventanas están cerradas y bloqueadas, y treinta pies de barro sin pisar rodean la casa. Además, todos los sospechosos han estado cogidos de las manos durante la celebración de la sesión de espiritismo.

El único que puede resolver el crimen es el experto en habitaciones cerradas *Sir Henry Merrivale*.

Lectulandia

Carter Dickson

El patio de la plaga

Henry Merrivale - 01

ePub r1.0

xico_weno 11.01.16

Título original: *The Plague Court Murders*

Carter Dickson, 1934

Traducción: Julio Vacarezza

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I. LA CASA EN PLAGUE COURT

El viejo Merrivale, ese astuto y gárrulo pedazo de humanidad que suele pasarse las horas con los pies apoyados sobre su escritorio del ministerio de Guerra, ha empezado a gruñir de nuevo a fin de que alguien escriba el relato de los crímenes de Plague Court. Su función, según se cree, es la de que le glorifiquen un poco. En la actualidad no es grande su gloria. Su departamento ha cesado de llamarse el Servicio de Contraespionaje para convertirse sencillamente en el M. I. D. (*Military Intelligence Department. Departamento de Inteligencia Militar*), y sus ocupaciones son menos peligrosas que las de los fotógrafos que suelen retratar el monumento del almirante Nelson.

Le he aclarado que ninguno de los dos tiene relación alguna con la policía, y que desde que dejé de estar a su servicio, hace algunos años, ni siquiera tengo yo la excusa que a él le asiste. Además, nuestro amigo Masters —actual jefe inspector del Departamento de Investigaciones Criminales— podría disgustarse si se publicara esta crónica. Tuve, pues, que reflexionar largamente a fin de decidir si sería yo o algún otro quien escribiera. No recuerdo ahora quién era mi otro candidato para la tarea, mas puedo asegurar que no se trataba de *Sir Henry Merrivale*.

Mi relación con el caso comenzó la noche del 6 de septiembre de 1930, aquella noche lluviosa en que Dean Halliday entró en el salón de fumar del club Ceros y Cruces e hizo sus extraordinarias declaraciones.

Ante todo debo dejar aclarado un punto. De no haber sido por la morbosidad característica en varios miembros de su familia —uno de los ejemplos había sido su hermano James— o por el hecho de que Dean fue excesivamente afecto a la bebida durante los años que pasó en Canadá, el joven nunca habría llegado al peligroso estado emocional a que llegó. Delgado, enérgico, de bigote amarillento, rostro taciturno, cabellos rojizos y ojos de mirar irónico, solíamos verle a menudo por el club, y siempre nos daba la impresión de que una sombra del pasado parecía preocuparle. Cierta oportunidad en que sosteníamos una discusión casual acerca de los modernos términos que se empleaban para clasificar a la locura, Halliday intervino súbitamente, llevando el asunto al terreno de lo personal.

—Uno nunca sabe, ¿verdad? —dijo—. Mi hermano James, por ejemplo...

Y se interrumpió para lanzar una carcajada.

Yo lo conocía desde mucho tiempo antes de que nos hiciéramos amigos. Solíamos conversar de tanto en tanto en el salón de fumar del club. Lo único que sabía de él — pues nunca hablábamos de cosas personales— me lo dijo mi hermana, quien estaba bien relacionada con *Lady Benning*, tía de Halliday.

Era éste el hijo menor de un importador de té poseedor de una gran fortuna. El viejo comerciante era terrible con sus asociados, pero muy indulgente con sus hijos. Empero, la verdadera jefa de la familia era su hermana, *Lady Benning*.

El joven Dean se educó en Cambridge y se alistó en el ejército al comenzar la

guerra, durante la cual dio pruebas de gran valor y fue condecorado. Al terminar la contienda quiso olvidar sus horrores entregándose a las diversiones nocturnas propias de los jóvenes de su época. Hubo ciertas dificultades; Dean se vio envuelto en un escándalo, y su padre le envió a Canadá para evitar inconvenientes a la familia.

Al fallecer su padre, el hermano de Dean heredó la fortuna y las propiedades. James era el sobrino favorito de *Lady Benning*; James era esto, James era aquello, James era un modelo de rectitud y bondad... En realidad, James era un pillo de siete suelas. Solía hacer ostensibles viajes de negocios y se pasaba semanas enteras en casas de dudosa moralidad. Regresaba luego a Lancaster Gate, con su cabello bien peinado, y se quejaba de su mala salud. Yo lo conocí de vista; era un individuo sonriente que parecía sufrir de los nervios y no podía quedarse diez minutos quieto en ninguna parte. Todo esto tal vez no le habría hecho daño, de no haber sido por su conciencia. El día en que no pudo soportar sus acusaciones, se fue a su casa y se descerrajó un balazo en la sien.

Lady Benning sufrió mucho. Nunca simpatizó con Dean —casi creo que, sin saber por qué, lo consideraba responsable de la muerte de James—; pero fue entonces necesario llamarle del destierro para que ocupara su lugar como nuevo jefe de la familia.

El joven se había asentado bastante, aunque todavía predominaba en él el viejo diablo de sus días juveniles. Había conocido mucha gente y nuevos lugares. Además, había en él una nueva vitalidad y franqueza que debió haber turbado no poco la atmósfera somnolienta que rodeaba Lancaster Gate. Su sonrisa resultaba muy simpática. Era aficionado a la cerveza, a las novelas policíacas y al póker. Sea como fuere, las cosas parecían marchar bien para el hijo pródigo; no obstante, creo que se sentía muy solitario.

Entonces ocurrió algo que me resultó raro. En efecto, habíame dicho mi hermana que estaba comprometido para casarse. Después de decirme que la joven se llamaba Marion Latimer, mi hermana se dedicó a hacer una incursión «tarzanesca» por su árbol genealógico. Una vez que hubo inspeccionado todas sus ramas, sonrió reservadamente, lanzó una mirada siniestra a nuestro canario, y dijo que esperaba que la unión resultara duradera.

Pero algo había ocurrido. Halliday cambió repentinamente. A pesar de esforzarse por ser el hombre alegre de siempre, notábamos que su risa era nerviosa y que miraba siempre de soslayo. Al jugar a las cartas se equivocaba a menudo y las dejaba caer con frecuencia sobre la mesa. Esto duró más o menos una o dos semanas. Al fin llegó el momento en que dejamos de verlo en el club.

Una noche, después de la cena, me hallaba sentado en el salón de fumar. Acababa de pedir café y me sentía muy aburrido. Lloviznaba lentamente, y el amplio salón estaba desierto. Contemplaba el fuego, con un diario en la mano, cuando entró Dean Halliday.

Me erguí en el sillón, pues me llamó la atención su actitud. Dean titubeó un

instante, miró en torno y terminó de entrar.

—Hola, Blake —me saludó, sentándose a cierta distancia.

Al cabo de un momento el silencio se hizo insoportable. Comprendí que Halliday deseaba preguntarme algo y le era imposible hacerla. Al mirarle noté que tenía los zapatos y los bajos de los pantalones embarrados, como si hubiera andado largo tiempo por la calle.

Agité el diario para llamarle la atención. Al recordar más tarde ese detalle, creo que vislumbré un titular, cerca del pie de la página, que decía: «EXTRAÑO ROBO EN...», mas no lo leí entonces ni vi nada más.

Halliday inspiró profundamente y, de pronto, levantó la vista.

—Oiga usted, Blake —dijo con cierta precipitación—, lo considero a usted un hombre bastante sensato...

—¿Por qué no me lo cuenta? —le sugerí.

—¡Ah! —Se arrellanó en el sillón y me contempló fijamente—. Si no me cree un asno charlatán o una vieja temerosa... —Cuando sacudí la cabeza negativamente, dijo—: Espere, Blake. Espere un momentito. Antes de que se lo diga, le preguntaré si está dispuesto a prestarme ayuda en algo que probablemente considerará una tontería. Quiero que...

—Prosiga usted.

—Quiero que pase la noche en una casa encantada —finalizó.

—¿Y qué tiene eso de tonto? —le pregunté, sintiendo que se desvanecía mi aburrimiento.

El joven pareció adivinar mi interés. Rió débilmente.

—Es verdad. ¡Vaya, esto es mejor de lo que esperaba! No quería que me tomara usted por un loco. Ellos pueden regresar. No lo sé. Todo lo que sé es que si las cosas continúan como hasta ahora, habrá dos vidas arruinadas. Le aseguro que no exagero.

Habíase calmado; tenía la mirada fija en el fuego y hablaba lentamente.

—Verá usted: hace seis meses el asunto habría parecido completamente absurdo —prosiguió—. Ya estaba enterado de que tía Anne consultaba a un médium, y que había persuadido a Marion de que la acompañara. No vi nada de malo en ello. —Cambió de posición, volviéndose hacia mí—. Lo consideraré entonces como un capricho común. Supuse que Marion no perdería la cabeza... Olvidaba algo. Dígame, Blake, ¿cree usted en esas cosas?

Respondí que siempre estaba preparado para aceptar pruebas satisfactorias; pero que hasta el momento no había encontrado ninguna.

—Ajá —musitó—. Pruebas satisfactorias. —Reflexionó un momento—. Opino que el individuo es un charlatán —agregó a poco—. Pero yo mismo fui solo a esa casa. No había nadie allí. Nadie sabía que iba yo a ir...

«Mire, Blake, podría contarle todo, si insiste usted en enterarse. No quiero que vaya allí a ciegas. Pero preferiría que no me preguntara usted nada. Quiero que vaya esta noche conmigo a cierta casa de Londres; que me diga si ve u oye algo, y, si es

así, deseo que me diga sinceramente si se trata de algo sobrenatural. No habrá dificultad alguna para entrar en la casa, pues pertenece a nuestra familia... ¿Irá usted?».

—Sí. ¿Sospecha usted que le han hecho víctima de una treta?

Halliday sacudió la cabeza.

—No sé. Pero le aseguro que le agradeceré muchísimo su cooperación. Supongo que no tiene usted experiencia alguna en estos asuntos, ¿verdad?... ¡Cielos, si tuviera más amigos! Si consiguiéramos que nos acompañara alguien que conociera bien estas cosas... ¿De qué se ríe?

—Necesita usted un trago. No me reía. Sólo pensaba en que conozco al hombre que necesitamos. El único inconveniente sería que no quisiera usted tratar con un detective inspector de Scotland Yard.

—¡Eso sí que no! —exclamó Halliday—. No deseo que intervenga la policía en el asunto. Ni lo piense siquiera. Marion no me perdonaría nunca.

—No se trata de eso. No lo consultaríamos oficialmente. Masters tiene una afición especial por estas cosillas.

Sonreí de nuevo al recordar al flemático Masters, el cazador de fantasmas, el corpulento y amable individuo que era agradable como un tahúr y tan cínico como Houdini. Durante aquella época en que se pusieron de moda las sesiones de espiritismo en toda Inglaterra, Masters era sargento y le habían encargado que desenmascarara a los falsos médiums. Desde aquel entonces su interés oficial habíase convertido en un *hobby*. En el taller de su casa de Hampstead solía dar funciones de magia de salón para diversión de su familia.

Expliqué a Halliday todo esto. Al principio se quedó el joven muy pensativo, pero al fin pareció entusiasmarse ante la perspectiva de conseguir la ayuda de un experto.

—¡Cielos, Blake, si pudiera usted convencerle...! Debo advertirle, empero, que no nos dedicaremos a investigar las actividades de un médium; sólo vamos a efectuar una visita a una casa encantada...

—¿Quién dice que está encantada?

—Yo —repuso él, al cabo de una pausa—. ¿Puede usted comunicarse en seguida con su amigo?

—Le telefonaré. —Me puse de pie, guardando el diario en mi bolsillo—. Tendré que decirle dónde vamos.

—Dígale cualquier cosa. Dígale... ¡un momento! Si sabe algo respecto a los fantasmas de Londres —agregó gravemente—, bastará que le diga que vamos a «la casa de Plague Court».

¡La casa de Plague Court! Mientras cruzaba el vestíbulo en procura de la cabina telefónica, despertáronse vagos recuerdos en mi mente, mas no me fue posible aclararlos.

—¡Ah! —exclamó mi amigo Masters, cuando me hube comunicado con él—. ¿Cómo está usted, señor? Hace muchísimo que no lo veo. ¿En qué podría servirle?

—En mucho —repliqué, después de haberle preguntado por su familia—. Quisiera que me ayudase a cazar un fantasma. Esta misma noche, si le es posible.

—¡Hum! —dijo Masters, con tanta naturalidad como si le hubiera invitado a ir al teatro—. Bien sabe usted que ésa es mi debilidad. Si pudiera... ¿De qué se trata? ¿Adónde hemos de ir?

—Me han recomendado que le diga «la casa de Plague Court», aunque no sé qué significa eso.

Al cabo de un instante de silencio oí que Masters silbaba por lo bajo.

—¡Plague Court! ¿Sabe usted algo? —me preguntó, con cierta brusquedad—. ¿Hay alguna relación con el asunto del Museo de Londres?

—No sé de qué está usted hablando, Masters. ¿Qué tiene que ver el Museo de Londres con esto? Todo lo que sé es que un amigo mío desea ir esta noche a una casa encantada y llevar, si es posible, a un hombre que tenga experiencia en esos asuntos. Si viene usted en seguida, le contaré todo lo que sé. Pero eso del Museo de Londres...

Sobrevino otro momento de silencio.

—¿Ha leído los diarios de hoy? —me preguntó al fin—. ¿No? Pues bien, écheles un vistazo. Busque la noticia relativa a lo ocurrido en el museo. Y vea qué le parece. Creíamos que «el hombre delgado vuelto de espaldas» era producto de la imaginación de alguien, pero tal vez no lo sea... Sí, tomaré el subterráneo... ¿Dice usted que está en el «Ceros y Cruces»? Iré a verle dentro de una hora. No me gusta este asunto, míster Blake, no me gusta nada. Hasta luego.

Colgué el tubo y me dispuse a abrir la puerta de la cabina.

II. OÍMOS HABLAR DE UN HOMBRE DELGADO Y EMPRENDEMOS LA AVENTURA

Una hora más tarde, cuando el ordenanza entró para avisarnos que Masters nos esperaba en la antesala, Halliday y yo estábamos conversando todavía sobre la noticia que escapara a nuestra atención. Tratábase de un artículo perteneciente a una serie titulada: El extraño caso de hoy. Número 12.

EXTRAÑO ROBO EN EL MUSEO DE LONDRES

Arma desaparecida de la «Celda de los Condenados».

¿Quién era el «hombre delgado vuelto de espaldas»?

En el Museo de Londres se perpetró ayer por la tarde uno de esos frecuentes robos de reliquias que suelen a veces cometer los cazadores de recuerdos; mas en el caso de que nos ocupamos las circunstancias fueron muy extrañas y motivaron cierta aprensión.

Una historia sangrienta se relaciona con muchas de las piezas exhibidas en el sótano del famoso museo. En un amplio salón, destinado casi en su totalidad a exponer reliquias de las prisiones, se halla el modelo de una celda para condenados como las de la antigua prisión de Newgate. La misma está construida con los maderos y las barras de hierro de la celda original. En el muro pendía una rústica daga de acero de unas ocho pulgadas de longitud, con una cruz burda y una empuñadura de hueso, sobre la cual estaban grabadas las letras L. P. El arma desapareció ayer, entre las tres y cuatro de la tarde. Nadie conoce al ladrón.

Interrogado sobre lo ocurrido, el exsargento Parker, viejo guardián del museo, declaró lo siguiente:

«Eran más o menos las tres de la tarde. Ayer no había dase en las escuelas, y vinieron muchos niños. Un grupo de ellos estaba recorriendo los salones contiguos, y les oí reír y gritar. Yo me hallaba sentado cerca de la ventana, a cierta distancia de la celda, leyendo un diario. Era un día nublado y había muy poca luz. Según pensé, estaba solo en el salón».

Luego experimentó el sargento Parker lo que él mismo describe como una «sensación rara». Levantó la vista y aunque creyera hasta entonces que no había nadie más en el salón:

«Un caballero se hallaba parado a la puerta de esa celda. Me daba la espalda y estaba mirando hacia el interior. No puedo describirlo; sólo sé que era muy delgado y vestía ropas oscuras. Parecía mover la cabeza lentamente, como si deseara ver bien la celda pero tuviese algo en el cuello. Me pregunté cómo habría llegado sin que yo lo oyera, y me dije que tal vez habría entrado por la otra puerta. Volví mi atención al diario, pero seguí notando algo raro. Por eso, para tranquilizarme, me acerqué a la celda y miré a su interior.

»Al principio no vi nada fuera de su lugar, y luego me di cuenta de que faltaba el cuchillo. Claro está que el hombre se había ido. Al instante comprendí que él se lo había llevado, y fui a dar parte a mis superiores».

Sir Richard Meade-Browne, director del museo, comentó más tarde:

«Confío en que publicarán ustedes en su diario un pedido al público para que se ponga fin al robo de estas valiosas reliquias».

La daga, según afirmó *Sir Richard*, es un regalo de J. G. Halliday, y fue desenterrada en una de sus propiedades. Se supone que pertenecía a un tal Louis Playge, quien desempeñaba las funciones de verdugo del barrio de Tyburn durante los años 1663 hasta 1665. Empero, debido a que su autenticidad era dudosa, nunca se exhibió como tal.

No se ha encontrado aún la pista del ladrón. El sargento McDonnell, de Vine Street, está a cargo del caso.

Leí el artículo en el vestíbulo del club, después de haber telefoneado a Masters, y luego me pregunté si debía mostrárselo a Halliday.

Cuando regresé al salón de fumar le puse el diario en la mano y observé su rostro mientras leía.

—¡Cálmese! —Le dije, al notar que se ponía pálido. Luego se incorporó lentamente, me contempló durante un momento y arrojó el diario al fuego.

—¡Oh, estoy bien! —repuso—. No necesita usted afligirse. Esto me alivia. Al fin y al cabo, es algo natural. Estaba preocupado por otra cosa. Ese Darworth, el médium, está detrás de todo, y el plan, sea el que sea, al menos es humano. La insinuación que se deja deslizar en el artículo es un absurdo. ¿Qué quiere decir ese periodista? ¿Que Louis Playge ha regresado por su daga?

—Masters vendrá dentro de un rato —le dije—. ¿No le parece que convendría que nos dijera algo del asunto?

Apretó los dientes.

—No. Me dio usted su palabra, y le ruego que la cumpla. No les diré nada... todavía. Cuando vayamos a ese lugar infernal, pasaré por mi departamento para darle algo que le explicará mucho; mas no quiero que no vea usted ahora... Dígame una cosa. Afirman que algunas almas, las malévolas, están siempre alerta y son muy astutas; que esperan siempre la oportunidad para apoderarse de un cuerpo viviente y ocupar un cerebro dócil que no puede defenderse. ¿Cree usted que es posible?...

Titubeó. Aún me parece verle, de pie frente al fuego, con una sonrisa curiosa en los labios y una mirada desafiante en los ojos.

—Dice usted tonterías —manifesté ásperamente—. ¿Qué es lo que cree posible?

—Que se apoderen de mí —replicó quedamente.

Le dije que no necesitaba un cazador de fantasmas, sino un médico que le curase los nervios. Luego lo llevé al bar y le hice beber un par de whiskys. Esto lo calmó; y cuando volvimos a hablar del artículo periodístico estaba tan alegre como en sus mejores tiempos.

No obstante, fue un alivio ver a Masters, a quien hallamos en la antesala. Su rostro estaba tan inexpresivo como siempre; vestía un abrigo oscuro y tenía el sombrero hongo entre las manos. Su cabello canoso estaba cuidadosamente peinado a fin de disimular la calvicie que se insinuaba ya en su coronilla. Masters parecía más viejo y más asentado que la última vez que lo viera. Noté que su mirada era tan penetrante como en sus mejores tiempos.

—¡Ah, señor! —dijo a Halliday, después de serle presentado—. ¿Y es usted quién desea cazar un fantasma? —Habló como si le hubieran pedido que instalara una antena para la radio—. Míster Blake le dirá que me interesan mucho esas cosas. Ahora bien, respecto a esa casa de Plague Court...

—Ya veo que está usted bien enterado.

—Pues, algo sé —admitió Masters—. Veamos. Entró en posesión de su familia hará unos cien años. Su abuelo vivió en ella hasta mil ochocientos setenta; luego se mudó súbitamente, negándose a regresar... Y ha sido desde entonces un elefante blanco en manos de su familia, que no pudo venderla ni alquilarla. Bien, míster Halliday; dice usted que yo puedo ayudarlo. Sé, pues, que no tendrá inconveniente en devolverme el favor. Extraoficialmente, por supuesto. ¿Eh?

—Eso depende. Pero creo que puedo prometérselo.

—Eso mismo, eso mismo. Supongo que habrá visto el diario de hoy, ¿eh?

—¡Ah! —murmuró Halliday, con una sonrisa—. ¿Se refiere usted al retorno de Louis Playge?

El inspector Masters le devolvió la sonrisa y bajó la voz.

—Bien, de hombre a hombre, dígame, ¿conoce usted a alguna persona de carne y hueso que pudiera estar interesada en esa daga? ¿Eh? ¿Qué me dice usted, míster Halliday?

El aludido se sentó en el borde de la mesa y pareció reflexionar profundamente. Al fin miró a Masters como si se le hubiera ocurrido algo.

—En primer lugar, le haré otra pregunta, inspector. ¿Conoce usted a un tal Roger Darworth?

Ni un solo músculo se movió en el rostro del policía; no obstante, me dio la impresión de sentirse muy complacido.

—Posiblemente lo conoce usted, ¿eh, míster Halliday?

—Sí; aunque no tan bien como mi tía, *Lady Benning*, o como *miss Marion Latimer*, mi prometida, o su hermano, o el viejo *Featherston*. Todos ellos forman un círculo muy exclusivo. Por mi parte, soy enemigo declarado de Darworth. Pero ¿qué puedo hacer? No se puede discutir; me sonrían plácidamente y me dicen que no entiendo. —Encendió un cigarrillo y continuó—: Sólo quería enterarme si *Scotland Yard* sabía algo de él o de ese mozuelo pelirrojo que lo acompaña.

—No tenemos nada definido contra míster Darworth —declaró lentamente Masters—. Nada en absoluto. Yo lo conozco; es un caballero muy amable. No es ostentoso ni amigo de la popularidad... ¿Me explico?

—Comprendo perfectamente —admitió Halliday—. A decir verdad, durante sus momentos de mayor exaltación, mi tía Anne dice que es un «santo».

—Exactamente —asintió Masters—. Pero dígame... ¡Hum! Perdona usted una pregunta tan delicada; pero ¿diría usted que alguna de las damas es un poco... rrumm?

—¿Tonta? —Halliday interpretó así el extraño sonido que partiera de la garganta de Masters—. ¡Cielos, no! Todo lo contrario. Tía Anne es una de esas ancianitas que parecen un encanto, pero que son realmente de acero. Y Marion... Bueno, ella es... Marion. ¿Comprende usted?

—Perfectamente —asintió Masters.

El Big Ben estaba dando la media hora cuando el portero llamó un taxi para nosotros, y Halliday ordenó al conductor que nos llevara a una dirección de Park Lane. Dijo que deseaba buscar algo en su departamento. El tiempo estaba frío y continuaba lloviendo.

A poco nos detuvimos frente a un nuevo edificio de departamentos que se destacaba entre las sombrías mansiones de Park Lane. Me apeé y comencé a pasearme frente a la puerta, mientras Halliday entraba en el edificio. Pocos minutos más tarde volvió a salir: Tenía un paquete envuelto en papel pardo, y me lo puso en las manos.

—No lo abra ahora. Contiene algunos detalles concernientes a un tal Louis Playge —dijo.

Y me entregó, además, una potente linterna eléctrica. Y cuando nos sentamos juntos sentí la presión de algo duro que llevaba en el bolsillo. Creí que era otra linterna, pero me equivocaba: era un revólver.

No resulta difícil hablar de horrores cuando se halla uno en el West End; pero aseguro al lector que me sentí muy intranquilo cuando llegamos al distrito poco iluminado de los arrabales. Las cubiertas del vehículo crujían monótonamente sobre la húmeda calzada, y sentí la necesidad de hablar.

—No quiere usted decirme nada respecto a Louis Playge —manifesté—. Pero me imagino que no sería difícil reconstruir su historia por el relato del diario.

Masters no hizo más que gruñir, y Halliday me urgió:

—¿Y bien?

—Es de lo más común —expresé—. Louis era el verdugo, y como tal se le temía. Podríamos decir que la daga la usaba para cortar tiras de sus... huéspedes. ¿Qué tal es el comienzo?

—Está usted equivocado en ambas cosas —declaró secamente Halliday—. Desearía que fuera algo tan común como lo que usted dice. ¿Qué es el terror? ¿Qué es lo que siente uno de pronto y desea escapar sin mirar hacia atrás? Lo malo es que uno no puede huir; se aflojan las piernas y...

—¡Vamos, vamos! —intervino Masters ásperamente—. Habla usted como si hubiera visto algo.

—Así es.

—¡Ah! Ya me parecía. ¿Y qué hacía eso que vio usted, míster Halliday?

—Nada. Estaba de pie frente a la ventana, mirándome desde afuera... Pero hablábamos de Louis Playge. Blake. No era el verdugo. No tenía el coraje suficiente para serlo, aunque creo que se ocupaba en asir las piernas de los condenados cuando se movían demasiado en el momento de ser ajusticiados. Era una especie de asistente del verdugo, y sostenía los instrumentos cuando había que llevar a cabo un descuartizamiento..., y después se ocupaba de limpiar los residuos.

Sentí que se me formaba un nudo en la garganta. Halliday se volvió hacia mí.

—Estaba usted en un error respecto al arma. No era exactamente una daga; al menos, no se usó como tal hasta el final. Louis la inventó para su trabajo. El artículo periodístico no describió la hoja, la cual es redonda y del grosor de un lápiz común, terminando en punta. En realidad, era como una lezna. Pues bien, ¿se imagina usted para qué la usaba?

—No.

El taxi aminoró la marcha y se detuvo. Halliday lanzó una carcajada. Corriendo el tabique de cristal, el chofer anunció:

—Ya estamos en la esquina de Newgate Street, señor. ¿Adónde quiere ir ahora?

Descendimos y nos quedamos un momento mirando a nuestro alrededor. Oíamos débilmente el ruido del tránsito lejano y el golpetear de la lluvia en las piedras desiguales de la calle. Halliday emprendió la marcha por Giltspur Street. Casi antes de que me diera cuenta de ello habíamos salido de la calle y me encontré en un angosto pasaje flanqueado por altas paredes de ladrillos.

Halliday se detuvo de pronto. Iba delante de nosotros, y le imitamos, oyendo al pararnos el eco de nuestros propios pasos. El joven encendió entonces su linterna eléctrica y continuamos la marcha. El haz de luz iluminaba las sucias paredes, los charcos del pavimento y la constante llovizna que caía sobre nosotros. A corta distancia vi un ornamentado portal de hierro que se hallaba abierto de par en par. Avanzamos silenciosamente, aunque no sé por qué. Posiblemente lo hicimos porque reinaba una quietud extraordinaria en la desolada casa que se elevaba frente a nosotros. Algo parecía impelernos a movernos más rápido, a trasponer el portal. La casa —lo que vi de ella— estaba construida de bloques de piedra blanquecina, ahora ennegrecida por la acción del tiempo. Tenía una apariencia casi senil, aunque sus pesadas cornisas estaban adornadas por alegres cupidos, rosas y racimos de uva tallados en la piedra. Algunas de las ventanas estaban cerradas; otras, condenadas con tablas sin lustrar.

En la parte trasera, el muro se elevaba y ensanchaba para rodear un amplio patio. El mismo era un desierto de barro y su interior estaba lleno de basuras. Cesó de pronto la llovizna, se despejaron momentáneamente las nubes y apareció la luna. A la luz de sus rayos vi en el extremo más lejano una estructura aislada; era una casita rectangular construida de pesadas piedras. Parecía ser un depósito o un cuarto de los

que se utilizan para ahumar carnes. Sus ventanitas estaban protegidas por gruesas rejas. Cerca de la estructura se elevaba un árbol retorcido.

Siguiendo a Halliday, nos encaminamos por una vereda de ladrillos hacia el pórtico de la casa. La puerta tenía más de tres metros de altura, y a uno de sus costados pendía un viejo llamador de hierro herrumbrado. La luz de nuestro guía iluminó la pesada puerta de roble humedecido por la lluvia; vimos las huellas de iniciales trazadas con hojas cortantes sobre la madera...

—La puerta está abierta —anunció Halliday.

Desde el interior nos llegó en ese momento el sonido penetrante de un grito.

Nos encontramos con muchos horrores en esa alocada aventura, pero creo que ninguno de ellos nos tomó tan de sorpresa como ese chillido. Era una voz humana; empero, parecía como si la misma casa hubiera gritado al sentir el contacto de la mano de Halliday. Masters, respirando algo agitado, se dispuso a adelantarse; pero fue Halliday quien dio un empujón a la puerta.

En el amplio y húmedo vestíbulo vimos la luz que salía de una abertura situada a la izquierda. Noté que Halliday estaba tranquilo cuando se adelantó para mirar al interior de la habitación. No elevó la voz al preguntar:

—¿Qué diablos pasa aquí?

III. LOS CUATRO ACÓLITOS

No sé qué esperábamos ver; tal vez algo diabólico, quizá el hombre delgado vuelto de espaldas. Más eso no ocurriría todavía.

Masters y yo nos adelantamos para detenernos a ambos lados de Halliday. Vimos una amplia estancia de alto techo; una ruina de esplendores pasados que olía a encierro. Los muros estaban desnudos; sobre ellos se pudría lo que otrora fueran colgaduras de satén blanco. De los adornos sólo quedaba la repisa de la chimenea, manchada y rota. En el espacioso hogar ardía un fuego mísero y humeante. A lo largo de la repisa ardían media docena de velas colocadas en candelabros de bronce. Chisporroteaban en la humedad reinante, y su luz descubría los fragmentos del papel de las paredes.

Los dos únicos ocupantes de la habitación eran mujeres lo cual acrecentaba la atmósfera extraña que allí predominaba. Una de ellas se hallaba cerca del fuego y parecía a punto de incorporarse. La otra, una joven de unos veinticinco años de edad, habíase vuelto para mirarnos; su mano se apoyaba sobre el alféizar de una de las altas ventanas cerradas del frente.

—¡Dios mío! —exclamó Halliday—. Marion...

Entonces habló ella en tono forzado, con voz clara y placentera, en la que, no obstante, se notaba un dejo de histerismo.

—¿De modo que eres tú, Dean? ¿Eres realmente tú? —dijo.

Me pareció extraño que formulara una pregunta tan obvia, si es que pregunta fue. Para Halliday tenía otro significado.

—Claro que lo soy —replicó ásperamente—. ¿Qué esperabas? Todavía soy... yo. No me he convertido aún en Louis Playge.

Penetró en la habitación, y nosotros lo seguimos. Ahora bien, al entrar noté que se aliviaba la sofocante sensación que experimentara mientras me hallaba en el vestíbulo. Todos entramos rápidamente y contemplamos a la joven.

Marion Latimer permaneció inmóvil; las sombras parecían temblar a sus pies. Pertenece a ese tipo de mujeres delgadas, de belleza clásica y algo fría, cuyos rostros parecen angulosos. Su cabello era rubio oscuro y ondeado; sus ojos azules reflejaban en ese momento profunda preocupación; la nariz era recta, la boca de aspecto sensitivo y decidido... Una de sus manos estaba hundida en el bolsillo de su abrigo de lana parda; mientras nos miraba, apartó la otra mano del alféizar de la ventana y la levantó para ajustarse el cuello del abrigo.

—Sí, sí, por supuesto... —murmuró, esforzándose por sonreír—. Me pareció haber oído un ruido en el patio. Por eso espí por la celosía. Por un momento brilló una luz en tu cara. Es absurdo lo que hice. Pero ¿cómo es que estabas...? ¿Cómo...? —Hizo una pausa y continuó al fin—: Pero no debiste haber venido. Esta noche es peligroso...

Una voz proveniente de junto al hogar dijo sin emoción alguna:

—Sí. Es peligroso.

Nos volvimos. La anciana sentada junto al fuego sonreía. Sus cabellos blancos estaban cuidadosamente peinados; lucía una cinta de terciopelo negro alrededor de su cuello, donde la carne comenzaba ya a perder su firmeza. Pero su rostro, que recordaba a las flores de cera, estaba libre de arrugas, excepto alrededor de los ojos, y se le veía lleno de cosméticos. Sus ojos eran a la vez suaves y relucientes. Aunque nos sonreía, golpeaba el suelo con los pies en un movimiento rítmico y nervioso. Evidentemente, nuestra llegada la había fastidiado; sus manos enjoyadas movíanse lentamente, como si estuvieran por hacer violentos ademanes. Su nariz era demasiado larga.

De nuevo habló suavemente, sin emoción alguna.

—¿Por qué has venido aquí, Dean? ¿Y quiénes son esos señores que te acompañan?

A pesar de su dulzura —fingida sin duda alguna—, su voz era aguda y desagradable. Los ojos negros de la anciana no se apartaron ni por un segundo del rostro de su sobrino, y su sonrisa no se borró de sus labios.

Halliday se irguió. Noté que hacía un esfuerzo para hablar.

—No sé si estás enterada de ello —manifestó—, pero esta casa es mía. No creo, pues, que necesite permiso para entrar en ella. Estos caballeros son mis amigos.

—Preséntamelos.

Así lo hizo el joven, presentándonos primero a *Lady Benning* y luego a *miss Latimer*. Me resultó una locura esa presentación tan ceremoniosa en esa habitación que parecía una cripta, iluminada por las velas y llena de telarañas. Las dos mujeres se nos mostraron hostiles. Éramos intrusos en varios sentidos. Ambas estaban dominadas por una exaltación que algunos podrían llamar autosugestión. Lancé una mirada de soslayo a *Masters*, pero el rostro de éste estaba tan inexpresivo como siempre.

—¡Ah, sí! —dijo *Lady Benning*, mirándome—. Usted es el sobrino de *Agatha Blake*. Es muy amiga mía. —Su voz cambió de tono—. Al otro caballero temo no reconocerlo... Bien, querido sobrino; tal vez me dirás por qué has venido, ¿eh?

—¿Por qué? —repitió *Halliday*, en tono áspero. Era evidente que luchaba por dominar su ira. Tendió la mano hacia *Marion Latimer*—. ¿Por qué? ¡Miren a lo que han llegado ambas! Yo no puedo soportar estas cosas. ¡Soy un ser humano, cuerdo y normal, y me preguntan qué quiero aquí y por qué me esfuerzo por impedir estas tonterías! Les diré porque vinimos. Queremos investigar esta maldita casa encantada. Vinimos a cazar ese condenado fantasma y terminar con él de una vez por todas, ¡y por Dios...!

Su voz resonó, despertando los ecos dormidos de la estancia. *Marion Latimer* había palidecido. Al interrumpirse *Halliday*, reinó un profundo silencio.

—¡No desafíes a las fuerzas ocultas, Dean! —dijo la joven—. No lo hagas, querido.

Pero la anciana no hizo más que mover las manos, entornar los párpados y asentir.

—¿Quieres decir que algo te obligó a venir, sobrino? —inquirió.

—Quiero decir que vine porque se me ocurrió.

—¿Y quieres exorcizar a ese ser?

—Si prefieres decirlo así, sí —respondió él—. No me dirás que para eso están ustedes aquí, ¿eh?

—Nosotras te queremos mucho, sobrino.

Sobrevino un momento de silencio, mientras el fuego crujía débilmente y oíamos de nuevo el golpeteo de la lluvia a nuestro alrededor. *Lady Benning* continuó dulcemente:

—Aquí no necesitas temer, muchacho. Ellos no pueden entrar en esta habitación. Pero en otra parte... ¿eh? Pueden posesionarse de ti. Lo hicieron con tu hermano James. Por eso se suicidó.

—Tía Anne, ¿pretende usted volverme loco? —preguntó Halliday con voz queda y tranquila.

—Lo que queremos es salvarte, muchacho.

—Gracias. Es usted muy amable.

—Yo quería mucho a James —expresó *Lady Benning*, y en su rostro aparecieron de pronto algunas arrugas—. Él era fuerte, pero no pudo soportar. Así te ocurrirá a ti, porque eres el hermano de James y estás vivo. James me lo dijo, y él no puede... Verás, es para que él tenga paz. Y hasta que se haya exorcizado a ese ser, ni tú ni James gozarán de reposo.

«Viniste aquí esta noche. Tal vez sea mejor. Hay seguridad en el círculo. Pero hoy es el aniversario y existe peligro. Míster Darworth está descansando. A media noche irá solo a la casita de piedra del patio, y antes de que amanezca la habrá purificado. Ni siquiera le acompañará Joseph. Joseph posee grandes poderes, pero no son sino receptivos. Él no tiene conocimientos suficientes para exorcizar. Esperaremos aquí. Tal vez formemos el círculo, aunque eso podría provocar dificultades para él».

Halliday miró a su prometida.

—¿Ustedes dos vinieron solas con Darworth? —inquirió ásperamente.

La joven sonrió débilmente. La presencia de Halliday parecía haberla tranquilizado, aunque se notaba que le temía un poco. Se acercó a él y le tomó del brazo.

—Querido —le dijo—, eres un encanto. Cuando te oigo hablar así, con ese tono tan especial, me parece que todo cambia. Si no nos dejamos dominar por el miedo, no habrá nada que temer...

—Pero ese médium...

Ella le sacudió el brazo.

—¡Dean, te he dicho mil veces que míster Darworth no es un médium! Admito que es psíquico, pero se ocupa de las causas más que de los efectos. —Se volvió hacia nosotros—. Supongo que ustedes deben saber algo de esas cosas, ya que Dean

no las conoce. Explíqueme la diferencia entre un médium y un investigador psíquico, como lo son Joseph y míster Darworth.

Masters apoyó el peso de su cuerpo sobre una pierna, adelantando la otra. Estaba tan tranquilo como siempre; pero yo, que le conocía bien, noté cierta resonancia especial en su voz lenta y reflexiva.

—Pues, sí, señorita —dijo—. Creo que puedo afirmar que míster Darworth nunca se presta a... demostraciones.

—¿Lo conoce usted? —inquirió ella.

—¡Ah! No, señorita. Es decir, no lo conozco personalmente. Pero no deseo interrumpir... ¿Decía usted? ¿Eh?

Ella lo miró algo intrigada. Yo me sentía intranquilo; el aspecto de Masters indicaba claramente su profesión, y me pregunté si la joven se habría dado cuenta de ello. Sus ojos estudiaron el rostro del inspector por un instante.

—En fin, estaba diciéndote —manifestó, volviéndose hacia su novio— que no estamos solas con míster Darworth y Joseph. No es que tuviéramos reparos...

Halliday murmuró algo por lo bajo y sacudió la cabeza, mientras que ella le miraba fijamente, como para hacerle callar.

—No es que tuviéramos reparos —repitió, irguiéndose un poco—; pero el caso es que también están aquí Ted y el comandante.

—¿Eh? ¿Tu hermano y el viejo Featherston? ¡Oh, Dios mío!

—Sí, Ted... cree. Ten cuidado, querido.

—Está bien no diré nada. Yo también pasé por lo mismo a su edad, cuando asistía a Cambridge. Ni el inglés más flemático está a salvo de esas debilidades. —Calló un instante—. Pero ¿dónde diablos están? Me figuro que no habrán salido a llamar a los espíritus, ¿eh?

—En este momento están en la casita de piedra, encendiendo un fuego para cuando míster Darworth vaya a hacer la guardia —replicó la joven—. Ted encendió éste. No es mucho, ¿verdad? Querido, ¿qué te pasa?

Halliday había comenzado a pasearse de un lado a otro y las llamas de las velas se agitaban a su paso. De pronto dijo:

—¡Espléndido! Eso me recuerda que ustedes desean ver la casa y esa fuente de iniquidad que se eleva en el patio...

—No irán allí, ¿verdad?

—Por cierto que sí, Marion —respondió él, enarcando las cejas—. Allí estuve anoche.

—Es temerario —intervino *Lady Benning*, sin abrir los ojos—. Pero nosotros lo protegeremos. Déjale ir. Míster Darworth se cuidará de que nada le ocurra.

—Vamos, Blake —ordenó Halliday, y saludó a las damas con una inclinación de cabeza.

La joven hizo un ademán como si quisiera detenerle. Oí un tintineo raro: eran los anillos que adornaban los dedos de la anciana, los cuales rozaron el brazo del sillón.

El rostro pequeño y delicado se volvió hacia Halliday... y vi cuánto odiaba la tía a su sobrino.

—No molesten a míster Darworth —dijo—. Ya es casi la hora.

Halliday sacó su linterna y le seguimos al vestíbulo. Había una puerta, que traspusimos, y que el joven cerró pasando el dedo por el orificio dejado donde otrora estuviera la cerradura. Luego nos detuvimos en la oscuridad. Las tres linternas estaban encendidas. Halliday nos iluminó con la suya.

—¡Lárgate, bruja! —dijo, en tono de burla—. ¿Y bien? ¿Qué les parece lo que he tenido que soportar en estos últimos seis meses?

Parpadeando a causa de la luz, Masters se caló el sombrero. Al hablar, lo hizo eligiendo las palabras con gran cuidado.

—Pues, míster Halliday, si nos lleva a un sitio desde el cual no nos oigan, quizá pueda decírselo. Ahora le estoy más agradecido que nunca por haberme traído aquí.

Lo vi sonreír en el momento en que la luz se apartó de su rostro. Por lo que estaba a nuestra vista, el *hall* era aún más desolado que la habitación que dejáramos. Su piso, de grandes piedras, había estado cubierto en otro tiempo por maderas lustrosas, de las cuales no se veían rastros. Había en un extremo una gran escalera y lo flanqueaban tres puertas por cada lado. Una rata pasó corriendo frente al haz de mi linterna. Masters avanzó, moviendo su luz de un lado a otro. Halliday y yo lo seguimos lo más silenciosamente posible.

—No nos separemos —dijo Halliday, pues Masters se había alejado un trecho y estaba examinando el pie de la escalera.

Algo temeroso lo vimos inclinarse junto a los paneles que la cerraban por un lado. En seguida se arrodilló y lo oímos lanzar un gruñido.

Había algunas manchas oscuras en las piedras. El pequeño espacio que las rodeaba estaba limpio de polvo. Masters tendió la mano y tocó el panel. Era una puertecilla que daba acceso a un pequeño armario situado debajo de la escalera. Al empujarla el policía, oímos el revuelo producido por las ratas que hacían su nido en el interior. Una de ellas pasó por sobre el zapato de Masters; éste no se movió siquiera. Le vi meter la linterna en el espacio abierto.

—No es nada, señores —dijo al fin—. Aunque sea algo muy poco agradable. Es un gato.

—¿Un gato?

—Sí, señor, un gato. Le han cortado el cuello.

Halliday retrocedió un paso. Yo me incliné por sobre el hombro de Masters y miré hacia el interior del armario. Alguien había escondido allí al animal. No hacía mucho que estaba muerto, y vi que tenía un tremendo tajo en el cuello.

—Estoy comenzando a creer que tal vez haya un diablo en la casa —comentó Masters, restregándose la barbilla.

Con gran disgusto cerró de nuevo la puertecilla y se incorporó.

—Pero ¿quién...? —Comenzó Halliday, mirando por sobre su hombro hacia las

sombras.

—¡Ah! ¿Quién lo habrá hecho? ¿Y por qué? ¿Creería usted que lo hicieron por crueldad, o habrán tenido una razón para ello? ¿Eh, míster Blake?

—Estaba pensando en el enigmático míster Darworth —dije—. Estaba usted por decirnos algo respecto a él. A propósito, ¿dónde estará?

—¡Silencio! —me ordenó Masters en ese momento, y elevó una mano.

Oímos voces y ruido de pasos que se acercaban. Una de las voces era profunda, y alcanzamos a comprender algunas de las palabras.

—... no me agradan las triquiñuelas... de todos modos... parece un idiota... algo...

—¡Eso es, eso es! —La otra voz era más baja y parecía preñada de emoción—. ¿Por qué se siente usted así? Dígame, ¿parezco yo uno de esos idiotas que se dejarían sugestionar en esa forma? Ése es el ridículo que teme usted. ¡Tenga fe en sí mismo! Hemos aceptado la psicología moderna...

Los pasos se acercaban desde más allá de la arcada que se veía en un extremo del *hall*. Vi la luz de una vela protegida por la mano de alguien; alcancé a divisar fugazmente un pasaje pintado de blanco y con piso de ladrillos; luego salió al *hall* una persona. Al vernos dio un salto atrás, tropezando con el que le seguía.

—¡Cristo! —murmuró uno de ellos.

—No te asustes, Ted —dijo Halliday al instante—. Somos nosotros.

El otro levantó la vela, mirándolo fijamente. Era un hombre muy joven. A la luz débil de la amarillenta llama vi su corbata de vivos colores, su mandíbula débil, un incipiente bigote rubio, los contornos de su rostro. Su americana y sombrero estaban empapados. Dijo en tono plañidero:

—¡Deberías tener cuidado de no asustar así a la gente, Dean! ¡Caramba! No es posible que andes por la casa y... —Oímos que dejaba escapar un largo suspiro.

—¿Quiénes son estos señores? —preguntó su compañero, que le seguía de cerca.

Mecánicamente, levantamos nuestras linternas para ver al recién llegado; éste lanzó un rosario de maldiciones y parpadeó varias veces, obligándonos así a bajar las luces. Además de ellos dos, vimos a un mozalbete delgado y pelirrojo que les seguía.

—Buenas noches, comandante Featherton —saludó Halliday—. No hay necesidad de alarmarse.

—¡Maldita sea! ¿Quién dice que estoy alarmado? —repuso el otro—. ¡Qué coraje tiene usted! Además, le diré que soy un hombre muy liberal, y espero que mis motivos no sean mal interpretados o causa del ridículo, porque... porque estoy aquí.

Su voz, que resonaba en la oscuridad, parecía una carta de protesta enviada al Times. El obeso anciano se erguía en toda su estatura. Por lo poco que había visto de él, noté que se trataba de uno de esos galantes caballeros de fines de siglo.

—Esto empeorará mi reumatismo —protestó débilmente—. Además, *Lady Benning* me pidió ayuda. ¿Qué puede hacer un hombre de honor en tal caso?

—Es verdad —dijo Halliday—. Bien; nosotros también hemos visto a *Lady*

Benning. Mis amigos y yo vamos a tomar parte en la caza de fantasmas. Ahora íbamos a echar un vistazo a la casita de piedra.

—No pueden hacerlo —intervino Ted Latimer.

El muchacho parecía un fanático. Un rictus nervioso temblaba en sus labios, como si hubiera perdido el control de sus músculos faciales.

—¡Te digo que no pueden hacerla! —repitió—. Acabamos de dejar allí a míster Darworth. Él quiso ir, y ya comenzó su vigilia. Además, no deberías hacerlo, aunque pudieras. Ahora es demasiado peligroso. Ellos saldrán, y deben ser... —Su rostro anguloso, muy parecido al de su hermana, se inclinó cuando volvió la vista hacia su reloj pulsera—... sí. Son las doce y cinco.

—¡Maldición! —exclamó Masters.

Dio un paso hacia adelante, haciendo rechinar las pocas tablas podridas que quedaban en un trecho donde no habían arrancado el piso de sobre las piedras. Recuerdo que Ted Latimer extendió una de sus manos sucias de hollín y grasa. Vi la figura vaga del mozuelo pelirrojo que, apartado del grupo, se pasaba la mano por los cabellos y la cara.

Hacia él se volvió Ted Latimer. La luz de la vela que tenía en la mano estuvo a punto de apagarse a causa del brusco movimiento.

—Sería mejor que fuéramos a la habitación del frente, ¿verdad? —dijo Ted—. Allí estaremos a salvo cuando ellos salgan, ¿no es así?

—Sí, supongo que sí —replicó una voz desprovista por completo de expresión—. Al menos, eso es lo que me dieron a entender. Yo nunca los veo.

Era Joseph, y en su rostro lleno de pecas no se notaba el menor interés. La vela se movió de nuevo y el mozalbete fue tragado por las sombras.

—¿Ven ustedes? —preguntó Ted.

—¡Monstruoso! —exclamó el comandante Featherton, sin motivo alguno para decir tal cosa.

Halliday se adelantó, seguido por Masters.

—Vamos, Blake —me dijo—; iremos a echar un vistazo a la casita.

—¡Te digo que ya han salido! —gritó Ted—. No les gustará. Se están reuniendo, y son peligrosos.

El comandante manifestó que, como caballero, era su deber acompañarnos. Deteniéndose bruscamente, Halliday le hizo un saludo burlón y se echó a reír. Pero Ted Latimer tocó el brazo del anciano y éste se dejó conducir hacia la parte delantera del *hall*. Todos marchaban ya: el mayor, pesadamente; Ted, de prisa, y Joseph, como si nada importara. Las luces de nuestras linternas les siguieron los pasos, mientras que la oscuridad se abatía sobre nosotros como agua, y yo me volví hacia el pasaje pintado de blanco que conducía hacia el patio...

—¡Cuidado! —gritó de pronto Masters, y se adelantó súbitamente para apartar a Halliday.

Algo cayó de lo alto. Oí un estrépito ensordecedor; una de las linternas saltó y se

apagó, y, mientras las vibraciones del ruido resonaban a mi alrededor, vi que Ted Latimer giraba sobre sus talones, levantando su vela para ver mejor.

IV. EL TERROR DEL SUMO SACERDOTE

A la luz de mi linterna vi a Halliday sentado en el suelo, con las manos apoyadas detrás de sí y mirándome con expresión de aturdimiento. Otro rayo de luz —el de la linterna de Masters—, después de iluminar momentáneamente al caído, se elevó hacia lo alto como un reflector, alumbró la escalera, la baranda superior, el rellano del primer piso... No había nada allí.

Luego Masters se volvió hacia el grupo formado por los otros tres.

—No ha pasado nada —declaró secamente—. Será mejor que todos ustedes vayan a la habitación del frente. Dense prisa. Si las damas se han alarmado, díganles que iremos dentro de cinco minutos.

Los otros no discutieron; giraron sobre sus talones, entraron en la habitación y cerraron la puerta tras de sí.

Luego Masters rió entre dientes.

—Eso lo comprueba, señor —manifestó alegremente—. Ellos son muy listos. ¡Vaya, si han apelado a una de las tretas más gastadas del oficio! Ya puede usted tranquilizarse, míster Halliday. Ya lo tengo. Siempre creí que era un farsante, y ahora lo tengo en mis manos.

—Oiga usted —dijo Halliday, echando hacia atrás su sombrero—, ¿qué diablos ocurrió? —Miró a su alrededor—. Estaba allí parado, y de pronto pegó algo contra mi linterna. Me duele la muñeca. Algo vino volando desde arriba y golpeó contra el suelo. ¡Ja, ja, ja! Quizá sea muy cómico, pero no le veo la gracia. Me hace falta un trago.

Sonriendo aún, Masters volvió su luz hacia el suelo. A pocos centímetros de Halliday se hallaban los fragmentos de un pesado florero de piedra tallada, ennegrecida por los años, de unos noventa centímetros de largo. Cesó la risa de Masters.

—Eso... —Comenzó—. ¡Cielos, ese florero le habría aplastado la cabeza! ¡No sabe usted cuán afortunado es, señor! Claro que la intención no era que le cayese encima. Ellos no quisieron tal cosa. Pero unos treinta cuarenta centímetros más a la izquierda...

—¿Ellos? —repitió Halliday, disponiéndose a incorporarse. ¿Se refiere usted a...?

—Me refiero a Darworth y al joven Joseph. Sólo quisieron demostrar que los poderes malignos estaban preparándose a obrar; que luchaban contra nosotros, y le tiraron ese florero porque insistió usted en venir aquí. No hay duda de que estaba destinado a alguien... Eso mismo. Mire hacia arriba. Más alto. Sí, vino de la parte superior de la escalera, del rellano...

Las piernas de Halliday no estaban tan firmes como él creía. Se quedó arrodillado, hasta que su propia ira le ayudó a ponerse en pie.

—¿Darworth? ¿Quiere usted decirme que... que ese cerdo estaba en el rellano y dejó caer...?

—Cálmese, míster Halliday. No alce la voz, por favor. No dudo de que míster Darworth se encuentra allá, donde le dejaron. No hay nadie en el rellano. Fue ese mozuelo... Joseph.

—Masters, juraría que no —intervine—. Yo le estuve iluminando con mi linterna todo el tiempo. Además, no podría...

El inspector asintió. Parecía dueño de una paciencia inagotable.

—¿Ah? ¿Ve usted? Eso es parte de la treta. No soy lo que ustedes llamarían un hombre muy instruido, caballeros —explicó, con gran seriedad y numerosos ademanes—; pero esa triquiñuela... Bueno, es muy vieja. Giles Sharp la puso en práctica en el Palacio Woodstock, en 1649. Anne Robinson lo hizo en Vauxhall, en 1772. Lo tengo todo anotado en mis archivos. Un caballero del Museo Británico me dio esos datos. Dentro de un momento les diré cómo la llevaron a cabo. Permiso.

Del bolsillo de su americana extrajo un frasco de metal que ofreció a Halliday.

—Beba un trago de esto, míster Halliday. Yo no suelo beber, pero siempre lo llevo encima cuando me ocupo de estas cosas.

El joven se apoyó contra la baranda de la escalera y lo miró sonriendo. Todavía estaba pálido, pero me pareció que se sentía más tranquilo.

—Sigue cerdo —dijo bruscamente, mirando hacia el rellano—. Sigue, maldito. Arroja otra. —Sacudió el puño—. Ahora que sé que se trata de una triquiñuela, no me importa nada. Eso es lo que temía: que no lo fuera. Gracias, Masters. Beberé un trago... ¿Qué hacemos ahora?

Masters nos hizo señas de que le siguiéramos y salimos al pasaje. La linterna de Halliday se había roto y le ofrecí la mía, pero él la rechazó.

—Tengan cuidado de que no haya otras trampas —nos recomendó quedamente el inspector—. Es posible que las tengan en toda la casa. Darworth y compañía se traen algo entre manos. Seguramente están por dar una de sus representaciones, y deben tener algún motivo oculto para ello. Quiero averiguar el porqué, mas no deseo enfrentarme a Darworth allá en la casita. Si pudiera asegurarme de que no abandona su puesto, y mantener al mismo tiempo bajo vigilancia a su ayudante... ¡Hum!

Durante todo ese tiempo movía la linterna de un lado a otro. El pasaje era angosto, pero muy largo y el techo estaba reforzado por gruesos maderos; a cada lado había varias puertas y algunas ventanas enrejadas que daban a habitaciones interiores. Traté de concebir el propósito a que las destinaban a mediados del siglo diecisiete, cuando se construyó el edificio, y de pronto lo recordé. Eran depósitos de mercancías que solían ocupar los comerciantes.

—¡Hola! —exclamó Masters, y me detuve súbitamente junto a Halliday.

El inspector acababa de llegar al extremo del pasaje y contemplaba el patio exterior. La lluvia había amainado. A nuestra derecha, un corredor más angosto se perdía en un laberinto de cocinas. La otra puerta daba al patio. Elevando el haz de luz de su linterna, Masters señaló hacia lo alto.

Vimos una herrumbrada campana del tamaño de un sombrero de copa. Estaba

rodeada de un armazón especial y pendía del bajo techo, justamente encima de la puerta de salida al patio. Como era evidentemente un medio de comunicación empleado en los tiempos en que la casa era nueva, no vi nada de raro en ella hasta que Masters movió un poco su linterna y volvió a señalar con el dedo. Al lado de la campana vi un alambre de reluciente cobre.

—¿Otra estratagema? —inquirió Halliday—. Sí. Es un alambre de cobre. Va... hacia aquí, por el costado de la puerta y sale al patio por entre las tablas de esta ventana.

—¡No lo toque! —le ordenó el inspector, en el momento en que el joven adelantaba la mano. Escudriñó la oscuridad exterior. El aire fresco nos trajo al olfato el olor del barro, y otros olores menos agradables—. No quiero llamar la atención de nuestro amigo, pero tendré que arriesgarme a ello... Sí. El alambre cruza el patio en dirección a la casita de piedra. ¡Hum! ¡Ajá!

Imitándole, miramos hacia el exterior. La lluvia había cesado, y se oía solamente el gotear del agua que caía de los aleros. Pude ver muy poco, pues el cielo estaba encapotado, y los bultos de los edificios lo ocultaban en todo el derredor del muro que cerraba el terreno trasero. La casita de piedra se hallaba a unos cuarenta metros de nosotros. Su única luz era un resplandor débil que asomaba por entre el enrejado de pequeños ventanillas abiertos muy cerca de la techumbre. La estructura se elevaba solitaria, y cerca de ella crecía un árbol retorcido.

Halliday se estremeció.

—Perdone usted mi ignorancia —expresó—. Esto tal vez le parezca a usted muy gracioso, pero no lo entiendo. Un gato con el pescuezo cortado; una campana con un alambre de cobre conectado a ella; treinta libras de piedra arrojadas desde lo alto por alguien que no se encuentra. Tal vez sea demasiado curioso, pero me gustaría saber a qué se deben esas cosas. Además, había algo en ese pasaje... Hubiera jurado...

—El alambre conectado a la campana no debe tener ningún significado especial —manifesté—. Está demasiado a la vista. Es posible que Darworth lo haya arreglado con los otros para tener una especie de campana de alarma en caso de que...

—¡Ah! Eso mismo. ¿En caso de qué? —murmuró Masters. Miró hacia la derecha, como si hubiese oído algo—. ¡Ah, ojalá lo hubiera sabido! Estaría preparado. Ambos necesitan vigilancia y ninguno de ustedes tienen suficiente experiencia en estos asuntos. Les diré en confianza, daría un mes de sueldo por sorprender a Darworth con las manos en la masa.

—Le tiene usted inquina, ¿eh? —dijo Halliday, contemplándole con curiosidad. El tono de voz de Masters no había sido nada agradable—. ¿Por qué? Ya sabe que no puede hacer nada contra él. Usted mismo dijo que no es de esos adivinos que hacen funcionar la flauta y la pandereta a tanto por función. Si una persona desea dedicarse a las investigaciones de esa índole, o dar una sesión entre amigos y en su propia casa, no hay ley que lo prohíba. Aparte de demostrar que es un farsante...

—¡Hum! Míster Darworth es muy listo —admitió Masters—. Ya oyó lo que dijo

miss Latimer. Él no se deja enredar en nada. No es más que un investigador. Sólo se arriesga a ser el protector de un médium domesticado. Entonces, si ocurre algo... Bueno, lo engañó un farsante, y su honradez no se puede poner en duda. Podría hacerlo de nuevo. Ahora bien, míster Halliday, seamos sinceros... *Lady Benning* es muy rica, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y *miss Latimer*?

—Así lo creo. Si eso es lo que quiere... —Comenzó Halliday, y se contuvo a tiempo. A poco prosiguió, aunque diciendo algo que no era lo que intentara expresar—. Si eso es lo que quiere, yo mismo le extendería un cheque por cinco mil libras cuando se mostrase dispuesto a alejarse de los míos.

—No lo aceptaría. Pero, pasando a otra cosa, la oportunidad que se nos presenta no podría ser mejor. Si trata de hacer algo esta noche, sin saber que estoy yo aquí... ¡Hum! ¡Ajá! —gruñó Masters expresivamente—. Más aún, el mozalbete no me conoce. Es la primera vez que veo al amigo Joseph. Perdonen ustedes, caballeros; no tardaré, pero quiero echar un vistazo por aquí. Quédense donde están y no se muevan hasta que regrese.

Antes de que pudiéramos responder, había descendido los dos o tres escalones que daban al patio y desaparecido en la oscuridad. Aunque era corpulento, no hizo ruido alguno; pero, unos diez segundos más tarde, oímos que pisaba un charco, como si se hubiera detenido inesperadamente.

A lo lejos, en el rincón de la derecha, acababa de aparecer el haz de luz de una linterna. Lo observamos en silencio. Se dirigía hacia el suelo. Brilló durante un momento, y luego se apagó y encendió tres veces consecutivas, para apagarse al fin por completo.

Di un codazo a Halliday, quien estaba a punto de hablar. Al cabo de unos segundos, durante los cuales oímos los pasos de Masters entre los charcos, el inspector respondió a la señal en forma similar.

Luego se movió alguien en las tinieblas y el bulto de Masters apareció de nuevo en los escalones.

—¿Era una señal? —inquirí.

—Sí Es uno de los nuestros. Acabo de responderle. ¿Qué estará haciendo por aquí...?

—Buenas noches, señor —susurró alguien, desde el pie de los escalones—. Me pareció que era su voz.

Masters lo hizo subir y entrar en el pasaje. El recién llegado era un joven enjuto, nervudo y movedizo, de rostro inteligente y ojos penetrantes. Su sombrero empapado era una masa deforme y grotesca, y el joven se enjugaba el rostro con un pañuelo completamente húmedo.

—Hola —gruñó Masters—. ¿De modo que eres tú, Bert? Caballeros, les presento al sargento McDonnell. —Su actitud se hizo indulgente—. Sus deberes son los

mismos que cumplía yo. Pero Bert es uno de los nuevos; estudió en la universidad y es muy ambicioso. Tal vez hayan visto su nombre en el diario; está buscando la daga perdida. —Agregó muy serio—: ¿Y bien, Bert? ¿De qué se trata? Puedes hablar.

—Tuve un presentimiento, señor —contestó el otro respetuosamente. Sin dejar de secarse la cara, contempló al inspector con gran atención—. Se lo diré en seguida. Esa lluvia me molestó bastante, y he estado allí afuera durante dos horas. Supongo... que no necesito decirle que su... allí está Darworth, ¿verdad?

—Bueno, bueno —dijo secamente Masters—. Bien, bien. Si quieres ascender, no te apartes de tu superior. ¿Eh? —Después de estas palabras algo misteriosas, reflexionó un instante y agregó—: Stepley me dijo que hace meses te encargaron investigar las actividades de Darworth, y, cuando me enteré de que buscabas esa daga...

—Sumó usted dos más dos, ¿eh? Así es, señor.

Masters le miró fijamente.

—Eso mismo. Eso mismo. Te necesito, muchacho. Tengo trabajo para ti. Pero, primeramente, deseo saber los detalles del asunto. Ya has visto la casita de piedra, ¿eh? ¿Qué me dices?

—Se trata de una habitación de buen tamaño, de forma rectangular, paredes de piedra y piso de ladrillos. La parte interior del tejado forma el cielo raso. Hay cuatro de esas ventanitas enrejadas en el medio de cada pared, bastante altas. La puerta se encuentra debajo de la ventanita que ven ustedes desde aquí...

—¿Hay otra salida además de la puerta?

—No, señor.

—Quiero decir si hay algún modo de salir de allí secretamente.

—No, señor. Es decir, no creo... Además, no podría salir tampoco por la puerta. La cerraron con un candado. Él mismo pidió que la cerraran por fuera.

—Eso quiere decir que piensa llevar a cabo una estratagema. Me gustaría echar un vistazo al interior de la casa. ¿Hay chimenea?

—Ya examiné eso —contestó McDonnell—. Encima del hogar hay un enrejado que impide el paso por la chimenea. Las rejas de las ventanas están empotradas en el muro, y por entre ellas sería difícil pasar la mano. Además, oí a Darworth echar el cerrojo a la puerta... Perdóne usted, señor. Sus preguntas: supongo que opina como yo, ¿eh?

—¿Respecto a que Darworth intente salir?

—No, señor —replicó McDonnell tranquilamente—. Respecto a que alguien o algo trate de entrar.

Instintivamente, nos volvimos todos hacia la oscuridad para mirar en dirección a la casita por cuyas ventanas se veía titilar la luz. El enrejado de la ventanilla, la cual no tenía más de treinta centímetros cuadrados, se destacaba claramente a la luz del fuego que ardía en el interior. Por un instante, también noté la silueta de una cabeza que parecía mirar desde detrás de las rejas.

No había motivo para que sintiera yo el horror que me dominó. No era imposible que Darworth se hubiese parado sobre una silla para mirar por la ventana. Pero la cabeza se movía lentamente, como si tuviese algo raro en el cuello.

Dudo de que mis compañeros lo notaran, pues el resplandor del fuego habíase debilitado, y Masters estaba ocupado hablando. No oí todo lo que dijo, pero estaba dando un reto a McDonnell por haberse dejado impresionar como un tonto.

—Perdone usted, señor. —McDonnell se mostraba respetuoso, pero habló con firmeza—. ¿Querría usted saber por qué estoy aquí?

—Vámonos de aquí —dijo Masters secamente—. Aceptaré tu palabra de que está encerrado en la casita... Es decir, yo mismo iré a comprobarlo dentro de un momento. ¡Hum!

Nos condujo por el pasaje hasta que nos alejamos de la salida, abrió una puerta al azar y nos ordenó que entráramos. Nos encontramos en una antigua cocina. McDonnell se había quitado el sombrero y estaba encendiendo un cigarrillo. Sus penetrantes ojos verdes se fijaron en Halliday y en mí por sobre la llama del fósforo.

—Son de confianza —le aseguró Masters, aunque no mencionó nuestros nombres.

—Sucedió hace justamente una semana, y fue el primer progreso verdadero que conseguí hacer —manifestó McDonnell—. El mes de julio me ordenaron que investigase las actividades de Darworth, pero no descubrí nada. Tal vez sea un impostor, pero...

—Ya sabemos todo eso.

—Sí, señor. —McDonnell hizo una pausa—. Pero el asunto me fascinó.

Especialmente ese individuo. Empleé mucho tiempo buscando informes sobre él, vigilando su casa, y aun pidiendo detalles a gente... que solía conocer yo. Más ninguno pudo ayudarme. Darworth hablaba de sus asuntos solamente con un círculo muy exclusivo. De paso, le diré que todos ellos son muy ricos. Y varios amigos míos, que lo conocen y dicen que es un pillastre, ni siquiera sabían que se interesaba en el espiritismo. Ya ve usted cómo marchaban las cosas...

«Había olvidado casi el asunto cuando me encontré casualmente con un antiguo condiscípulo llamado Ted Latimer. Hacía muchísimo que no lo veía, y en cuanto nos hubimos saludado comenzó a hablarme de espiritismo.

»Ya en la época escolar, Ted era aficionado a esas cosas, y cuando tenía unos quince años de edad encontró uno de los libros de Conan Doyle que tratan del tema y empezó a tratar de ponerse en trance. Yo era muy aficionado a la magia de salón, por eso es por lo que tal vez... Perdone usted. La semana pasada, cuando nos encontramos, me habló de sus actividades.

»Me contó que un amigo suyo, Darworth, había descubierto a un médium maravilloso. Ahora bien, yo no le dije que estaba en la policía. Después me dolió habérselo ocultado. En cierto modo, fue una traición; pero deseaba ver maniobrar a Darworth. Conversé, pues, con mi amigo, y le pregunté si podía conocer al espiritista.

Ted me dijo que a Darworth no le gustaba ser muy conocido ni que se supiera en qué se ocupaba. No obstante, asistiría la noche siguiente a una cena ofrecida por un tal Featherton, amigo de la tía de Ted. Éste dijo que tal vez consiguiera hacerme invitar. Así fue como, hace una semana, fui allá...».

McDonnell lanzó una bocanada de humo. Parecía titubear. Masters le ordenó:

—Prosigue. ¿Hubo una sesión?

—¡Oh, no! Nada de eso. El médium no estaba presente. Eso me recuerda que Joseph no es más que un instrumento de Darworth. El diablillo me pone nervioso, pero no creo que sepa siquiera lo que pasa. Opino que Darworth le administra alguna droga para que se ponga en trance, y el pobre idiota cree realmente que es un verdadero médium. Es una especie de títere sobre el que recaerá la culpa de cualquier cosa, mientras que Darworth es el que produce los fenómenos...

Masters asintió lentamente.

—¡Ah! Eso está muy bien, muchacho. Si es verdad, ya tenemos algo de qué acusar a nuestro pájaro. No lo creo, excepto la parte que se refiere a las drogas, pero sí es así... ¡Espléndido! Continúa.

—Un momento, sargento —intervine—. Hace unos minutos, a juzgar por lo que usted dijo, cualquiera hubiese supuesto que estaba usted convencido de que hay algo sobrenatural en todo esto. Al menos, el inspector lo entendió así.

—Eso es lo que deseaba explicar, señor —repuso el sargento, al cabo de un instante de silencio—. No dije que fuera nada sobrenatural, sino que alguien o algo le sigue los pasos a Darworth. No me atrevería a aclarar el punto.

»Verán ustedes. Ese comandante Featherton, que está aquí esta noche, tiene un departamento en Piccadilly. Allí nos reunimos seis personas: Darworth, Ted Latimer, su hermana Marion, una vieja llamada *lady* Benning, el comandante y yo. Recibí la impresión de que Darworth estaba muy interesado en *miss* Latimer, y que todos los demás, incluyendo a la misma joven, no se daban cuenta de ello. Estaban demasiado absortos en su *hobby* para prestar atención a otra cosa. —Masters tosió repetidas veces en ese momento, pero McDonnell no le prestó atención—. Todos se portaron muy amablemente conmigo; pero me dieron a entender con toda claridad que no formaba parte de su círculo, y *lady* Benning lanzaba continuas miradas de reproche a Ted. Éste solía soltar la lengua de tanto en tanto, y así averigüé lo que planeaban para esta noche. Le hicieron callar, y después nos trasladamos todos a la sala. Darworth...

El recuerdo de la silueta que vislumbrara en la ventanita me tenía molesto, y no pude menos que interrumpir al sargento.

—¿Ese Darworth es un hombre alto? —pregunté—. ¿Qué aspecto tiene?

—El de un psiquiatra eminente —replicó McDonnell—. Se porta y habla como tal... ¡Cristo, cuánto me desagrada ese individuo!... Perdone usted, señor. —Trató de dominarse—. Me explicaré. Es un hombre con el cual no hay términos medios. O cae uno bajo su influjo o lo odia en seguida. Tal vez sea por el aire de propietario que adopta para con todas las mujeres... Sí, señor, es alto. Tiene una barbita castaña bien

recortada, y su sonrisa es indiferente. Es regordete...

—Ya lo sé —intervino Halliday.

—Bien, como decía, fuimos a la sala y, a pesar de mi presencia, no pudieron menos que hablar del tema que les interesaba, y el resultado de la conversación fue que convencieron a Darworth de que hiciera una demostración de escritura automática.

»Ahora bien, ésa es una artimaña cuya trampa no puede demostrarse; supongo que, de otro modo, Darworth no se hubiera atrevido a llevarla a cabo. Primeramente nos dio una conferencia para preparar nuestras mentes, y admito que, de no haberme sabido reprimir, habría temido que se apagarán las luces. ¡No, señor, no bromeo! —agregó, volviéndose hacia su superior—. Razonó tan bien y fue tan persuasivo que...

»En fin, la única luz que había en la habitación era la de las llamas del hogar. Formamos un círculo, y Darworth se sentó a cierta distancia, frente a una mesita circular, con un lápiz y un papel a mano. *Miss Latimer* tocó el piano un momento y luego se unió al círculo. No me extraña que los otros estuvieran nerviosos. Darworth había hecho bien su obra, y lo último que noté, antes de que se apagarán las luces, fue su sonrisa de satisfacción.

»Yo estaba en una posición que me permitía verlo. Como la única iluminación era la del fuego, nuestras sombras le ocultaban en parte. Todo lo que pude ver de él fue la parte superior de su cabeza que descansaba contra el respaldo del sillón, y el resplandor de las llamas sobre la pared, a su espalda. En lo alto había un enorme cuadro de una mujer desnuda sobre un fondo verde. Eso era todo.

»La anciana gemía por lo bajo, murmurando algo respecto a un tal James. A poco me pareció que había bajado la temperatura en la habitación. Tuve el impulso de levantarme y gritar, pues he asistido a muchas sesiones de espiritismo, pero ninguna me produjo la sensación que experimenté en aquélla. Luego vi que la cabeza de Darworth comenzaba a moverse.

»Su lápiz rascó el papel, y su cabeza continuaba sacudiéndose. Pasaron veinte minutos o media hora. No sé cuánto tiempo transcurrió antes de que Ted se levantara y encendiese las luces. La situación habíase hecho insoportable y uno de los presentes había lanzado un grito. Miramos a Darworth, y cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, salté hacia él...

»La mesita estaba tirada en el suelo. Darworth se hallaba rígido en la silla, con el papel en la mano, y su rostro había palidecido terriblemente.

»Le aseguro, señor, que la cara de ese charlatán tenía el color del cuadro que pendía sobre su cabeza. Casi al instante se dominó; pero noté que temblaba. Tanto Featherston como yo nos habíamos acercado para ver si podíamos prestarle ayuda. Cuando nos vio junto a él, arrugó el papel que tenía en la mano. Se puso de pie, caminó con gran dificultad, y lo arrojó al fuego. Tuve que admirarlo por el modo como consiguió dominarse. Nos dijo: “Lo lamento, pero no hemos tenido éxito. No hay más que una frase sin sentido sobre el asunto de Louis Playge. Tendremos que

hacer una nueva tentativa en otra oportunidad”.

»Acababa de mentir. En el papel había ciertas palabras que yo vi y, según creo, también vio Featherton. No pude más que echarles un vistazo, y no entendí la primera parte; pero la última línea decía...».

—¿Y bien? —inquirió Halliday ásperamente, al ver que el sargento hacía una pausa.

—La última línea decía: Se le conceden sólo siete días más.

Al cabo de un momento, McDonnel arrojó su cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie. Desde la casa, como si fuese un prolongado gemido, oímos una voz femenina que llamaba:

—¡Dean!... ¡Dean!

V. EL DIARIO DE PLAGUE COURT

Todas las linternas se elevaron. Masters tomó del brazo a su subordinado.

—Es *miss* Latimer. Todos ellos están aquí...

—Ya lo sé —repuso McDonnell—. Ted me lo contó todo. Yo los estuve observando.

—Y ella no debe encontrarte. Quédate aquí hasta que te llame. ¡No, espera! ¡Míster Halliday!

Halliday se encaminaba ya hacia la puerta, pero giró sobre sus talones al oír su nombre. Oí que McDonnell lanzaba una exclamación ahogada.

—Prometimos regresar al cabo de cinco minutos —gruñó Halliday—, y todavía estamos aquí. Debe estar asustadísima. Denme una linterna...

—Espere un momento —le rogó Masters, mientras entregaba yo mi linterna al joven—. Escuche usted, señor. Vaya a la habitación del frente y quédese con ella durante un rato. Tranquilícela. Pero dígales que deseo que me envíen en seguida a ese mozalbete pelirrojo. Si es necesario, dígales que soy un funcionario policial. Esto se ha puesto ya demasiado serio.

Halliday asintió y echó a correr por el pasaje.

—Soy un hombre práctico —me dijo Masters lentamente—, pero confío en mi instinto, y mi instinto me avisa que pasa algo malo. Me alegro de que me haya contado todo eso, Bert... Se da cuenta de la verdad, ¿eh? No fueron los espíritus los que escribieron ese mensaje. Uno de los presentes le jugó a Darworth la pasada que él quiso jugar a los otros.

—Sí, eso es lo que yo pensé —admitió McDonnell seriamente—. Sin embargo, hay algo raro. ¿Puede usted imaginar que Darworth se asustara por una treta tan conocida para él? Es increíble, señor. Le aseguro que su terror saltaba a la vista.

Masters dejó escapar un gruñido y comenzó a pasearse de un lado a otro. De pronto dio un tropezón y dejó escapar un rosario de maldiciones.

—Necesitamos luz —dijo, cuando se hubo calmado—. Les aseguro que no me gusta el asunto. Y esto de hablar en la oscuridad...

—Un momento —replicó McDonnell.

Se alejó por el pasaje y regresó al cabo de unos segundos con una caja de cartón que contenía tres o cuatro velas de gran tamaño.

—Darworth estaba en uno de estos cuartos —explicó—. «Descansaba» antes de ir a la casita. Llamó a Ted y al comandante Featherton cuando éstos volvían de encender el fuego, y ellos le condujeron allá... —Me entregó su linterna—. Evidentemente, las velas son de Darworth. Las encenderemos.

Continuó la penumbra aun después de haber encendido las velas; pero, al menos, podíamos vernos las caras, y el peso de las tinieblas resultaba menos abrumador. McDonnell encontró una larga mesa, parecida a, un banco de carpintero, y colocó las velas sobre ella. El único asiento que pudimos encontrar fue un viejísimo cajón, el

cual ofrecí a Masters. A la luz de las velas, vi que McDonnell era un joven enjuto, desgarrado y de escasa cabellera. Tenía una nariz muy larga y se apretaba constantemente el labio inferior con los dedos. Su seriedad habitual se pronunciaba aún más a causa de que sus párpados ocultaban a medias sus ojos verdes. En todo su rostro se reflejaba su inteligencia.

Masters parecía algo molesto, pero procedió metódicamente. Levantó el cajón, lo sacudió y aplastó con el pie una araña que cayó al suelo. Luego se sentó frente al banco de carpintero con la libreta de apuntes en la mano.

—Ahora bien, Bert, tomaremos en consideración ese asunto de la escritura en el papel. ¿Eh?

—Sí, señor.

—¡Bien! —dijo Masters, y golpeó la madera con su lápiz, como si esperara conjurar algún espíritu—. ¿Y qué tenemos? Tenemos un grupo de cuatro neuróticos... No; podríamos exceptuar al viejo comandante, y nos quedarían tres: el joven Latimer, su hermana y la anciana *lady* Benning. Tres casos raros, Bert. Ahora bien, la treta pudo haberse llevado a cabo de varias maneras. Es posible que el papel escrito estuviera preparado de antemano y fuese mezclado con los papeles de Darworth cuando se los entregaron antes de que se apagaran las luces. ¿Quién se los dio?

—El viejo Featherton —repuso McDonnell gravemente—. Los arrancó de un block común. Pero, si me permite usted, señor, Darworth se habría dado cuenta de una superchería como ésa. Por cierto que estaba bien seguro de que no fue él quien lo escribió.

—Estaba oscuro —manifestó Masters—. No hubiera sido difícil que uno de los del grupo abandonara el círculo, con el papel preparado, tirara al suelo la mesa, colocase el mensaje donde estaba y regresara a su sitio.

—Sí —admitió el sargento, tirándose del labio inferior—. Es posible, señor. Pero tenemos la misma dificultad que antes. Si Darworth es un farsante, tiene que haber sabido que era una treta. ¿Por qué, entonces, se asustó tanto?

—¿No recuerda usted nada de lo que había en el papel, aparte de esa frase que nos repitió? —inquirí.

—En eso he estado pensando durante una semana —replicó McDonnell—. Juraría que vi algo más, pero no estoy seguro. Sólo pude echarle un vistazo fugaz, y únicamente porque la última frase estaba en letra más grande que el resto. Casi diría que había un nombre escrito en el papel, pues creo recordar haber vislumbrado una letra mayúscula. Además, vi también la palabra enterrado. Más no podría afirmarlo. Quizás el comandante Featherton recuerde algo más.

—Un nombre, y la palabra enterrado —repetí, preguntándome qué haría uno de esos tres o cuatro neuróticos si descubriera que Darworth era un charlatán—. Y Darworth, muy afectado, dijo que era algo referente al asunto de Louis Playge. Supongo que expresó lo que tenía en ese momento en la mente. A propósito, ¿hay

algo o alguien enterrado en estos lugares?

Masters rió silenciosamente, contemplándome con fijeza.

—Solamente el mismo Louis Playge, señor —dijo.

Creo que tuve razón para sentirme exasperado, y dije, en términos algo acerbos, que todos parecían saber lo ocurrido en esa casa, pero que nadie me daba ningún informe.

—Pues, hay un capítulo al respecto en un libro que tienen en el Museo Británico —manifestó Masters—. ¿No le dio míster Halliday algunos libros, o un paquete de papeles? —Vio que tocaba yo el paquete que guardara en el bolsillo—. ¡Hum! Eso mismo. Tendrá usted tiempo para leerlo esta noche, señor. Ya se habrá imaginado que «Plague Court» no es más que una corrupción del nombre «Playge». Tal era el nombre que daban a la propiedad después de las aventuras del individuo. Pero volvamos a lo nuestro, Bert. ¿Qué ocurrió aquí esta noche?

McDonnell habló rápida y concisamente mientras sacaba yo el paquete y lo sopesaba en mi mano. Obrando de acuerdo con los informes que le diera Ted Latimer, el sargento se había apostado en el patio —la puerta estaba abierta—, dispuesto a ver qué pasaba. A las diez y media llegaron Darworth, Joseph, *lady* Benning, Ted Latimer, su hermana y el comandante. Pasaron una media hora en la casa (McDonnell no tuvo oportunidad de ver el interior), y luego Ted y el comandante Featherston abrieron la puerta trasera y se dispusieron a poner en condiciones la casita de piedra.

—¿Y esa campana? —preguntó Masters—. ¿La que está en el pasaje?

—Es verdad, la había olvidado. Sí, me llamó mucho la atención cuando los vi trabajar en ella. Dirigido por Darworth. Ted ató a ella un alambre y lo tendió por el patio. Trepó luego en un cajón y pasó un extremo por la ventanita. Darworth entró en uno de estos cuartos a fin de descansar, y los otros estuvieron largo rato en la casita de piedra, encendiendo el fuego y las velas, moviendo muebles u otra cosa, pues no pude ver el interior, y jurando a más y mejor. Me figuré que la campana era una especie de alarma, por si Darworth necesitaba ayuda. A poco volvieron a salir, y Darworth les dijo que ya estaba listo. No parecía nada nervioso. El resto ya lo sabe usted.

Masters reflexionó un momento y al fin se levantó.

—Vamos. Nuestro amigo Halliday parece tener dificultades. Yo iré a buscar ese médium y a formular unas cuantas preguntas discretas, ¿eh, Bert? Ven conmigo, aunque te mantendrás fuera de la vista de todos...

Se volvió hacia mí.

—Si no tiene inconveniente —le dije—, me quedaré aquí unos minutos para ver qué contiene este paquete. Llámeme si me necesita.

—¿Se puede preguntar qué está pensando? —inquirió—. La última vez que vi esa mirada en sus ojos pudimos arrestar...

Negué que se me hubiera ocurrido ninguna idea. Masters no dijo nada, aunque vi que no me creyó. Cuando se hubieron retirado los dos, me levanté el cuello del

abrigo, me senté en el cajón que desocupara el inspector y coloqué el paquete frente a mí. En lugar de abrirlo, encendí la pipa.

Se me ocurrieron dos ideas; ambas obvias y ambas en conflicto una con la otra. Si Darworth no se asustó por la falsa escritura de los espíritus, era lógico suponer que le aterrorizó algo muy humano, como por ejemplo una amenaza o la indicación de que alguien conocía un secreto suyo. Esto podría ser sobrenatural (aunque aún no estaba dispuesto a aceptarlo como tal), o tal vez lo habían hecho por el método que describiera Masters. De cualquier modo, era muy importante para Darworth. Por otra parte, probablemente no tenía relación alguna con la casa o los acontecimientos que se sucedían en ella.

Todas éstas eran teorías; empero, me pareció que si Darworth se hubiera asustado a causa de una amenaza relacionada con la casa, difícilmente habría obrado como lo hacía esa noche. Él era el único que se mantenía tranquilo. Él sólo gozaba con el experimento y se aislaba en lugares oscuros. De haberse relacionado la escritura del papel con Plague Court, era lógico suponer que lo habría mostrado a los otros. Mencionó la propiedad sólo porque era un fantasmón para los otros, no para él.

En tal suposición residía el conflicto. Todos los terrores de los acólitos de Darworth se centralizaban en la mansión. Todos creían que existía en ella un espíritu que era necesario exorcizar a fin de que no se posesionara de un alma. Ahora bien, había tantas estupideces en lo que nos dijo *lady* Benning, que el espiritismo parecía violar sus propias reglas, y, posiblemente, Darworth los había aturcido a todos con vagas alusiones cargadas de doble sentido. No obstante, a pesar de que la escritura del papel no había alarmado en absoluto a Darworth el místico, abrumó de pánico a Darworth el hombre práctico.

Observé el humo de mi pipa que se elevaba hacia lo alto, y me pareció que una presencia maléfica se hallaba conmigo en la habitación. Tras mirar nerviosamente por sobre mi hombro, abrí el paquete y vi que contenía una carpeta de cartas que se abría como un libro y estaba llena de papeles.

Hallé dentro una hoja de papel plegado, muy endeble y descolorido por la acción de los años; un recorte de diario, y una serie de cartas tan antiguas como el papel que retirara primero. En estas últimas, la escritura estaba tan borrosa que resultaba indescifrable: pero encontré una copia de todas ellas un poco más abajo.

La hoja grande —que no abrí del todo por temor de que se rompiera— era una escritura. En sus comienzos, estaba escrita en caligrafía tan grande que pude leer claramente los nombres de los participantes en la venta: Thomas Frederick Halliday había comprado la casa a Lionel Richard Maulden, lord Seagrave de Seagrave, como se atestiguaba con fecha 23 de marzo de 1711.

El titular del recorte de diario saltaba a la vista: «Suicidio de un prominente hombre de negocios». Más abajo vi una fotografía de un individuo de ojos saltones que parecía temeroso de la cámara. Gastaba gruesos anteojos, tenía un bigote caído, y sus ojos miraban con gran fijeza. Era James Halliday. El recorte hablaba de sus

actividades, agregando que se había suicidado en casa de su tía, *lady* Anne Benning; que durante varias semanas estuvo preocupado y deprimido, «pareciendo siempre buscar algo en la casa»; que el suceso estaba rodeado del mayor misterio, y que *lady* Benning se desmayó dos veces durante la vista de la causa.

Lo dejé a un lado y saqué los otros documentos. La copia de las antiguas cartas estaba encabezada: Cartas lord Seagrave a George Playge, mayordomo y administrador de sus propiedades, junto con la respuesta. Transcripta por J. G. Halliday, nov. 7 de 1878.

A la luz incierta de las velas, comencé a leer, consultando cada tanto el original. No se oían otros sonidos que los propios de las casas viejas; pero en dos oportunidades experimenté la impresión de que había entrado alguien y leía por sobre mi hombro:

Villa Della Trebbia, Roma.
13 de diciembre de 1710.

Playge:

Tu amo (y amigo) se siente demasiado enfermo y preocupado para escribir como le corresponde; sin embargo, te ruego y te ordeno que me digas la verdad respecto a esa espantosa noticia. Ayer recibí una carta de *sir* J Tollfer en la que me informaba que mi hermano Charles acaba de fallecer por su propia mano y en mi propia casa. No me dice más; pero me insinúa cosas espantosas, y cuando pienso en todo lo que se habla acerca de nuestra casa, temo enloquecer, pues, como también mi esposa está enferma, no me es posible regresar. Por eso te ordeno que me lo cuentes todo, ya que has sido un fiel servidor de nuestra familia, como lo fue tu padre, desde tu infancia, Ruego a Dios que *sir* J. Tollfer este equivocado.

Te saluda tu amigo y tú amo.

SEAGRAVE.

Londres, 21 de noviembre de 1710.

Milord:

Si Dios hubiera querido evitar esta desgracia que ha caído sobre su señoría, y en verdad sobre todos nosotros, nunca me habría visto obligado a hablar. En efecto, creí que se trataba solamente de una calamidad pasajera; pero ahora sé que no es así, y me aterra el doloroso deber que cae sobre mis hombros, ya que Dios sabe muy bien cuánto comprendo el peso de mi culpa. Debo comunicar a vuestra señoría mucho más de lo que me ha preguntado, agregando acontecimientos ocurridos en la época de mi padre durante la gran plaga; pero de ello hablaré más adelante.

Acerca de la muerte del señorito Charles debo decir lo siguiente: su señoría sabe que era un joven de hábitos tranquilos y muy estudioso, de dulce carácter y amado por todos. Durante el mes que precedió a su muerte (la cual ocurrió el jueves 6 de setiembre) lo noté pálido e inquieto, pero lo atribuí al exceso de estudio, G. Beatón,

su ayuda de cámara, habíame informado que durante la noche solía agitarse mucho, y en una ocasión, sorprendido por sus gritos, salto de su cama y le vio aferrado a las colgaduras del lecho y con una mano en el cuello, como si sufriera horribles dolores, Pero de todo esto el señorito Charles no recordó nada la mañana siguiente. No llevaba nunca encima su espada, pero parecía estar intranquilo y buscar algo a su costado y cada vez palidecía más. Por otra parte, adoptó la costumbre de sentarse a la ventana de su aposento, el cual, como bien lo sabe su señoría, da sobre el patio trasero de nuestra casa. Hacía esto especialmente durante la noche. En cierta oportunidad, lanzó un grito, y señalando con el dedo a una doncella que retornaba a la casa, me gritó que la encerrara, y que veía en sus manos y en su cuerpo enormes llagas.

Ahora debo pedir a su señoría que recuerde cierta casa de piedra que se halla en el patio. Hace cincuenta años que ella no se usa. El motivo, dado por el padre y el abuelo de su señoría, es el siguiente: Por equivocación, la casa fue construida sobre un pozo negro, y todo lo que se pone en su interior resulta contaminado. Para mantener su afirmación, que es inexacta, no tenían obligación de derribar la estructura, pues se corría el peligro de que las emanaciones nos envenenaran a todos, y no se nos permitió que almacenáramos en ella provisiones comestibles.

Teníamos entonces a nuestro servicio a un joven llamado Wilbert Hawks, un mozo poco agraciado que desempeñaba las funciones de peón. Este joven se llevaba tan mal con el resto de la servidumbre que no podía dormir con ellos, y buscó otro sitio en el cual dormir. (Puede su señoría estar seguro de que a la sazón ignoraba yo todo esto). Juró no creer en la existencia del pozo negro, ya que nunca se sentían malos olores en la casa, y afirmó que yo había dado orden de que no entraran en la casita de piedra para que la servidumbre no descansara en la paja almacenada en la misma. Los otros le dijeron que estaba prohibido hacerlo. Él respondió entonces: «Me apoderaré de la llave del candado que tiene el señor Playge, cuando deje el llavero por la noche, y me levantaré antes que él para volver a dejarla en su sitio por la mañana».

Así lo hizo, y la mañana siguiente, cuando le preguntaron cómo había dormido y si la cama le resulto cómoda, respondió: «Sí, bastante bien, ¿pero cuál de ustedes es el que me molesta tocando la puerta durante la noche y llamando a ella, y corriendo alrededor de la casa y espiando por las ventanas? No me harán creer que es el mayordomo».

Los otros se burlaron de él, afirmando que mentía, ya que ninguno de los sirvientes era lo bastante alto como para espiar por las ventanas. Notaron entonces que se ponía pálido y que, desde entonces, no quiso hacer mandados después de caer la oscuridad. No obstante, continuó durmiendo en la casilla de piedra, pues temía que se burlaran de él.

Comenzó entonces la primera semana de setiembre y ocurrió lo que le diré: El señorito Charles guardó cama, pues estaba enfermo, y el mismo doctor Hans Sloane le atendió.

En la noche del 3 de setiembre, los criados se quejaron de que había en la casa alguien que parecía rozarles cuando pasaban por los corredores oscuros. Es más, afirmaron que el aire estaba irrespirable y les enfermaba, pero no habían visto nada fuera de lo común.

La noche del 5 de setiembre, May Hill, una de las doncellas, tuvo que ir por el pasaje que pasa frente a los depósitos y las oficinas a fin de regar algunos geranios que crecen en los floreros de las ventanillas del pasaje. Así lo hizo —esa parte de la casa estaba desierta a esa hora—, llevando su vela y la regadera, aunque muy asustada por la oscuridad. Pasada más de media hora, al ver que no volvía, los otros criados se alarmaron y comenzaron a gritar, motivo por el cual yo mismo fui a buscarla, y la hallé desmayada en el suelo, viendo que tenía el rostro amoratado.

La joven no habló hasta la mañana (fue necesario que dos mujeres le hicieran compañía durante toda la noche) y finalmente nos contó que, mientras estaba regando los geranios, apareció una mano por entre los barrotes de la ventana que tenía frente a sí. Esa mano era de un color grisáceo; muy huesuda y cubierta de enormes llagas abiertas. Por un momento se movió débilmente entre las flores y después trató de asir la vela. La doncella agregó que había otra mano que sostenía algo parecido a una lezna o daga, con la cual golpeó la ventana; pero de esto no estaba muy segura, pues no recordaba nada más.

Ruego a su señoría me excuse del deber de relatarle detalladamente lo que pasó la noche siguiente, 6 de setiembre. Diré que a eso de la una de la madrugada despertamos todos por unos gritos que provenían del exterior. Cuando salí con la pistola y el farol, seguido por otros, hallé que la puerta de la casita de piedra estaba asegurada por dentro. Hawks, que dormía allí, la abrió a poco, pero no pudimos persuadirlo de que hablara de manera coherente. Lo único que dijo fue: «No lo dejen entrar. ¡Por amor de Dios, no lo dejen entrar!». Poco después agregó: «Golpeaba los barrotes con su lezna, tratando de entrar, y pude ver su cara».

Ésa fue la noche, o mejor dicho la madrugada en que el señorito Charles expiro en su lecho después de haberse degollado. Agregaré, esperando que su señoría me comprenda, que ciertos magullones que observara en su rostro y mano habían desaparecido para el momento en que las mujeres...

Mi corazón latía aceleradamente, y me sentí acalorado, a pesar de la humedad reinante. Al pensar en las sombras que, desde el pasado, parecían querer abatirse sobre la casa maldita, me di cuenta de los horrores que sufría Dean Halliday.

Luego me puse de pie; hubiera jurado que alguien acababa de pasar por el corredor, frente a la puerta. Fue una impresión momentánea, y me levanté para comprobarlo. El pasaje estaba desierto.

Volví a mi puesto, preguntándome si debería ir a llamar a Masters y mostrarle los papeles; pero no lo hice, y volví a absorberme en su lectura.

... Y ahora debo aclarar lo que sé respecto a esa visita que Dios nos envió. En parte la observé yo mismo; pero casi todo lo supe más tarde por boca de mi padre, pues contaba no más de diez años de edad en aquel terrible año de 1665, cuando sobrevino la Gran Plaga.

Indudablemente, su señoría ha oído hablar de aquella época, ya que hay muchas personas que no abandonaron la ciudad, y, sin embargo, sobrevivieron a los efectos de la peste.

El mes de agosto fue el peor por ser el más caluroso. Aun encerrado en nuestro cuarto, recuerdo haber oído los gritos de las mujeres que rompían el terrible silencio que reinaba en la ciudad. En cierta oportunidad, mi hermana y yo trepamos al tejado y vimos el cielo rojizo y las chimeneas de las que no salía ya humo, y algunas personas que caminaban apresuradamente por el medio de las calles, y los guardianes con sus brazales rojos frente a las casas marcadas con una cruz y las palabras «Dios tenga piedad de nosotros». Sólo una vez vi uno de los carros fúnebres, cuando me asomé por la noche a cierta ventana; se hallaba parado cerca, y el campanero agitaba su campana y gritaba a voz en cuello, mientras que el conductor levantaba su farol, de manera que pude ver los cadáveres apilados en el vehículo. Todos ellos estaban cubiertos de terribles llagas. El paso de esos carros se oía todas las noches.

Empero, esto ocurrió más tarde, como lo explicaré más adelante, y la plaga (que comenzó en la parroquia de Sto Giles) tardó tanto en llegar a nosotros que la gente afirmaba que no vendría nunca, y tal vez debamos nuestras vidas a la previsión de mi padre, pues él prestaba gran atención a los mensajes del Señor. Cuando apareció el gran cometa, ardiendo en el cielo con resplandores rojizos, mi padre fue a ver a *sir* Richard —como era entonces el padre de su señoría— y le dijo de qué se trataba, urgiéndole que tomara las precauciones que tomara la familia holandesa de Aldersgate Street, a saber:

Que se aprovisionara abundantemente la casa, y se cerrara, no permitiendo a nadie entrar o salir hasta que se abatiera la peste.

Sir Richard le escuchó en silencio y reflexionó largamente, pues tenía a su esposa (quien estaba encinta), como así también a su querida hija Margaret y a su hijo Owen, el padre de su señoría. Contestó al fin que era sabio el plan, y que si la plaga no daba señales de cesar al cabo de una quincena, lo llevarían a cabo, pues no se atrevía a salir de la ciudad debido al estado de su esposa.

Su señoría sabe muy bien que la peste no cesó; por el contrario, empeoró a medida que adelantaba el verano. Se propagó hacia el norte en dirección a Houlbourne, bajo por el Strand y Fleet Street, y nos cayó encima. Por todas partes se veía gente huyendo locamente de la ciudad condenada, después de haber cargado sus pertenencias en carros y carretas. Todos asaltaron los portales de Mansión House, rogando al Lord Mayor que les diera certificados de buena salud, sin los cuales no les permitían la entrada en otras ciudades. A algunos les atacó la enfermedad lentamente;

primero sufrían dolores y vómitos, y luego aparecían las Hagas, y duraban más o menos una semana agitados por terribles convulsiones. Otros no sentían nada hasta el momento en que se desplomaban en la calle para morir repentinamente.

Visto esto, *sir* Richard ordenó que se cerrara la casa, despidiendo a sus amanuenses y quedándose sólo con los criados más necesarios. Pidió a sus dos hijos que fueran a unirse a la Corte (a cual había huido a Hampton), pero ellos no quisieron obedecerle. A nadie se le permitía salir al aire libre, salvo dentro de los límites de la propiedad, y sólo a condición de que se pusieran mirra y cedoaria en la boca. Excepto sólo a mi padre, quien se ofreció a llevar afuera los mensajes que *sir* Richard considerara necesarios. Mi padre se habría considerado afortunado, de no haber sido por su hermanastro Louis Playge.

En verdad me enferma escribir respecto a este hombre, quien solía aparecérseme en mis peores pesadillas. Solamente lo vi dos o tres veces. Una de ellas fue cuando se presentó descaradamente en la casa, exigiendo ver a su hermano; pero los criados lo conocían y huyeron de él. Se apoderó entonces de mi hermana menor, y cuando mi padre fue a verle, estaba torciéndole un brazo y riendo horrorosamente mientras le contaba cómo había descuartizado a un hombre en Tyburn, el día anterior. (Su señoría debe saber que Louis Playge era ayudante del verdugo, lo cual era el horror y la vergüenza de mi padre, quien quiso siempre ocultárselo a *sir* Richard). Ni siquiera tenía el coraje ni la habilidad para ocupar el puesto de verdugo, y sólo era capaz de estar a su lado...

Pasaré por alto algunos detalles de la carta, pues no serían agradables para los lectores.

... Pero mi padre le dijo que si alguna vez tenía valor para hacer todo lo que deseaba, entonces Louis Playge debía ser tan malvado que no podría morir como los demás hombres. Era un individuo de baja estatura, y su rostro estaba siempre enrojecido. De cabellos lacios, no usaba peluca, y lucía siempre un viejo sombrero asegurado a un costado de la cabeza. En lugar de espada usaba una curiosa daga parecida a una lezna, y se enorgullecía desmedidamente de ella por haberla fabricado él mismo. La llamaba Jenny. Solía usarla en Tyburn para...

Pero cuando la peste se propagó hasta nuestro barrio, no lo vimos, y sé que mi padre esperaba que hubiese muerto. Al fin, un día, durante el mes de agosto, salió mi padre con un mensaje. Cuando regresó sentóse junto a mi madre y ocultó el rostro entre las manos. Había visto a su hermano Louis en una calleja que cruza Basinghall Street, y su hermano estaba arrodillado en el suelo asestando puñaladas a algo. A su lado había un carro de mano lleno de gatos muertos. (Debe saber su señoría que por orden del Lord Mayor no se permitía tener gatos, cerdos, perros o palomas, ya que eran vehículo de contagio. Por ello se nombraron verdugos especiales para que exterminaran a todos esos animales)...

No sé por qué, al leer esta última frase, asentí con la cabeza, como si confirmara algo que ya sabía. Estaba seguro de haber visto ese decreto en algún lado.

Al ver esto, mi padre habría seguido la marcha, pero Louis lo llamó y le dijo riendo: «¿Qué pasa, hermano, te asustas de mí?». El gato se agitaba en convulsiones, y Louis le aplastó la cabeza de un pisotón. Mi padre le preguntó si no temía a la peste, y Louis Playge replicó que tenía un filtro mágico que le aseguraba la inmunidad.

Aunque realmente había muchos de esos filtros, aguas especiales para la plaga, y amuletos, ello no salva a nadie, y todos iban a parar a los carros fúnebres con sus amuletos al cuello. Pero parecía que el hechizo de Louis era del diablo, ya que durante esos días espantoso estuvo inmune y enloqueció de alegría al ver todo lo que podía hacer entre los muertos y moribundos. Estas cosas no las repetiré a su señoría, y diré solamente que se convirtió en un ser más horroroso que la plaga misma y todos huían de su presencia.

Empero, mi padre lo olvidó, pues el 21 de agosto enfermó el señorito Owen — padre de su señoría—, y toda la casa se alarmó ante el acontecimiento.

Sir Richard no perdió tiempo en poner manos a la obra. Ordenó que el señorito Owen fuese trasladado a la casita de piedra (que en aquel entonces empleaba *sir* Richard para recibir a los comerciantes), a fin de que la infección no se contagiara a los otros. Allí se preparó un lecho con los tapices más finos de la casa, y el señorito yació allí gimiendo constantemente entre los gabinetes de laca y los ornamentos de plata y oro, mientras *sir* Richard parecía a punto de perder la razón. Se convino (contra lo que ordenaba el Lord Mayor) que no se daría parte al consejo sanitario; que *sir* Richard y mi padre lo atendieran y que se llamara a un médico a quien se hizo jurar que guardaría el secreto.

Durante todo ese mes lo cuidaron. (Creo que fue pocos días después que la esposa de *sir* Richard sufrió el aborto que la privó de su otro hijo). El doctor Hodges visitó diariamente al señorito Owen, le afeitó la cabeza, le hizo continuas sangrías y le administró enemas, sosteniéndolo erguido en el lecho horas enteras para evitar que se ahogase. Y fue durante la peor época de la plaga, la semana del primero de setiembre, cuando el doctor Hodges nos dijo que había pasado la crisis y que el señorito curaría.

Esa noche nos arrodillamos todos para dar las gracias a Dios.

La noche del 6 de setiembre, mi padre despertó a media noche y fue a cumplir su vigilia acostumbrada junto al lecho del señorito Owen. Llevaba en la mano una antorcha, y cuando se dispuso a cruzar el patio vio a un hombre arrodillado frente a la casa y golpeando la puerta.

Sir Richard, que estaba adentro, creyó que era mi padre y abrió la puerta. Pero el hombre se levantó con gran dificultad y giró sobre sus talones, viendo mi padre que era Louis Playge, quien movía su cuello con gran dificultad. Elevó su antorcha y se dio cuenta de que esto se debía a que había florecido en su garganta una gran llaga infecciosa, y en el momento en que le miraba comenzaron a abrirse otras Hagas en su

rostro. Al percatarse de ello, Louis Playge comenzó a gritar y llorar.

Fue entonces cuando *sir* Richard abrió la puerta, preguntando qué ocurría. Louis Playge no habló, y se dispuso a entrar corriendo en la casita de piedra; pero mi padre le puso en la cara la antorcha ardiente, como se hace con los animales salvajes. Louis Playge cayó al suelo y rodó varias veces sobre sí mismo, gritando: ¡Por amor de Dios, hermano! ¿Me dejarás morir en la calle? *Sir* Richard se quedó horrorizado, sin poder cerrar la puerta. Mi padre gritó: Vete a la casa de la peste, o prenderé fuego a tus ropas para que te purifiques. Pero Louis Playge dijo que no quería dejarle entrar, que lo maldecían y que nadie quería mirarlo a la cara y se vería obligado a morir en medio de la calle. Como mi padre no quiso dejarlo entrar, cobró fuerzas y, desenfundando su daga, saltó hacia la puerta, la cual *sir* Richard logró cerrar justo a tiempo.

El hermano de mi padre corrió entonces por el patio, de manera que mi padre se vio obligado a pedir ayuda, y media docena de criados con antorchas le asistieron para arrojar a la calle al intruso, amenazándolo con el fuego mientras él corría aullando por todo el patio. A poco no le oyeron más, y le encontraron muerto debajo de un árbol.

Allí mismo le enterraron, a dos metros bajo tierra, junto al árbol, pues si lo hubieran entregado al carro fúnebre, habrían reconocido que la plaga estaba en la casa y hubieran tenido que quedar aislados. Tampoco se atrevieron a arrojarle a la calle, pues corrían el riesgo de que les vieran. No obstante, mi padre le oyó decir, antes de que muriera, que volvería para asesinar a los que estuvieran en la casa, tal como matara a los gatos, y, si no se sentía lo bastante fuerte, se apoderaría del cuerpo de uno de los moradores o del amo de la casa...

El señorito Owen le oyó (a él o a su fantasma) esa misma noche, aferrado a la puerta y tratando de forzarla con su lezna.

Por lo tanto, su señoría, ya que me habéis pedido esta narración de horror y sufrimientos...

Algo me hizo apartar los ojos de la página. Las horrendas imágenes estaban tan íntimamente ligadas a esa casa que creí hallarme en el siglo diecisiete. Me puse en pie y miré a mi alrededor...

Oí ruido de pasos en el patio. Del pasaje me legó un crujido raro. Luego, súbitamente, comenzó a repicar la campana.

VI. LA MUERTE DEL SUMO SACERDOTE

Puedo afirmar que fue entonces cuando comenzó todo. Como el repicar de esa campana marcó el principio de uno de los más extraordinarios casos de asesinato de los tiempos modernos, será conveniente que me cuide mucho de lo que diga y no exagere ni confunda los detalles, al menos no más de lo que nos confundimos nosotros a fin de que el lector tenga oportunidad de poner a prueba su ingenio y trate de resolver un enigma que, aparentemente, no tenía solución alguna.

En primer lugar, la campana no repicó muy fuertemente. Debido a que estaba herrumbrada y en desuso, tal cosa habría sido imposible, aunque hubiesen tirado con gran fuerza del alambre. Rechinó primero en sus goznes y resonó el bronce, repitiéndose el tañido algo más débilmente, para terminar con un suave murmullo. Sin embargo, para mí fue más espantoso que si hubiera resonado una alarma estruendosa en toda la casa. Me volví presuroso y corrí hacia la puerta que daba al pasaje.

Una luz me iluminó el rostro y el haz de mi propia linterna se cruzó con el de la de Masters. El inspector se hallaba en el umbral de la puerta que daba al patio, mirándome por sobre el hombro. Lo noté pálido. Me dijo roncamente:

—Sígame de cerca... ¡Espere! —Su voz se convirtió en un rugido cuando oímos ruido de pasos apresurados y brillaron las velas en el otro extremo del pasaje. Primeramente se acercó el comandante Featherston, seguido por Halliday y Marion Latimer. McDonnell se abrió paso por entre ellos, llevando del brazo al pelirrojo Joseph.

—Quiero saber... —tronó el comandante.

—¡Atrás! —exclamó Masters—. Atrás todos. Quédense donde están y no se muevan hasta que les avise. ¡No, no sé qué ha pasado! Reúnelos a todos, Bert... Vamos —agregó, volviéndose a mí.

Bajamos al patio y lo iluminamos con nuestras linternas. La lluvia había cesado un rato antes; el patio era un mar de barro llenó de charcos.

—No hay una sola huella de pies que vayan hacia la casa de piedra desde este lado —gruñó—. ¡Mire! Además, ya he estado aquí. Sígame y pise donde piso yo.

Nos adelantamos, examinando el suelo. El inspector gritó:

—¡Ea, usted, Darworth! Abra la puerta, ¿quiere?

No obtuvo respuesta. La luz del interior estaba más débil que antes. Llegamos corriendo hasta la puerta, que era baja pero enormemente pesada, pues estaba hecha de gruesas tablas de roble aseguradas con flejes de hierro herrumbrado. A falta de picaporte, había un candado nuevo cerrado con llave.

—Me olvidé del candado —dijo Masters, dándole un tirón. Se lanzó contra la puerta sin lograr sacudirla siquiera—. ¡Bert! ¡Tráeme la llave de este candado!... Vamos, señor. Las ventanas... Allí, por donde entra el alambre. Tiene que estar ese cajón en el que subió Latimer para colocarlo... ¿No? ¡Cristo, no está! Veamos...

Habíamos dado la vuelta a la casa, manteniéndonos junto a la pared y buscando huellas frente a nosotros. Llegamos bajo la ventana por la cual entraba el alambre; era una abertura pequeña que estaba a unos tres metros y medio de altura. El tejado, que era bajo y de tejas curvadas, no sobresalía de la pared.

—No hay forma de trepar —gruñó el inspector. Estaba enojadísimo—. Debe haber sido un cajón muy grande el que utilizó el joven Latimer para trepar allí. Deme una mano, ¿quiere? Soy bastante pesado, pero no tardaré mucho...

Tuve que esforzarme para sostener su peso. Apoyé la espalda contra la pared y crucé los dedos para que se apoyara en ellos. Trastabillamos y gruñimos un poco, y a fin logró Masters asirse del alféizar de la ventanita.

Sobrevino un momento de silencio...

Con ese zapato lleno de barro entre mis manos, estuve haciendo fuerza durante lo que roe pareció fueron cinco minutos.

—Muy bien —dijo al fin el inspector.

Solté un suspiro ahogado y lo hice descender. Cuando habló, después de tomarse de mi brazo para recobrar el equilibrio, lo hizo en voz serena y algo áspera.

—Bueno, ya está hecho, señor. Me parece que nunca he visto tanta sangre.

—¿Quiere decir que está...?

—Sí, está muerto. No es agradable el espectáculo. Allí adentro está también la daga de Louis Playge. Pero no hay nadie más; lo vi perfectamente.

—Pero, hombre —protesté—, nadie podría haber...

—Exactamente. Exactamente. Nadie pudo haberlo hecho. No creo que la llave del candado nos sirva de nada. Vi la parte interior de la puerta; está corrido el cerrojo y hay una tranca asegurada al marco... ¡Tiene que ser una treta! ¡Bert! ¿Dónde diablos estás?

Vimos un rayo de luz que se acercaba cuando McDonnell se nos aproximó. El sargento estaba asustado; lo descubrí en el brillo de sus ojos verdes y en la expresión de su rostro.

—Aquí tiene, señor. —El joven Latimer tenía la llave. ¿Ha ocurrido...?

—Dámela. Probaremos... ¿Qué diablos tienes en la otra mano?

McDonnell parpadeó, lo miró fijamente y luego bajó los ojos.

—Pues..., nada, señor. Son naipes. —Levantó la mano, mostrándonos un puñado de naipes—. Fue el médium. Dijo usted que lo vigilara, y él quiso jugar al rummy...

—¿Jugar al rummy?

—Sí, señor. Creo que está loco. Pero sacó estas cartas y...

—¿Le permitiste que burlara tu vigilancia?

—No, señor. —McDonnell miró fijamente a su superior—. Le juro que no.

Masters gruñó algo por lo bajo y tomó la llave; mas de nada sirvió abrir el candado. Los tres juntos nos echamos contra la puerta sin resultado alguno.

—No, no —jadeo el inspector—. Necesitamos hachas. Es lo único que... ¡Sí, sí, Bert, está muerto! ¡No necesitas hacerme preguntas tontas! Pero tenemos que entrar.

Vuelve a la casa y busca en ese cuarto donde hay algunas maderas, a ver si encuentras un tronco de buen tamaño. Lo usaremos como ariete. De prisa.

Masters había recobrado la serenidad, aunque respiraba jadeante. Iluminó los alrededores del patio.

—Ni una sola huella cerca de esta puerta... ni por ningún otro lado —comentó—. Eso es lo que me preocupa. Además, yo estaba aquí, vigilando...

—¿Qué pasó? —inquirí—. Yo estaba leyendo ese manuscrito...

—¿Eh? ¡Ah! Eso mismo. ¿Sabe usted cuánto tiempo estuvo usted soñando, señor? —Sacó una libreta de notas—. Eso me recuerda que debo anotar lo. Me fijé en la hora cuando oí la campana; era la una y quince justas. «Oí la campana a la una y quince». Ajá. Bien, señor, estuvo usted allí sentado tanto tiempo que tal vez descubrió algo. Casi tres cuartos de hora.

—Masters —le dije—, no vi ni oí nada. A menos que... Dice usted que estaba en la parte trasera de la casa. ¿Pasó al salir frente al cuarto en que yo me hallaba?

—¿Eh? ¿Frente a la puerta? ¿Cuándo fue eso?

—No sé. Mientras estaba leyendo. Salí a ver, pero el corredor estaba desierto.

Masters tomó nota en su libreta.

—Pues, le diré, míster Blake, no fui yo. Yo salí por la puerta de calle y di la vuelta en torno de la casa. Ahora bien, ¿puede usted describirme lo que oyó?

Lo único que pude informarle fue que eran pasos rápidos, como si el que pasara no hubiese querido ser descubierto.

—Bien, señor, le diré lo que pasó después que nos separamos de usted... De paso lo anotaré. Me interrogarán..., y tendré un disgusto por este asunto. ¿Sabe usted lo que estaba haciendo esa gente? —preguntó en tono acerbo—. Sí, ya veo que lo adivina usted. Habían formado un círculo en la oscuridad, tal como una semana atrás, cuando alguien puso ese mensaje falso entre los papeles y dio un susto a Darworth.

—Una sesión... —Dije—. ¿Y Joseph?

—No era una sesión. Estaban orando. Y en eso radica lo raro del caso. No querían a Joseph con ellos. La vieja dijo que Darworth había dado instrucciones para que Joseph no estuviera presente. Afirman que es una influencia perniciosa y habría atraído a los espíritus malignos... McDonnell y yo nos ocupamos de él... ¡Bah! Poco fue lo que averiguamos. Ninguno de ellos quiso hablar.

—¿Les dijo usted que era un funcionario policial?

—Sí, y lo único que hicieron fue mirarme con desprecio y preguntarme qué derecho tenía para intervenir. —Caviló un instante—. La vieja abrió y cerró las manos, y dijo: «Ya me parecía». Tuve la impresión de que Latimer estaba a punto de atacarme. El único que trató de hacer buenas migas conmigo fue el viejo comandante. ¡Ah!, y además me despidieron de la habitación. De no haber sido por míster Halliday, me habrían arrojado a la calle... Aquí viene. ¡Bert! —gritó, volviéndose hacia la casa—. Dile a míster Halliday que te ayude con ese tronco, y haz que los demás se queden allá. ¿Me oyes?

Desde la puerta del pasaje nos llegaron protestas airadas y voces que discutían. Acarreando un pesado tronco, McDonnell descendió los tres escalones a la luz de las velas que sostenían los otros. Halliday levantó el otro extremo y ambos se nos acercaron.

—¿Y bien? —preguntó Halliday—. McDonnell dice...

—No dice nada, señor —le interrumpió el inspector—. Manos a la obra; dos de cada lado. Apunten al centro de la puerta y trataremos de partirla en dos. Las linternas en los bolsillos; usen ambas manos. ¿Listo?... ¡Ahora!

El estrépito de los golpes resonó fuertemente, haciendo temblar los cristales de los alrededores. Cuatro veces asaltamos la puerta con el improvisado ariete, logrando al fin vencer el obstáculo. La habíamos partido en dos, pues la tranca no había cedido.

Respirando, jadeante, Masters se calzó un par de guantes, levantó la parte inferior de la puerta, que pendía de una bisagra, y se deslizó adentro. Yo lo seguí. Al pasar por debajo de la barra de hierro, Masters volvió su luz hacia la parte interna de la puerta. No sólo seguía la barra en su sitio, sino que también estaba corrido el herrumbrado cerrojo. Cuando el inspector lo probó con los dedos, tuvo necesidad de dar un fuerte tirón para correrla. La puerta no tenía picaporte ni ojo para la llave; sólo contaba con una especie de manija del mismo tipo que la que viéramos clavada en el exterior.

—Tomen nota —dijo Masters secamente—, y ahora quédense donde están. Asegúrense de que no hay nadie aquí dentro.

Giré sobre mis talones rápidamente, pues había tenido ya una vislumbre del espectáculo al arrastrarme por debajo del barrote, y no era nada agradable. La atmósfera estaba viciada, pues la chimenea no tiraba bien, y, evidentemente, Darworth había echado en el fuego alguna hierba aromática. Además, sentí el olor de pelo chamuscado.

En la pared de la izquierda (el mismo costado del rectángulo por cuya ventana viera Masters el cadáver) estaba el hogar. El fuego habíase consumido bastante; pero seguía siendo una masa de carbones ardientes que producían intenso calor. Frente a él yacía un hombre con la cabeza casi entre las brasas.

Era un individuo alto. Yacía casi sobre su costado derecho, encogido como si hubiera muerto en medio de intensos dolores. Su mejilla descansaba sobre el suelo, y tenía la cabeza vuelta hacia la puerta, como si hubiera intentado mirar hacia arriba. Al caer hacia adelante habíase destrozado sus lentes, lastimándole la cara, y la sangre le corría por la mejilla, pasando por la boca abierta y se perdía en su sedosa barba castaña. Tenía el cabello largo y salpicado de gris. Su brazo izquierdo estaba tendido hacia el costado del hogar.

A excepción del fuego, no había luz alguna en la habitación. Ésta parecía más pequeña que desde afuera; tendría unos seis metros por cuatro y medio; sus paredes de piedra estaban cubiertas de moho; el piso era de ladrillos y el cielo raso, adherido

al tejado, era de roble. Aunque se había intentado limpiar la habitación recientemente —vi una escoba y un estropajo junto a una de las paredes— la tentativa tuvo poco éxito en su lucha contra la corrupción de los años.

Los pasos de Masters despertaron ecos cuando se encaminó hacia el cuerpo.

—Allí está el arma —dijo, indicándola con el dedo—. ¿La ven? Está del otro lado del cadáver. Es la daga de Louis Playge. La mesa y la silla derribadas. No hay nadie escondido aquí... Usted sabe algo de medicina. Examínelo, ¿quiere? Pero tenga cuidado con los zapatos. Mucho barro...

Naturalmente, era imposible no pisar la sangre. El piso, las paredes y la piedra del hogar quedaron salpicados antes de que el muerto cayera junto al fuego. Parecía haber huido desesperadamente de algo, corriendo en círculos, como un murciélago que quiere salir de una habitación... mientras su atacante se le echaba encima. A través de las rasgaduras en sus ropas, vi que tenía heridas cortantes en el brazo izquierdo, el costado y el muslo. Pero el daño peor se lo habían hecho en la espalda. Siguiendo la dirección del brazo extendido, vi que pendía de la chimenea un trozo de ladrillo que se empleó para mantener tirante el alambre de comunicación con la campana.

Me incliné hacia Darworth. Según vi, tenía cuatro puñaladas en la espalda. Casi todas ellas estaban algo altas y eran poco profundas, pero la cuarta penetraba directamente hasta el corazón por debajo del omóplato izquierdo, y había acabado con su vida. Una pequeña burbuja de aire habíase formado en la última herida.

—No hace más de cinco minutos que está muerto —afirmé (más tarde comprobamos que mi cálculo había sido correcto)—. Aunque —me vi obligado a agregar—, sería difícil que el médico forense pudiera determinarlo dentro de un tiempo. Está tendido frente a un fuego que mantendrá su cuerpo a una temperatura más alta de lo normal...

El fuego, en efecto, producía intenso calor, y me retiré un poco. El brazo derecho del muerto estaba doblado por detrás; sus dedos aferraban una hoja de metal de unos veinte centímetros de largo. Vi que el arma tenía una cruz tosca y en la empuñadura de hueso en la que se leían las iniciales L. P. Era como si se la hubiera arrancado de la herida antes de expirar. Miré a mi alrededor.

—Masters —dije—, esto es imposible...

Él se volvió hacia mí con expresión airada.

—¡Ah! Lo único que faltaba. Ya sé qué va usted a decir. Nadie podría haber entrado por esa puerta o por las ventanas, saliendo de nuevo. Le digo que esto tiene una explicación natural, ¡y por Dios que la descubriré! —Agachó un tanto la cabeza y pareció calmarse—. Debe haber una entrada, señor —manifestó obstinadamente—. Por el piso o el techo u otro lado. Examinaremos esta habitación centímetro por centímetro. Tal vez uno de los enrejados de las ventanas pueda retirarse. Tal vez... No sé. Pero tiene que haber... ¡Hagan el favor de no entrar! —gritó, agitando las manos.

El rostro de Halliday había aparecido en la abertura de la puerta. Sus ojos se fijaron en el cadáver; hizo una mueca de sorpresa y luego miró a Masters.

—Ha venido un agente de policía —dijo al inspector—. Hicimos mucho ruido con ese tronco, Lo oyó y... —Señaló el cadáver con el dedo—. Darworth. ¿Está...?

—Sí —repuso Masters—. No entre aquí, señor; pero no vuelva todavía a la casa. Diga al sargento McDonnell que haga pasar al agente. Tendrá que tomar nota de lo sucedido y dar parte a sus superiores. No pierda la calma.

—Ya estoy bien —le aseguró Halliday, llevándose la mano a la boca—. ¡Qué raro! Parece un muñeco de los que usan para practicar con la bayoneta.

Lo mismo se me había ocurrido a mí. Miré a mi alrededor. El único esplendor de otros tiempos que quedaba en esa ruina era el sólido cielo raso de roble. Vi que Masters tomaba inventario de todo, haciendo anotaciones en su libreta, y al seguir la dirección en que miraba, noté las únicas otras cosas que había en la habitación: (1) una mesa de pino, derribada a unos dos metros del hogar, (2) una silla de cocina, también derribada, con El abrigo de Darworth sobre ella, (3) una pluma fuente y algunas hojas de papel, tiradas en el charco de sangre que se formara detrás del cadáver, (4) una vela apagada en un candelero de bronce, la cual había rodado hasta el centro del cuarto, (5-6) el pedazo de ladrillo atado al alambre de la campana, ya mencionado, y el estropajo y la escoba que se hallaban apoyados contra la pared, junto a la puerta.

Y, como para completar el horror de la escena, la sustancia aromática que ardía sobre el fuego era una especie de incienso que hacía la atmósfera casi irrespirable... Todo el caso y sus contradicciones parecían afirmar a gritos que había algo fuera de lugar en esos detalles.

—Masters —dije—, hay algo más. ¿Por qué no gritó cuando le atacaron? ¿Por qué no trató de hacerse oír, aparte de agitar la campana?

Masters levantó la vista de su libreta de notas.

—Lo hizo —respondió quedamente—. Eso es lo malo. Lo hizo..., y yo lo oí.

VII. NAIPES Y MORFINA

—Verá usted —continuó el inspector, después de aclararse la garganta—, eso es lo peor de todo. No fue un grito fuerte que me hubiera atraído al instante, listo para cualquier cosa. Lo oí hablar rápidamente, aunque no en voz alta, y luego pareció como si implorase algo, para comenzar después a gemir y llorar. Desde donde usted estaba, no podría haberle oído. Yo lo percibí sólo porque me encontraba fuera, dando la vuelta en torno de la casa...

Se interrumpió un instante y se enjugó la frente con el guante de color gris que parecía demasiado grande para su mano.

—Admito que me asusté un poco —prosiguió—. Pero creí que todo eso era parte de la farsa que estaba llevando a cabo. Su voz se tornó más aguda. Vi algunas sombras que cruzaban la ventana; parecía algo infernal en esa luz rojiza. No supe qué hacer. ¿Tuvo usted alguna vez el presentimiento de que pasa algo malo, aunque cree que sólo se trata de una farsa? Vacila uno, y se queda sin hacer nada, y después se enferma uno al pensar en lo que debió haber hecho. Tendré suerte si no me obligan a renunciar por esto. Oí todo y no hice más que quedarme donde estaba. Luego sonó la campana.

—¿Cuánto tiempo después?

—Más o menos un minuto y medio después de callar la voz. He echado a perder todo —declaró amargamente.

—¿Y cuánto tiempo duraron las voces y los ruidos?

—Poco más de dos minutos. —Recordó algo y lo anotó en su libreta—. Pero no hice más que quedarme a la puerta trasera del pasaje... ¡cómo un idiota! Parecía que algo me contenía, ¿eh? ¡Ajá! Le diré, estaba explorando. Había salido por la puerta del frente...

En ese momento entró McDonnell, acompañado por un agente de policía cuyo casco e impermeable negro parecieron llenar todo el cuarto. Aproveché la oportunidad para salir.

Aún el olor predominante en el patio me pareció agradable después de haber respirado la atmósfera cargada de la casita. El cielo se había aclarado y se veían algunas estrellas. A cierta distancia se hallaba Halliday, fumando un cigarrillo.

—De modo que el cerdo ha muerto, ¿eh? —observó tranquilamente. Me sorprendió que no estuviera nervioso ni afectado. El resplandor de su cigarrillo puso al descubierto la expresión burlona que brillaba en sus ojos—. Y con la daga de Louis Playge, ¿eh? Todo de acuerdo con el programa. Blake, ésta es una gran noche para mí.

—¿Porque ha muerto Darworth?

—No. Porque la farsa ha terminado. —Se encogió de hombros—. ¿Ya leyó la tenebrosa historia de la casa? Masters me dijo que lo estaba usted haciendo. Seamos sensatos. Nunca creí en todas esas tonterías respecto a la «posesión», ni tampoco

acerca del fantasma. Admito que estaba algo inquieto. Pero ahora la atmósfera se ha aclarado... y por tres cosas.

—¿Y bien?

Meditó un momento, fumando despaciosamente. A nuestras espaldas discutían Masters y McDonnell, caminando de un lado a otro por la casita.

—La primera es que ese fantasma de pacotilla ha destruido definitivamente su inmaterialidad al matar a Darworth. Mientras se ocupaba en andar por la casa y golpear a las ventanas, conseguía alarmarnos; pero en cuanto se apodera de un arma mortífera ordinaria y hiere a alguien, se despierta el escepticismo. Tal vez si hubiera matado de miedo a Darworth, habría sido más efectivo. Ahora es un absurdo. Si, ya sé que es un asesinato y que alguien deberá ser ajusticiado; pero en cuanto d fantasma...

—Comprendo su punto de vista. ¿Y cuál es la segunda cosa?

Tenía la cabeza inclinada hacia un lado, como si contemplara el techo de la casita de piedra. Comenzó a reír entre dientes, pero se contuvo.

—Muy sencillo. Sé perfectamente bien que nada me «poseyó». Mientras todo esto estaba ocurriendo, me hallaba yo sentado en la oscuridad, sobre una silla muy incómoda, fingiendo orar... ¿Qué le parece?... Fingiendo orar por Darworth. Entonces fue cuando me di cuenta de lo cómico de la situación...

«Y eso me conduce a la última de las tres cosas. Quiero que hable usted con Marion y tía Anne. Deseo que vea qué ha sido de la atmósfera espiritista que reinaba aquí hace una hora. Se llevará usted una sorpresa. ¿Cómo cree que se sienten?».

—No comprendo.

—Sí. —Se volvió para arrojar su cigarrillo, enfrentándose luego nuevamente a mí—. ¿Cree usted que lo consideran un mártir? ¿Que están abrumadas de dolor? ¡No! Le aseguro que se sienten aliviadas. ¡Aliviadas! El único que no ceja es Ted, quien seguirá creyendo hasta el fin de sus días que Darworth fue asesinado por un fantasma. Pero ellas dos parecen haberse librado de una influencia hipnótica. Eso es lo que no logro entender. ¿Qué...?

Masters asomó en ese momento la cabeza por la puerta y no chistó. Parecía aún más preocupado que antes.

—Tenemos mucho que hacer —dijo—. Hay que llamar al médico policial, a los fotógrafos, hacer el informe. Ahora estamos registrando todo. Oiga usted, señor, ¿quiere volver a la casa y conversar con esa gente? No los interrogue. Déjelos hablar, si quieren. Entreténgalos hasta que vaya yo. Y no les dé ningún informe, aparte de decirles que Darworth está muerto. Nada de lo que no podemos explicar, ¿eh?

—¿Cómo marcha eso, inspector? —inquirió Halliday. Masters volvió la cabeza.

—Se trata de un asesinato —respondió lentamente, y con un dejo especial en la voz que tal vez fuera de recelo—. ¿Ha visto usted alguna vez una causa criminal? ¿No? ¡Ah, ya me parecía! No es nada gracioso...

Halliday se encaminó hacia la puerta y se enfrentó a él, mirándole fijamente.

—Inspector —dijo, y titubeó un instante—. Inspector, espero que todos nos entendamos antes de comenzar esto. Sé que se trata de un asesinato. Lo he pensado bien; imagino la notoriedad desagradable a que nos veremos abocados, y me figuro todo lo que tendremos que soportar durante la investigación... ¿No puede usted ahorrarnos una parte? No soy ciego. Sé que se sospechará de que alguno de los presentes apuñaleó a Darworth. Pero usted sabe que no es así, ¿verdad? Sabe que no fue uno de sus discípulos. ¿Quién le mataría? Excepto, naturalmente... —Levantó la mano y se tocó el pecho.

—¡Ah! —dijo Masters, con voz totalmente inexpresiva—. Posiblemente, posiblemente. Verá usted, míster Halliday, tendré que cumplir con mi deber. Mucho me temo que no pueda dejar a nadie fuera del asunto. A menos... No tendrá usted intención de confesar que fue el criminal, ¿eh?

—En absoluto. Todo lo que quise decir...

—Pues, entonces, perdone usted, señor —le interrumpió Masters—. Tengo que continuar con mi trabajo.

Halliday sonrió levemente. Tomándome del brazo, me condujo hacia la casa.

—Sí, sí. El inspector tiene los ojos puestos en uno de nosotros. ¿Y cree usted que me importa? ¡No! —Rió por lo bajo—. Y ahora le diré por qué no. Le conté que todos estábamos sentados en la oscuridad. Ahora bien, si Masters no logra cargar la culpa del apuñalamiento al joven Joseph, que es lo que tratará de hacer primeramente, entonces se dedicará a uno de nosotros. ¿Comprende? Dirá que durante los veinte minutos de oscuridad, uno del grupo se levantó y salió...

—¿Y fue así?

—No lo sé —respondió—. Es indudable que uno se levantó de su silla; la oí crujir. Además, se abrió y se cerró la puerta. Pero eso es todo lo que podría afirmar.

Aparentemente, todavía no se hacía cargo de las dificultosas (por no decir imposibles) circunstancias que rodeaban el asesinato de Darworth.

—¿Y bien? —le urgí—. No hay nada de gracioso en eso. Sólo un loco se atrevería a correr un riesgo así, en una habitación llena de gente.

—Pues, es muy gracioso —manifestó, sonriendo alegremente. Hizo una pausa y, al fin, se tornó grave—. Le explicaré. Marion y yo estuvimos todo el tiempo tomados de la mano. ¿No es cierto que parecerá muy divertido cuando lo declaremos ante el tribunal? Ya me parece oír las risitas de los vecinos... Pero tendré que declararlo, porque ésa es nuestra coartada. Le diré, a los demás no se les ha ocurrido que podrían sospechar de ellos. Le aseguro que a mí sí se me ha ocurrido. Empero, eso no hace al caso. Siempre que mi prometida no corra peligro... ¡Vaya, pueden encerrar a todos los demás si quieren!

Oímos que nos llamaban y Halliday apretó el paso. Desde la vieja cocina donde leyerá yo las cartas, salía el resplandor de las velas que iluminaban su interior. A la puerta del mismo se hallaba parada Marion Latimer.

—Está muerto, Dean —dijo ella quedamente—. Debería lamentarlo, pero no es

así.

Estaba temblando. Halliday la tomó por los hombros, diciéndole:

—¡No pises el barro! Tus zapatos...

—Me he puesto un par de chanclos que encontré. ¿Qué decía? ¡Ah! Entra y habla con ellos...

Al levantar la cabeza, me vio y me miró con fijeza, apartándose de Halliday.

—Usted es de la policía, ¿verdad, míster Blake? —me preguntó—. O está relacionado con las autoridades, según dice Dean. Haga el favor de acompañarnos. Lo prefiero a usted y no a ese hombrón que estuvo aquí hace un rato...

Subimos los escalones y, al llegar frente a la puerta de la cocina, les hice seña de que se detuvieran. Acababa de ver a Joseph en su interior.

El mozalbete estaba sobre el cajón, con los codos apoyados sobre el banco de carpintero y las manos sobre las orejas. Tenía los párpados entornados y respiraba con dificultad. La luz de las cuatro velas iluminaba su rostro delgado y sus manos sucias.

Su cara era infantil y pequeña; las pecas se destacaban en su cutis, cubriéndole la nariz algo chata y los alrededores de su boca grande. El cabello rojizo, bastante corto, le caía sobre la frente. Calculé que contaba unos diecinueve o veinte años de edad, y no representaba más de trece. Sobre el banco, frente a él, estaban los papeles que yo había leído, pero el muchacho no los miraba siquiera. Sobre ellos descansaban varios naipes muy usados. El mozo miraba fijamente una de las velas, balanceándose un poco; sus labios se movían, pero no habló. Sus ropas, de una tela chillona y a cuadros, le daban un aspecto aún más raro.

—¡Joseph! —Le dije quedamente—. ¡Joseph!

Hizo girar el cuerpo lentamente y levantó la cabeza. Su rostro no era el de un idiota; en otro tiempo debió haber reflejado inteligencia. Una película le cubría los ojos, y sus pupilas estaban contraídas extraordinariamente. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Unas horas antes, cuando lo vi a la luz de mi linterna, me había parecido tonto e inexpresivo, pero no era como le veía ahora.

Repetí su nombre y me le acerqué lentamente.

—Todo marcha bien, Joseph. Soy médico...

—¡No me toque! —exclamó, echándose hacia atrás—. No me toque...

Lo tomé de la muñeca, sin apartar mis ojos de los suyos. El muchacho tembló, esforzándose por apartarse. A juzgar por el pulso, el que le había administrado la dosis de morfina que tenía en el cuerpo había ido demasiado lejos. Empero, no corría peligro, pues parecía acostumbrado a la droga.

—Estas enfermo, Joseph. A menudo te sientes mal, ¿verdad? Por eso tomas esa medicina...

—Por favor, señor. —Se apartó de nuevo, mirándome humildemente—. Por favor, señor, ya me siento bien. Muchas gracias. ¿Puede soltarme? —Súbitamente dio rienda suelta a la lengua. Su voz era como la de un escolar que hace una confesión a

su maestro—. ¡Ahora ya sé! Usted quiere enterarse. ¡No quise hacer nada malo! Sé que él me dijo que no me daría medicina esta noche, pero la tomé de todos modos, pues sé dónde guarda el estuche. ¡Hace muy poco que me la apliqué, señor! Muy poco...

—¿Es una medicina que te pones en el brazo, Joseph?

—¡Sí, señor! —Se llevó la mano hacia el bolsillo interior de la americana—. Se lo mostraré. Aquí...

—¿Mr. Darworth te da esa medicina, Joseph?

—Sí, señor. Me la aplica cuando estamos por dar una sesión, y entonces caigo en trance. Eso es lo que atrae a los espíritus; aunque yo no lo sé, pues nunca veo nada...

—Joseph rompió a reír—. Oiga, no debería decirle esto. Me ordenaron que no dijera nunca nada. ¿Quién es usted? Además, creí que sería mejor si esta noche me aplicaba una dosis doble. Me gusta mucho...

Me miró ansiosamente.

Tuve deseos de volverme para ver cómo reaccionaban Halliday y su prometida, pero no quise apartar los ojos del mozalbete. El exceso de morfina le había soltado la lengua, y estábamos a punto de saber toda la verdad.

—Claro que sí, Joseph —le dije—, y no te censuro por ello. Dime, ¿cuál es tu apellido?

—¿No lo sabe usted? ¡Entonces no es médico! —Se apartó un poco, cambió de idea y agregó—: Debe saberlo. Me llamo Joseph Dennis.

—¿Dónde vives?

—¡Ya sé! Usted es un médico nuevo. Eso es. Vivo en el número 401 B de Loughborough Road, Brixton.

—¿Tienes padres, Joseph?

—Esta Mrs. Sweeney... —repuso en tono dudoso—. ¿Padres? No lo creo. No recuerdo nada, excepto que nunca tuve bastante para comer. Todo lo que recuerdo es una muchachita con la que iba a casarme. Vivía en una casa y tenía cabellos amarillos; pero no sé qué fue de ella, señor. Esta Mrs. Sweeney. Teníamos entonces sólo ocho años de edad, así que no podíamos casarnos.

—¿Cómo conociste a Mr. Darworth?

Me contestó con menos seguridad. De todo lo que me dijo, entendí que Mrs. Sweeney, su tutora, había conocido en otro tiempo a Darworth. Fue ella quien le habló al individuo acerca de los grandes poderes psíquicos del jovencito.

Un día salió y regreso con Mr. Darworth, «quien tenía puesto un abrigo con cuello de piel y un sombrero brillante, y viajaba en un largo automóvil que tenía una cigüeña en el capot». Hablaron de él y uno de los dos dijo: «Joseph nunca nos descubrirá». Al muchacho le parecía que eso había ocurrido tres años atrás.

Mientras Joseph me describía con lujo de detalles la sala de la casa de Loughborough Road, haciendo especial referencia a las cortinas de cuentas de vidrios y a la Biblia con cierre dorado, tuve de nuevo el impulso de volverme para mirar a

mis compañeros. Era difícil predecir cómo tomarían los acólitos esta prueba innegable de la falsía de Darworth. Lo difícil sería persuadir al muchacho de que repitiera su declaración en otro momento. Además, noté que llegaba ya el momento en que finalizaría su volubilidad. Unos minutos más y se tornaría hosco y reticente. Le urgí a que continuara.

—No necesitas preocuparte por lo que pueda decir míster Darworth —le dije—. El doctor le explicará que tomaste la medicina porque te era necesaria...

—¡Ah!

—... y le dirá también que no pudiste hacer lo que míster Darworth te ordenó... Veamos, ¿qué fue lo que te dijo que hicieras?

Joseph se levó un dedo a la boca y se lo mordió. Bajó luego la voz, como si imitara a Darworth.

—Para escuchar, señor. Para escuchar. Eso es lo que me dijo.

Luego asintió varias veces.

—¿Para escuchar?

—Sí, para escucharlos a ellos, a esa gente. Dijo que no me quedara con ellos, y que me negara si pedían una sesión. Ésa es la verdad, señor. Dijo que no estaba seguro, pero que temía que alguien quisiera hacerle daño y saliese... y que yo me fijara quién era...

—¿Y después, Joseph?

—Me dijo que había sido bueno conmigo y que había dado mucho dinero a Mrs. Sweeney para que me cuidara, y que si alguien le hacía daño yo sabría quién era... Pero yo tomé mi medicina y después no quise más que jugar a las cartas. No entiendo bien los juegos, pero me gustan mucho.

—¿Tu amo esperaba que alguien saliera, Joseph?

—Dijo... —El mozo parecía indeciso. Habíase vuelto ya y estaba recogiendo los naipes. Cuando volvió a levantar la vista, sus ojos no se fijaron en mí.

—Por favor, señor, no quiero hablar más —se quejó. Púsose de pie y retrocedió—. Puede usted castigarme si quiere, como ellos lo hacían, pero no hablaré más.

Había retrocedido hasta un rincón oscuro.

Me volví súbitamente. Marion Latimer y Halliday se hallaban tomados de la mano; ambos tenían la vista fija en el rostro blanco de Joseph. Al mirar detrás de ellos, vi que había alguien más en el umbral.

—Ajá —exclamó ásperamente *lady* Benning. Fruncía los labios, y su rostro estaba lleno de surcos.

Los ojos negros se fijaban en los míos. Estaba apoyada en un paraguas, con el cual golpeó de pronto la pared del pasaje.

—Venga usted a la habitación del frente —chilló—, y pregúntenos cuál de nosotros mató a Roger Darworth... ¡Oh, Dios mío! ¡James, James! —exclamó, rompiendo a llorar.

VIII. ¿CUÁL DE LOS CINCO?

En la habitación de la entrada me enfrenté a cinco personas.

Lady Benning se hallaba sentada en el mismo sillón de antes, frente al fuego apagado, y bajo la luz de las seis velas que iluminaban la habitación. Tenía una mano sobre sus ojos y respiraba algo agitada. El comandante Featherton se encontraba en pie a su lado, mirándome con ira. Ted Latimer estaba junto al hogar y tenía un atizador en la mano.

No obstante, me resultó tan fácil encararme a ellos que me sentí casi incómodo, pues lo que parecía predominar en el ambiente era el miedo de todos.

—¿Y bien, señor? —tronó el comandante, como si estuviera dispuesto a hablar en seguida; pero no continuó.

Visto a la luz de las velas, el comandante era un caballero imponente. Estaba muy erguido, y parecía oprimido por el abrigo cuyo corte ocultaba bastante bien su abultado abdomen. Su brillante calva contrastaba con el subido color de su rostro, su gran nariz y sus inflados carrillos. Tenía una mano a la espalda; con la otra se atusaba el blanco mostacho. Sus pálidos ojos azules me contemplaban desde debajo de sus hirsutas cejas. Parecía algo nervioso.

Lady Benning ahogó un sollozo y el comandante apoyó una mano sobre el hombro de la anciana.

—Nos han dicho que Darworth está muerto —manifestó—. Bien, le aseguro que no me gusta nada esto. ¿Cómo ocurrió?

—Le apuñalearon —repuse—. Ya saben que estaba en la casita de piedra.

—¿Con qué? —inquirió en el acto Ted Latimer—. ¿Con la daga de Louis Playge?

Ted tomó una silla y se sentó a horcajadas sobre ella. Trataba de mantenerse sereno. Tenía la corbata desarreglada y había manchas de suciedad en su cabello rubio.

Asentí.

—¡Bien, maldita sea, diga usted algo! —gruñó el comandante—. ¡Vamos, vamos! Todos estamos algo inquietos. Conque ese Masters resultó ser un funcionario policial...

Ted lanzó una mirada de ira a su futuro cuñado, quien estaba encendiendo un cigarrillo.

—... eso ya nos resultó bastante desagradable —continuó Featherton—. Fue una violación de...

—Yo lo llamaría más bien previsión —le interrumpió Halliday—. ¿No le parece que estuve justificado?

Featherton abrió y cerró la boca varias veces.

—¡Oiga! —exclamó—. ¡No me gustan estas confusiones! Prefiero saber cuál es la verdad. En ningún momento estuve conforme con esto del espiritismo... Bueno, señor, espero que todos nos entendamos. *Lady Benning* es amiga de su hermana —

hablaba en tono acusador—. Más aún, Dean me dice que estuvo usted relacionado con el M. I. D. ¡Vaya, si conozco al que fue su jefe! Es ése al que llaman ustedes Mycroft. Lo conozco muy bien. Seguramente no querrá usted que nos veamos complicados con el revuelo que seguirá a todo esto, ¿eh?

Había un sólo método para hacer que esas personas hablaran francamente. Cuando hube finalizado mi explicación, el comandante se aclaró la garganta.

—Muy bien, muy bien. Usted no es de la policía. No hará interrogatorios que nos pongan en ridículo, ¿en? Tratará de ayudarnos si ese funcionario se pone... pesado.

Asentí. Marion Latimer me estaba contemplando con expresión curiosa, como si acabara de recordar algo. Dijo claramente:

—Y usted cree que la clave de este asunto está en... ¿cómo es que dijo?... en algún asociado de Darworth que nada tiene que ver con nosotros. En el pasado...

—¡Pamplinas! —Intervino Ted, lanzando una risotada.

—Eso mismo quería decir —manifesté, sin prestar atención al muchacho—. Pero, antes de que continuemos, todos ustedes deben contestar francamente a una pregunta.

—Pregunte usted —dijo el comandante. Miré a los componentes del grupo.

—¿Puede alguno de ustedes decirme sinceramente que todavía cree en que Darworth murió por causas sobrenaturales?

Todos se miraron. Aún *lady* Benning habíase puesto algo nerviosa. Sus manos enjoyadas seguían sobre sus ojos, aunque me pareció que me miraba por entre los dedos; comenzó a temblar, dejó escapar un sollozo y se recostó contra el respaldo del sillón.

—¡No! —tronó el comandante.

Su negativa sirvió para aminorar la tensión reinante.

—¡Muy bien! —dijo Halliday—. Habla tú, chica. Diles lo que piensas.

—No... no sé —repuso Marion, con una incrédula sonrisa en los labios. Levantó la vista—. Sinceramente, no lo sé, pero no lo creo. Verá usted, Mr. Blake, nos ha puesto usted en tal situación que pareceremos necios si decimos que no... ¡Espere! Lo diré de otra manera. No sé si creo o no en lo sobrenatural. Me figuro que sí. Hay algo en esta casa... —Miró a su alrededor—... No sé, es posible que haya algo terrible aquí. Pero si me pregunta usted si creo que *míster* Darworth era un impostor, le diré que sí. Después de oír lo que dijo ese chico Dennis... —Se estremeció.

—Entonces, mi estimada *miss* Latimer —declaró el comandante—, ¿por qué...?

—¿Ve usted? —dijo ella, quedamente, y sonrió—. Eso es lo que quería decir. No me gustaba ese hombre. Por el contrario, creo que lo detestaba. No sé cómo explicarlo, pero he oído hablar de personas que cayeron en poder de... de otros doctores. Él era una especie de doctor que nos emponzoñaba hasta el punto de que... —Lanzó una mirada a su novio—... de que veía unos gusanos paseándose sobre nuestros seres queridos. Ahora ha muerto y nos hemos liberado de su influencia, tal como yo lo deseaba.

Ted dejó escapar otra risotada.

—Oye, querida —manifestó—, no te aconsejo que continúes hablando así. Podrías echarte la soga al cuello.

—Bien, bien —intervino Halliday, quitándose el cigarrillo de los labios—. Parece que quieres que te aplasten la cara, ¿eh?

Ted lo contempló fijamente. Era un joven del tipo intelectual. Adoptó una actitud altanera y se acarició el incipiente bigote. Hubiera resultado ridículo de no haber sido por el fanatismo que brillaba en sus ojos.

—No te pongas así, viejo. A todos pueden atribuirnos un móvil para el asesinato, exceptuando, posiblemente, a mí mismo. Pero, no creo que puedan arrestar a nadie. ¡Sí, creía en Darworth, y todavía creo! Me alegro de que haya intervenido la policía, pues ahora tendrá el mundo una demostración y no podrá seguir negando algo que pertenece al progreso científico... —Tragó saliva—. ¡Está bien, está bien! Digan que soy loco, pero esto tendrá que ser demostrado al mundo. ¿No vale la vida de un hombre...?

—Sí —le interrumpió Halliday—. Tú pareces interesarte en la vida del hombre sólo después de que está muerto. En cuanto a nosotros, ya he oído antes todas esas tonterías. —Miró fijamente al muchacho—. A propósito, ¿qué es lo que querías decir?

—Sólo esto, muchacho: No somos idiotas. Oímos a los policías cuando echaron abajo la puerta; nos enteramos de mucho de lo que se dijo y de lo que se piensa... y hasta que Scotland Yard nos diga cómo mataron a Darworth, no expresaré lo que pienso del asunto.

Lady Benning se irguió en ese momento. El comandante Featherton se inclinó para arroparla con la capa que cubría sus hombros.

—Gracias, William —le dijo ella—. Estas cortesías... Sí, sí; ya estoy mejor.

—Si algo te incomoda, Anne —dijo Featherton—. Yo...

—No, no, William. Pregunta a Mr. Blake, o a Dean, o a Marion —dijo la anciana—. Ellos lo saben.

—¿Se refiere usted a lo que nos dijo Joseph? —inquirí.

—En cierto modo, sí.

—¿No había sospechado usted que Darworth era un impostor?

En ese momento oímos voces procedentes del exterior; un llamado, una respuesta y el ruido de pasos que se acercaban. Alguien dijo: «Acarrea el trípode, ¿quieres? ¿Dónde diablos...?». Otro replicó quedamente; siguió una risita, y los pasos dieron la vuelta en torno de la casa.

—¿Si sospeché? —dijo *Lady Benning*—. No sabemos que Mr. Darworth fuese un impostor. De ser así, estoy segura de una cosa... Ellos no son una ilusión; son reales. Él los molestó y ellos lo mataron.

Sobrevino un momento de silencio. Todos parecían estar muy nerviosos.

—Soy una anciana, Mr. Blake —continuó ella, levantando los ojos—. Tenía muy poco que me hiciera feliz. Nunca pedí que se introdujera usted en mi vida; pero lo

hizo usted, y asustó a ese chiquillo Joseph, pisoteando mi jardín. ¡Por amor de Dios, no haga usted nada más!

Se retorció las manos, y volvió el rostro hacia otro lado.

—En parte le doy la razón, *lady* Benning —dije—. ¿Se sentía usted feliz al pensar que su sobrino podía ser poseído por un espíritu maligno?

En respuesta, la anciana miró a Halliday.

—¡Tú! Querido sobrino, no dudo de que tú eres feliz. Eres joven y rico, y tienes una hermosa prometida... —*Lady* Benning hablaba en tono malévolo—. Tienes amigos y salud y un lecho por la noche. No eres como el pobre James que se encuentra en el frío exterior. ¿Por qué no habrías de preocuparte y sufrir un poco? ¿Por qué no habría de preocuparse esa muñeca bonita? Eso les hace bien. ¿Por qué no habría yo de buscar que así ocurriera? No era por ti por quien me preocupaba. No era por ti que deseaba hacer purificar la casa. Fue por James por quien lo hice. James debe estar allí en el frío hasta que el espíritu maligno se haya ido de aquí. Tal vez sea James ese espíritu maligno...

—¡Querida Anne! —exclamó el comandante—. Esto no puede ser...

—Y ahora —continuó la anciana—, Roger Darworth me ha engañado. Muy bien. Sólo desearía haberlo sabido antes.

Contuve a Halliday, quien contemplaba a su tía con incredulidad, y había comenzado a decir...

—¿Tú trataste de...?

Intervine rápidamente:

—¿Dice usted que la engañó, *lady* Benning?

Ella titubeó un instante y al fin respondió:

—Si era un impostor, me engañó. Si no, tampoco pudo exorcizar al espíritu maligno que habita esta casa. Sea como sea, ha muerto a manos de ese ser. Fracasó; por lo tanto, me engañó.

La anciana se recostó en el respaldo del sillón, presa de violentos estremecimientos. Luego se enjugó los ojos.

—¡Ah! —agregó—. No debo olvidar. ¿Quería usted preguntarme algo más, míster Blake?

—Sí. Algo que desearía preguntar a todos... Hace una semana hubo una reunión en el departamento del comandante Featherton. Tengo entendido que persuadieron a míster Darworth de que efectuara una demostración de escritura automática. ¿Es verdad eso?

La anciana se volvió hacia Featherton.

—¿No te lo dije? —preguntó, con tono triunfal—. ¿No te lo dije, William?... Lo sabía. Cuando ese funcionario policial entró hace un momento y quiso asustarnos, lo acompañaba un joven. Otro policía, el que se encargó de Joseph. No nos mostró su rostro; pero lo conocí en seguida. Fue el espía que recibimos como amigo la otra noche.

Ted Latimer saltó de su asiento.

—¡Ea! —exclamó—. ¡Eso no es posible! Bert McDonnell... ¡Sí, ya sé! Me pareció reconocerle cuando vino a buscar ese tronco y no me respondió cuando le hablé... ¡pero eso es imposible! Bert no es de la policía. La idea es fantástica... Oiga usted, no es verdad eso, ¿eh?

Me negué a contestar, diciéndoles que interrogaran a Masters al respecto, pues no deseaba que se apartaran del asunto. Vi que Halliday pedía a Marion que no hablara, y yo me fijé luego en el comandante, mientras explicaba lo que sabíamos de lo ocurrido aquella otra noche en su departamento. Featherton parecía algo inquieto.

—Y se nos informó que Darworth pareció aterrizzarse por lo que vio en el papel... —Miré a mi alrededor.

—¡Por cierto que así fue! —explotó Featherton, golpeándose la palma de una mano con el puño—. Nunca vi a alguien más asustado que él.

—Sí, debe haber sido Bert... —dijo Ted, muy pensativo.

—Y, por supuesto, si alguien vio lo que habla escrito en ese papel...

Duró tanto el silencio que creí no haber tenido éxito. *Lady Benning* no parecía interesada, y miraba desdeñosamente a Ted, quien murmuraba algo entre dientes.

—Una triquiñuela vulgar —declaró el comandante. Carraspeó varias veces—. Pero... sea lo que fuere, creo que puedo decirle qué decía la primera línea. ¡No me mires así, Anne! Bien sabes que nunca me gustaron esas actividades espiritistas... ¿Qué decía? ¡Ah, sí! La primera línea. La recuerdo claramente. Decía: Sé donde está enterrada Elsie Fenwick.

Sobrevino otro momento de silencio, mientras el comandante se atusaba los mostachos en actitud desafiante. Repitiendo en voz alta las palabras, miré a los componentes del grupo. O una de esas personas era un magnífico actor, o las palabras no tenían significado alguno para ellos. Sólo dos comentarios se hicieron en un espacio de unos tres minutos, los cuales pueden parecer un tiempo muy largo. En tono de fastidio, como si se hubiera introducido un tema ajeno al asunto, Ted Latimer dijo:

—¿Quién es Elsie Fenwick?

—Nunca la oí nombrar —comentó Halliday.

Luego miraron todos al comandante, mientras yo me convencía de que uno de los cinco era el asesino.

—¿Y bien? —dijo de pronto Featherton—. ¡A ver si alguien dice algo!

—No nos dijiste eso antes, William —manifestó *lady Benning*.

Featherton hizo un gesto de irritación.

—Porque era un nombre de mujer —protestó—. ¿Comprendes? Era un nombre de mujer.

Todos guardaron silencio. En ese momento sonaron pasos en el *hall* y nos volvimos para ver quién era. La hostilidad volvió a reinar en la atmósfera cuando entró Masters en la habitación.

El inspector correspondió en igual forma. Nunca le he visto más preocupado ni más serio. Tenía el abrigo sucio de barro, tal como el sombrero hongo que cubría su cabeza. Se detuvo en el umbral, inspeccionando lentamente al grupo.

—¿Y bien? —preguntó Ted Latimer—. ¿Ya nos podemos ir a nuestras casas? ¿Cuánto tiempo piensa retenernos aquí?

Masters siguió mirándolos. Como obedeciendo a un impulso irresistible, sonrió. Asintiendo, dijo:

—Les diré, señoras y señores. —Se quitó los guantes llenos de barro, introdujo la mano dentro de su abrigo y extrajo un reloj—. Son las tres y veinticinco. A decir verdad, es posible que estemos aquí hasta que sea de día. Podrán ustedes retirarse tan pronto como cada uno haya hecho su declaración. No será bajo juramento, por supuesto, pero les aconsejo franqueza...

«Queremos que hagan esas declaraciones por separado. Mis hombres están arreglando lo mejor posible uno de los cuartos, y entraran ustedes uno por uno. Mientras tanto, enviaré aquí un agente para que les haga compañía y los proteja. Los consideramos a ustedes como valiosos testigos».

La sonrisa se borró de su rostro.

—Y ahora, les ruego me excusen. ¡Míster Blake! ¿Quiere usted salir un momento? Desearía hablar con usted en privado.

IX. «ENCERRADO EN UNA CAJA DE PIEDRA»

Masters me llevó a la cocina sin decir palabra. Joseph ya no estaba allí. El banco de carpintero había sido colocado de manera que estaba frente a la puerta, y las velas ardían en línea sobre él. Vi una silla para los testigos, y el aspecto general del cuarto era el de los antiguos tribunales de la Inquisición.

Desde el patio nos llegaban ruidos de pasos y voces, y vi luces que se movían en él. Alguien estaba trepando al tejado de la casita de piedra; brilló el resplandor fugaz de una lámpara de magnesio, iluminando momentáneamente una escena que parecía pintada por Doré. Más cerca, una voz dijo:

—¡Cristo, le despacharon bien!

—Ajá —murmuró otra voz, y alguien encendió un fósforo.

Masters señaló con el pulgar la escena de todas esas actividades.

—Estoy vencido, señor —manifestó—. Por lo menos ahora estoy vencido, y no me avergüenza admitirlo. Ha ocurrido lo imposible. Tenemos evidencia de que nadie pudo haber entrado o salido de esa casa. Pero Darworth está muerto. Verá usted... ¡Espere! ¿Se ha enterado de algo?

Comencé a explicarle lo que había sabido, y me interrumpió cuando le estaba hablando de Joseph.

—¡Ah, sí! Me alegro de que lo viera usted, como lo vi yo. —Sonreía levemente—. Envié el muchacho a su casa en un taxi, escoltado por un agente. Es posible que no corra peligro, pero...

—¿Peligro?

—Sí. Le diré. Darworth no temía a esta casa por sus fantasmas. Éstos no le producían impresión alguna. Lo que temía era el posible ataque de un ser humano... ¿eh? ¿Por qué, si no, cree usted que echó el cerrojo y atrancó la puerta por dentro? No era para impedir la entrada a los fantasmas. Creía que alguno de sus acólitos tenía intenciones homicidas con respecto a él, y no sabía cuál de ellos era. Por eso fue por lo que esta noche apartó de ellos a Joseph: para que los vigilara y descubriera la identidad del posible atacante. Sabía que era uno del grupo, debido a ese mensaje que pusieron entre sus papeles la noche en que hizo la demostración de escritura automática. ¿Comprende, señor? A alguien le temía, y éste era el momento de saber quién era. Se creyó seguro allí dentro...

Comuniqué entonces a Masters las declaraciones del comandante Featherton.

—«Sé dónde está enterrada Elsie Fenwick» —repitió, entornando los párpados—. El nombre me resulta familiar..., y está relacionado con Darworth, lo juraría. Pero hace mucho que he visto el prontuario de ese hombre; por eso no estoy seguro. Bert debe saberlo. ¡Elsie Fenwick! Algo me dice ese nombre.

Guardó silencio largo tiempo. Al fin se volvió.

—Bien; le explicaré el enredo en que nos encontramos. ¿Se da usted cuenta de que no nos servirá de nada acusar a nadie hasta que no podamos demostrar cómo se

cometió el asesinato? Ni siquiera podríamos presentarnos ante el tribunal. ¿Eh? Escuche.

«Primeramente, la casa. Las paredes son de piedra sólida; no hay una sola rendija en ellas. Uno de mis hombres ha examinado el cielo raso centímetro por centímetro, y está tan sólido y entero como el día en que lo instalaron. También hemos inspeccionado todo el piso...».

—No pierde usted tiempo —comenté.

—¡Ah! —gruñó Masters, bastante complacido—. Sí.

No todos podrían hacer levantar de la cama al médico forense a las tres de la mañana... ¡Bien! Hemos revisado el piso, el cielo raso y las paredes. Puede usted quitarse de la cabeza la posibilidad de que haya puertas trampas o entradas ocultas. Ya hemos llenado el informe al respecto.

«Luego siguen las ventanas, las cuales no se pueden tomar en cuenta. Esas rejas están empotradas en la piedra; no hay la menor duda de ello. Los espacios entre los barrotes cruzados son tan pequeños, que ni siquiera podría haberse pasado por allí la hoja de esa daga. Nosotros tratamos de hacerlo. La chimenea no es lo suficientemente grande como para dar paso a nadie, aunque se arriesgara uno a caer en un fuego tan vivo como el que ardía en el hogar, y, finalmente, hay dentro de ella una gruesa malla de hierro. De modo que también debemos desechar ese medio de entrada. La puerta... —Se interrumpió bruscamente, miró hacia el patio y rugió—: ¡SALGAN DE ESE TECHO! ¿QUIÉN ESTA EN ESE TECHO? ¿No les dije que esperasen hasta la mañana para hacer todo eso? No se puede ver nada...».

—Soy del *Daily Express*, inspector —replicó una voz procedente de la penumbra exterior—. El sargento dijo...

Masters echó a correr hacia los escalones y desapareció. Oí un rosario de denuestos, y a poco regresó jadeante.

—Me figuro que no importa mucho —declaró melancólicamente—. En fin, ¿qué le estaba diciendo? ¡Ah, sí, la puerta! Pues bien, ya sabe usted que estaba con el cerrojo corrido y asegurada con un barrote de hierro, y no es uno de esos cerrojos con los que se puede jugar; demasiado cuesta correrlos aun cuando esté uno adentro...

»Finalmente viene lo más increíble. Tendremos que esperar la luz del día para confirmarlo del todo; pero desde ya puedo decir que lo sé. Con excepción de las huellas dejadas por usted y por mí... y de las de los que nos siguieron cuidando de pisar donde pisábamos nosotros, no hay una sola huella de pies en un radio de seis metros alrededor de la casa. Y usted y yo sabemos que cuando fuimos por primera vez allí no vimos ninguna en el camino que recorrimos, ¿verdad?

Así era, en efecto. Recordé el patio cubierto de barro completamente intacto en todas direcciones.

—Sin embargo —dije—, mucha gente había caminado por el patio algo más temprano, esta misma noche, y salieron y entraron en la casa mientras llovía. ¿Por qué es que el barro no mostraba ninguna huella? ¿Cómo es que no quedaba ninguna

cuando salimos nosotros?

Masters sacó su libro de notas y frunció el ceño.

—Eso se debe a una particularidad especial del suelo. No sé qué es, pero lo tengo aquí anotado. McDonnell y el doctor Blaine estaban hablando al respecto. La casa está sobre una especie de elevación. Cuando la lluvia cesa, el agua corre hacia abajo, arrastrando consigo un fango arenoso muy propio de esa parte del terreno. Es muy fino y cubre todo, según dice Bert. Ya habrá notado usted que el patio huele mal. Y se oía un ruido especial cuando paró la lluvia. Bert opina que debe haber un sumidero conectado con un pozo... En fin; sea como fuere, la lluvia había cesado tres cuartos de hora antes de que mataran a Darworth, y el barro se había estacionado bien, cubriendo todo el patio.

Regresó a la cocina, restregándose la barbilla. Tomó asiento en el cajón, frente al banco de carpintero.

—Pero aquí está todo. Es imposible... ¿Qué estoy diciendo? —murmuró el inspector—. Debo estar envejeciendo, y estoy cansado. No hay huellas que se acerquen a la casa. ¡Puertas y ventanas, piso, cielo raso y paredes tan firmes como si la casita fuera una caja de piedra! Sin embargo, tiene que haber una salida. No quiero creer...

Estaba contemplando los papeles que constituían el manuscrito de George Playge, la escritura y el recorte de diario. Los examinó con curiosidad y luego los guardó en la carpeta.

—No quiero creer esto —agregó, agitando la carpeta.

—Por cierto que lo sobrenatural ha quedado mal parado, Masters. Una vez que entró la policía, el pobre Louis... —Recordé a *Lady Benning* y las palabras que me dijo—. En fin, eso no importa. ¿Hay algún indicio definido?

—Los expertos en impresiones digitales están trabajando. Tengo un informe preliminar del médico, pero no me darán un *post-mortem* completo hasta mañana. Ya llegó el camión y se llevarán el cadáver tan pronto Bailey haya terminado con las fotografías del interior... ¡Ah!— exclamó, retorciéndose las manos. —Desearía que llegase el día. En alguna parte tiene que haber una pista, pero tengo que encontrarla. He cometido un error imperdonable. El comisionado dirá que no debí haber dejado que nadie caminara por aquí; que debería haber puesto tablas para evitar que dejaran huellas. ¡Como si uno pudiera hacer esas cosas! Ahora veo lo difícil que es ser metódico y pensar en todo cuando uno mismo se ve mezclado en un caso. ¿Indicios? No. No hallamos más de los que usted vio..., excepto un pañuelo. Es de Darworth: tiene sus iniciales, y estaba debajo de su cadáver.

—Había algunas hojas de papel y una pluma fuente en el piso —le recordé—. ¿Tenían algo escrito en ellas?

—No tuvimos esa suerte. Estaban en blanco. Y eso es todo.

—¿Y ahora qué?

—Ahora entrevistaremos a los invitados —declaró Masters—. Bert está

encargado de todo lo demás; de manera que no nos interrumpirán... Ahora bien, a ver si entendemos esto claramente, según lo tengo anotado. Eran más o menos las doce y media cuando Bert, míster Halliday y yo lo dejamos a usted leyendo y fuimos a la habitación del frente de la casa. Miss Latimer pensó que algo le había ocurrido a Halliday, y le salió al encuentro cuando llegamos al *hall*. Luego entramos en la habitación donde se hallaba el resto del grupo. Bert se quedó fuera, y yo tuve con ellos una conversación que resultó...

—¿Inútil?

—¿Ah? Sí, supongo que sí. En fin; la anciana, con toda frescura, me ordenó que buscara algunas sillas para que todos se sentasen. Así lo hice. ¡Maldita sea!... Además, fue una buena oportunidad para registrar todo. La casa está llena de muebles rotos y viejos. Luego me cerraron la puerta en la cara, pero ya habíamos sacado al joven Joseph. Bert y yo lo llevamos a una habitación del otro lado del *hall*, que está llena de trastos viejos, encendimos una vela y conversamos con el mozuelo...

—¿Ya se había administrado la dosis de morfina?

—No, pero la necesitaba. No se quedó quieto ni por un momento. No quiso admitir nada. Pero, según recuerdo ahora, fue entonces cuando se apoderó de la droga. Se quejaba constantemente de que hacía demasiado calor; corrió hacia una parte oscura del cuarto y fingió querer sacar las tablas que cerraban una de las ventanas. No hizo tal cosa, pues cuando fui a buscarle le sorprendí guardando algo en su bolsillo... Fui firme con él. Bien; pensé que si realmente era una droga, le daría tiempo de que le hiciera efecto antes de volver a interrogarlo. Por eso lo dejé con Bert, que es demasiado amable para estar en la policía, y salí para examinar toda la casa. Eso debió ser alrededor de la una menos diez, quizá un poco más tarde, pero no habíamos demorado mucho.

«Salí al *hall*. En la otra habitación, donde estaban los otros cinco, reinaba el silencio, y me pareció que estaba a oscuras... Pero la puerta de calle estaba entreabierta».

—¡Eso no puede ser, Masters! —exclamé—. Nadie se atrevería a salir estando un policía en el otro cuarto... Además, la puerta de entrada estaba abierta cuando llegamos. Tal vez el viento...

—¡Ah! —gruñó el inspector. Se golpeó en el pecho—. Eso también lo pensé yo. No presté atención ninguna a la gente reunida allí. Sólo me interesaba Darworth, pues quería hacer fracasar su juego... ¡Bien! Yo mismo cerré y aseguré entonces esa puerta. Luego fui arriba para echar un vistazo. Antes habíamos creído que podríamos ver bien el patio desde una de las ventanas del piso alto, pero no era así. Cuando volví a bajar, la puerta de calle estaba otra vez entreabierta. No tenía más que la linterna, pero fue lo primero que noté.

Golpeó el banco con el puño.

—Le aseguro, señor —agregó—, que al encontrarme solo en ese sitio... Yo mismo estuve a punto de ser víctima de la superstición. Si se me hubiera ocurrido que

alguno tenía la idea de liquidar a Darworth... Salí por la puerta de calle...

—Hay barro por todas partes —observé—. ¿Había huellas?

—Ninguna en absoluto —respondió Masters quedamente.

Nos miramos. Aun estando ocupada por la policía y los periodistas, la casa parecía llena de cosas más monstruosas y terribles que las mencionadas en los manuscritos que acababa yo de leer.

—Di la vuelta en torno de la casa —continuó el inspector—, y ya le he dicho lo que vi y oí. Sombras en el interior; Darworth que se quejaba o imploraba; luego... la campana.

Hizo una pausa y dejó escapar un suspiro ahogado.

—¡Bien, señor! —agregó al cabo de un momento—. Esto es lo que quería preguntarle. Me dice usted que oyó a alguien pasar frente a su puerta cuando estaba usted leyendo en ese cuarto. Pues bien, ¿en qué dirección iban los pasos? ¿Hacia el patio o de regreso?

—No sé —fue lo único que pude contestar.

—Porque si regresaban al interior de esta casa, después de visitar a Darworth... Le diré; yo di la vuelta por afuera y entré en el patio. Podía ver la puerta, con la luz de la vela que ardía aquí; hasta pude distinguir una parte del patio... ¿Qué clase de criatura infernal es ésa que puede salir por la puerta de calle y dar la vuelta hasta un patio lleno de barro sin dejar huellas; matar a Darworth a un tiro de piedra de donde están los demás; regresar aquí por la puerta trasera, y pasar por frente a una habitación iluminada sin que lo vean?

Durante el silencio subsiguiente asintió varias veces y se encaminó a la puerta. Le oí dar instrucciones al agente que pusiera de guardia en la habitación donde se reunían los sospechosos. Ordenó que enviaran a *Lady Benning* a declarar. Vagamente me pregunté qué pensaría del enredo mi jefe del M. I. D., ese gran hombre mencionado por Featherston. «¿Qué clase de criatura infernal...?». Levanté la vista y vi que regresaba el inspector.

—Si la vieja pierde la calma, tal como dice usted que la perdió ya una vez...

Se interrumpió. Llevóse la mano al bolsillo trasero del pantalón y extrajo el frasco de metal que tenía para beneficio de los nerviosos creyentes del espiritismo. Lo sopesó pensativo. Por el pasaje se acercaba alguien lentamente, y oímos la voz resonante del agente, que recomendaba cuidado a su acompañante.

—Beba usted, Masters —dije.

X. LAS DECLARACIONES DEL CASO

Debo agradecer a Masters y a su previsión las notas de las declaraciones de los testigos. El inspector no confía en las notas abreviadas. En sus libretas toma taquigráficamente todo lo que dicen las personas a quienes interroga. Suele después pasar a máquina sus notas y hacerlas firmar a los interesados. Con su permiso, conseguí copias de todas ellas, y he agregado a las mismas las preguntas que formuló durante el interrogatorio.

Las mismas constituyen sólo un extracto de todo lo que se habló, son decididamente incompletas; pero las incluyo aquí porque pueden ser de interés al aficionado a los enigmas. Además, ciertas declaraciones tienen una significación especial.

La primera de ellas está encabezada con estas palabras: *Lady Anne Benning*, viuda del difunto *Sir Alexander Benning*. No se verá en ellas un reflejo de lo que era aquel cuarto inhospitalario mientras la anciana se enfrentaba a Masters en momentos en que las manecillas del reloj se acercaban a las cuatro y afuera cargaban ya el cadáver de Darworth para trasladarlo a la morgue.

La anciana se mostró más hostil que antes. Habíanle ofrecido una silla; estaba arropada en su capa y se mantenía muy erguida, con sus manos enjovadas reposando sobre el regazo. Las primeras formalidades se llevaron a cabo sin que hubiera discusión alguna, aunque el agente tuvo que obligar al comandante Featherton — quien insistiera en acompañarle— a abandonar la habitación. Todavía me parece ver a la anciana enarcando sus cejas o moviendo levemente una de sus manos, y aún tengo el recuerdo de su voz fría y metálica.

Pregunta: *Lady Benning*, ¿cuánto tiempo hace que conoce usted a míster Darworth?

Respuesta: No sabría decirlo. ¿Tiene importancia? Tal vez ocho meses, o quizás un año.

P.: ¿Cómo lo conoció usted?

R.: Por intermedio de míster Theodore Latimer, si es que importa. Él me dijo que míster Darworth se interesaba en las fuerzas ocultas, y lo llevó a mi casa para presentármelo.

P.: Sí. Tenemos entendido que estaba usted predispuesta para esas cosas. ¿Es verdad eso, *Lady Benning*?

R.: Mi estimado señor, no pienso responder a sus impertinencias.

P.: Ajá. ¿Sabía usted algo respecto a Darworth?

R.: Sabía, por ejemplo, que era un caballero y muy bien educado.

P.: Le preguntaba si sabía algo respecto a su vida pasada.

R.: No.

P.: ¿Le dijo que, a pesar de no ser médium, era intensamente psíquico; que adivinaba que había sufrido usted mucho y los espíritus deseaban comunicarse con

usted; que era protector de un médium que podía ayudarle? ¿Le dijo eso, *Lady Benning*?

R.: (Tras larga vacilación.) Sí. Pero no al principio. Se mostró muy comprensivo por la pérdida de mi sobrino James.

P.: ¿Y se convino una reunión con el médium?

R.: Sí.

P.: ¿Dónde?

R.: En la casa de *míster Darworth*, en Charles Street.

P.: ¿Hubo muchas de esas reuniones?

R.: Muchas. (La testigo comenzó a mostrarse algo molesta).

P.: ¿Dónde fue que consiguió «comunicarse» con *míster James Halliday*?

R.: ¡Por amor de Dios, no me torture usted!

P.: Lo siento. Comprenderá usted, señora, que es mi deber interrogarla. ¿Tomó parte *míster Darworth* en las reuniones?

R.: Raras veces. Decía que lo desazonaba mucho.

P.: ¿De modo que no estaba presente en ellas?

R.: No.

P.: ¿Sabía usted algo respecto al médium?

R.: No. (Vacilación). Excepto que no gozaba del todo del dominio de sus facultades mentales. *Míster Darworth* había discutido su caso con el médico encargado de la Liga Misericordiosa de Londres, que toma bajo su protección a las personas de mentalidad deficiente. Me dijo después cuán bien le había hablado el doctor respecto a James y cuánto le querían. James solía enviar a la Liga cincuenta libras anuales. *Míster Darworth* comentó que le recordaban muy bien por ello.

P.: Ajá. ¿No hizo usted investigaciones respecto a *míster Darworth*?

R.: No.

P.: ¿Le dio dinero alguna vez?

No hubo respuesta.

P.: ¿Fue mucho dinero, *Lady Benning*?

R.: Estimado señor, aún usted debe tener la suficiente inteligencia como para comprender que eso no es asunto suyo.

P.: ¿Quién fue el primero que sugirió que *Plague Court* debía ser exorcizada?

R.: (La testigo habló con gran firmeza). Mi sobrino James.

P.: Me refería a... Haré la pregunta de otro modo. De entre las personas que puedan ser llamadas a declarar. ¿Quién fue el que hizo la sugestión en forma normal?

R.: Gracias por la rectificación. Fui yo.

P.: ¿Qué pensó de ello *míster Darworth*?

R.: Al principio no quiso hacerlo.

P.: ¿Pero usted lo convenció?

R.: (La testigo no respondió, aunque murmuró, como para sus adentros: «O dijo que no quería»).

P.: ¿Significa algo para usted el nombre «Elsie Fenwick»?

R.: No.

Este diálogo, según recuerdo, no contuvo más de lo anotado por Masters. *Lady Benning* no hizo digresión alguna ni perdió el aplomo. Y, evidentemente, llevó la mejor parte en todo momento. Creo que Masters estaba enfadado. Cuando dijo: Ahora veamos lo de esta noche, creí que ella cambiaría de actitud, mas no fue así.

P.: Hace poco, en esta misma habitación, después que míster Blake hubo hablado con Joseph Dennis, empleó usted la expresión: «Venga usted a la habitación del frente y pregúntenos cuál de nosotros mató a Roger Darworth». ¿No es así?

R.: Sí.

P.: ¿Qué quiso usted decir con ello?

R.: ¿No oyó usted nunca hablar del sarcasmo? Supuse, simplemente, que la policía sería tan estúpida como para creer que uno de nosotros lo había matado.

P.: ¿Pero usted no cree en tal cosa?

R.: ¿Qué cosa?

P.: Que uno de los cinco reunidos en la habitación asesinó a míster Darworth.

R.: No.

P.: ¿Quiere usted decirnos, *Lady Benning*, qué ocurrió después que ustedes cinco se encerraron para sus... plegarias?

R.: No ocurrió nada. No formamos el círculo. Nos sentamos frente al hogar.

P.: ¿Estaba demasiado oscuro para verse unos a otros?

R.: Sí. El fuego se había apagado. A decir verdad, no me fijé.

P.: ¿No se fijó?

R.: ¡Claro! Tenía la atención fija en otras cosas. ¿Sabe usted lo que es la verdadera plegaria? Si lo supiera, no haría preguntas estúpidas.

P.: Ajá. ¿Entonces no oyó usted nada: el crujido de una silla, el ruido de la puerta o alguien que se levantaba, por ejemplo?

R.: No.

P.: ¿Está segura?

No hubo respuesta.

P.: ¿Habló alguien desde el momento en que comenzó la vigilia y el momento en que oyeron sonar la campana?

R.: Yo no oí nada.

P.: ¿Pero no está usted dispuesta a jurar que no hubo nada de lo que pregunto?

R.: No estoy dispuesta a jurar nada, señor.

P.: Muy bien, *Lady Benning*. Entonces, al menos, me dirá esto: ¿Cómo estaban ustedes sentados? Quiero decir: ¿En qué orden se hallaban las sillas?

R.: (Hubo varias protestas y negativas). Bien; yo estaba a la derecha del hogar. Mi sobrino Dean se hallaba junto a mí, y creo que después seguía *miss Latimer*. De los demás no estoy segura.

P.: ¿Conoce usted a alguna persona viviente que hubiera deseado hacer daño a

míster Darworth?

R.: No.

P.: ¿Cree usted que era un farsante?

R.: Posiblemente. Eso, empero, no afecta en nada a la verdad... de otras cosas.

P.: ¿Todavía niega que le dio dinero?

R.: No me parece haber negado nada. (Con gran amargura). De haber sido así, ¿cree usted que sería tan necia como para admitirlo?

Parecía sentirse muy satisfecha cuando Masters le permitió retirarse. Se llamó al comandante Featherston para que la acompañara. El inspector no hizo comentario alguno, y su rostro era inescrutable. Pidió que llamaran a Ted Latimer.

El muchacho fue un testigo muy diferente de la anciana. Entró con aire de desafío. Aunque trató de mantenerse altanero, soltó bastante la lengua durante su declaración, en la cual he indicado con puntos suspensivos las partes que no hacen al caso.

P.: ¿Cuánto tiempo hace que conoce a míster Darworth?

R.: Un año, más o menos. Nos conocimos en una exposición en las Galerías Cadroc de Bond Street. Exhibían, ¿sabe usted?, unas esculturas de León Dufour modeladas en jabón. Pero Darworth no compró ninguna de ellas, sino algunas piezas esculpidas en sal gema.

P.: *Lady Benning* nos ha dicho que usted le presentó a míster Darworth. ¿Llegaron ustedes a ser buenos amigos?

R.: Me resultaba una persona muy interesante. Era un hombre de mundo, como los que rara vez se encuentran en Inglaterra. Había estudiado con el doctor Adler, de Viena, y era un experto psiquiatra. Claro está que tuvimos muchas conversaciones interesantes.

P.: ¿Sabe algo de su vida pasada?

R.: No mucho. (Vacilación). No obstante, en cierta oportunidad le pedí consejo por ciertas inhibiciones que me impedían mantener relaciones con una joven de Chelsea. Míster Darworth me ayudó en esa dificultad, explicándome que mis temores se debían a un complejo de mi niñez... Recuerdo que míster Darworth mencionó que había experimentado las mismas dificultades con su esposa, actualmente fallecida...

P.: ¿Presentó usted a míster Darworth a su hermana?

R.: Sí.

P.: ¿Simpatizó ella con él?

R.: (Vacilación). Sí, así me pareció. Claro está que Marion es una chica rara y su mente no está completamente desarrollada. Pensé que él le sería muy útil con sus conocimientos de la psiquiatría.

P.: Ajá. ¿Se lo presentó también a míster Halliday?

R.: No. Creo que fue Marion o *Lady Benning*. No recuerdo bien.

P.: ¿Simpatizaron los dos?

R.: Pues, no. Le diré; Dean es un buen muchacho, pero un poco anticuado.

P.: ¿Pero no hubo ninguna disputa entre ellos?

R.: No sé si la consideraría usted disputa. Dean le dijo una noche que le gustaría aplastarle la cara de un golpe y colgarle de la araña. Le diré; era muy difícil reñir con Darworth. No se exaltaba. A veces...

Pausa y murmullos ininteligibles. Se urge al testigo a continuar.

R: Bien; todo lo que pueda decir es que me hubiera gustado ver esa pelea. Dean es el peso mediano más rápido que he visto en el *ring*. Una vez le vi hacer trizas a...

Estas sinceras palabras hicieron que Masters cambiara de opinión con respecto al joven. El interrogatorio continuó rápidamente. Darworth, al parecer, no había perdido tiempo en entrar en funciones. Durante la primera sesión, presidida por Joseph, se mencionaron el fantasma de Plague Court y las agonías espirituales de James Halliday. Cuando se comunicó esto a Darworth, el individuo se mostró interesado y algo inquieto; sostuvo largas conferencias con Marion Latimer y *Lady Benning*, «especialmente con Marion»; pidió prestadas las cartas de George Playge y, a instancia de *Lady Benning*, se levó a cabo el experimento. Tal vez Masters cometió un error al insistir mucho sobre este punto. Sea como fuere, Ted tuvo tiempo para dejarse dominar de nuevo por su fanatismo. Lo que cada vez se hacía más preponderante era la figura sonriente de Darworth. Parecía burlarse de nosotros aun después de la muerte. Luchamos inútilmente contra el poder que ejerciera sobre esa gente: la anciana amargada con sus rencores y sueños, como así también el inconstante joven que miraba a Masters con expresión de desafío.

La lucha se hizo más dura a medida que se le formulaban las preguntas. En cierta oportunidad, el muchacho se mostró completamente desequilibrado. Masters no le dejaba un momento de respiro.

P.: ¡Muy bien! Si no cree usted que Darworth fue asesinado por un ser humano, ¿qué nos dice de la declaración de Joseph Dennis en el sentido de que Darworth temía a uno de los reunidos aquí esta noche?

R.: Ésa es una mentira. ¿Va usted a aceptar las palabras de un morfinómano?

P.: ¿De modo que sabía usted que era un morfinómano?

R.: Me lo figuré.

P.: ¿Y sin embargo le creía?

R.: ¿Qué importa su vicio? No afectaba sus poderes psíquicos. ¿No comprende usted? Los pintores o músicos no pierden su genio por las drogas o el alcohol. Ocurre todo lo contrario.

P.: Cálmese, señor. ¿Niega usted que uno de los que estaban reunidos en la habitación del frente pudo haberse levantado y salido mientras reinaba la oscuridad?

R.: ¡Lo niego!

P.: ¿Juraría usted que nadie lo hizo?

R.: ¡Sí!

P.: ¿Y si le dijera que se oyó crujir una silla y abrir y cerrar la puerta?

R.: (Ligera vacilación). El que diga tal cosa, miente.

P.: ¿Está usted seguro?

R.: Sí. Tal vez nos hayamos movido en nuestras sillas. ¡Crujidos! ¿Qué son? Esté usted un rato a oscuras y oirá muchísimos crujidos.

P.: ¿Estaban sentados muy cerca uno de otro?

R.: No sé. Tal vez había un metro de distancia entre cada silla.

P.: ¿Pero oyó usted algún ruido? ¿Es posible que alguna persona se haya puesto de pie y salido sin atraer la atención?

R.: Acabo de decirle que nadie lo hizo.

P.: ¿Estaba usted orando?

R.: Por supuesto que no. ¿Tengo aspecto de ser un devoto? Estaba tratando de establecer comunicación con la misma mente que se ocupaba de exorcizar al espíritu maligno.

P.: ¿En qué orden estaban colocados ustedes?

R.: No estoy seguro. Dean apagó las velas, y en ese momento estábamos todos parados. Luego buscamos a tientas las sillas que ya estaban en la habitación. Yo me hallaba a la izquierda del hogar; eso es todo lo que sé. Hubo cierta confusión.

P.: ¿Pero no se dio usted cuenta de la disposición de todos cuando sonó la campana y volvieron a levantarse?

R.: No. Hubo mucho movimiento en la oscuridad. Fue el viejo Featherton quien encendió las velas. En seguida corrimos todos hacia la puerta. No sé qué sitio había ocupado cada uno.

Masters le permitió retirarse, diciéndole que podía volver a su casa; mas aunque el joven estaba muy fatigado, se negó a irse hasta que lo hubieran hecho los otros.

El inspector apoyó la cabeza sobre las manos y se quedó cavilando.

—El enredo se pone cada vez peor —comentó—. Todos están exaltados o histéricos. Si no conseguimos una declaración más coherente...

Movió los dedos, acalambrados de tanto escribir, y ordenó luego al agente que llamara al comandante Featherton.

El interrogatorio del comandante retirado William Featherton, del 4Q Regimiento de Infantería Real de Lancashire, fue muy breve, y sólo al finalizar resultó algo aclaratorio. Habíase aplacado la pomposidad del comandante, y sus respuestas eran concisas y rápidas, interrumpiéndose solamente cuando se aclaraba la garganta o inclinaba la cabeza para enjugarse el cuello con un pañuelo. Noté que, aparte de *Lady Benning*, el viejo militar era el único que tenía las manos limpias.

Explicó que conocía a Darworth muy poco; que se vio complicado en el asunto por su amistad con *Lady Benning*; que había visto muy pocas veces al extinto. No sabía de nadie que le tuviera animosidad, aunque entendía que no era muy querido y que le habían rechazado en varios clubes.

P.: Ahora bien; respecto a esta noche, señor...

R.: Pregunte usted lo que guste, inspector Masters. Le advierto que sus sospechas son infundadas, pero sé cuál es mi deber y el suyo.

P.: Gracias, señor. Así es. Ahora bien, ¿cuánto tiempo dice usted que estuvieron sentados a oscuras?

R.: De veinte a veinticinco minutos. Varias veces consulté mi reloj, que tiene esfera luminosa. Me preguntaba a cada momento cuánto tiempo duraría esa comedia.

P.: Entonces, ¿no estaba usted concentrándose u orando?

R.: Por cierto que no.

P.: ¿No se acostumbraron sus ojos a la oscuridad?

R.: Estaba muy oscuro ese cuarto, inspector. Y mis ojos no son lo que eran en otros tiempos. No, no vi mucho. Tal vez algunos bultos.

P.: ¿Vio si alguien se levantaba?

R.: No.

P.: ¿Oyó a alguien?

R.: Sí.

P.: Ajá. Haga el favor de describir lo que oyó.

R.: (Ligera vacilación). Es difícil. Naturalmente, al principio hubo mucho crujir de sillas, mientras todos nos acomodábamos. No fue eso, sino más bien como si alguien apartara su silla, rascando las patas sobre el suelo. No le presté mucha atención. Más tarde me pareció oír pasos en alguna parte. Es difícil reconocer los sonidos en la oscuridad.

P.: ¿Mucho después?

R.: No sé. La verdad es que ya estaba a punto de protestar; pero Anne..., es decir, *Lady Benning*, nos había dicho que no debíamos hablar o movernos, sucediera lo que sucediese. Todos se lo habíamos prometido. Al principio me figuré que alguien salía para fumar un cigarrillo, aunque me pareció muy raro que así fuese. Luego oí rechinar la puerta y sentí una corriente de aire.

P.: ¿Como si la hubieran abierto?

R.: (El testigo tuvo un absceso de tos). Más bien era como si la puerta de calle se hubiera abierto. Ya sabe usted que no hay mucha corriente en el *hall*. No obstante, no me gustaría asegurarlo. Ya sé que debo decir la verdad, inspector, pero..., en fin, ya sabe usted que eso no quiere decir nada. Alguien salió y ahora teme admitirlo...

El comandante se mostró algo turbado, como si hubiera dicho más de lo que debía. Trató de quitar importancia a sus palabras indicando que se oyeron muchos ruidos en la oscuridad; que tal vez se equivocó. Después de mucho discutir, Masters abandonó el tema. Seguramente sospechaba que Featherton, enfrentado al tribunal, volvería a declarar lo mismo. Continuó con la pregunta respecto a la disposición de las sillas.

R.: *Lady Benning* se sentó donde estaba antes: a la derecha del hogar. Yo quise sentarme a su lado, pero me obligó a apartarme. El joven Halliday ocupó la silla próxima a la de ella. Lo sé porque casi tropecé con él. Habían apagado ya las velas, y tuve que buscar a tientas un asiento. *Miss Latimer* se sentó a su lado. Yo ocupé la silla más próxima. Estoy casi seguro de que el joven Latimer fue el que estaba del otro

lado de mí. No se había levantado.

P.: Ese ruido que oyó, el de la silla al ser retirada, ¿de qué dirección procedía?

R.: ¡Caramba, ya le dije que no se pueden localizar los ruidos en la oscuridad! Puede haber procedido de cualquier parte. Tal vez ni existió siquiera.

P.: ¿Sintió usted que alguien pasara por su lado?

R.: No.

P.: ¿A qué distancia estaban las sillas una de otra?

R.: No recuerdo.

Las velas estaban ya a punto de consumirse. Una de ellas se apagó en el momento en que el comandante se incorporaba.

—Muy bien —dijo Masters—. Puede usted irse a su casa si gusta, comandante. Le aconsejaría que acompañase a *Lady Benning*. Naturalmente, debe usted estar preparado para otro interrogatorio... Sí. Y haga el favor de rogar a *miss Latimer* y a *míster Halliday* que vengan. No les demoraré más de cinco minutos, a menos que se presente algo de importancia. Gracias. Ha sido usted muy amable.

Featherton se detuvo junto a la puerta y el agente le entregó su sombrero de felpa, el cual limpió con la manga mientras miraba a su alrededor. Por primera vez pareció fijarse en mí. Yo me hallaba sentado en el alféizar de la ventana, en la parte más oscura de la habitación. El comandante se caló el sombrero, le dio una palmada en la parte superior y dijo:

—¡Ah, míster Blake! Sí, claro... Mister Blake, ¿tendría inconveniente en darme su dirección?

Se la dije, dominando la curiosidad que despertara en mí su pregunta.

—¡Ah, sí, el Edwardian House! Si le resulta cómodo, iré a verle mañana. Buenas noches, caballeros.

Después de abotonarse el abrigo, con aire misterioso, se retiró, dándose casi de narices con el sargento McDonnell, que entraba en ese momento.

XI. LA EMPUÑADURA DE UNA DAGA

McDonnell parecía preocupado y la fatiga se retrataba en su rostro. En una mano llevaba una serie de notas y en la otra un farol, que dejó en el suelo.

Por primera vez me di cuenta del frío que hacía en la habitación, del cansancio que me dominaba y del silencio reinante en el patio. Presentíase la llegada de la aurora. Aún ardían los faroles del alumbrado público, pero se oían ya los ruidos propios de la ciudad que despertaba.

El farol de McDonnell formaba un círculo de luz en el suelo de ladrillos. Los ojos verdes del sargento estaban fijos en Masters, quien se hallaba sentado con la cabeza entre las manos.

—¿Cuánto tiempo más desea usted que continúe, señor? —inquirió el recién llegado—. Todos se han ido. Bailey dijo que volvería a tomar fotos tan pronto saliera el sol.

—Bert —dijo el inspector, sin levantar la cabeza—, tú estabas encargado de la investigación de Darworth. ¿Quién es Elsie Fenwick?

McDonnell dio un respingo.

—¿Elsie...?

—¡Por amor de Dios, no me digas que no lo sabes! Conozco el nombre; estoy seguro de que se relaciona con Darworth y con algo malo, pero ahora no puedo recordar nada al respecto. Tú estabas en lo cierto; Featherton vio la primera línea, que decía: «Sé dónde está enterrada Elsie Fenwick».

—¡Cristo! —McDonnell se quedó contemplando las velas durante tan largo rato, que Masters dio un golpe sobre el banco—. Perdón, señor, pero se trata de algo muy significativo. Es realmente la confirmación de algo malo. Elsie Fenwick fue el motivo de que nuestra gente comenzara a interesarse en Darworth. Eso fue hace dieciséis años, y mucho antes de que entrara yo en la policía; pero lo saqué de los archivos cuando me hice cargo del caso. El asunto estaba casi olvidado, pero se recordó cuando supimos que Darworth se dedicaba al ocultismo... Elsie Fenwick fue su primera esposa.

—¡Ajá! —exclamó el inspector—. Sí, por cierto. Tengo la idea de que recuerdo el caso. Elsie Fenwick era anciana y muy rica, ¿eh? Murió o algo por el estilo...

—No, señor. Se trató de probar que estaba muerta, y Darworth hubiera pasado un mal rato si se hubiera conseguido tal cosa. Desapareció.

—Dame detalles concretos —ordenó Masters. McDonnell extrajo su libreta de notas y la hojeó rápidamente.

—¡Hum! Si, Elsie Fenwick era una vieja romántica, aficionada al espiritismo, riquísima y sin parentela. Tenía una deformación en los huesos del pie o el hombro; no estoy bien seguro. A la tierna edad de sesenta y cinco años se casó con el joven Darworth. Sobrevino la guerra. Darworth escapó para librarse del servicio militar, y se llevó a su esposa y a una criada de ella a Suiza.

«Una noche, más o menos un año más tarde, el atribulado marido telefona al doctor, que residía a diez millas de distancia. La esposa había sufrido un ataque: temía que falleciera; explicó cuidadosamente que sufría de úlceras gástricas. Al parecer *mistress* Darworth era muy fuerte, y todavía estaba viva cuando llegó el médico. Por suerte, el galeno era muy listo, y, además, conocía su profesión mejor de lo que el marido suponía. Logró salvarla, y luego conversó con el esposo. Darworth le dijo: “Horrible, úlceras del estómago”/ El doctor contestó: “¡Tate, tate! —contemplando fijamente a su interlocutor—. Envenenamiento por arsénico”».

McDonnell enarcó una ceja con expresión irónica.

—No tan listo como se hizo después, ¿eh? —comentó Masters—. Prosigue.

—Hubo dificultades. Se evitó el escándalo porque la criada juró que la vieja había ingerido el arsénico por su cuenta.

—¡Ah! La doncella. ¿Bien parecida?

—No sé, señor, pero lo dudo. Darworth era demasiado listo para galantear a mujeres sin dinero.

—¿Qué dijo la esposa?

—Nada. Parece que lo perdonó. Eso es lo último que sabemos de ella hasta el fin de la guerra. Regresaron para instalarse en Inglaterra. Un día, el amigo Darworth, nuevamente muy afligido, se presenta a la policía e informa que su esposa ha desaparecido. Tenían una casa de campo en Croydon. La esposa, según Darworth, había tomado un tren para la ciudad con la intención de hacer algunas compras, y nunca regresó. Él tenía un certificado médico en el que constaba que la mujer sufría frecuentes ataques de melancolía y, posiblemente, de amnesia. Se ve que había aprendido bien la lección. Al principio, Scotland Yard efectuó los acostumbrados trámites de los casos de desaparición de personas. Pero alguien sospechó algo, revisó los archivos, halló el episodio del arsénico y hubo un revuelo... Ya le enviaré todo el informe, señor; es demasiado largo para repetirlo ahora. El único resultado fue que nunca se pudo probar nada.

Masters golpeó varias veces sobre su improvisado escritorio, volviéndose luego hacia mí.

—Sí, eso es lo que recuerdo, aunque tendría que refrescarme la memoria. El viejo Burton trabajó en ese asunto en el año 1919. Él me lo contó. Recuerdo que Darworth desempeñó muy bien el papel del inocente ofendido. Amenazó con ponernos pleito por calumnias. Bien, ya revisaré el archivo. ¿Qué hizo, Bert? ¿Pidió una orden del tribunal para que la dieran por muerta?

—Creo que sí, aunque no la consiguió. Tuvo que esperar los siete años de rigor para que se la considerase legalmente fallecida. Eso no le habrá importado mucho; él tenía el dinero.

—Sí. —Masters se restregó la barbilla—. Estaba pensando... Dijiste «primera esposa». ¿Tiene otra?

—Sí, pero parece que no se llevan bien. La mujer vive en alguna parte de la

Riviera...

—¿Tiene dinero?

—Supongo que sí...

McDonnell se interrumpió. Acaba de oírse una tos. Halliday y Marion Latimer se hallaban de pie en el umbral. Me di cuenta de que habían oído gran parte de lo que dijera el sargento. En el rostro de la joven se reflejaba una expresión desdeñosa. Halliday parecía algo turbado; miró a su compañera y entró luego en la habitación, diciendo:

—Esto es lo que se llama una noche de juerga, inspector. Son casi las cinco. Traté de sobornar a su agente para que fuera a buscar un poco de café y algunos *sandwiches* a un restaurante cercano, pero no quiso saber nada... Oiga usted —frunció el ceño—, espero que nos deje ir lo más pronto posible. Naturalmente, estamos a sus órdenes en todo momento, pero este lugar no es el más indicado...

Ya sea deliberadamente o sin intención alguna, Masters hizo en ese momento algo que disipó la tensión reinante y tranquilizó a todos. Con la mano sobre la boca ahogó un tremendo bostezo; sonrió luego y parpadeó repetidas veces.

—¡Ah! —dijo, indicando a la joven que tomara asiento—. ¡No, no les detendré más! Por eso los llamé a los dos: para ahorrar tiempo. Además, debo advertirles que he de hacerles algunas preguntas que tal vez consideren impertinentes. Supuse que si las oían los dos, sería mejor para todos, ¿eh?

Marion tenía puestos su sombrero y abrigo. Tomó asiento algo acurrucada, como si sintiera frío. Sus ojos azules contemplaron serenamente a Masters. Halliday, que se paró detrás de ella, encendió un cigarrillo.

—¿Sí? —dijo la joven, en tono algo nervioso—. Pregunte lo que guste.

El inspector repitió concisamente las declaraciones de los otros respecto a la amistad que tenían con Darworth.

—¿De modo que usted lo conocía bastante bien, *miss* Latimer?

—Sí.

—¿Le dijo a usted algo respecto a sí mismo?

—Sólo que hace mucho tiempo estuvo casado con una mujer que no supo hacerle feliz, y que ahora estaba ella... No sé; creo que entendí que había fallecido. —Un leve dejo de burla se notaba en su voz—. Solía hablar de ello con mucha tristeza.

—¿Sabía usted que actualmente tenía otra esposa?

—No. No es que el detalle pudiera ser de interés para mí. Por cierto que nunca le pregunté nada al respecto. —Ajá. ¿Fue *míster* Darworth quién le sugirió que... que la mente y el porvenir de *míster* Dean Halliday estaban íntimamente relacionados con *Plague Court*?

—¡Sí!

—¿Habló mucho al respecto?

—Constantemente —repuso ella—. He tratado de explicar a *míster* Blake mis sentimientos con respecto a *míster* Darworth.

—Comprendo. ¿Sufrió usted alguna vez de jaquecas o trastornos nerviosos?

Se agrandaron los ojos de la joven.

—No veo por... Sí, es verdad.

—¿Los cuales él dijo que podía curar por medio de la sugestión hipnótica?

Miss Latimer asintió. *Halliday* volvió la cabeza, disponiéndose a hablar, pero *Masters* le hizo una señal casi imperceptible para que callara.

—Gracias, *miss Latimer* —continuó el inspector—. ¿Le dijo alguna vez por qué no empleaba sus poderes psíquicos para ganar dinero? Todos ustedes le atribulan grandes poderes; pero ninguno inquirió si era miembro de la Sociedad de investigaciones Psíquicas, o si estaba relacionado con algún grupo científico de esa naturaleza... Quiero decir, señorita: ¿nunca dijo por qué era tan modesto?

—Afirmó estar interesado en salvar las almas y brindar paz...

Titubeó, y *Masters* enarcó las cejas con expresión inquisitiva.

—Decía que alguna vez se convencería el mundo de sus poderes, pero que no estaba interesado en eso... Si desea usted saber la verdad, le diré que su único interés, según él, era tranquilizarme con respecto a *Plague Court*. ¡Cuando recuerdo...! ¡Bah! Me dijo que sería terriblemente peligroso, pero que deseaba ganar mi gratitud. Ya ve usted que le soy franca, inspector. Hace una semana, me habría sido imposible decirle todo esto.

Masters se incorporó lentamente. Reinó el mayor silencio mientras el inspector levantaba la cadena de su reloj, a cuyo extremo tenía prendido un objeto muy brillante. Sonriendo, dijo:

—Aquí tengo un nuevo llavero, *miss Latimer*. Si no tiene inconveniente, quisiera hacer un experimento...

Dio la vuelta en torno del banco de carpintero y levantó el farol de *McDonnell*. La joven pareció asustarse cuando el inspector se le acercó; aferróse al asiento de la silla y sus ojos se fijaron en él. Ya frente a ella, *Masters* levantó el farol un poco más arriba de su cabeza. La llave *Yale* resplandecía con reflejos plateados cuando la mantuvo a pocos centímetros de los ojos de la joven.

—Quiero que mire usted fijamente a esta llave... —dijo suavemente.

La joven se incorporó a medias, echando la silla hacia atrás.

—¡No! No quiero, y no puede usted obligarme. Cada vez que miro a...

—¡Ah! —exclamó *Masters*, y bajó el farol—. Está bien, señorita.

Siéntese otra vez, por favor. Sólo quería poner algo a prueba. —Cuando *Halliday* se adelantó, el inspector regresó a su sitio y lo contempló con una sonrisa—. Cállese, señor. Debería usted agradecermelo. He destrozado por lo menos un fantasma. Esa triquiñuela la empleaba *Darworth* para hacer que la gente creyera en él. Si el paciente es un buen sujeto hipnótico...

Dejó escapar un suspiro al tomar asiento.

—¿Trató de curar sus jaquecas, *miss Latimer*? —inquirió.

—Sí.

—¿Alguna vez le hizo el amor?

La pregunta fue tan inesperada y rápida, en comparación con las anteriores, que la joven había respondido afirmativamente antes de darse cuenta de ello. Masters asintió lentamente.

—¿Le pidió que se casara con él, *miss* Latimer?

—No. Dijo que si conseguía purificar esta casa, pediría... ¡Ea! Ahora parece absurdo y... —Tragó saliva y se reflejó una expresión divertida en sus ojos—. Ahora me resulta cómico. Pero no lo conocía usted. Tenía una personalidad muy dominadora.

—Un hombre muy raro, ese caballero —dijo secamente el inspector—. Adoptaba modales y actitudes que se ajustaban a cada uno de los que tenía que tratar... Pero al fin y al cabo, lo asesinaron. De eso tenemos que hablar ahora. No fue el hipnotismo ni la sugestión lo que permitió a alguien pasar a través de una pared de piedra o de una puerta cerrada y matarlo a puñaladas. Bien, *míster* Halliday, quiero saber todo lo que ocurrió en esa habitación de la calle desde el momento en que se apagaron las velas. Cuénteme usted lo suyo, y yo pediré a *miss* Latimer que me lo confirme.

—Muy bien —repuso Halliday—. Se lo contaré tal como sucedió, pues no he hecho más que pensar en ello toda la noche. —Inspiró profundamente y contempló a Masters con gran atención—. Habló usted con los otros. ¿Admitieron ellos haber oído a alguien moverse en la oscuridad?

—Es usted quien está declarando —le recordó Masters—. Pero... ¡Hum!... ¿No conferenciaron ustedes mientras esperaban turno?

—No sé si lo hicimos. Le aseguro que estuvimos a punto de reñir. Nadie quiso decir qué había declarado, y Ted estaba algo aturdido. Nadie quiso salir junto con los otros; todos se fueron en autos diferentes. Tía Anne ni siquiera quiso permitir a Featherton que la acompañara a la calle. ¡Bonita reunión!, en fin, no importa. Le contaré lo que pasó.

»Tía Anne insistió en que nos sentáramos para concentrarnos y ayudar así a Darworth. Yo no quería hacerlo; pero Marion me rogó que no provocara un altercado, de manera que al fin acepté. Además, quise avivar el fuego que se había apagado. No vi motivo para que sufriéramos frío innecesariamente. Pero Ted dijo que la madera era verde y estaba húmeda, preguntándome si le tenía miedo al frío. ¡Bien! Reunimos las sillas...

Siguió la pregunta inevitable. Tanto él como Marion verificaron la disposición de las sillas: *lady* Benning a la derecha del hogar, luego Halliday, Marion, el comandante Featherton y Ted en el otro extremo.

—¿A qué distancia estaban las sillas una de otra?

El otro titubeó un instante.

—A bastante distancia. Ya sabe usted que el hogar es inmenso. Tuve que ponerme en puntas de pie para apagar las velas que estaban sobre la repisa. No creo que pudiéramos tocarnos ni aun tendiendo los brazos..., excepto Marion y yo.

La joven tenía la vista fija en el suelo. Halliday apoyó una mano sobre su hombro y prosiguió:

—Me cuidé de poner mi silla cerca de la de ella; no pude aproximarme mucho porque tía Anne nos estaba observando, y no quise parecer... ¡Oh, bueno, ya lo sabe usted!

»La tomé de la mano y así nos quedamos. No sé cuánto tiempo transcurrió, y eso fue lo peor. Admito que la oscuridad me puso nervioso... Además, alguien estaba murmurando por lo bajo, y se oía el ruido de algún otro que se mecía en su silla.

»No sé cuánto tiempo había transcurrido cuando tuve la sensación de que uno de los presentes se acababa de levantar...».

—¿Oyó usted algo? —inquirió Masters.

—Pues, es difícil de explicar; pero si alguna vez ha estado usted presente en una sesión de espiritismo, se dará cuenta de lo que quiero decir. Siente uno el movimiento; es como una respiración cercana, o el crujir de la ropa o el presentimiento de que algo se mueve en la oscuridad. Poco antes oí el chirriar de las patas de una silla en el suelo; pero no podría jurar que fue... quienquiera que se haya levantado.

—Prosiga.

—Luego oí claramente dos pasos detrás de mí. Yo tengo el oído muy agudo, y ninguno de los otros pareció haberse percatado de nada hasta que sentí de pronto que Marion se ponía rígida y me apretaba la mano. Admito que me sobresaltó. Marion estaba temblando. Sólo después supe qué era lo que había pasado tocándola... Sera mejor que se lo digas tú, Marion.

Aunque la joven se esforzó por mantenerse serena, noté que estaba algo asustada. El farol reposaba a sus pies, proyectando su luz sobre su rostro pálido.

—Era la empuñadura de una daga —dijo—, que me tocó en la nuca.

XII. LO QUE FALTABA AL LLEGAR EL DÍA

La última de las velas se había consumido por completo. Una luz débil y grisácea avanzaba por el pasaje; pero las sombras de la cocina seguían siendo bastante densas, y el farol iluminaba el rostro de Marion Latimer. Acabábamos de oír el último de los horrores de esa noche. Miré a Masters y a McDonnell, pensando, sin embargo, en una oficina situada en lo alto de Whitehall, en medio de la cual se hallaba un hombre corpulento que tenía los pies apoyados sobre el escritorio y leía una novela de misterio. No había visto esa oficina desde 1922...

—La idea de que uno de nosotros se deslizaba así en la oscuridad me resultó más espantosa que lo otro —manifestó Marion, al cabo de una pausa.

Masters inspiró profundamente.

—¿Cómo supo usted que era la empuñadura de una daga, señorita?

—Lo sentí perfectamente; primero la empuñadura y luego la cruz que me rozaba. Lo juraría. Quienquiera la tuviese en la mano debió haberla sostenido por la hoja.

—¿Cómo si hubiese querido tocarla a usted?

—No, no lo creo. Se apartó al instante. Era como si alguien se hubiera equivocado de dirección en la oscuridad, rozándome accidentalmente. Poco después oí un paso. Parecía provenir del centro de la habitación.

—¿Usted también lo oyó? —preguntó Masters a Halliday.

—Sí.

—¿Y después?

—Después rechinó la puerta. También sentí una corriente de aire en los pies —repuso Halliday—. ¡Caramba, deben haberla sentido todos!

—Así debiera ser, ¿verdad? Ahora bien, señor, ¿cuánto tiempo después de eso oyó usted la campana?

—Marion y yo hemos comparado nuestras impresiones al respecto. Ella opina que pasaron poco más de diez minutos, pero yo creo que fueron casi veinte.

—¿Y oyeron si alguien regresaba?

Halliday arrojó la colilla de su cigarrillo y reflexionó un momento.

—No me gustaría afirmar más de lo que he dicho, inspector; pero me parece que oí el ruido de alguien al sentarse. Eso fue antes de que oyéramos la campana, aunque no sé cuánto tiempo antes.

—Cuando sonó la campana, ¿estaban todos sentados?

—No podría decírselo, inspector. Todos corrimos hacia la puerta, y Marion o tía Anne dejaron escapar un grito...

—No fui yo —intervino la joven. Masters los contempló atentamente.

—La puerta de esa habitación estaba cerrada mientras se hallaban ustedes reunidos —manifestó—. Yo mismo lo vi. Cuando corrieron todos hacia ella al sonar la campana, ¿estaba abierta o cerrada?

—No lo sé. Ted fue el primero en llegar a ella, pues era el único que tenía una

linterna. Marion y yo lo seguimos. Hubiéramos corrido hacia cualquier parte en que viésemos una luz, y él la encendió entonces. Hubo tanta confusión que no recuerdo bien. Lo único que podría asegurar es que Featherton encendió un fósforo para prender las velas, y gritó: «¡Espérenme!», o algo por el estilo. Luego creo que todos nos dimos cuenta de la inutilidad de correr hacia la puerta, y... —Hizo un ademán vago—. ¿No le hemos dicho ya bastante, inspector? Marion está muy fatigada...

—Sí, si —repuso Masters—. Pueden retirarse. —De pronto levantó la vista—. El joven Latimer... ¡Esperen un momento! ¿Dice usted que el único que tenía una linterna era Latimer? La de usted se rompió; míster Blake le dio la de él cuando oyó que *miss* Latimer le llamaba...

Halliday rompió a reír.

—¿Todavía sospecha de mí, inspector? Pues bien, tiene usted razón. Pero resulta que soy inocente. Le di a Ted mi linterna a su pedido. Debería preguntárselo a él... Bien, buenas noches. —Vaciló un instante y se volvió luego hacia mí, tendiéndome la mano—. Buenas noches, Blake. Lamento haberle metido en este enredo. Se imaginará usted que no tenía la menor idea de lo que ocurriría...

Salieron por la puerta trasera y nosotros nos quedamos donde estábamos, oyendo los ruidos de la ciudad que despertaba. Al fin se acercó McDonnell al banco de trabajo y comenzó a ordenar las notas que llevara.

—¿Bien, señor? —me preguntó Masters—. ¿Qué me dice? ¿Funciona el cerebro? Respondí que no, agregando:

—De por sí, las declaraciones contradictorias tal vez no sean tan inexplicables. Es decir, tres personas dijeron que alguien se movía por la habitación, y dos lo negaron rotundamente. Pero estos últimos, *lady* Benning y Ted Latimer, eran los que podrían haber estado tan absortos, concentrándose u orando, que no habrían oído...

—Sin embargo oyeron perfectamente la campana —declaro Masters—. Y le aseguro que no fueron muy sonoros sus tañidos.

—Sí. Eso es lo que huele mal... No hay duda de que alguno de ellos mintió.

El inspector se puso de pie.

—Tengo el cerebro demasiado fatigado para pensar en eso —declaro—. Aún olvidaré la dificultad más grande del caso, la que es peor aún que la falta de huellas en el barro. No quiero pensar en ello. Sin embargo, tengo un presentimiento... No sé... ¿Qué son los presentimientos?

—He descubierto —intervino McDonnell— que los presentimientos son ideas que uno tiene que sean erróneas. Yo los he tenido durante toda la noche. Por ejemplo...

—No quiero que me lo digas. ¡Cristo, estoy harto del asunto! Quiero tomar una taza de café caliente y dormir un poco... Espera un momento, Bert. ¿Qué hay de esos informes que tienes? Si es algo interesante puedes decírmelo ahora. De otro modo, lo dejaremos para más adelante.

—Bien, señor. El informe del médico dice: «Herida de arma blanca producida por

el instrumento agudo inspeccionado por el que suscribe». Es la daga de L. P. Penetra hasta...

—A propósito, ¿dónde está esa maldita daga? —le interrumpió Masters—. Tendré que llevármela. ¿Te encargaste tú de ella?

—No. Estaba sobre la mesa. Bailey tenía que fotografiarla. Probablemente sigue en el mismo lugar. A propósito, la punta está tan afilada que parece una aguja. Eso indica que no tenemos que lidiar con ningún fantasma.

—Es verdad. La recogeremos. No quiero que nuestro «hombre vuelto de espaldas» vuelva a apoderarse de ella. Deja el informe del médico. ¿Hay algo sobre las impresiones digitales?

—No hay ninguna en la empuñadura de la daga, según afirma Williams. Dice que la limpiaron muy bien o que el que la usó calzaba guantes. Por otra parte, toda la habitación está llena de impresiones. Encontró dos tipos diferentes, aparte de las de Darworth. Las fotos estarán listas en la mañana. Además, hay muchas huellas de pies. Sobre la sangre no se encontró ninguna marca, excepto una huella que posiblemente pertenece a míster Blake.

—Si. Iremos a la casita para ver si es así. ¿Qué sacaste de sus bolsillos?

—Lo de costumbre. Nada aclaratorio. No tenía papeles de ninguna clase.

McDonnell sacó de su bolsillo un paquetito envuelto en un papel de diario. En su interior había diversos artículos.

—Aquí está —agregó—. Varias llaves, la billetera, reloj y cadena, monedas sueltas. Eso es todo... Hubo otra cosa rara...

Masters notó el tono de incertidumbre de su subordinado.

—¿Y bien? —inquirió ásperamente.

—El agente lo notó cuando estábamos apagando el fuego para ver si alguien había bajado por la chimenea. Encontramos entre los leños unos fragmentos grandes de cristal. Parecían pertenecer a una jarra o botella; pero estaban tan astillados y retorcidos por el calor que no se podría asegurar de qué son... Además, es posible que estuvieran allí desde hace tiempo.

—¿Cristal? —exclamó Masters—. ¿Pero no se derritió?

—No. Estaba roto y astillado. Creí que tal vez...

—Tal vez era una botella de *whisky* —gruñó el inspector—. Lo habrá llevado Darworth para darse valor. No me afligiría por ese detalle.

—Es posible —admitió el sargento, aunque no estaba satisfecho con la explicación—. Sin embargo, resulta muy raro, ¿no es cierto? Eso de tirar la botella al fuego... No es natural. Me pareció que...

—No te afanes, Bert —le interrumpió Masters, haciendo una mueca—. Ya tenemos mucho en que pensar. Echaremos un último vistazo a la casita a la luz del día y después nos iremos.

Una fresca brisa nos dio en el rostro cuando salimos al patio. A la luz incierta del amanecer, la propiedad parecía más grande de lo que la imaginara la noche anterior.

Situado en medio de viejos edificios de ladrillos, con ventanas de vidrios sucios que daban a él, el patio era un lugar desolado y desagradable. Una pared de unos cinco metros de altura lo cercaba por tres lados. Junto a ellas se elevaban unos cuantos sicomoros muy viejos. En un rincón veíase un pozo en desuso y los cimientos de lo que otrora fuera tal vez un depósito de quesos. Pero era la casita de piedra, situada cerca de la pared trasera, la que llamaba más la atención.

Su color era grisáceo. Su tejado inclinado estaba cubierto de tejas curvas que habían sido rojas en otro tiempo; la chimenea era chata y negra. A poca distancia se elevaba el árbol retorcido.

Eso era todo. La rodeaba el mar de barro endurecido, sobre el cual se veían las huellas de muchas personas que habían formado un sendero hasta la puerta. Desde ese sendero, dos hileras de huellas —las mías y las de Masters— se alejaban hacia la pared en que estaba la ventana por la cual el inspector había visto el cadáver por primera vez.

Caminamos en torno de la casa, manteniéndonos siempre junto a la pared lindera del patio. El misterio se hizo más profundo cuando hubimos finalizado la recorrida. No obstante, no he omitido nada y todo era tal como lo he descrito: una casa de piedra, con puerta y ventanas imposibles de forzar, sin entradas secretas ni huellas de pies que se acercaran a ella antes de que hubiéramos ido Masters y yo. Ésa es la verdad.

Habíamos llegado al otro lado de la casa —el costado izquierdo, que daba frente a la puerta trasera de la casa principal—, y Masters se detuvo. Contemplo fijamente el árbol retorcido y miró luego la pared.

—Oye —dijo roncamente—. Ese árbol... Sé que no explicaré el resto del misterio, pero tal vez justifique la falta de huellas... Un hombre muy ágil que estuviera sobre esa pared podría saltar al árbol y de allí al techo de la casita. No están muy separados...

McDonnell asintió.

—Sí, señor —dijo—. Bailey y yo pensamos en ello. Fue una de las primeras cosas que se nos ocurrieron hasta que alguien trajo una escalera y trepé yo a la parte superior de la pared, di la vuelta en torno del patio e hice la prueba. —Señaló hacia lo alto con el índice—. ¿Ve usted esa rama rota? Por ella estuve a punto de romperme la cabeza. El árbol está podrido por dentro. Yo soy bastante liviano, y no hice más que tocarlo. No soportaría ningún peso. Haga usted la prueba... Le diré, el árbol tiene otro significado.

Masters giró sobre sus talones.

—¿Otro significado?

—Sí. Me llamó la atención que hubieran cortado los otros de aquí cerca y hubiesen dejado éste solo. —Se llevó la mano a los ojos y dirigió la vista hacia la parte inferior del árbol—. Al fin me di cuenta de lo que era. Allí abajo descansa nuestro amigo Louis Playge. Supongo que no habrán querido turbar su reposo. ¡Qué

raras son las supersticiones...!

Masters se había adelantado para tocar el árbol. Estaba tan furioso que de un tirón arrancó una rama.

—Sí, está podrido... ¡Oh, de mucho me sirves, Bert! —exclamó, arrojando la rama al suelo—. Si no dejas de decir tonterías te tiraré con esto. A Darworth lo asesinaron. Tenemos que descubrir cómo, y si sigues hablando de supersticiones...

—Admito que no explica cómo llegó el asesino a la casa. Pero, por otra parte, creí que tal vez...

—¡Bah! —exclamó el inspector, y se volvió hacia mí—. Debe haber un medio —insistió—. Oiga usted, ¿podemos estar seguros de que no había huellas antes de que saliéramos nosotros? Ahora hay muchísimas que van hacia la puerta...

—Podemos estar bien seguros —afirmé.

Masters asintió. En silencio nos encaminamos hacia la puerta. La casa guardaba su secreto. El inspector entró, y McDonnell y yo nos quedamos afuera.

—No creo que pueda intervenir en este caso —comentó el sargento—. Pertenezco a la seccional de Vine Street y la investigación correrá por cuenta de Scotland Yard. Sin embargo... —Giró de pronto sobre sus talones—. ¡Hola! ¿Qué ocurre, señor?

Habíamos oído ruido de movimientos bruscos en el interior. Masters respiraba jadeante, y el haz de luz de su linterna se movía para todos lados. Casi en seguida, salió a la puerta.

—¡Cristo, alguien tendrá que responder por esto! —gruñó, golpeando la pared con el puño—. Ya veremos lo que dicen los diarios. «El hombre enjuto vuelto de espaldas...». Alguien se ha apoderado de nuevo de esa daga. No está aquí. La han robado; ha desaparecido... ¿Creen que querrán utilizarla de nuevo?

Nos miró con expresión furiosa.

Guardamos silencio durante largo rato. De pronto, McDonnell rompió a reír históricamente.

—Esto me costará el empleo —dijo, y se alejó en silencio.

Veíanse rayos sonrosados en el cielo, y la cúpula de St. Paul se destacaba entre el macizo de edificios del este. Masters dio un puntapié a una lata vacía. Desde Newgate Street nos llegó el ronco sonido de una bocina, y los carros de reparto de leche avanzaban ya dando tumbos a la sombra de la figura de la Justicia que adornaba la cúpula del Old Bailey.

XIII. RECUERDOS EN WHITEHALL

Eran más de las seis de la mañana cuando regresé a mi departamento, y dieron las dos de la tarde antes de que me despertara alguien que corrió las cortinas y me habló del desayuno.

A juzgar por la presencia de Popkins, autócrata de la servidumbre del Edwardian House, era evidente que me había convertido yo en una celebridad. El criado no hizo comentario alguno respecto a los diarios que puso sobre la cama al preguntarme cómo deseaba mi desayuno y si podía prepararme ya el baño.

Cualquiera que haya estado en Inglaterra en aquella época debe recordar la tremenda notoriedad que alcanzó «El horror de Plague Court». Aunque la noticia se dio a conocer demasiado tarde para las ediciones matutinas, los diarios del mediodía la publicaban en primera plana y con enormes titulares.

Sentado en la cama, aquella tarde lluviosa, encendí las luces y leí los diarios, esforzándome por convencerme de que todo ello era real. En verdad, me resultó difícil creerlo así.

La primera plana del diario que elegí decía en grandes titulares: ¡UN ASESINO FANTASMA RONDA EN PLAGUE COURT! En un óvalo, en la primera pagina, se veían las fotografías de todos nosotros (evidentemente las habían tomado de algún viejo archivo). Una de las caras, que parecía la de un asesino, era la mía. *Lady Benning* estaba irreconocible. El comandante Featherton, con su uniforme de gala, levantaba el rostro hacia lo alto y estaba muy serio. A Halliday lo habían retratado al descender una escalinata; tenía el rostro vuelto hacia un lado. La foto de Marion era la única que realmente se parecía al original. No había ningún retrato de Darworth; pero en el interior del óvalo formado por nuestras fotos, un artista desconocido le representaba en el momento de ser asesinado por un fantasma armado de un cuchillo.

Las noticias publicadas en todos los diarios eran bastante precisas, aunque ninguno de ellos insinuaba la menor sospecha hacia nosotros.

Mientras tomaba el desayuno, reflexionando sobre lo que acababa de leer, repicó la campanilla del teléfono interno y me informaron que el comandante Featherton estaba abajo. Recordé entonces su promesa de la noche anterior.

El viejo comandante estaba furioso. A pesar de la lluvia, vestía levita y pantalones a rayas, y lucía sombrero de copa y una corbata de colores chillones. Le acompañaba el fuerte aroma del jabón de afeitar. Sobre mi escritorio colocó su sombrero, y, al ver el diario que publicaba los retratos, se acrecentó su furia. Evidentemente, ya lo había visto antes. Habló de entablar juicio al diario; comparó a los reporteros con las hienas, afirmando que estas últimas tenían más moralidad que los primeros, e hizo algunos comentarios respecto a algo que había ocurrido en su club, donde alguien habló de regalarle una pandereta para que la usara en sus sesiones de espiritismo.

Le ofrecí una taza de café, que rechazó, y un *whisky* con soda, que aceptó agradecido.

Al fin tomó asiento en una silla y encendió un cigarro. Parecía haberse calmado un poco.

—Ahora no podré mostrar la cara por ninguna parte —gruñó—. Y todo porque quise ser útil a Anne. ¡Maldición! Es un tremendo enredo. Ahora no sé si podré llevar a cabo lo que pensaba pedirle... —Hizo una pausa y bebió un sorbo de *whisky*—. Esta mañana telefoneé a Anne. Anoche estaba enfadada conmigo; ni siquiera me permitió que la acompañara a su casa. Pero esta mañana me trató bien. La pobre está algo desanimada. Parece que Marion Latimer la llamó antes que yo. Le dijo que era la culpable de todo y que cuanto menos la viese mejor sería para todos. Empero...

Esperé que continuara.

—Oiga usted. Blake —prosiguió, al cabo de una pausa—. Anoche dije muchas cosas que no debí haber dicho ¿eh?

—¿Se refiere usted a los ruidos que oyó en la habitación?

—Sí.

—Pues, sí era verdad...

Hizo una mueca y se tornó más confidencial.

—Por cierto que era verdad. Pero ése no es el caso, muchacho. ¿No lo comprende usted? La cuestión es ésta: No podemos permitir que piensen de nosotros lo que tarde o temprano van a pensar... Que uno de nosotros... ¿Eh? ¡Hum! ¡Tonterías! Y es necesario que lo evitemos.

—¿Cómo cree usted que podríamos solucionarlo, comandante?

—No soy detective, pero de algo estoy seguro. Tiene que haber sido alguien que entró... Posiblemente ese médium... Mire. Supongamos que uno de nosotros hubiera deseado despachar a ese farsante, lo cual no haríamos, por supuesto. ¿Se figura que habríamos corrido un riesgo así, en una habitación llena de gente? Es una tontería pensar tal cosa. Además, ¿cómo se podría hacer algo así sin ensuciarse de sangre? El que asestó esas puñaladas a Darworth tendría que haberse empapado de pies a cabeza... ¡Bah!

Le entró un poco de humo en los ojos y se interrumpió para restregárselos. Luego se inclinó hacia adelante, mirándome con gran fijeza.

—Le sugiero, pues, lo siguiente. Pongamos el asunto en manos de alguien que lo sepa solucionar. Entonces marchará todo bien. Yo lo conozco perfectamente, igual que usted. Sé que es terriblemente perezoso; pero le tocaremos el amor propio. Le diremos: Mire, viejo...

Se me ocurrió entonces algo que debí haber pensado antes.

—¿Se refiere usted a H. M.? —inquirí—. ¿El viejo jefe? ¿Mycroft?

—Me refiero a *sir* Henry Merrivale. ¿Eh?

H. M. en un caso de Scotland Yard... De nuevo recordé aquella oficina en lo alto de Whitehall, la cual no veía desde 1922. Pensé en el perezoso, gárrulo y descuidado caballero que se hallaba allí, sentado con las manos sobre el abdomen y los pies sobre el escritorio. Su mayor afición era la lectura de novelas de misterios, su desgracia —

según él— que la gente no lo tratara con seriedad. Era médico y abogado, y su dicción era atroz. *Sir Henry Merrivale*, barón, militaba en las filas del socialismo desde su juventud. Extraordinariamente pagado de sí mismo, poseedor de un inagotable caudal de cuentos de subido color...

Mirando más allá de Featherton, recordé los viejos tiempos. Habían empezado a llamarlo Mycroft cuando era jefe del Departamento Británico de Contraespionaje. La idea de que aún el más tímido de los neófitos pudiera llamarle *Sir Henry* era fantástica. Fue Johnny Ireton, en una carta escrita desde Constantinopla, quien le aplicó por primera vez el sobrenombre; pero el proyecto no prosperó. «La figura más interesante en las narraciones que hablan del caballero de cara de halcón de Baker Street —escribía Johnny— no es en modo alguno Sherlock, sino su hermano Mycroft. ¿Se acuerda de él? Es aquel que tiene un sombrero deductivo tan grande, o más grande aún, que el de S. H., pero que es demasiado perezoso para usarlo. Es pesado y corpulento, no se mueve de su silla. Es toda una personalidad en cierta misteriosa oficina gubernamental; su memoria es como un archivo, y su órbita, la siguiente: del alojamiento al club, del club a Whitehall, de Whitehall a su alojamiento. Creo que sólo aparece en dos novelas, pero hay una escena magnífica en la que Sherlock y Mycroft están ante una ventana del Diogenes Club, intercambiando una serie de deducciones acerca de un hombre que pasa por la calle. Ambos hablan con toda naturalidad, sin dar importancia al tema, y el pobre Watson se siente más aturdido que nunca... Te digo que si nuestro H. M. tuviera un poco más de dignidad, se acordara siempre de usar corbata y se abstuviera de canturrear la letra de ciertas cancioncillas picantes al pasar por una oficina llena de dactilógrafas, no haría un mal Mycroft. Tiene el cerebro, amigo mío, el cerebro...

Pero H. M., lejos de alentar el uso del sobrenombre, montó en cólera. Dijo que él no era una imitación de nadie, y mandó a todos al diablo. Desde que dejé el servicio activo, en 1922, sólo lo he visto tres veces. Dos en el Diogenes Club, adónde yo había sido invitado; y en ambas oportunidades estaba dormido. La última vez en una recepción en Mayfair, a la que había concurrido arrastrado por su esposa. Se había escabullido del baile para tratar de conseguir un trago de *whisky*. Lo encontré cerca de la despensa. Me dijo que sufría. Entonces yo abordé al coronel Lendinn y concertamos una partida de póker, en la que el coronel y yo perdimos once libras y dieciséis chelines en total. Hablamos de los viejos tiempos. Me dio a entender que estaba haciendo algún trabajo para el Servicio de Inteligencia Militar. Pero añadió — amargamente, haciendo chasquear las cartas entre sus gordos dedos— que ya no había emoción en aquello; que corrían malos tiempos para cualquiera que estuviese dotado de cerebro, y que como los tal -y-cual eran demasiado parsimoniosos para instalar un ascensor, todos los días tenía que subir cinco malditos pisos para llegar a su pequeña oficina, que daba a los jardines que se extienden a lo largo de la Horse Guards Avenue.

Featherton estaba hablando de nuevo.

—... le diré lo que podemos hacer, Blake. Tomaremos un taxi e iremos directamente a verle. Si le telefoneamos para avisarle, jurará que está ocupado, ¿eh?, y seguirá leyendo sus malditas novelitas. ¿Qué dice usted? ¿Vamos?

La tentación fue demasiado fuerte.

—Inmediatamente —repuse.

Llovía torrencialmente. Nuestro taxi patinó al tomar la curva de Pall Mall, y, cinco minutos más tarde, doblamos a la izquierda, por British Street para seguir luego por la callejuela que comunica el Embankment con Whitehall. El ministerio de Guerra tenía un aspecto tétrico a la luz grisáceo del día. Por la parte trasera, muy lejos del movimiento del frente hay una puertecilla cuya existencia no todos conocen.

En el interior podría haber hallado mi camino con los ojos vendados. Conocía perfectamente el corredor oscuro, los dos tramos de escalones y los pasajes flanqueados de oficinas.

En el cuarto piso teníamos que habérmolas con el viejo Carstairs. El viejo sargento primero estaba tal como le viera la última vez, apoyado en su pupitre y fumando su pipa. Nos saludamos cordialmente. Le mentí, afirmando que tenía una cita con H. M. —lo cual sabía Carstairs que era mentira—, y confié en que me dejaría pasar. El sargento se mostró algo inquieto.

—No sé, señor. Me figuro que no habrá inconveniente —dijo—. Aunque acaba de subir otro caballero... Un caballero de Scotland Yard.

Featherston y yo nos miramos. Después de dar las gracias a Carstairs, subimos apresuradamente el último tramo de escalones. Alcanzamos a ver al otro caballero en el momento en que levantaba la mano para llamar a la puerta de la oficina ocupada por H. M.

—Vergüenza debería darle, Masters —le dije—. ¿Qué diría el comisionado?

El inspector se mostró primero enfadado, y luego divertido. Había recobrado la placidez que le era característica. Cualquier referencia a su extraño comportamiento de la noche anterior le habría sobresaltado tanto como a mí el pensar en ello.

—¡Ah! ¿De modo que es usted? —dijo—. ¡Hum! Y el comandante Featherston, según veo. Pues, no hay nada que ocultar. Tengo el permiso del comisionado.

A la débil luz que apenas disipaba la penumbra del rellano, vi la puerta de la oficina. Sobre ella se destacaba una placa que decía: “*Sir Henry Merrivale*”. Debajo de la placa, H. M. había escrito largo tiempo atrás las siguientes leyendas: “¡OCUPADO! ¡PROHIBIDA LA ENTRADA! ¡NO ENTRE!”, y un poco más abajo, como si le te hubiera ocurrido después, agregaba: “¡Esto es por”. USTED!».

Masters, como todos los demás, hizo girar el picaporte y entró.

Nada había cambiado. La oficina de techo bajo, con sus dos ventanales que daban al Embankment, estaba tan desordenada como siempre: llena de papeles, pipas, grabados y una variedad de cosas inútiles. Detrás del amplio escritorio, también lleno de papeles, veíase el corpachón de H. M. reclinado en su sillón. Sus enormes pies descansaban sobre el escritorio, enredados con el cordón del teléfono y dejando al

descubierto los calcetines blancos. La lámpara estaba encendida, pero se inclinaba tanto que su luz no iluminaba más que una porción del escritorio. Atrás, entre las sombras, se inclinaba hacia adelante la calva de H. M. Sus anteojos de armazón de carey habíanse deslizado hacia el extremo de su nariz.

—¡Hola! —tronó el comandante Featherton, golpeando con los nudillos en la parte interior de la puerta—. ¡Oye, Henry!

H. M. abrió un ojo.

—¡Fuera! —gruñó, haciendo una mueca. Algunos papeles cayeron de sus rodillas al suelo, y prosiguió en tono quejoso—. Váyanse, ¿quieren? ¿No ven que estoy ocupado?... ¡Váyanse!

—Estabas dormido —declaró Featherton.

—No estaba dormido, ¡maldito sea! Estaba meditando. Así es cómo reflexiono. ¿Es que nunca tendré paz aquí para entregarme a mis pensamientos? ¿Eh?

Laboriosamente levantó su arrugado e impasible rostro, el cual rara vez cambiaba de expresión. Las comisuras de sus labios se curvaban hacia abajo, y parecía estar husmeando algo desagradable. Nos miró a través del cristal de sus anteojos, y continuó en tono impertinente:

—¿Bien, bien, quién es? ¿Quién es?... ¡Oh!, ¿es usted, Masters? Sí, he estado leyendo sus informes. ¡Hum! Si me dejara tranquilo un tiempo, podría decirle algo respecto a ellos. ¡Hum! Bueno, ya que está aquí, pase usted. —Nos miró con expresión recelosa—. ¿Quiénes son los que le acompañan? ¡Estoy ocupado! ¡OCUPADO! ¡Fuera! Si se trata de ese asunto de Goncharex, díganle que se tire de cabeza al Volga. Tengo mucho que hacer.

Featherton y yo nos dispusimos a explicar el asunto al mismo tiempo. H. M. gruñó, aunque mirándonos con menos severidad.

—¡Oh!, son ustedes. Sí, ya lo veo. Pasen y siéntense... Supongo que tendré que invitarles a beber algo. Usted sabe donde está la bebida, Ken. En el mismo lugar de siempre. Ocúpese de servirla.

Efectivamente, sabía muy bien dónde guardaba el *whisky*. Habíase agregado al total algunos grabados y trofeos más; pero todo estaba en su lugar acostumbrado. Sobre el hogar de mármol, donde ardía un pequeño fuego, veíase un retrato de Fouché. Lo flanqueaban retratos de los dos únicos escritores a los que H. M. atribuía siquiera un poco de habilidad: Charles Dickens y Mark Twain. Las paredes de ambos lados estaban cubiertas por estantes atestados de volúmenes. Entre ellos había una enorme caja de seguridad, sobre cuya puerta se veía lo siguiente: «¡IMPORTANTES DOCUMENTOS DE ESTADO! ¡No TOCAR!». La misma leyenda podía verse repetida más abajo en alemán, francés, italiano y —según creo— en ruso.

La caja estaba abierta, y saqué de su interior la botella de *whisky*, el sifón y cinco vasos algo polvorientos. Mientras servía la bebida, H. M. continuó hablando, sin elevar o bajar la voz, aunque en tono cada vez más quejoso.

—No tengo cigarros. Mi sobrino Horace... Ya sabes, Featherton, el hijo de Letty,

el chico de los pies grandes... Pues bien, Horace me regaló una caja de Henry Clays para mi cumpleaños. ¡Maldita sea! ¿Por qué no se sientan? Y tengan cuidado con ese agujero de la alfombra; cada vez que entra alguno se tropieza con él y lo agranda... Bien, no los he fumado todavía. ¿Saben por qué? —preguntó, levantando una mano para señalar a Masters—. ¿Eh? Se lo diré. Porque tengo la sospecha de que son explosivos. En fin, sea como fuere, tiene uno que asegurarse. ¡Qué les parece un sobrino que regala a su tío cigarros explosivos!... Les aseguro que no quieren tratarme con seriedad... Por eso le regalé la caja al ministro del Interior. Si para esta noche no tengo noticias al respecto, le pediré que me los devuelva...

—Oye, Henry —intervino el comandante, que se había contenido hasta entonces a duras penas—, hemos venido para consultarte sobre un asunto muy serio...

—¡No! —dijo H. M., elevando de nuevo la mano—. ¡Todavía no! Beban primero.

Me acerqué con los vasos y cumplimos el rito, aunque la impaciencia consumía a Featherton. Masters se mantuvo tranquilo, aunque noté que algo le tenía preocupado. Después de beber, H. M. apoyó de nuevo los pies sobre el escritorio y tomó su pipa. Cuando se arrellanó en el sillón, lo hizo con un aire especial de benevolencia. Su expresión no había cambiado; pero, al menos, ahora parecía un mandarín después de una buena cena.

—¡Hum! Me siento mejor... Sí, ya sé a qué han venido. Y es una molestia tremenda para mí. Sin embargo... —Parpadeó varias veces y nos miró largamente—. Si tiene usted el permiso del comisionado...

—Aquí está, señor —repuso Masters—, y por escrito.

—¿Eh? ¡Oh, sí! Déjelo allí. Follett siempre fue muy sensato —admitió H. M. de mala gana—. Al menos, un poco más que algunos otros. —Sus ojos continuaron fijos en los de Masters—. Por eso fue por lo que vino a consultarme, ¿eh? Porque Follett se encontró con un caso demasiado difícil de solucionar, ¿eh?

—No tengo inconveniente en admitirlo —replicó el inspector—. Como dice usted, *sir* George pensó...

—Bien, estaba en lo cierto, hijo —declaró H. M.—. Así es.

Sobrevino un momento de silencio durante el cual oímos el golpeteo de la lluvia sobre los cristales. Fijé la vista en el círculo luminoso que formaba la luz de la lámpara sobre el escritorio. Entre el desorden de papeles, salpicados de cenizas, descansaba una hoja de papel lleno de notas. H. M. la había titulado: «Plague Court». Comprendí que, si Masters le había dado un informe de todo, el viejo sabría tanto como nosotros.

—¿Se le ha ocurrido alguna idea? —inquirí.

Con un gran esfuerzo, el viejo movió los pies y golpeó con ellos la hoja de papel que me llamara la atención.

—Muchas. Pero, ninguna de ellas está clara todavía. Necesito que ustedes tres me digan muchas cosas. ¡Hum! Sí. Lo que más me enfurece es la perspectiva de tener que ir a echar una ojeada a la casa...

—Bien, señor —intervino Masters—. Puedo hacer traer el auto dentro de tres minutos, si me permite usted que use su teléfono. Estaremos en Plague Court en menos de quince minutos...

—No me interrumpa usted. ¡Maldición! —exclamó H. M., con gran dignidad—. ¿Plague Court? ¡Pamplinas! ¿Quién ha dicho algo sobre Plague Court? Me refería a la casa de Darworth. ¿Creen que iba a abandonar mi cómodo sillón para ir a esa cueva de ratas? ¡Bah! Pero me alegro de que todavía sepan apreciarme. —Extendió sus gruesos dedos y los examinó atentamente. Su voz se tornó de nuevo quejosa—. Lo malo de este país es que los ingleses no toman nada en serio. Ya me estoy cansando. Uno de estos días me trasladaré a Francia, donde me darán la Legión de Honor u otra cosa. ¿Saben ustedes qué hacen mis propios compatriotas? —preguntó—. En cuanto saben a qué departamento pertenezco, lo toman en broma. Se me acercan sigilosamente, miran a su alrededor con expresión misteriosa y me preguntan si he descubierto la identidad del siniestro desconocido del sombrero de fieltro, y si he enviado a K —14 a Beluchistan disfrazado de Touareg para averiguar qué está haciendo 2XY respecto a PR2.

Featherton golpeó el escritorio con el puño cerrado. Tosía convulsivamente, pero consiguió decir:

—¡Mira, Henry, hemos venido a verte por un asunto muy serio! Desearía que te ocuparas de él.

Aproveché la interrupción para intervenir.

—Así es, H. M. Convinimos en venir a consultarle. Fue el último recurso que se nos ocurrió. Pero yo le aclaré al comandante que este asunto no es de su especialidad. Sería tonto creer que usted podría aclararlo...

—¿No? —dijo H. M., haciendo una mueca—. ¿Quiere hacer una apuesta? ¿Eh?

—Bien —continuó, en tono persuasivo—, ya habrá leído usted las declaraciones de los testigos, ¿verdad?

—Sí. Masters me las envió esta mañana, junto con su informe.

—¿Halló algo interesante o aclaratorio en lo que dijeron?

—Claro que sí.

—¿En el de quién?

De nuevo se inspeccionó el viejo los dedos. Volvió a parpadear.

—¡Hum! —dijo—. Para comenzar, habría que prestar atención a lo que dijeron los dos Latimers: Marion y Ted.

—¿Quiere usted decir que es sospechoso?

El comandante dejó escapar un resoplido. Los ojos de H. M. se fijaron en él. Estaba reflexionando. Tendríamos que esperar.

—¡Oh!, no sé si lo consideraría sospechoso, Ken —declaró al fin—. ¿Qué le parece a usted?... La cuestión es que me gustaría hablar con ellos, y les aseguro que no pienso moverme de aquí. No gastaré la suela de mis zapatos sólo para ayudar a

Scotland Yard. Demasiada molestia. De todos modos...

—No puede usted hacerlo, señor —terció Masters.

Su tono de voz hizo que todos nos volviéramos hacia él.

—¿Qué es lo que no puedo hacer? —preguntó H. M.

—Ver a Ted Latimer. —Masters se inclinó hacia adelante, y su placidez pareció abandonarle—. Se ha fugado, *sir* Henry. Metió sus ropas en una maleta y huyó. ¡Eso es lo que ocurre!

XIV. GATOS MUERTOS Y ESPOSAS FALLECIDAS

Sobrevino un minuto de silencio. Featherton hizo un ademán de protesta, pero eso fue todo. El tamborileo de la lluvia se oyó con más fuerza que nunca. Masters dejó escapar un profundo suspiro, como si acabara de quitarse un peso de encima. Sacó luego su libreta de notas y un sobre lleno de papeles, comenzando a poner éstos en orden.

—¿De veras? —dijo al fin H. M., parpadeando repetidas veces—. Eso es muy interesante. Podría significar algo. Empero, en su lugar, no me apresuraría a sacar conclusiones. ¡Hum! ¿Qué hizo usted?

—¿Qué puedo hacer? ¿Pedir orden de arresto por asesinato sin poder decir al juez cómo se cometió el crimen?... No, gracias —dijo secamente el inspector, mirando con fijeza a H. M.—. Mi puesto corre peligro, señor. Si llego a cometer otro error, habrá terminado mi carrera. Los diarios dicen que mientras yo me divertía cazando fantasmas se cometió un crimen brutal debajo de mis narices. Además, como si eso fuera poco, los periodistas se enteraron de todo... *Sir George* me puso verde esta mañana. Por eso, si tiene usted alguna idea, le agradecería que me la confiara.

—¡Oh, qué infiernos! —gruñó H. M.—. ¿Bien, qué diablos espera usted? ¡Empiece ya! ¡Deme todos los datos! Dígame qué hizo hoy.

—Gracias. —Masters desplegó sus papeles—. Tengo algunos detalles que podrían servir de indicios. Tan pronto como llegué al Yard, comencé a revisar el prontuario de Darworth. Le he enviado parte de los informes, pero no éste. Ya leyó usted todo lo referente a la desaparición de Elsie Fenwick, su primera esposa, después de la supuesta tentativa de asesinarla mientras estaban en Suiza. ¿Eh?

H. M. gruñó afirmativamente.

—Muy bien. Hubo una mujer complicada en aquel asunto. Era la doncella que juró que la vieja Elsie había ingerido el arsénico por su propia cuenta, y con su declaración salvó a Darworth de la cárcel. Esa mujer despertó mi curiosidad, y me ocupé de investigarla —dijo Masters, elevando la vista—. Aquí tengo algunos nombres y fechas. La tentativa de envenenamiento ocurrió en Berna, durante el mes de enero de 1916, y el nombre de la doncella era Glenda Watson. Todavía estaba al servicio de la anciana cuando ésta desapareció de su nuevo hogar en Surrey el 12 de abril de 1919. Después, la doncella se fue de Inglaterra...

—¿Y bien?

—Esta mañana a las ocho cablegrafié a la policía francesa pidiendo informes sobre la segunda esposa de Darworth. Aquí tengo la respuesta.

Entregó un telegrama a H. M., quien lo leyó de un vistazo, dejó escapar un gruñido y me lo pasó. El mensaje decía:

«Nombre de soltera Glenda Watson. Casó con Roger Gordon Darworth, Municipalidad, Distrito 2, París, 1º, 1926. Ultima dirección de la esposa. Villa

—¿Y bien? —inquirió H. M., contemplándome plácidamente—. ¿Le sugiere eso algo, hijo?... Mire Masters, sospecho que está usted por cometer un error. Estoy casi seguro de que Glenda Watson no tiene nada que ver con este asunto. Pero tiene usted razón al no dejar ningún cabo suelto... ¿Y bien, Ken?

—El primero de junio de 1926 —observé—. Siete años y un mes. Se ve que son gente muy respetuosa de las leyes. Esperaron el tiempo exacto hasta que la vieja Elsie fue considerada legalmente muerta, y luego se echaron el uno en brazos del otro...

—¡Pero no veo...! —protestó Featherton, disponiéndose a incorporarse—. ¡Que me maten si lo entiendo!

—Calla —le ordenó H. M.—. Hicieron muy bien, hijo. Tenían que obrar legalmente. Esto nos presenta otro aspecto interesante del caso: ¿Qué ganó con ello Glenda Watson? A propósito, ¿Darworth dejó algún dinero?

Masters sonrió levemente.

—¿Si dejó algún dinero? ¡Ah! Escuche usted, señor. Inmediatamente después que salieron los diarios a la calle, recibí una llamada telefónica del abogado de Darworth, a quien, por suerte, conozco muy bien. Se llama Stiller. Fui a verle sin pérdida de tiempo. Anduvo con muchos rodeos; pero logré averiguar que Darworth deja una fortuna de doscientas cincuenta mil libras esterlinas.

El comandante dejó escapar un silbido, y Masters miró a su alrededor con expresión satisfecha. Pero el informe produjo en H. M. una reacción muy diferente de la que esperaba yo. Abrió enormemente sus ojos. Se quitó los anteojos y los sacudió en el aire. Durante un momento me pareció que estaba a punto de retirar los pies de sobre el escritorio.

—¡De modo que no era el dinero! —exclamó—. ¡Que me maten, no era el dinero! Claro que no. ¡Hum! —gruñó satisfecho, y contempló su negra pipa. Pero era demasiado perezoso para encenderla; de modo que se arrellanó de nuevo en su sillón con las manos cruzadas sobre su abdomen—. Prosiga usted, Masters. Prosiga, que me gusta.

—¿Qué piensa usted, señor? —inquirió el inspector—. Ese dato me lo dio Stiller. Darworth no tiene otros parientes y no hizo testamento, de manera que su esposa lo hereda todo. Stiller la describe como «una morena escultural, cuyo aspecto no indica que haya sido una criada...».

—No diga más —le interrumpió H. M.—. ¿Qué quiere usted insinuar, hijo? ¿Que esa mujer vino a Inglaterra y asesinó a Darworth por su dinero? ¡Tab, tate! No se ajusta a las reglas de las novelas policíacas esa de introducir en la cuestión el nombre de alguien que no conocemos ni está relacionado siquiera con el caso. No gruña usted. ¿Quiere saber por qué? —señaló a Masters con su pipa—. Porque la persona que proyectó este crimen preparó todo exactamente como en una novela de misterio.

Aún yo tengo que admitir que ha demostrado mucha habilidad. Esa situación del cuarto cerrado fue preparada como un rompecabezas para nosotros. Desde hace meses, todo conduce lentamente a esa situación, cuando ese grupo de personas se reúne en las condiciones en que estaban... Hasta se proveyeron de alguien que cargara con toda la culpa. Si algo salía mal, nosotros caeríamos al instante sobre Joseph. Para eso estaba presente el mozuelo; de otro modo no le hubieran necesitado. ¿Cree usted realmente que robó esa morfina a Darworth sin que éste lo supiera?

—Pero... —protestó Masters.

—¡Hum! Ya es hora de que aclaremos algunas casillas. Admito que Joseph se suministró la droga y salió de escena; pero en todo momento estuvo allí, y el público siempre sabe qué pensar cuando halla a un toxicómano, especialmente si éste no puede explicar en forma coherente qué ha estado haciendo. Cuando el pobre tiene también la desgracia de ser un médium... ¡Uf! Por eso es que puede usted dejar de buscar a una persona de afuera, hijo.

Hablaba como si estuviera sosteniendo una conversación telefónica; un poco más rápidamente que de costumbre, aunque sin cambiar en absoluto el tono de su voz.

—¡Pare usted un poco, señor! —le rogó Masters—. Tengo que ver si lo entiendo bien. Dijo usted: «Hasta se proveyeron de alguien que cargara con toda la culpa». Luego agregó algo respecto a Darworth, y todo este tiempo ha hablado de alguien que proyectó las cosas para que sucedieran de acuerdo con las normas establecidas para las novelas de detectives...

—Eso es.

—¿Y tiene usted alguna idea sobre quién fue el que planeó todo?

—Fue Roger Darworth —replicó tranquilamente H. M.

Masters le miró extrañado. Luego bajó la cabeza, volvió a levantarla, y dijo, con el aire de quien está decidida a no perder la calma:

—¿Quiere usted decirme, señor, que Darworth se suicidó?

—No, Nadie puede asestarse tres buenas puñaladas e la espalda y acabar luego con su vida al aplicarse la cuarta. No es posible... Le explicare; algo salió mal...

—¿Quiere usted decir que hubo un accidente?

—¡Vaya, hombre! ¿Qué clase de accidente hubiera producido esas heridas? ¿Cree usted que la daga funcionó automáticamente? La respuesta es negativa. Dije que algo salió mal. Y así fue... ¿No tiene nadie un fósforo?... ¡Hum! Gracias.

—¡Esto es escandaloso! —intervino el comandante Featherston, y volvió a toser.

H. M. le miró con indiferencia y se volvió luego al inspector.

—Puedo decirle un poco, Masters, aunque sin poder todavía resolver el enigma de la falta de huellas y de la puerta cerrada. Por cierto que es extraordinario..., y seguramente habrá muchos que creerán en los fantasmas...

»Mire usted. Anoche creyeron que Darworth pondría en escena un espectáculo espiritista. Estaban en lo cierto. Eso es lo que tenía entre manos. Si todo hubiera salido de acuerdo con sus planes, el farsante habría ganado una publicidad

extraordinaria. También habría ganado a Marion Latimer, y eso es lo que deseaba. ¿Eh? No tengo necesidad de aclarar ese punto, ¿eh? Lea las declaraciones, si es que no lo recuerda...

»Pues bien, Darworth tenía un cómplice. Una de esas cinco personas sentadas en la oscuridad debía ayudarle a representar la comedia. Pero el cómplice no jugó limpio. En lugar de hacer lo que debía hacer, fue a esa casita de piedra y lo asesinó... después que Darworth había preparado todo para que se pudiera llevar a cabo el asesinato...

Masters se inclinó hacia adelante, aferrándose al escritorio.

—Creo que ya comienzo a comprender, señor —manifestó—. ¿Quiere usted decir que Darworth se proponía que lo encontraran herido en la habitación cerrada?

—Claro que sí, hijo —replicó H. M. Encendió un fósforo que se apagó al instante. Obrando casi automáticamente, Masters encendió uno de los suyos y lo pasó por sobre el escritorio. Sus ojos no se apartaban del rostro del viejo. Éste continuó—: ¿De qué otro modo podría probar al mundo que los fantasmas hicieron... lo que él quería que se hiciera?

—¿Y qué es lo que quería que se hiciera?

Laboriosamente levantó H. M. los pies del escritorio y se apoderó del fósforo que le ofrecía el inspector. La pipa se apagó, pero el viejo siguió chupándola como si no se hubiera dado cuenta de ello. En ese momento el Big Ben comenzó a dar las cinco.

—Estuve aquí esta tarde, pensando en estos informes —dijo el viejo—, y me di cuenta de que la clave de todo no es difícil de encontrar. Verán ustedes: Las intenciones de Darworth con respecto a la joven Latimer eran estrictamente honradas. ¡Eso es lo infernal del asunto! Si sólo hubiera querido seducirla, lo habría hecho largo tiempo atrás y ahora no nos veríamos abocados a este problema. ¡Bah! No se necesita mucho cerebro para ver lo que hizo. Primeramente quiso aprovecharse de la vieja que lloraba la muerte de su sobrino. Se enteró de que estaba relacionada con Latimer y Halliday, y buscó la amistad de Ted... Ya lo saben ustedes. No sé si estaba enterado de la leyenda de Plague Court o no; pero supo que tenía ante sí una situación hecha de medida para sacarle provecho. Luego conoció a la joven Latimer..., y se enamoró de ella.

»Tenía intención de casarse con ella. Se peinó su barbita, adoptó actitudes conquistadores, apeló a su habilidad y estuvo a punto de ganar. Si no hubiera sido por Halliday, habría triunfado. Viéndose en peligro de perderla, le metió en la cabeza esas tonterías de la “posesión”. Le sugirió ideas raras, la hipnotizó y la asustó terriblemente, Durante todo ese tiempo, por una u otra razón, la anciana *lady* Benning le ayudó...

H. M. apoyó la cabeza sobre las manos.

—¡Ah! —exclamó Masters—. Parece que entran los celos en eso... Pero su tentativa de «exorcizar» la casa era una especie...

—De golpe maestro —dijo H. M.— Si conseguía llevarlo a cabo tendría a la

joven en la palma de la mano.

—Prosiga usted, señor —le urgió Masters, al ver que callaba.

—Pues bien, en eso estaba pensando esta tarde. Era una treta peligrosa la que intentaba llevar a cabo. Tenía que serlo porque debía ser más espectacular que todo lo demás para convencer a sus víctimas. La campana, por ejemplo. Es posible que no fuese más que un golpe de efecto... o tal vez la hizo conectar porque temía algún peligro real. ¿Eh? Sea como fuere, indicaba que tenía la intención de llamar a los otros. Estaba encerrado allí con un candado en la parte exterior de la puerta. Eso olía a farsa; pero cuando también corrió el cerrojo y atrancó la puerta por el lado de adentro... ¡Vaya!, si iba a presentar un falso «ataque» de Louis Playge, en una habitación a la que no podía haber entrado sino un fantasma.

»Como dije, estaba pensando en eso y me pregunté, primero, cómo iba a hacerlo, y, segundo, ¿pensaba hacerlo solo?

»Leí su informe en el cual dice usted que estaba fuera y había ido por un costado de la casa pocos minutos antes de oír la campana. Dice que oyó usted ruidos raros procedentes del interior y la voz de Darworth como si estuviera implorando, y como si hubiera comenzado a gemir o llorar. Eso no indica que hubiera habido un ataque violento. No hubo ruido de lucha, aunque después se le encontró lleno de heridas. No se oyeron gritos, o golpes, o maldiciones, tales como las que habría proferido una persona ordinaria. Era dolor, Masters. ¡Dolor!

Y él se quedó allí, soportándolo...

Masters se pasó la mano por el cabello. Parecía muy nervioso, pero habló quedamente.

—¿Quiere usted decir que se dejó mutilar...?

—Ya llegaremos a eso. Ahora bien, todos esos detalles casi indicarían la presencia de un cómplice, pues, ¿de qué le serviría estar herido en el interior de una habitación cerrada si las heridas estaban en partes de su cuerpo que él mismo podría haber alcanzado?

—Prosiga usted.

—Leí luego la descripción de lo que vieron ustedes en esa casita de piedra, y me hice varias preguntas. Primero: ¿por qué había tanta sangre? Había demasiada, Masters... Y luego recordé dos cosas —continuó H. M. quedamente—. Recordé que había en el fuego varios fragmentos de un voluminoso recipiente de cristal. Y en la casa grande, debajo de la escalera, yacía el cadáver de un gato con el pescuezo cortado.

Masters dejó escapar un silbido. El comandante, que se había incorporado a medias, volvió a sentarse.

—¡Hum! —dijo H. M.—. Sí. Telefoneé al químico policial, y me sorprendería mucho si la mayor parte de esa sangre no es la del gato. Ese detalle formaba parte del espectáculo. Y ahora comprenderán por qué había tanta sangre, sin marca alguna sobre ella, como tendría que haber habido si el criminal hubiera realmente perseguido

a Darworth con su arma.

»También me pregunté: ¿Fue por eso por lo que se encendió un fuego tan vivo? Darworth pudo haber llevado la sangre en un recipiente chato, oculto debajo de su abrigo, y no perdería mucho tiempo en salpicar las paredes y el piso, presentando así un espectáculo muy efectivo. Pero tenía que mantenerla caliente hasta el momento propicio, a fin de que no se coagulara... Tal vez fuera ésa la razón del fuego... Tal vez no.

»Sea como fuere, mientras pensaba en ello, me dije: Ese hombre tenía las ropas hechas jirones y manchadas de sangre, y se rompió los lentes cuando cayó al suelo. Pero deja de lado el esplendor y realismo de la escena».

—¡Un momentito, H. M.! —le interrumpí—. ¿Dice usted que Darworth mató al gato?

—¿Eh? —gruñó el viejo, mirando a su alrededor para ver quién había osado interrumpirle—. ¡Oh, es usted! Sí, eso es lo que dije.

—¿Cuándo lo hizo?

—Pues, cuando envió al joven Latimer y a Featherston a la casa para que pusieran todo en orden. Bastante tiempo tardaron para ello. Él estaba descansando, según dijo. Ahora calle usted y...

—¿Pero no se habría manchado de sangre al sacrificar al animal?

—Claro que sí, Ken. Y eso le sirvió de mucho. De todos modos, tenía la intención de ensuciarse toda la ropa más adelante. Lo único que hizo entonces fue ponerse el abrigo y los guantes para ocultarla momentáneamente. Bien sabemos que no volvió a la habitación del frente, donde todos podrían verle con buena luz. Por el contrario, salió corriendo y se hizo encerrar sin demora. ¿Recuerdan? Tenía que evitar que se coagulara la sangre... ¿Qué estaba diciendo?

H. M. hizo una pausa y golpeó el escritorio con los puños.

—¡Cristo santo! —exclamó—. Acaba de ocurrírseme algo. Es malo, muy malo. Pero no importa. Continuaré. ¿Dónde estábamos?

—No te salgas de la cuestión —gruñó el comandante, golpeando el suelo con su bastón—. Todo esto es una tontería, pero prosigue. Estabas hablando de las heridas de Darworth.

—Ajá. Eso mismo. «Pues bien», me dije, «deja de lado el realismo de la escena». Todos hablaron mucho respecto a sus terribles heridas, después de haber echado un vistazo a la sangre y a sus ropas desgarradas. Pero exceptuando la puñalada que le mató, ¿eran realmente serias sus heridas? ¿Eh?

»Les diré, lo interesante de esa daga es que no es un arma cortante, tal como no lo es ninguna lezna, por aguda que sea. Darworth tenía que usarla para mantener la leyenda de Louis Playge; pero ¿qué fue lo que realmente le ocurrió?... Pues bien, para saberlo pedí un informe del médico forense sobre el examen *post-mortem*.

»Tenía tres heridas muy superficiales en su brazo izquierdo, muslo y pierna del mismo lado. Su aspecto indicaba que podrían ser lo que una persona nerviosa se haría

a sí misma, asustándose al poner manos a la obra y no profundizando mucho. Creo que tal vez Darworth cobró valor y se las infligió él mismo; luego se asustó y quiso apartarse del cómplice que le pinchaba por la espalda.. Eso quizá justifique sus gemidos. Pero, por otra parte, su secuaz tenía que infligirle heridas que el mismo Darworth no pudiera haberse hecho. Por eso tenemos: una sobre el omóplato, otra, muy poco profunda, que le cruza la espalda... Y eso era todo lo que el cómplice tenía que hacerle.

En ese momento comenzó a repicar la campanilla del teléfono, y creo que todos dimos un respingo. H. M. lanzó un juramento, sacudió el puño y, finalmente, levantó el auricular. En seguida afirmó que estaba ocupado, protestando que el destino del Imperio Británico dependía de él, y tuvo que callar cuando le interrumpió una voz estridente. La voz continuó hablando. Una expresión de gran satisfacción se reflejó en el rostro del viejo. En cierta oportunidad dijo: «Clorhidrato de procaína», como si pronunciara el nombre de una golosina.

—Ya está confirmado, pequeños —declaró, mientras colgaba el tubo—. Era el doctor Blaine. Debí habérmelo figurado. Darworth tenía en la espalda una dosis de clorhidrato de procaína, droga que conocen ustedes con el nombre de novocaína, si es que alguna vez han tenido que aguantar al dentista... ¡Pobre Darworth! No pudo soportar el dolor ni aún por una buena causa. ¡Qué idiota! Corrió el peligro de que se le detuviera el corazón. Aunque después se lo atravesaron, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! Denme un fósforo.

—El cómplice —dijo Masters, que había estado escribiendo rápidamente— debía asestarle esas heridas poco profundas...

—Sí, y así lo hizo..., hasta que le aplicó dos bien profundas, antes de que Darworth se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Le clavó la daga en la espalda, cerca de la espina dorsal, y luego debajo del omóplato...

—Todo eso está muy bien, señor —comenzó Masters—. ¡Pero no nos lleva a ninguna parte! Todavía tenemos que explicar cómo era que el cuarto estaba cerrado. Si se trata de un cómplice, comprendo que Darworth haya corrido el cerrojo y retirado la barra de hierro para dejarle entrar, pero...

—Después que el cómplice —tercié yo— marchó por sobre treinta metros de barro sin dejar una sola huella...

—No me confunda usted —gruñó el inspector—. Dije que podía comprender que Darworth le dejara entrar...

—Calma —le interrumpió H. M.—. Recuerden que esa puerta estaba asegurada con un candado que tenía que ser abierto desde afuera. A propósito, ¿quién tenía la llave del candado?

—Ted Latimer —repuso Masters. Sobrevino un momento de silencio.

—¡Bueno, bueno! —dijo H. M., en tono conciliatorio—. No les aconsejo que se precipiten en sus conclusiones. Eso me recuerda... Dijo usted que había huido, y todavía no me lo ha explicado. ¡Oh!, quiero saber muchas cosas. Sin embargo, sin

embargo...

Masters le miró fijamente.

—Si pudiéramos explicar cómo entró y salió el asesino sin dejar huellas...

—Verán, pequeños, la dificultad esencial que encontramos en todos los clásicos casos del «cuarto cerrado» está en que por lo general la situación no es razonable. No quiero decir que no puede lograrse, como tampoco me atrevería a negar las hazañas de Houdini. Por el contrario, en circunstancias ordinarias, ningún asesino prepararía una treta tan complicada... Por desgracia, este caso es diferente. Ahora tenemos que habérmolas con la obra de Darworth, un hombre que conocía muy bien su oficio, y el cual preparó un espectáculo irrazonable para lograr un propósito muy razonable. Es muy lógico, Masters. No tenía intención de que le asesinaran; lo que pasa es que el asesino se aprovechó de un plan preparado por su propia víctima; pero... quisiera saber cómo lo hizo.

—Eso es lo que yo trataba de decir —replicó el inspector—. Si pudiéramos explicar la ausencia de huellas, tal vez explicaríamos también el hecho de que la puerta estuviera cerrada por dentro y por fuera.

H. M. le miró con fijeza.

—No diga tonterías, Masters —expresó austeramente—. Eso es lo mismo que afirmar que, si puede uno colgar del aire el techo de una casa, no tendría dificultad en elevar después las paredes. Pero prosiga usted. Quiero ver cómo funciona su cerebro... ¿Cómo lo explica usted?

—Se me ocurrió —dijo el inspector, sin perder la calma— que, después de que se retiró el asesino, el mismo Darworth pudo haber cerrado la puerta y corrido el cerrojo. Tal vez lo tenían proyectado así, cuando Darworth esperaba que le hirieran solamente. Quizá no se dio cuenta de que estaba moribundo, y quiso llevar a cabo el plan tal como lo convinieran de antemano.

—Muchacho —respondió H. M., apoyando de nuevo la cabeza sobre sus manos—, no diré nada respecto al hecho de que no pudo haberse movido tres pasos después de que el asesino le apuñaló, y de que todo lo que pudo hacer fue buscar a tientas el alambre de la campana y se desplomó luego, rompiéndose los lentes. Nada diré de que no había un rastro de sangre desde la puerta hasta el sitio en que yacía su cadáver. No discutiremos el hecho de que un hombre con el corazón atravesado por una puñalada no podría haber levantado una pesada barra de hierro y corrido un cerrojo herrumbrado. Todo lo que diré es que tenemos que buscar otra explicación...

»Necesito más detalles, Masters. Dígame lo que hizo hoy, y qué averiguó respecto al joven Latimer. Veamos. ¡Hable usted!

—Sí, señor. Iremos por partes. Después que hablé con Stiller, ambos fuimos a echar un vistazo a la casa de Darworth. Resulta extraño comprobar cómo las casas atraen una y otra vez a las personas que han estado en ellas. En cuanto entramos, nos encontramos con...

De nuevo repicó la campanilla del teléfono.

XV. UN TEMPLO DE FANTASMAS

H. M. se llevó el receptor a la oreja y lanzó una mirada de ira al aparato.

—¡No! —dijo—. ¡No! ¡Número equivocado!... ¿Cómo sé a qué número llamó usted? Estimado señor, no me importa un ardite con qué número quiere usted comunicarse... ¡No, no habla con Whitehall 0007! ¡Habla con Museum 7000! ¡El Zoológico de Russell Square, idiota!... Claro que hay un zoológico en Russell Square. Oiga usted... (Intervino en ese momento la voz de la joven encargada del conmutador telefónico). ¡Caramba, preciosa! —dijo H. M., cambiando de tono—. ¿Por qué comunica a esos estúpidos que me molestan...? —Su voz se tornó súbitamente austera—. No, buen hombre, no le llamé «preciosa»...

—Debe ser para mí, señor —manifestó Masters, incorporándose apresuradamente—. Disculpe usted. Dejé dicho que pasaran mis llamadas a este número. Espero que no...

H. M. dejó de mirar con rabia al aparato para fijarse en el inspector. Del receptor del aparato emergía una serie de frases airada cuando Masters logró quitarlo de manos del viejo.

—No era un secretario que le hizo una broma —dijo—. Era *sir* Henry Merrivale. —La voz del receptor se apagó por completo—. No tengo yo la culpa de lo que usted pensara. ¡Hable usted, Banks! ¿Qué desea?... ¡Oh!... ¿Cuándo?... En un taxi, ¿eh? ¿Vio usted quién era el otro?... ¿Anotó el número de la patente?... No, probablemente no era importante. ¿Nada sospechoso?... No; siga vigilando... Entre en la casa, si se lo permite su conciencia... Muy bien...

Parecía lleno de incertidumbre y algo turbado cuando colgó el tubo, y su mano se tendió de nuevo hacia el aparato. Pero estaba demasiado preocupado por otras cosas, y se volvió hacia H. M., quien parecía deseoso de continuar hablando.

—Si no piensa usted darme más datos, dejaré el asunto —protestó el anciano—. ¡Vamos! Me estaba usted diciendo que fue a la casa de Darworth. Prosiga usted.

Calló, levantando la vista. El comandante Featherton acababa de incorporarse y se había calado su sombrero de copa.

—Merrivale... —dijo.

—¿Eh? ¡Oh! Siéntate, viejo, siéntate... ¿Qué te pasa?

—Vine a visitarte para pedir tu ayuda —tronó el comandante—. ¡Por Cristo que sí! Y creí que nos la prestarías. ¿Lo hiciste? No, señor. Persistes en decir tonterías respecto a uno de nosotros...

—Oye, viejo —le interrumpió H. M., frunciendo el ceño—, ¿cuánto tiempo hace que tienes esa tos?

—¿Tos?

—Sí, tos. ¡Ajá! ¡Ajem! ¡Hum, hum! ¡Tos! Has estado levantando el polvo toda la tarde. ¿La tenía anoche también?

Featherton lo miró extrañado.

—Por cierto que sí —replicó con gran dignidad—. Pero no veo qué tiene que ver mi tos con todo esto. No me gusta admitirlo, Henry, pero nos has traicionado. No quiero oír más tonterías. ¡Maldición! Tengo una cita en el Berkeley para tomar el cocktail, y ya se me ha pasado la hora. ¡Buenas tardes!

—¿Seguro que no deseas tomar otro *whisky*? —pregunté vagamente H. M.—. ¿No? Lo siento. Hasta pronto, viejo.

La puerta se cerró con gran violencia. H. M. la contempló un momento, parpadeando.

—Veamos —dijo de pronto—. Yo nací en el 71. Bill Featherton debe ser del 64 o el 65. ¿Qué les parece la energía que tiene, eh? Esta noche irá a bailar a uno de esos clubes nocturnos. «Si la jeunesse savait, et si...». ¡Bah! Prosiga, Masters. Fue usted a casa de Darworth con el abogado. Cuéntemelo todo.

—Está en el número 25 de Charles Street. Stiller, McDonnell y yo nos dirigimos allá. Es una mansión de aspecto imponente. La ocupaba desde hacía cuatro años. La única persona que encontramos allí fue un mayordomo, por quien me enteré que Darworth rara vez estaba en su casa. Antes tenía un chófer, pero en estos últimos años él mismo guiaba su auto.

—Respecto a ese mayordomo... —sugirió H. M.

—No. Diría que es honrado. Tiene excelentes referencias. Nos nombró a un caballero para quien trabajó antes y el cual ha vuelto a llamarle. Investigamos el detalle, comprobando que es verdad.

—Ajá. ¿Y bien?

—El hombre me dijo que aceptó ese puesto porque le dejaba muchas horas libres. Le interrogué respecto a los visitantes y las sesiones de espiritismo. Afirmó saber que Darworth se interesaba por lo oculto; pero, cuando se llevaba a cabo una sesión, le daban permiso para salir.

»La casa parece un museo. No hay fuegos; pocas de las habitaciones han sido ocupadas, y está llena de cuadros raros y estatuas modernistas. Subimos al dormitorio y salita privada de Darworth, y Stiller abrió la caja de caudales. No encontramos nada extraordinario; Darworth era muy cuidadoso con sus papeles, o quizá los guardaba en otra parte.

»Fuimos luego a la habitación en que se celebraban las reuniones espiritistas. Es un salón amplio, en la parte más alta de la casa. Tiene una alfombra negra tan suave como un colchón de plumas, y un nicho con cortinas destinado al médium. Además, señor... Bien, admito que nos llevamos una sorpresa. Al encontrarla tan de súbito, sentada en esa silla, en medio de la penumbra... Le aseguro que...

—¿A quién encontraron? —preguntó H. M.

—Eso es lo que iba a decirle, señor, cuando llamó el teléfono. Encontramos a *lady Benning*. Estaba gimiendo.

—Ajá. Sí. ¿Y qué hacía allí *lady Benning*?

—No sé. Dijo que ése era el cuarto de James y que nos retiráramos. Porter, el

mayordomo, juró que él no le había franqueado la entrada a la casa. Luego *lady Benning* comenzó a maldecirnos. ¡Cielos, fue espantoso, señor! Una dama tan refinada, y anciana por añadidura... Le aseguro que me sentí muy turbado. Después me dio lástima, porque se levantó y noté más que nunca su cojera. Pero no quiso que nadie la ayudara, y volvió a sentarse... Bien, no teníamos tiempo que perder, de manera que comenzamos a inspeccionar esa habitación. —Sonrió desdeñosamente—. Los aparatos que encontramos eran de lo más rústico. No sé cómo consiguió engañar Darworth a sus clientes, a menos que fuera su personalidad la que los convencía. Todo el salón estaba lleno de alambres eléctricos. En la mesa había un magneto y bobina para los golpes de los espíritus. En la araña encontramos un micrófono que comunica con la otra habitación, la cual está en el mismo piso, y es una especie de depósito donde Darworth se ocultaba para controlar las sesiones. Uno de esos aparatos de radio caseros oculto en un panel, detrás del asiento del médium, era lo que usaba para responder a todas las preguntas, imitando las diferentes voces que oían sus acólitos. Encontramos ectoplasma hecho de gasa; un telón de gasa para proyectar rostros con una linterna mágica; panderetas colgadas de alambres negros; un guante de goma relleno con papel húmedo...

—Dejemos el inventario para otro momento —le interrumpió H. M., algo irritado.

—Bien, señor, Bert y yo pusimos manos a la obra, dejando al descubierto los secretos de la habitación. *Lady Benning* nos observaba. Cada vez que arrancábamos un cable o alguna otra cosa, se ponía rígida y cerraba los ojos. Cuando saqué el aparatito de radio del nicho del médium y lo puse sobre la mesa vi que la anciana lloraba silenciosamente. Entonces se levantó y se dispuso a retirarse. Corrí tras ella. Esta vez me permitió que la tomara del brazo. Cuando le dije que la acompañaría afuera y llamaría un taxi, se volvió hacia mí, respondiendo: «¿No querría arrancarme también a mí las ropas?». Le aseguro que no supe qué contestarle.

A una señal de H. M., serví más *whisky*, y tanto el viejo como yo contemplamos fijamente al inspector. Éste continuó:

—Llamé a un taxi y despaché a la anciana. Ella se asomó por la ventanilla y me dijo... —Levantó su libreta de notas—. Sus palabras exactas fueron: «Esta mañana hablé con la prometida de mi sobrino. Creo que debería usted interesarse un poco en esa gente, especialmente teniendo en cuenta que el simpático Theodore decidió irse tan de repente».

H. M. asintió, aunque no parecía muy interesado.

—¡Vaya! —Intervine yo—. Featherton telefoneó esta mañana a *Lady Benning*, pero ella no le dijo...

—Naturalmente, la noticia no me resultó agradable, señor —continuó Masters—. Corrí adentro y telefonee a casa de los Latimer. *Miss Latimer* me atendió. Parecía muy nerviosa. La interrogué seriamente, pero no pudo decirme mucho. Viven en Hyde Park Gardens, y no llegó a su casa hasta después de las seis de la mañana. Su hermano había ido antes que ella, pues vio su sombrero y abrigo en el *hall* pero no le

molestó, y se fue directamente a su dormitorio.

»Esta mañana, cuando despertó, la criada le entregó un mensaje de su hermano. Todo lo que decía era: “Estoy investigando. No te preocupes”. La mucama le informó que el joven se había ido de la casa a eso de las diez, llevándose una maleta de viaje. Le pregunté por qué no nos había avisado inmediatamente, y admitió que estaba asustada. Me rogó que no diera importancia al asunto; dijo que probablemente era otra de las tonterías de su hermano, y que posiblemente regresaría por la noche. Primeramente creyó que habría ido a casa de *lady* Benning; pero telefoneó a la anciana y supo que no era así. Desde entonces había estado llamando inútilmente a todos sus conocidos.

»Ya se acercaba la hora de venir a verle a usted. Por eso envié a Bert a casa de los Latimer para que iniciara la investigación. Pero advertí a la joven que pediría una orden del juez para requerir la presencia de su hermano durante la investigación del coroner. —Masters cerró su libreta de notas. Distraído, bebió el *whisky* que le ofrecí; dejó el vaso sobre el escritorio y agregó salvajemente—: Por mi parte, creo que ese muchacho es culpable o está loco. ¡Huir así...! Si tuviera la más mínima evidencia, aparte del hecho de que tenía la llave del candado en su poder, le arrestaría por asesinato. Pero si cometo un solo error más...

Se encogió de hombros.

—Podría ser —dijo H. M.—. Sí. ¡Hum! Si lo hizo deliberadamente para que sospecháramos de él... ¿Es eso todo lo que sabe? —inquirió bruscamente.

—Tengo todas las notas, si es que desea saber algo más.

—Sí. Hay algo que falta, hijo. Pero no es lo que yo necesito. ¡Que me maten, tengo el presentimiento...! Respecto a la casa de Darworth. ¿Está usted seguro de que no había ninguna otra cosa que le llamara la atención? Use su imaginación. ¡Eso mismo! Rápido..., ¿en qué está pensando?

—Sólo en el taller de Darworth, señor —repuso el inspector—. Pero usted no quiso saber nada acerca de sus artefactos para engañar a los incautos, y por eso... —No importa, hijo. Siga usted hablando. Si le interrumpo es porque se me ocurre alguna idea súbita.

—No es más que un cuarto en el sótano, donde él mismo preparaba sus triquiñuelas, y con bastante habilidad. Yo... Le diré, yo también me ocupo de esas cosas; es una de mis aficiones, y hay allí uno de los mejores tornos eléctricos que he visto en mi vida. Es tan delicado como la maquinaria de un reloj pulsera. Me pregunté qué habría estado haciendo últimamente, pues vi allí rastros de un polvo blancuzco...

H. M. estaba por llevarse el vaso a los labios, pero volvió a dejarlo sobre el escritorio.

—... y algunos cálculos sobre una hoja de papel. Eran medidas en milímetros y unas cuantas cifras, pero no les presté mucha atención. Además, encontré algunas mascarillas muy bien hechas. Yo mismo las he fabricado a veces; es muy fácil. Se

envaselina el rostro de la persona y luego se le cubre con alguna pasta de moldear. No daña cuando se endurece, a menos que se enrede en las cejas. Luego se retira el molde y se lo rellena con papel de diario humedecido...

Yo estaba observando a H. M. El viejo estaba muy tranquilo y escuchaba con gran atención. Tomó un sorbo de *whisky*, retiró los pies del escritorio, indicando al inspector que continuara, y levantó las hojas del informe.

—... y no sólo eso —dijo de pronto H. M., como si prosiguiera una discusión que hubiese sostenido consigo mismo—, sino también el incienso que quemaron en el fuego.

—¿Cómo dice usted, señor? —preguntó Masters.

—¡Oh!, estaba pensando —replicó el viejo—, y todo el día me he preguntado por qué quemó Darworth tanto incienso en esa habitación. Y ahora... ese polvo blanco..., ¡bueno, que me maten! —agregó—. ¡Ja, ja, ja!

—¿Qué pensaba usted? —inquirió Masters.

—Pues, hablando en sentido figurado, diría que nuestro asesino entró y salió por el agujero de la llave.

—¡Pero es que no había tal cosa! —protestó Masters.

H. M. le miró muy complacido.

—Lo sé —admitió—. Eso es lo que lo hace tan interesante.

—¡Ya no aguanto más! —exclamó el inspector, al cabo de una larga pausa. Conteniendo a duras penas su ira, comenzó a meter papeles en un sobre que retiró de su bolsillo—. Le aseguro que este asunto es muy serio para mí. Opino como el comandante Featherton. Vine a buscar su ayuda...

—¡Vamos, vamos! No se enfade usted —le dijo H. M., en tono conciliatorio—. Yo también hablo en serio. Le doy mi palabra de honor. Aquí tenemos el problema que debemos resolver antes de hacer otra cosa. ¿Cómo se llevó a cabo esa triquiñuela? Sin la solución, podríamos estar moralmente seguros de la identidad del asesino y no poder acusarle. Usted quiere que reflexione sobre el asunto y descubra quién es el culpable y cuáles fueron sus móviles... ¿No es así?

—Creí que si tenía usted alguna idea...

—Eso mismo. Bien, hablaremos un poco más, si lo desea usted. Pero antes desearía que pidiera el automóvil; quiero ir a echar un vistazo a la casa de Darworth.

El inspector pareció más aliviado. Hizo la llamada telefónica y volvió a tomar asiento.

—Bien, señor —manifestó—. Le diré lo que he pensado. Podríamos presentar una acusación contra una de esas cinco personas.

—Un momento. —H. M. frunció el ceño—. ¿Hay alguna novedad o es que no leí bien su informe? Según las declaraciones, tendría usted que tener en cuenta sólo a tres personas. Dos de ellas tienen coartada. El joven Halliday y la chica de Latimer estaban tomados de la mano.

El otro lo contempló extrañado.

—¡Vaya, señor! —exclamó al fin—. No querrá decirme que por fuerza debemos creer tal cosa, ¿eh?

—Hijo, mucho me temo que tenga usted una mente muy suspicaz. ¿No lo cree usted?

—Tal vez sí y tal vez no. Tal vez lo crea en parte.

—¿Quiere usted decir que juntos formularon un plan para liquidar a Darworth y se defienden ahora con esa coartada? ¡Pamplinas, muchacho! Además, hay muchos detalles que desmienten tal cosa.

—Desearía que tratara usted de entenderme, señor. No dije nada de eso. Lo que quiero significar es lo siguiente: *Miss Latimer* está enamorada de *Halliday*; ahora más que nunca. Ella estaba a su lado. Pues bien, si supiera con seguridad que su novio se levantó, y era él quien llevaba la daga que le rozó la nuca, y si él le pidió que le proveyera de una coartada... ¿eh? Tuvieron tiempo de sobra para preparar sus planes, cuando se descubrió el asesinato.

Hablaba con tanto énfasis que H. M. parpadeó varias veces.

—De modo que ésa es la razón de que no desee acusar al joven *Latimer*, ¿eh? —observó—. Comprendo. ¿Y ésa es su solución?

—¡Ah! No juraría que es la correcta, se lo advierto. Como dije, sólo tengo en cuenta las posibilidades... Pero no me gustó la actitud de ese caballero.

H. M. gruñó:

—¿Se da usted cuenta de una cosa? De todos los sospechosos, ha elegido usted al que más difícil le será acusar.

—No comprendo. ¿Por qué?

—Pues, si acepta usted mi análisis de las cosas, como aparentemente lo ha hecho, ¿cómo puede creer que *Halliday* fuera el cómplice de *Darworth*?... ¡Que me maten! Mi teoría de que el asesino entró por el ojo de la llave es elemental al lado de la suya. Admito que *Halliday* podría haber fingido ayudarle a hacer una broma a fin de descubrir luego su superchería, si es que alguna vez *Darworth* le hubiese pedido ayuda. Pero *Darworth* habría acudido antes a usted que a *Halliday*.

—Admitido, señor, si es que así lo piensa usted. Todo lo que puedo decir es que en este caso hay cosas que no comprendemos. Me parece muy sospechoso eso de que *Halliday* nos haya llevado a la casa justamente en el momento en que lo hizo. Da la impresión de que lo tenía todo preparado. Además, sus móviles...

H. M. se miró los pies con expresión de gran desconsuelo.

—Sí. Ahora llegamos a los móviles. Admitido que *Halliday* tenía un motivo; pero, en tal caso, ¿qué debemos pensar de la pobre *Elsie Fenwick*? ¡Caramba!, ésa es la parte del asunto que más me intriga.

—Esas palabras: «Sé dónde está enterrada *Elsie Fenwick*» y la forma en que las tomó *Darworth*, indican que se trataba de una amenaza.

—Sin duda alguna, sin duda alguna. Pero mucho me temo que no se dé usted cuenta de todas las dificultades. Verá usted...

En ese momento ocurrió lo inevitable. Esta vez H. M. no protestó cuando llamó el teléfono.

—Es el auto —gruñó, y, con una serie de laboriosos esfuerzos, comenzó a levantarse de su sillón. En realidad, no mide más de un metro setenta y cinco, y, por añadidura, es cargado de hombros; pero su corpulencia y su personalidad le hacen parecer imponente en cualquier parte en que se halle.

Por desgracia, H. M. insiste en usar un sombrero de copa. El hecho en sí no tiene nada de raro; lo extraordinario es su sombrero. Naturalmente, desdeña el cilindro usual, pues lo relaciona con las clases conservadoras que oprimen al pueblo. El suyo, alto, pesado y descolorido por la acción del tiempo, es una mascota.

Lo mismo podría decirse de su largo abrigo con cuello de piel apolillada. Cuida ambas prendas con celo nunca visto, se resiente si se hace alusión a ellas, e inventa mentiras fantásticas en su defensa. En diferentes oportunidades le he oído describirlas como: (1) un regalo de la Reina Victoria, (2) el recuerdo de cuando ganó la primera carrera de automóviles en 1903, y (3) la herencia que le dejó el difunto *Sir Henry Irving*. A pesar de que finge ser un viejo gruñón, suele tomar otras cosas sin gran seriedad; pero su sombrero y su abrigo son algo con respecto a lo cual no admite bromas.

Mientras Masters atendía el teléfono, el viejo sacaba las mencionadas prendas del armario. Me vio mirándole y se tornó más serio que nunca, mientras se calaba cuidadosamente el sombrero y trataba con gran cuidado al abrigo.

—Vamos, vamos —dijo a Masters—, deje de charlar con el chófer...

—... sí, admito que es raro —decía Masters, con cierta impaciencia—; pero... ¿Qué más averiguaste?... ¿Estás seguro?... Entonces escucha; ahora salimos para la casa de Darworth. Espéranos allí, y ya me lo contarás todo. Si encuentras a *Miss Latimer*, pídele que, te acompañe...

Al cabo de un momento, Masters colgó el receptor. Parecía preocupado.

—Esto no me gusta nada —manifestó—. Tengo el presentimiento de que está por suceder algo.

Esas palabras, en boca del práctico inspector, me produjeron un efecto desagradable. Masters tenía los ojos fijos en la lámpara. La lluvia azotaba los cristales de las ventanas y se oían ecos extraños en el viejo edificio.

—Desde que robaron esa maldita daga... —Crispó los puños—. Primero Banks y ahora McDonnell. Alguien ha hecho varias llamadas telefónicas muy raras a casa de los Latimer, y me dijeron algo respecto a «una voz horrible», o algo parecido, que habló con Ted esta mañana temprano. Oiga usted, no pensará que...

H. M. tenía los hombros encogidos, y, con su sombrero y abrigo, parecía llenar toda la oficina.

—A mí tampoco me gusta esto —gruñó de pronto—. En esas cosas soy psíquico. Huelo posibles dificultades... Vamos. Partiremos sin tardanza.

XVI. SEGUNDO ATAQUE DEL ASESINO

Los empleados de Londres regresaban a sus respectivos hogares. Oíamos el rumor del tránsito que llenaba Piccadilly Circus; veíamos sombras que se movían sobre el reflejo de las aceras mojadas; autos que parecían rayos luminosos, mientras que sus bocinas resonaban quejumbrosamente. Todo esto lo percibimos mientras el automóvil policial ascendía la cuesta hacia el Haymarket. Oleadas de omnibuses iluminados pasaban velozmente hacia Cockspur Street. Al oír sus campanadas, H. M. sacaba la cara por la ventanilla y les hacía una mueca. No le agradaban los autobuses; afirmaba que sus conductores tenían la costumbre de aumentar su velocidad al doblar las esquinas. Por eso les hacía muecas. Por casualidad, al detenerse momentáneamente el tránsito, le hizo una especialmente malévola al agente de facción en Waterloo Place, lo cual no pareció divertir en absoluto a Masters. El inspector afirmó que viajaban en un auto policial y no deseaba que creyeran que el personal de Scotland Yard tenía la costumbre de hacer esas cosas.

Pero una vez que tomamos por St. James Street, fuera ya de Piccadilly, todos guardamos silencio. Al pasar el Berkeley, recordé al comandante Featherton, quien seguramente estaría allí tomando sus cócteles.

Al llegar a nuestra meta, descubrimos que alguien golpeaba violentamente el llamador de la casa de Darworth. Cuando se detuvo nuestro coche, el desconocido descendió los escalones y vimos que era McDonnell.

—No puedo conseguir que me abra, señor —expresó el sargento—. Cree que se trata de otro reportero. Todo el día le han estado molestando.

—¿Dónde está *miss* Latimer? —gruñó Masters—. ¿Qué pasa? ¿No quiso venir, o fuiste demasiado amable para obligarla? *Sir* Henry deseaba verla.

—No estaba en su casa. Había salido para ver sí podía encontrar a Ted, y todavía no ha regresado. Lo siento, señor; pero yo mismo quería verla, y la esperé durante media hora, después que regresé de la estación Euston. Ya le contaré todo.

H. M. se asomó a la ventanilla del automóvil y comenzó a hacer observaciones muy poco amables. Cuando le explicaron la situación, se apeó trabajosamente y tronó:

—¡Abra esa puerta, maldito sea!

Creo que su voz debió haber sido oída hasta en Berkeley Square, a seis cuadras de distancia. Después de gritar arrojó todo su peso contra la puerta. Esto causó el efecto deseado. Un hombre pálido y de edad mediana, la abrió al instante y encendió las luces, explicando nerviosamente que los periodistas se habían hecho pasar por representantes de la ley...

—Está bien, hijo —le dijo H. M., en tono completamente tranquilo—. Silla.

—¿Señor?

—Silla. Eso que se usa para sentarse. ¡Ah! Allí hay una.

El *hall* era bastante angosto, con piso de madera lustrado, sobre el que había

varias alfombras delgadas. Comprendí por qué había dicho Masters que la residencia parecía un museo. Reinaba una frialdad extraordinaria en ella, y las sombras parecían haber sido arregladas con la misma precisión que el escaso mobiliario. La iluminación indirecta, muy débil por cierto y procedente de las cornisas en lo alto, ponía de relieve una escultura que se hallaba detrás de un sillón de respaldo alto. H. M. no pareció impresionarse ante la atmósfera predominante en la casa. Se arrellanó cómodamente en el sillón.

—*Sir Henry*, le presento al sargento McDonnell —dijo Masters, sin perder tiempo—. En este asunto está a mis órdenes. Yo me he tomado interés por él, porque es muy ambicioso. Di a *Sir Henry*...

—¡Ea! —dijo H. M., frunciendo el ceño—. Ya sé quién es usted. Conocí a su padre, el viejo McDonnell. La última vez que le vi a usted, muchacho...

—Dé su informe, sargento —intervino Masters secamente.

—Sí, señor —replicó McDonnell—. Comenzaré en el momento en que me envié usted a casa de *Miss Latimer*.

»Viven en una amplia residencia de Hyde Park Gardens. Es demasiado espaciosa para ellos; pero la ocupan desde que falleció el mayor Latimer y su esposa se trasladó a Escocia para vivir con sus familiares. —El sargento titubeó un instante—. La anciana Mrs. Latimer no está bien de la cabeza. No sé si eso explica la conducta rara de Ted. He estado antes en la casa; pero, por extraño que parezca, no conocí a Marion hasta la semana pasada.

Masters le advirtió que no se saliera del asunto, y el sargento continuó:

—Cuando fui allí esta tarde, Marion se mostró muy seria conmigo. Casi me dijo que era un espía. Pero poco después se olvidó de ello y me pidió que, como amigo de Ted, le prestara mi ayuda. Le explicaré: en cuanto terminó de hablar con usted, recibió otra llamada telefónica...

—¿De quién?

—De Ted, según le dijeron. Ella afirmó que la voz no se parecía a la de su hermano, pero que tal vez fuese él. «Ted» le dijo que estaba en la estación Euston, y que no se afligiera; que estaba siguiendo a alguien y tal vez no volvería a la casa hasta el día siguiente. Ella se dispuso a advertirle que la policía le buscaba, pero el otro colgó en seguida.

»Naturalmente, me rogó que fuera a la estación; averiguara si estaba por tomar un tren, y le trajera a la casa antes de que hiciese una tontería. Eso fue a las tres y veinte. Por si se trataba de un engaño, ella iría a ver a algunos de los amigos de su hermano por si sabían algo respecto a su paradero...

—Un momentito, hijo —le interrumpió H. M.—. ¿Dijo el joven Latimer que iba a tomar el tren?

—Eso es lo que ella entendió, señor. Verá usted, el muchacho se llevó consigo una maleta, y, como telefoneaba desde una estación de ferrocarril...

—Como de costumbre, se apresuraron a sacar conclusiones —observó

acerbamente H. M.—. Las estaciones son lugares muy convenientes para telefonar. Muy bien. ¿Qué pasó después?

—Me trasladé a Euston lo más rápido que me fue posible y pasé una hora buscando al muchacho. La pista era reciente, y Marion me dio una buena fotografía, pero no obtuve resultados positivos. Sólo uno de los guardas del andén creyó reconocerle por la fotografía y dijo que tal vez había partido en el expreso de Edimburgo a las tres y cuarenta y cinco; mas el boleterero no recordaba haberle visto, y el tren ya había salido. No sé qué pensar.

—¿Telegrafiaste a la policía de Edimburgo? —inquirió Masters.

—Sí, señor. También envié un telegrama a... —McDonnell se interrumpió.

—¿Y bien?

—Fue un telegrama personal. La madre de Ted vive en Edimburgo. No olvide que soy amigo del muchacho. No pude imaginar por qué habría ido allí, si es que fue, pero me pareció conveniente advertirle que regresara a Londres para no empeorar las cosas... Luego regresé a casa de Marion y me enteré de algo raro.

»Cuando fui por primera vez a la casa, Marion me dijo que los criados habían oído cosas raras esa mañana, y me pidió que investigara el asunto. Pero yo postergué eso hasta mi regreso de la estación. Como ella no estaba en ese momento, reuní a los criados y los interrogué.

»Recordará usted que Ted parecía un poco trastornado cuando se separó anoche de nosotros. A eso de las cuatro y media de la mañana, el mayordomo, un hombre muy serio llamado Sark, despertó al oír que alguien arrojaba piedritas contra su ventana. Se asomó para ver de qué se trataba, y oyó que Ted le pedía que bajara a abrirle la puerta, pues había perdido su llave.

»Cuando Sark abrió, Ted se desplomó al suelo. Hablaba entre dientes, y Sark dice que se llevó un susto al verle tan sucio como un deshollinador y con un crucifijo en la mano».

Este último detalle era tan raro que McDonnell se interrumpió involuntariamente, como si esperara oír algún comentario. Así fue.

—¿Un crucifijo? —repitió H. M.—. Esto es una novedad. El muchacho era muy religioso, ¿eh?

—El muchacho está loco, señor; eso es todo —declaró Masters—. ¿Religioso? Todo lo contrario. Cuando le pregunté si había estado orando se puso tan furioso como si le hubiera insultado. Me dijo: «¿Es que tengo aspecto de ser un devoto?» o algo por el estilo... Prosigue, Bert. ¿Qué más?

—Eso fue todo. Ted dijo a Sark que había caminado mucho, pues sólo en Oxford Street encontró un taxi. Dijo que no esperaba a Marion; que ella regresaría a su debido tiempo; luego se sirvió una buena cantidad de coñac y se fue a la cama.

»El resto ocurrió a eso de las seis. Una de las mucamas se encarga de encender los fuegos, e iba marchando por el tercer piso, frente al dormitorio de Ted, cuando le oyó decir algo en voz baja y se imaginó que estaba hablando en sueños.

»Después oyó otra voz. La chica jura que nunca la había oído antes. Aparentemente, era una voz femenina y desagradable. Hablaba con rapidez. La mucama se llevó un susto, pero después recordó que el joven ya había llevado una vez a una amiga a la casa. Había estado de juerga y debido a su embriaguez... —McDonnell se encogió de hombros—. La mucama se figuró, pues, que había vuelto a repetirse lo de entonces; pero más tarde, cuando leyó la noticia del crimen y supo a qué hora había regresado Ted, se sintió nuevamente muy asustada y habló con Sark del asunto. Todo lo que pudo decir fue que no era lo que ella había creído, y que la voz le había crispado los nervios.

—¿Pudo captar alguna palabra? —quiso saber Masters.

—Estaba tan asustada cuando hablé yo con ella que no pude conseguir que me aclarase nada. A Sark le había dicho que la voz era muy rara y que las únicas palabras que recordaba eran: «Nunca lo sospechó usted, ¿verdad?».

Sobrevino un largo momento de silencio. Masters descubrió que el mayordomo de Darworth estaba escuchando, y, para ocultar lo que pensaba en ese momento, le despidió del *hall* inmediatamente.

—Una mujer... —dijo luego.

—Eso no significa nada —manifestó H. M.—. Cualquiera persona nerviosa habla con voz chillona en un momento de apuro. ¡Hum! ¿Por qué se habrá ido tan apresuradamente el joven, y con una maleta de viaje? ¡Hum! —Caviló un momento y al fin se irguió en el sillón. Parecía irritado—. Bien, bien; de nada vale quedarse quieto. ¡Hay que trabajar, Masters!

—¿Señor?

—No pienso subir esas escaleras, ¿comprende? Demasiadas veces lo hago cuando voy a mi oficina. Usted y Ken vayan al taller de Darworth. Tráigame ese trozo de papel lleno de cifras de que me habló usted; saque también un poco de ese polvo blanco del torno y póngalo en un sobre para mí. —Calló un instante, restregándose la nariz en actitud meditativa. A propósito, hijo. Por si se le ocurre la idea, le aconsejo que no le tome el gusto a ese polvo. Conviene ser precavido.

—¿Quiere usted decir que es...?

—¡Vaya, vaya! —repuso el viejo ásperamente—. ¿En qué estaba pensando? ¡Ah, si! ¿Conoce usted a Pelham? No; él se ocupa de nariz y oídos. ¡Cara de caballo! Si, es posible que él lo sepa. ¿Dónde diablos está el teléfono? ¡La gente siempre me esconde esos malditos aparatos!

El mayordomo de Darworth, que había aparecido como por arte de magia, se apresuró a abrir una cabina telefónica situada allí cerca, H. M. consultó su reloj.

—¡Hum! —dijo—. No debe estar en su consultorio. Es fácil que esté en su casa. ¡McDonnell!... ¡Ah!, aquí está usted. Hágame el favor de llamar a Mayfair 6004 y preguntar por Cara de Caballo. Dígale que quiero hablar con él.

Por fortuna recordé yo quién era Cara de Caballo e informé a McDonnell de su identidad en el momento en que Masters emprendía la marcha hacia la parte trasera

del *hall*. El viejo no tenía intención de hacer ninguna broma. Nunca se le habría ocurrido que hubiera nada de extraño en llamar a la casa del doctor Ronald Meldrum Keith (uno de los más eminentes especialistas en huesos de Inglaterra) y preguntar por Cara de Caballo. No es que le desagrade la importancia ganada por sus amigos; lo que ocurre es que no la toma en cuenta.

No pude figurarme para qué querría hablar con el médico; pero cuando Masters abrió la puerta del otro extremo, se me ocurrió que el viejo quería quedarse solo. Habíase puesto de pie y marchaba hacia una puerta de la izquierda.

Masters me condujo escaleras abajo hacia un sótano lleno de aparatos, y encendió la luz del mismo. Con gran habilidad forzó la cerradura de una puerta que daba acceso a otra parte del sótano, y, cuando le seguí, no pude menos que dar un respingo. El cuarto parecía el taller de un fabricante de juguetes, con la única diferencia de que los juguetes eran todos espantosos. Una serie de caras me miraba; pendía de la pared, sobre una hilera de bancos de trabajo llenos de herramientas, latas de pintura y chapas de madera; eran máscaras de un realismo extraordinario. Una de ellas me pareció familiar. Tenía un párpado entornado, una ceja enarcada y miraba a través de un par de anteojos de gruesos cristales. En alguna parte había visto yo ese mostacho caído y esa expresión nerviosa...

Masters recogió una hoja de papel que estaba junto al torno del cual levantó un poco de polvo blancuzco que guardó en un sobre.

—¡Oh!, está usted admirando las máscaras, ¿eh? —me dijo luego—, son muy buenas. Una vez hice un Napoleón, para ver qué aspecto tenía, pero no conseguí la perfección de este hombre. Era un genio.

—Le aseguro que no las estaba admirando —manifesté—. Ésa, por ejemplo...

—¡Ah! Hace bien en contemplarla. Es James.

Se volvió para mostrarme unos trozos de gasa cubiertos de pintura luminosa, explicándome los diversos métodos empleados por los espiritistas para llevar a cabo sus supercherías.

Comencé a pensar en el visitante desconocido que recibiera Ted esa madrugada.

—Masters —dije de pronto, sin apartar la vista de la máscara de James—, ¿quién puede haber sido...? ¿Quién entró esta mañana en la habitación de Ted Latimer? ¿Y por qué?

—¿Quién? —preguntó el inspector, interrumpiendo la explicación que me estaba dando sobre el funcionamiento del torno—. ¡Ojalá lo supiéramos, señor! Le aseguro que estoy muy preocupado. Desearía que la persona que visitó esta mañana al joven Latimer no sea la misma...

—Prosiga usted. ¿Qué iba a decir?

—La misma que visitó a Joseph Dennis esta tarde y entró con él en esa casa de Brixton, palmeándole la espalda...

—¿De qué diablos está usted hablando?

—De la llamada telefónica. ¿No la recuerda usted? La que hizo el sargento Banks

cuando *Sir Henry* dijo todas esas tonterías acerca del Zoológico de Russell Square. Protestó tanto por la llamada que no tuvo tiempo para comunicársela entonces. Además, no lo consideré importante. ¡No puede ser importante! No voy a perder la cabeza como anoche...

—¿De qué se trata?

—Envié a Banks para que vigilara la casa y a *mistress Sweeney*, que la ocupa. Le dije que estuviera alerta. En la acera opuesta hay un verdulero, y Banks estaba hablando con el comerciante cuando se detuvo un taxi a la puerta de la casa... El verdulero señaló a Joseph que se estaba apeando en compañía de alguien que le conducía hacia la puerta de la casa...

—¿Quién era el otro?

—No pudieron verlo. Había mucha neblina y estaba lloviendo; además, el vehículo les obstruía la visión. Sólo pudieron ver una mano que le obligaba a avanzar, y para el momento en que se alejó el taxi, los dos estaban ya en el interior de la casa. Estoy seguro de que no tiene importancia. Seguramente era algún visitante común.

Me contempló un momento y dijo luego que convendría subir. Yo no hice comentario alguno acerca de su relato. Al llegar a la escalera, oímos una nueva voz que provenía del *hall*. Marion Latimer acababa de llegar. Estaba algo pálida y respiraba jadeante. Dio un respingo al vernos salir por la puerta del extremo trasero del *hall*. Desde muy cerca oímos la voz de H. M. que hablaba por teléfono, aunque no pudimos comprender lo que decía.

—... deben saber algo de él en Edimburgo —estaba diciendo la joven a McDonnell—. ¿Por qué, si no, han mandado este telegrama?

Cuando nos acercamos, la joven nos saludó cordialmente.

—No pude menos que venir —declaró—. Míster McDonnell dejó dicho en casa que venía hacia aquí y que deseaba verme. Quise que todos ustedes vieran esto. Es de mamá, que actualmente se halla radicada en Edimburgo...

Leímos el mensaje, el cual decía:

«MI HIJO NO ESTA AQUÍ PERO NO LE ATRAPARÁN».

—¡Ah! —dijo Masters—. ¿De su madre, señorita? ¿Sabe usted qué significa el telegrama?

—No. Eso es lo que quería preguntarles a ustedes, Es decir, a menos que él haya ido a verla. ¿Pero por qué habría de hacerlo?

—Mire, señorita, éste es un asunto muy serio y tengo que pedirle la dirección de su madre. La policía tendrá que investigar esto. En cuanto al telegrama... Bien, ya veremos qué dice *Sir Henry*.

—¿*Sir Henry*?

—Merrivale. El caballero a cargo del asunto. Ahora está hablando por teléfono; si quiere usted tomar asiento...

En ese momento se abrió la puerta de la cabina telefónica de la que salió una espesa nube de humo a la que siguió H. M., con su vieja pipa entre los dientes. Parecía algo enfadado, y comenzó a hablar antes de ver a Marion. Luego, al notar su presencia, cambió por completo su actitud, tornándose amabilísimo. Se quitó la pipa de la boca e inspeccionó a la joven con franca admiración.

—Es usted una fulana muy bonita —declaró—. ¡Que me maten si no es así! El otro día vi en la pantalla a una chica muy parecida a usted. En mitad de la película se quitaba la ropa. ¿La vio usted? ¿Eh? No recuerdo como se llama; pero parece que esa muchacha no podía decidirse a...

Masters tosió repetidas veces.

—Le presento a *Miss Latimer*, señor... —dijo.

—Bueno, sigo opinando que es una fulana muy bonita —replicó H. M., como si defendiera su punto de vista. A decir verdad, hablaba sinceramente y creía haber hecho a la joven un cumplido muy fino—. He oído hablar mucho de usted, querida. Quería verla y asegurarle que aclararemos este enredo y encontraremos a su hermano sin que suceda nada desagradable... Ahora bien, ¿quería usted preguntarme algo?

Ella le contempló con extrañeza. De pronto rompió a reír alegremente.

—Opino que es usted un viejo pillo —declaró.

—Es verdad —asintió H. M., tranquilamente—. Lo que pasa es que no lo oculto, ¿eh? ¡Hum! Bien, bien, ¿de qué se trata?... —Masters le había puesto el telegrama en la mano para evitar que continuase hablando—. Un telegrama. «Mi hijo no...». Hum... Ajá... —lo leyó murmurando por lo bajo y luego gruñó—: ¿Cuando lo recibió?

—Hace menos de media hora. Estaba en casa cuando regresé. ¿No podría usted decirme algo? Corrí en seguida...

—¡Vamos, vamos! No se ponga nerviosa. Le agradezco que nos lo haya traído. Pero le diré una cosa, querida mía. —Su tono se tornó confidencial—. Quiero conversar largo rato con usted y el joven Halliday...

—Dean me está esperando en el auto —le dijo ella—. Él fue quien me trajo.

—Sí, sí; pero no ahora. Tenemos mucho que hacer: hallar al hombre de la cicatriz y muchas otras cosas... Veamos... ¿Por qué no van ustedes mañana a mi oficina, a eso de las once? El inspector Masters irá a buscarlos y los llevara allá.

Se mostró tranquilo y muy afable, pero me di cuenta de que no perdió tiempo en conducir a la joven hacia la puerta.

—¡Allá estaré! También irá Dean —dijo la joven en el momento de retirarse.

Durante un momento H. M. se quedó contemplando la puerta. Oímos el rugir de un motor en la calle. Luego el viejo se volvió hacia nosotros.

—Esa chica es un encanto —declaró—. Hace años que debería haberse casado. Los jóvenes de hoy día no valen nada. ¡Hum!... —Se restregó la barbilla.

—Se libró usted de ella muy pronto —observó Masters—. ¿Qué pasa, señor? ¿Le dijo algo ese especialista?

—No estaba hablando con Cara de Caballo —dijo H. M.

Sobrevino un momento de silencio. Sus palabras parecían sugerir algo desagradable. Masters crispó los puños.

—Ya hablé con él antes —continuó H. M., lentamente—. Ahora estaba atendiendo una llamada de Scotland Yard... Masters, ¿por qué no me dijo usted que alguien fue a visitar a Joseph a las cinco de la tarde?

—¿Quiere usted decir...?

H. M. asintió. Giró sobre sus talones y se dejó caer en el sillón.

—No le echo a usted la culpa... Ni yo lo habría imaginado... Sí, lo ha adivinado usted. Asesinaron a Joseph con la daga de Louis Playge.

XVII. BOMBONES Y CLOROFORMO

Con el segundo asesinato, cometido por la persona que los diarios describían como el «asesino fantasma», el caso de Plague Court no llegó todavía a su faz más terrible. Al recordar la noche del 8 de setiembre, cuando estuvimos reunidos en la casita de piedra, contemplando el maniquí sobre la silla, comprendo ahora que todo aquello no fue más que el principio. Todo parecía indicar a Louis Playge. Si su espíritu continuaba observando los acontecimientos de la tierra, habría visto repetirse su destino con la solución del caso.

Pero el segundo crimen fue bastante horrible, especialmente en lo que se refiere al proceder del matador. Tan pronto como se supo la noticia, H. M., Masters y yo saltamos al auto policial y nos trasladamos a Brixton. El viejo, arrellanado en el asiento trasero, con la pipa entre los dientes, nos repitió los detalles que le habían dado.

El sargento Thomas Banks, enviado por Masters para que averiguara lo que pudiese respecto a Joseph y a Mrs. Sweeney, la propietaria de la casa, había pasado el día haciendo discretas averiguaciones entre el vecindario. Ese día no había nadie en la casa; Mrs. Sweeney estaba de visita en casa de unos amigos, y Joseph había ido a un cine. Un afable verdulero, que dio los pocos informes que se conocían respecto a la casa y sus ocupantes, dijo que era ése el día en que Mrs. Sweeney acostumbraba hacer sus visitas. Todo lo que sabía de la mujer era que se trataba de una exmédium, no hacía amistad con nadie ni conversaba mucho con sus vecinos. Desde que llevara a Joseph a vivir allí, cuatro años atrás, la casa adquirió una reputación misteriosa. La gente no se acercaba a ella. A veces, sus ocupantes estaban fuera durante largos períodos de tiempo, y, de tanto en tanto, «se detenía a la puerta un lujoso automóvil cargado de personas muy bien vestidas».

A las cinco y diez de esa tarde, el sargento Banks vio un taxi que se detenía a la puerta. Uno de los ocupantes era Joseph; del otro no vio más que una mano que impelía al mozo hacia la puerta. Al telefonar estas novedades a Masters, Banks recibió instrucciones de entrar en la casa y echar un vistazo a su interior. Al cabo de un rato, Banks cruzó la calle y halló la puerta abierta. Adentro todo parecía en orden. Se trataba de una casa de dos pisos, rodeada por un jardín muy descuidado y con un patio en el fondo. Había luz en una de las habitaciones del piso bajo; pero estaban corridas las cortinas, y el policía no pudo ver ni oír nada. Al fin, el sargento Banks, hombre muy poco emprendedor, decidió abandonar la pesquisa.

Ya para esa hora se habían abierto las puertas de la taberna King William IV, situada en la esquina de Loughborough Road y Hather Street, a escasa distancia de la casa vigilada.

—Banks salió de la taberna —continuó H. M., mordiéndose con fuerza su pipa— alrededor de las seis y cuarto. Fue una suerte que entrara a beber algo. Para tomar su ómnibus, tenía que pasar de nuevo por frente a la casa, la que se llama «Magnolia

Cottage»... ¿Qué les parece el nombre?... Cuando se hallaba a unos cien metros de ella, vio a un hombre que abría la puerta del jardín y echaba a correr por Loughborough Road...

Masters hacía funcionar constantemente la sirena del auto policial. Exclamó:

—No sería...

—¡No! ¡Espere! Banks persiguió al otro hasta alcanzarlo. Resultó ser un obrero que se ocupa haciendo trabajos generales por encargo. Estaba asustadísimo y corría en procura de un policía. Cuando pudo hablar coherentemente no hizo más que gritar que se había cometido un crimen, y no quiso creer que Banks era un policía hasta: que se acercó un agente uniformado y todos volvieron a «Magnolia Cottage».

»Según parece, el hombre tenía orden de Mrs. Sweeney de llevar una carretada de escombros y mezcla para hacer algunas reparaciones en el patio trasero. Pues bien, hoy se atrasó en su última tarea, y por eso pensó dejar los materiales en el patio y regresar mañana para hacer el trabajo. Entró, pues, por la puerta lateral, algo nervioso porque conocía la reputación de la casa, y pensando volver al frente para avisar a Mrs. Sweeney que estaba demasiado oscuro ya para hacer el trabajo. Al pasar, vio una luz en la ventanilla del sótano...

Nos habían abierto paso libre en el West End. Masters guiaba velozmente el Vauxhall, sin aminorar la marcha al tomar las curvas. Tomamos por Whitehall, pasamos a la izquierda de la torre del reloj y emprendimos el cruce del puente de Westminster.

—... y vio a Joseph tirado en el piso, todavía agitándose en medio de un charco de sangre. Estaba boca abajo, y la empuñadura de la daga le sobresalía de la espalda. Murió mientras ese hombre le miraba desde afuera...

«Pero, según parece, no fue eso lo que le asustó tanto como lo otro. Había alguien más en el sótano».

Me volví desde el asiento delantero y me esforcé por descifrar la extraña expresión que se reflejaba en el rostro de H. M.

—¡Oh, no! —declaró irónicamente—. Ya sé lo que piensa usted... No vio de la otra persona más que los zapatos. El individuo estaba alimentando el fuego de la caldera.

»Eso es lo que afirmó Banks, quien dice que se trata de una caldera enorme situada en el centro del sótano. El obrero estaba junto él la ventanilla del otro lado cuando se asomó, de manera que no pudo ver quién era el desconocido. Además, sólo ardía una vela. Había una rajadura en el cristal de la ventanilla, y el hombre oyó claramente el golpe de la pala contra la puerta de la caldera, como así también el ruido del carbón al caer en el horno... Fue entonces cuando echó a correr... Debe haber lanzado un grito, pues vio que el otro se dispuso a dar la vuelta en torno de la caldera para ver quién le estaba mirando.

»Callen. Todavía no hagan preguntas. Banks dice que cuando él, el agente y ese hombre regresaron a Magnolia Cottage y rompieron la ventanilla para entrar, todavía

estaba uno de los pies de Joseph sobresaliendo por la puerta de la caldera. Pero era tan vivo el fuego que tuvieron que ir a buscar varios baldes de agua Y apagarla antes de poder sacarle de allí. Banks jura que estaba vivo cuando lo metieron en la caldera, pero lo hablan empapado en kerosene, de modo que...

En ese momento se detuvo el auto frente a la casa junto a la cual habíase reunido un numeroso grupo de personas. Frecuentemente aparecía un agente que trataba de dispersar a todos, pero el gentío se removía de un lado a otro y continuaba en su sitio.

Al ver nuestro auto, el agente nos abrió paso por entre el grupo de vecinos. Nos apeamos y emprendimos la marcha por el sendero del jardín, seguidos por los murmullos de los curiosos. Un joven fornido y nervioso nos abrió la puerta del *hall* y saludó a Masters.

—Bien, Banks —dijo secamente el inspector—. ¿Ha ocurrido algo nuevo desde que llamó usted?

—Ha regresado la dueña de casa, señor —repuso el policía—. Mrs.

Sweeney. Está en la sala... El cadáver sigue en el sótano, señor; tuvimos que sacarlo de la caldera. Y el cuchillo sigue clavado en su espalda. Es... es esa daga de Plague Court, sin duda alguna.

Nos condujo al interior del *hall*, en el cual predominaba el olor de comida del día anterior. Un mechero de gas ardía cerca de la escalera; el piso estaba cubierto por un viejo hule y el papel floreado que ocultaba las paredes estaba manchado de humedad. Vi varias puertas cerradas frente a las cuales pendían cortinas de cuentas coloreadas. Masters preguntó por el hombre que había descubierto el cadáver, y se tornó violento cuando le informaron que se le había permitido ir a su casa a descansar.

—Se quemó mucho las manos, señor —repuso Banks, algo ofendido—. Le aseguro que fue muy servicial. Yo mismo me quemé un poco. Y es un hombre honrado. Todo el vecindario le conoce. Vive a la vuelta de la esquina.

—Bueno —gruñó el inspector—. ¿Averiguó algo más?

—No tuve mucho tiempo, señor. Si quiere usted ver el cadáver...

Masters se volvió hacia H. M., quien estaba mirando a su alrededor.

—¿Yo? ¡Oh, no! —dijo el viejo—. Vaya usted a verlo, Masters. Yo tengo otras cosas que hacer. Iré a hablar con los vecinos y luego echaré un vistazo al patio. Hasta luego.

Giró sobre sus talones y salió. Un momento más tarde le oímos decir: «Hola, muchachos» a los curiosos reunidos frente a la puerta.

Banks nos llevó primeramente a un comedorcito. Sobre la mesa, cubierta por un mantel bastante sucio, reposaba un botellón de vino aporcionado con dos vasos de los que sólo uno se había usado. Al otro lado, seguramente en el sitio que ocupó Joseph, se veía una caja de bombones de los cuales faltaba toda la capa superior... Masters husmeó el aire.

—¿Es ésta la habitación dónde vio usted la luz, Banks? —inquirió—. Ajá. Algo huelo...

—Cloroformo, señor. Encontramos la esponja en el sótano. —Banks se enjugó la frente con el dorso de la mano—. El criminal se colocó detrás de él y le tapó la nariz con la esponja; luego le arrastró al sótano y le despachó sin dificultad alguna. No hay sangre por aquí... Creo que el criminal tenía intención de hacer desaparecer el cuerpo quemando lo en la caldera. Pero John Watkins lo vio y... y el asesino huyó sin perder más tiempo.

—Es posible. Bajemos.

No nos quedamos mucho tiempo en el sótano. A decir verdad, yo volví a subir después de echar un vistazo al cadáver. Todo el sótano estaba mojado: el fuego de la caldera chisporroteaba débilmente, y un humo acre llenaba todo el ambiente. Sobre un cajón había una vela encendida. A poca distancia yacía el cadáver ennegrecido. No quedaba mucho, excepto las piernas y los zapatos, que sólo estaban chamuscados; pero podía verse la empuñadura de la daga clavada en su espalda. Un fragmento de la chillona americana de Joseph pendía casi consumido de la puerta de la caldera. No pude soportar el espectáculo y me apresuré a regresar al *hall*.

Masters me siguió a poco. Banks le acompañaba, repitiendo el relato de lo sucedido, en el que no había nada de nuevo. El inspector tomó algunas notas y luego fuimos a ver a la dueña de casa.

Mrs. Sweeney era una mujer corpulenta. Sus facciones no eran desagradables, y su aspecto general me recordó a esas ancianas que suelen pasarse las horas tejiendo mientras atienden a los huéspedes de su casa de pensión. Tenía sus cabellos grisáceos peinados hacia atrás y arreglados en dos moños. Lucía un abrigo negro y gastaba lentes asegurados con una cadenilla de oro.

Se levantó al vernos, enarcando sus negras cejas. Quitóse los lentes y dijo en tono acusador:

—Ya se habrá usted dado cuenta de cuán horroroso es lo que ha pasado en mi casa.

—Sí, ya nos hemos dado cuenta —replicó Masters con indiferencia. Extrajo la libreta de notas de su bolsillo—. Su nombre, por favor.

—Melantha Sweeney.

—¿Ocupación?

—Soy viuda y me ocupo de mis quehaceres.

—Ajá. ¿Es parienta del extinto Joseph Dennis?

—No... Eso es lo que deseaba explicar. Quería mucho al pobre Joseph, aunque él nunca correspondió a mi cariño. Le tengo a mi cuidado desde que Mr. Darworth, ese caballero que fue víctima del brutal asesinato, le trajo aquí para brindarle un hogar. El muchacho tenía verdaderos poderes psíquicos.

—¿Cuánto tiempo hace que vive usted aquí?

—Más de cuatro años.

—¿Y Joseph Dennis?

—Creo... creo que hace unos tres años. —Por su tono me pareció que la mujer

estaba muy atemorizada.

—¿Conocía usted bien a míster Darworth?

—No muy bien. Yo... yo solía interesarme por las investigaciones psíquicas; así le conocí. Pero dejé todo eso. Era demasiado cansador.

Me hice cargo de que las preguntas eran simplemente rutinarias; Masters no atacaba. El verdadero interrogatorio se efectuaría después que se tuvieran a mano todas las pruebas y declaraciones. El inspector prosiguió:

—¿Sabe usted algo respecto a Joseph Dennis? ¿Conocía a sus padres?

—No sé nada en absoluto —declaró la mujer, agregando, con curiosa inflexión—: Respecto a sus padres tendría usted que preguntar a míster Darworth.

—¡Vamos, vamos!

—Eso es todo lo que puedo decirle. Creo que era un huérfano que sufrió hambre y otras privaciones durante su niñez.

—¿Tenía usted algún motivo para sospechar que estuviera en peligro?

—¡No! Anoche, cuando regresó, estaba algo nervioso, lo cual es natural. Pero esta mañana lo había olvidado todo. Comprendí que no le habían informado de la muerte de míster Darworth, y esta tarde se mostró deseoso de ir al cine... Creo que lo hizo. Yo salí de aquí a las once de la mañana...

Mrs. Sweeney pareció perder el aplomo. Se tomó del borde de la mesa y continuó hablando con rapidez.

—Escuche usted. Quiere saber qué sé yo respecto a lo ocurrido esta tarde. Le aseguro que puedo justificar todo el tiempo que pasé fuera de casa. En el patio trasero hay un pozo ciego cuyo cemento está resquebrajado, y deseaba hacerla reparar. Fui a ver a John Watkins para encargarle el trabajo. Después me trasladé a casa de unos amigos que viven en Clapham y allí me quedé todo el día...

Nos miró a todos con cierta aprensión. No obstante, me di cuenta de que la mujer no temía que sospecharan de ella; esto no la preocupaba tanto como otra cosa. Además, me pareció ver en su persona algo poco natural. No sé si era su manera de hablar o sus gestos, pero algo indicaba que nos ocultaba ciertas cosas.

—¿A qué hora regresó usted?

—Tomé el ómnibus de Clapham... Debe haber sido poco después de las seis. Ya sabe usted lo que encontré. Su subordinado le dirá a qué hora llegué. —Retrocedió unos pasos y se sentó en el sillón colocado detrás de la mesa. Sacó un pañuelito y se enjugó el rostro con ademán nervioso.

—Hay algo más —continuó—. Le ruego que no me obligue a pasar la noche aquí. Se lo ruego. Puede usted averiguar quiénes son mis amigos. ¿No me permitirá que pase la noche con ellos?

—Bien, bien... ¿Por qué quiere hacer tal cosa?

Mrs. Sweeney le miró fijamente.

—Tengo miedo —dijo.

Masters cerró su libreta y se volvió hacia Banks.

—Vea si puede hallar a *Sir Henry*, ese señor que vino con nosotros. Quiero que hable con esta testigo... ¡Espere! ¿Ha registrado usted toda la casa?

Vi que Mrs. Sweeney daba un respingo que disimuló enjugándose de nuevo el rostro con el pañuelo.

—Arriba está todo en desorden, señor. No sé. La señora tendrá que decir si le falta algo.

Salí con Banks al *hall*. El instinto me advertía que la casa y Mrs. Sweeney debían tener un significado más importante del que sospechaban todos. Había en la mujer algo fuera de lugar que no se limitaba a sus mentiras. Mrs. Sweeney representaba una comedia, y, ya sea por temor o por nerviosidad, exageraba un poco al hacerlo. Tenía yo especial interés en ver cómo trataba H. M. a la testigo.

El viejo no estaba en la puerta, y el gentío había desaparecido. El agente de guardia nos informó que H. M. se hallaba en el King William invitando a beber a todo el vecindario. Banks regresó para comunicar la novedad a Masters, a quien oí maldecir mientras partía yo en busca de H. M. Creo que el buen inspector también sacudía los puños con ira.

La taberna estaba atestada de parroquianos. H. M., con un jarro de cuarto litro en la mano y un grupo de admiradores a su alrededor, estaba arrojando dardos a un blanco de cartón. Entre uno y otro proyectil, decía:

—Compañeros, como hombres libres que somos, no debemos someternos a las indignidades que comete el actual gobierno contra las clases trabajadoras...

Me asomé a la puerta y le silbé. El viejo cesó de hablar, bebió su jarro de cerveza de un solo sorbo, estrechó la mano a todos y se retiró seguido por los hurras de los parroquianos.

Ya en la calle, su expresión cambió por completo. Se levantó el cuello del abrigo, y, de no haberlo conocido tan bien, habría jurado que estaba nervioso.

—Las viejas tretas dan siempre resultado, ¿eh? —comenté—. ¿Se enteró de algo?

Él gruñó algo que interpreté como una afirmación. Avanzó dos o tres pasos, se sonó violentamente y dijo:

—Sí. Respecto a Darworth y a otras cosas. ¡Hum! Hay que buscar a los vecinos más antiguos si desea uno informes, hijo. Hay que entrar en las tabernas. Una mujer ha visitado esa casa cada tanto...

»¡Vaya! ¿Por qué no lo imaginé? Comencé a sospecharlo mientras estábamos en casa de Darworth; pero le aseguro que estuve a punto de cometer el error más grande de mi vida... Bueno, no es irreparable. Si la suerte me acompaña, es posible que mañana por la noche le presente al diablo criminal más perverso que...

—¿Una mujer?

—No he dicho tal cosa. Calle. Alguien sabe mucho respecto a esa casa. Darworth fue asesinado en parte por eso. A Joseph lo mataron para que no estorbara. Y ahora...

Habíase detenido en el medio de la calle, frente al Magnolia Cottage. H. M. indicó la casa con el dedo.

—Darworth era el dueño de esa casa —dijo, en tono casual.

—¿Entonces...?

—Antes de que la Sweeney se mudara a ella, estuvo desocupada durante muchos años. No había cartel que la ofreciera, y nadie la pudo comprar. Pero los vecinos más antiguos recuerdan a alguien que por la descripción debe haber sido Darworth. Si no fuese por la estructura ósea que, según afirma Cara de Caballo, puede ser identificada siempre... Hijo, no me sorprendería que Elsie Fenwick estuviera enterrada allí.

Doblando la esquina de Hather Street se acercaba un automóvil policial precedido por el aullar de la sirena. H. M. y yo cruzamos la calle y llegamos a la otra acera en el preciso momento en que se detenía el vehículo y se apeaban de él tres policías vestidos de civil. Masters salió de la casa y abrió la puerta del jardín. Uno de los recién llegados dijo:

—¡Inspector Masters!

—¿De qué se trata?

—Nos dijeron que estaría usted aquí; pero no hay teléfono y no pudimos comunicarnos con usted. En Scotland Yard le necesitan...

Masters se aferró de los barrotes de la puerta. Pareció incapaz de hablar durante un momento, y al fin pregunto:

—¿No...? ¿Es que hay otro...?

—No sé, señor; es posible. Llamaron por teléfono desde París. Todos los intérpretes se habían retirado ya. El que llamó hablaba tan rápidamente que el telefonista sólo entendió la mitad de lo que dijo. Afirmó que volvería a llamar a las nueve, y ya son más de las ocho y media. Es importante, señor, y parece algo relacionado con un crimen...

—Encárguese del procedimiento de costumbre en esta casa: fotografías, impresiones digitales y registro —ordenó Masters secamente.

Se caló luego el sombrero y echó a andar hacia el automóvil.

XVIII. LA BRUJA ACUSA

Ésa fue la víspera del día en que *lady* Benning hizo su sorprendente acusación. Durante las quince horas intermedias, descubrí accidentalmente algo que estuvo a punto de darnos la solución del enigma...

Hubo en el caso intervalos durante los cuales comprendí que debía continuar mi vida como de costumbre. Por ejemplo, esa noche estaba invitado a cenar en casa de mi hermana Agatha, y a ningún miembro de la familia se le hubiera ocurrido nunca faltar a un compromiso con ella. A decir verdad, al enterarme de lo tarde que era, mi primera preocupación fue que llegaría con una hora de retraso, aun cuando no me molestara en cambiar de ropa. Había olvidado por completo mi obligación; sin embargo, tendría que asistir a la cena.

Masters nos llevó de regreso al centro, y tanto el inspector como yo prometimos estar en la oficina de H. M. a las once de la mañana siguiente. H. M. siguió viaje en el auto hasta Brook Street, y yo me apeé en Piccadilly, tomé un ómnibus que iba a Kensington y llegué a casa de Agatha con el tiempo medido para lavarme las manos antes de enfrentarme con los invitados que hubiera en el comedor. Me llevé una sorpresa al ver que sólo estaba allí Angela Payne, una íntima amiga de mi hermana.

En cuanto entré me hice cargo de que me esperaban con ansia para saber noticias del asesinato. Probablemente era ésa la razón de que la cena fuese tan íntima. Agatha ni siquiera mencionó mi tardanza. Pero así que nos sentamos a la mesa me hicieron objeto de sus preguntas. Yo estaba meditando sobre el problema de Mrs. Sweeney, y me defendí bastante bien.

Cuando nos sirvieron el pescado, Angela dejó caer la bomba que tenía preparada. Me preguntó cuándo se celebraría la investigación preliminar, y le contesté que sería el día siguiente.

—¿Y estará presente la esposa de míster Darworth? —inquirió.

Esto sorprendió a mi hermana.

—¿Era casado míster Darworth? —preguntó.

—¡Claro que sí! —declaró triunfalmente Angela—. Y yo conozco a su viuda. Es bien parecida, delgada, alta y trigueña. Dicen que trabajaba en un circo...

—¿La conoces personalmente?

—Bueno, no exactamente... —Hablaba con Agatha—. Probablemente haya engordado ahora, porque yo les estoy hablando de años atrás. ¿No se acuerda, querida, de aquel invierno en Niza, 1923 o 24? Creo que fue aquel año en que la querida Mrs. Bellows tuvo esos terribles ataques de alcoholismo. ¿O no fue ella la que se cayó de la galería, por sobre la barandilla, mientras todo el público se reía con el mayor cinismo? Bueno, sea como fuere, actuaba la Compañía de Repertorio Inglés, y todos los diarios la elogiaban mucho. Estaban reponiendo Shakespeare —explicó Angela, como si hablara de un método para resucitar a los ahogados— y esas otras deliciosas obras de la Restauración escritas por Which... Wycherley...

—No hipes, Angela —dijo severamente mi hermana—. ¿Y bien?

—Dijeron que ella estaba soberbia en eso de «La duodécima noche» o en otra titulada «El Hombre Sincero», ¿no es así? Pero yo no vi esas obras; vi una en la que hacía el papel de una vieja regañona y corpulenta, algo así como una maestra de escuela, ¿comprendes, Agatha? ¿No me escuchas, Ken?

Sí la escuchaba.

—«Mrs. Sweeney... “. La supuesta Mrs. Sweeney...”».

Cuando pude despedirme sin parecer descortés, salí apresuradamente y me alejé pensando en el problema. Si Mrs. Sweeney era Glenda Watson Darworth, como todo parecía indicarlo, entonces podrían explicarse muchas cosas. La mujer se había unido a Darworth, ya fuera por accidente o intencionadamente, en la época en que éste fracasó en su tentativa de envenenar a su esposa. La joven estaba con Elsie Fenwick Darworth cuando la pareja regresó a Inglaterra; indudablemente, tuvo algo que ver con la desaparición de la primera esposa. Darworth compró la casa de Brixton, y lo que yacía enterrado allí —en ese pozo ciego, por ejemplo— se convirtió en una mina de oro para Glenda. La humilde mucama se vuelve contra su amo, diciéndole: “¡Compre mi silencio!” o, posiblemente: “Cómprelo con el matrimonio”. La exdoncella se instala en la Riviera con el dinero de Darworth y se dispone a esperar. Gran paciencia demostró con ello; no exigió el matrimonio ni molestó a su víctima hasta llegado el momento en que todo se pudiera hacer legalmente.

Luego reaparece, con nuevos planes para extorsionar a los crédulos. ¿Todavía tiene dominio sobre él? Sí. Aunque nunca se encontraran los huesos de Elsie Fenwick (huesos que podrían ser identificados sin lugar a dudas, como lo demuestran numerosos casos en los archivos policiales), los antecedentes de Darworth no permitirían a éste desdeñar la amenaza de la delación.

Parecería como si Glenda Watson hubiera sido el verdadero cerebro que dirigía las actividades de la pareja. Ella se dispuso a explotar el talento de su compañero. Todas las actividades habían comenzado... ¿cuándo? Cuatro años atrás, justamente después de su boda con Glenda Watson en París, y Mrs. Sweeney ocupó entonces la misteriosa casa de Brixton. Lo único que le interesaba era el dinero, y se contentaba con no aparecer como la esposa de Darworth... pues él era muy atractivo para las mujeres, y sería mucho más vanidoso presentándose como un romántico solterón.

¿Pero se habría contentado con representar ese papel de menor importancia? Recordé entonces que no fue así. Lo demostraban esas largas ausencias de Brixton, de las cuales habíamos oído hablar; vacaciones de meses, durante las cuales Darworth abandonaba sus ocupaciones habituales y Mrs. Sweeney se convertía de nuevo en la talentosa Mrs. Glenda Darworth, dueña de casa en la Villa d’Ivry, Niza. Ella y su esposo estaban reuniendo lentamente una fortuna; habíanse provisto de un muchacho medio idiota que les serviría para cargar las culpas en caso de que interviniera la policía...

Pero, por desgracia, todo esto no nos servía de nada. Cuando llegué a mi

departamento, sudoroso por haber caminado rápidamente más de diez cuadras, tuve que hacer un esfuerzo para no telefonar a Masters. Probablemente había acertado con la verdad; pero, con mis deducciones, sólo conseguiría agregar un sospechoso más a la ya confusa lista de sospechosos. ¿Cuál podría ser el móvil de la mujer para cometer el crimen?

Además, recordé la fábula de la gallina de los huevos de oro...

Me acosté, y por supuesto, dormí más de la cuenta. La mañana del 8 de setiembre habíanse aclarado las nubes y el día estaba espléndido. Muy lejos estuve de llegar a tiempo para mi cita de las once, pues no desperté hasta casi esa hora. Me desayuné apresuradamente y traté de echar un vistazo a los diarios mientras marchaba hacia Whitehall. Sólo pude ver que la «doble tragedia de Plague Court» ocupaba la primera plana de los periódicos más importantes. El reloj dorado de la torre de Los Guardias estaba dando la media hora cuando llegué al Embankment. Muy cerca del jardín trasero del ministerio de Guerra, se hallaba estacionado un automóvil rojo...

Distraído como estaba, leyendo el diario, no habría notado la presencia del vehículo, de no haber sido porque recibí la impresión de que su ocupante acababa de ocultarse en su interior. Al volver la vista hacia el auto, hubiera jurado que me espían desde la ventanilla trasera. No quise dar importancia al detalle y me volví hacia la puertecilla de acceso al edificio justamente en el momento en que ésta se abría. Salió por ella Marion Latimer, riendo alegremente. Halliday la seguía.

Los dos parecían estar por entero libres de preocupaciones. Después de saludarme amablemente, el joven dijo:

—¡Rayos y truenos! Llega el tercer criminal, y parece ser usted. Suba y únase a los otros dos. Su amigo H. M. se está divirtiendo mucho; pero el pobre Masters está al borde de la locura. ¡Ja, ja, ja! Hoy no quiero dejarme dominar por las penas.

—Me figuro que les habrán interrogado, ¿eh? —comenté.

Marion se esforzó por controlar su risa. Se tomó del brazo de Halliday, y me dijo:

—Supongo que le habrán invitado a la fiesta que H. M. ofrece esta noche, ¿verdad, míster Blake? Dean irá. Se celebrará en Plague Court.

—Nosotros iremos a merendar al campo —declaró él con firmeza—. ¿Qué importa lo que pase esta noche? Vamos, pequeña. No creo que me arresten.

—Todo marcha bien —manifestó Marion—. Míster H. M. sabe reanimar a la gente. Es un viejo bastante raro, y sigue hablándome de esa artista que se quita las ropas; peor... Bueno, uno no puede menos que creer en su sinceridad. Dice que todo saldrá bien, y que me dirá dónde está Ted... Perdóne usted, pero no puedo contener a Dean...

Les observé mientras cruzaban la calle, charlando y riendo. No vieron el automóvil rojo o, por lo menos, no le prestaron la menor atención.

En la oficina de H. M. me encontré con una escena muy diferente. El viejo, que ese día había olvidado su corbata, estaba arrellanado en su sillón, con los pies sobre el escritorio y fumando tranquilamente un habano. Masters estaba junto a la ventana,

mirando hacia el exterior con cara de pocos amigos.

—Hay novedades que tal vez sean importantes —anuncié—. Oigan ustedes; anoche, por pura casualidad, descubrí que Mrs...

H. M. se quitó el cigarro de la boca.

—Hijo —manifestó, mirándome por sobre el armazón de sus anteojos—, si está usted por decimos lo que pienso, le advierto que corre el peligro de ser atacado con intenciones criminales por el inspector Humphrey Masters. ¿Eh, Masters? Los franceses son un pueblo muy raro. ¡Que me maten! No sé cómo pueden publicar en sus diarios cosas que aquí le meterían a uno en dificultades si las murmurase aunque fuera en esta oficina. —Agitó un diario—. «Voici “¡‘Intransigeant’!, mon très cher panier de salade. Ecoutez. ‘Le mystère de Plague Court. ¡Une problème formidable! ¡Mais rien n’est difficile pour notre chef!, de sureté, ¡M. Lavoisier Georges Durrand!’ Nous avons l’honneur de vous présenter...”. ¿Quieren escuchar el resto? —inquirió H. M., con una sonrisa sarcástica—. Un funcionario público resuelve el misterio. Verán, toda la dificultad reside en...

En ese momento sonó un timbre. El viejo oprimió un botón, retiró los pies del escritorio, y cambió por completo de actitud.

—A vuestros puestos —ordenó—. *Lady Benning* está subiendo la escalera.

Masters se volvió bruscamente.

—¿*Lady Benning*? ¿Qué quiere?

—Creo que quiere acusar a alguien de asesinato —repuso H. M.

Guardamos silencio. El sólo hecho de haber oído el nombre de *lady Benning* nos produjo mal efecto. Esperamos durante varios minutos. Al fin oímos un golpecito en el piso del rellano, una pausa y luego otro golpecito. La anciana se había resignado a usar un bastón. Recordé el auto rojo estacionado en la calle, y adiviné quién era la que observó a los dos jóvenes cuando se alejaron charlando y riendo alegremente... Los golpecitos continuaron...

La primera impresión que producía la anciana era de piedad, no del todo provocada por su debilidad. Masters le abrió la puerta y *lady Benning* entró sonriendo. Parecía haber envejecido mucho desde la noche anterior, pero sus ojos brillaban con una vitalidad extraordinaria.

—De modo que están todos aquí, caballeros, ¿eh? —dijo, con voz algo aguda. Trató de aclararse la garganta y continuó—. Muy bien. Muy bien. ¿Puedo tomar asiento? Muchas gracias. Mi difunto esposo me hablaba mucho de usted, *sir Henry*. Le agradezco que me haya permitido venir a verle.

—¿Y bien, señora? —dijo H. M.

Habló ásperamente, con la deliberada intención de provocar la ira de la anciana; pero, como ella no hizo más que sonreír y parpadear, el viejo le urgió:

—Dijo usted que tenía que comunicarnos algo.

—Estimado *sir Henry*, usted... usted... —Al cabo de una pausa apartó una de las manos que apoyaba sobre el bastón y la puso sobre el escritorio—. ¿Están todos

ciegos?

—¿Ciegos, señora?

—¿Quiere usted decir que unos hombres tan listos como ustedes no se han dado cuenta? ¿Necesito decirlo? ¿No saben por qué Theodore se fue de la ciudad en busca de su madre? ¿No se dan cuenta de lo que él adivinó?

H. M. abrió del todo sus ojos. La anciana se inclinó hacia él.

—Que Marion Latimer está loca —agregó *lady* Benning.

Reinó el silencio.

—¡Oh, ya lo sé! —continuó ella, con cierta brusquedad—. Sé que se han engañado. Creen que porque es joven y bonita, porque practica deportes y ríe con frecuencia, no puede tener alteradas las facultades mentales. ¿No es así? —preguntó, mirándonos a todos—. No vacilarían en creerlo de mí. ¿Y por qué? Simplemente porque yo soy vieja, y porque creo en cosas que ustedes, en su ceguera, no aceptan. Ésa es la única razón.

»Todos los Mellsh sufren de insania. Yo podría haberles avisado. Sara Mellsh, la madre de esa joven, está bajo constante observación médica... Pero, si no creen en lo que les digo, ¿creerán en las pruebas?

—¡Hum! ¿Qué pruebas?

—¡Esa voz que se oyó esta mañana en la habitación de Ted! ¿Por qué supieron en seguida que se trataba de alguien ajeno a la casa? ¿Es probable que un desconocido estuviera en la casa a esa hora de la madrugada?

Les diré: hay un balcón que rodea toda la casa y pasa por frente al dormitorio de Marion... Pero, no es extraño que la mucama se engañara al oír la voz. Estimado *sir* Henry, nunca la había oído antes... hablando de esa manera. Ésa era la verdadera voz de la chica. ¿Qué otra cosa podemos suponer de sus palabras? «Nunca lo sospeché usted, ¿verdad?».

Oí una respiración jadeante a mis espaldas. Masters pasó por mi lado y se acercó al escritorio.

—Señora —dijo—, señora...

—Calle, Masters —le ordenó suavemente H. M.

—Y ese crédulo sargento de policía, ese míster McDonnell, a quien mandaron para que nos espiara —continuó la anciana, tamborileando sobre el escritorio—. Él fue a visitar a Marion ayer por la tarde. La joven se libró de él con gran facilidad. Es muy lista, y tenía que salir. ¡Oh, sí! Tenía que hacer otras cosas.

Lady Benning dejó escapar una risita.

—Creo que la investigación preliminar se celebrará esta tarde, *sir* Henry. Cumpliré con mi deber y acusaré a la pobre Marion del asesinato de Roger Darworth y de Joseph Dennis.

La voz calmosa de H. M. interrumpió el silencio que siguió a la acusación de la anciana.

—Eso es muy interesante, señora. Claro está que no podrá hacerlo esta tarde;

olvidé avisarle que la investigación preliminar se ha postergado...

Ella se inclinó nuevamente hacia adelante.

—¡Ah! Cree usted en mí, ¿verdad? Lo veo en su rostro.

—Me resulta interesante. Además, demuestra un cambio de actitud de su parte, ¿eh? Yo no estuve presente. Y todo lo que sé es lo que he leído; pero ¿no dijo usted que a Darworth lo mataron los fantasmas?

—No se equivoque usted, *sir* Henry. Si ellos hubieran querido matar a *míster* Darworth, lo habrían hecho sin vacilación. Por eso creí que eran ellos. Pero cuando asesinaron a ese infortunado imbécil, comprendí que los espíritus se hicieron a un lado para observar a un ser humano que cometió esos asesinatos. En cierto modo, ellos dirigieron todo. ¡Oh, sí! Pero emplearon un instrumento humano para cumplir sus propósitos. —Lentamente, se incorporó, inclinándose hacia adelante para estudiar el rostro de H. M.— ¿Me cree usted? Me cree, ¿verdad?

H. M. se pasó la mano por la frente.

—Ahora que lo recuerdo, me parece haber oído decir que *miss* Latimer y *míster* Halliday estaban tomados de la mano.

La mujer era muy lista. Conocía el valor de la reticencia. Después de observar atentamente el rostro de H. M. —proceder que ha resultado infructuoso para muchos jugadores de póker—, pareció satisfecha. Su actitud era triunfal cuando se puso en pie y H. M. la imitó.

—Adiós, estimado *sir* Henry —dijo al llegar a la puerta—. No le haré perder más tiempo. ¿Tomados de la mano? —Rió de nuevo, levantó la mano y agitó el índice—. Mi sobrino es lo bastante caballero como para confirmar lo que ella diga, ¿eh? Es muy lógico. Además, es posible que se haya engañado. ¿Quién sabe? Durante la ausencia de ella, puede que haya tomado mis manos entre las suyas.

Cerróse la puerta. Oímos el golpear de su bastón en el piso del rellano.

—¡No se mueva! —dijo R. M., cuando Masters se dispuso a adelantarse—. Quédese quieto. No la siga.

—¡Cielo santo! —exclamó el inspector—. ¿Quiere usted decirme que esa mujer está en lo cierto?

—Sólo le digo que tenemos que trabajar con rapidez, hijo. Tome una silla. Encienda un cigarro. No pierda la calma. —El viejo volvió a apoyar los pies sobre el escritorio y lanzó varias bocanadas de humo hacia lo alto—. Dígame, Masters, ¿sospechó usted de Marion Latimer?

—Seré sincero, señor. Ni siquiera la tuve en cuenta.

—Eso es malo. Por otra parte, el sólo hecho de que esté alejada de toda sospecha no indica necesariamente que sea ella la culpable. Las cosas serían así demasiado fáciles. Encontrar la persona menos indicada y... lo malo del caso es que, como no parece posible, uno está más dispuesto a creerlo, aunque parezca una paradoja. Además, en este caso, el culpable es el más indicado...

—¿Pero quién es el más indicado?

H. M. rió entre dientes.

—Ése es el quid del asunto; no hemos podido verlo. Sin embargo, esta noche, durante la reunión... A propósito usted no estaba enterado, ¿verdad, Ken? Nos encontraremos en Plague Court a las once en punto. Será una reunión de hombres solamente. Quiero que vaya usted, el joven Halliday y Bill Featherston... Masters, usted no estará con nosotros; ya le daré instrucciones. Necesitaré alguien más para que nos ayude; pero los pediré a mi departamento. Shripm es el que me conviene, si puedo encontrarlo.

—Muy bien —asintió el inspector—. Lo que usted diga, señor. Si me promete presentarme al asesino, haré cualquier cosa. Estoy dispuesto a todo.

Después de ese chasco que me llevé con Mrs. Sweeney...

—¿Está usted enterado? —interrumpí, apresurándome a dar mi informe.

Masters asintió.

—Cada vez que encontramos un indicio —dijo—, aunque sea poco importante, queda en la nada casi tan pronto como se lo menciona... Sí, ya lo sé. Eso fue lo que se le ocurrió a Durrand. Por ese motivo me hizo correr a Scotland Yard para atender a una llamada de larga distancia que tuvimos que pagar nosotros. Supo que Glenda Darworth solía pasar largos períodos alejada de Niza. Admito que me entusiasmé bastante...

H. M. agitó su cigarro.

—¡Que me maten! —exclamó en tono de admiración—. Masters se entusiasmó de veras. Regresó volando a Magnolia Cottage acompañado por una empleada de la policía femenina. Saltaron triunfalmente sobre Mrs. Sweeney y descubrieron que había un error. No encontraron rellenos ni peluca...

—¡Caramba! —protestó Masters—. La mujer ya no es joven. Es posible que no necesitara disfraz alguno...

H. M. me entregó el ejemplar de *L'Intransigent*. Vi una fotografía de gran tamaño a cuyo pie se leía «Mme. Darworth».

—Allí se dan todos los datos. La foto la tomaron hace ocho años; pero ese periodo no es lo bastante largo como para cambiar el color de los ojos, alterar la forma de la nariz, boca y barbilla, y agregar unos centímetros de estatura... Le aseguro, Ken, que Masters estaba furioso. No tanto contra la Sweeney, sino contra el bueno de Durrand, quien esta mañana hizo otra llamada, a cargo de Scotland Yard, diciendo: «¡Ay, estoy desolado! Temo, mon vieux, que mi idea no sea muy buena. He sabido que *madame* Darworth acaba de telefonar de su departamento de París para tratarme de imbécil. ¡Es una desgracia!». Luego colgó el tubo y el telefonista dijo: «Tres libras, diecinueve chelines y cuatro peniques, por favor». ¡Ja, ja!

—Esta bien, siga usted divirtiéndose —dijo Masters con amargura—. Usted mismo afirmó que Elsie Fenwick estaba enterrada en esa casa; dijo...

—Así es, hijo.

—¿Entonces...?

—Esta noche lo verá usted —declaró H. M.—. Todo esto es un indicio, pero no de la clase que usted cree. Señala a alguien con quien usted ha hablado y a quien ha visto, pero de quien no ha sospechado mucho. Sí, la persona ha estado bajo sospecha, aunque no mucho tiempo. El que usó esa daga, alimentó esa caldera y se ha estado riendo de nosotros desde detrás de la mejor máscara que podría buscarse...

«Esta noche haré asesinar a alguien tal como asesinaron a Darworth. Ustedes estarán presentes, y el ataque se producirá por sobre sus hombros; sin embargo, es muy posible que no lo vean. Tal vez estén todos allí, incluso Louis Playge».

Sacudió la cabeza. Los pálidos rayos del sol iluminaban por detrás su voluminosa silueta.

—Y esa persona no seguirá riendo por mucho tiempo.

XIX. EL MANIQUÍ ENMASCARADO

Los brillantes rayos de la luna iluminaban la casita de piedra. Era una noche fría y el aliento de todos se tornaba en nubecillas de vapor que flotaba en el aire luminoso. La luna ponía de relieve los negros edificios que rodeaban el patio de Plague Court, y la sombra de un árbol retorcido se tendía en nuestro camino.

Desde la puerta abierta de la casita nos contemplaba una cara. Era pálida e inexpresiva, y uno de sus ojos parecía hacer guiños.

Halliday, que marchaba a mi lado, se echó hacia atrás ahogando una exclamación. El comandante Featherton dijo algo entre dientes y todos nos detuvimos.

A lo lejos, uno de los relojes de la ciudad comenzó a dar las once. En la abertura de la puerta y las ventanas de la casita brillaba el resplandor rojizo del fuego. Completamente inmóvil, con las manos sobre las piernas, se hallaba alguien sentado frente al fuego, y su rostro pendía sobre un hombro. Una expresión estúpida desfiguraba las facciones azuladas, facciones cuya principal característica era el mostacho caído y una ceja enarcada por sobre el armazón de los anteojos. Parecían brillar gotas de transpiración sobre su frente.

Hubiera jurado que el objeto estaba sonriendo...

No era una pesadilla; se trataba de algo tan real como la noche y las estrellas lo que se presentó a nuestra vista después que hubimos salvado el negro pasaje de Plague Court y salido al patio.

—Eso es lo que vi cuando vine aquí solo la noche, —manifestó Halliday en voz alta.

Una sombra enorme se movió en el interior de la casita. Alguien se asomó a la puerta y nos saludó, obstruyendo con su cuerpo la visión del repelente objeto.

—¡Espléndido! —dijo la voz de H. M.—. Así me lo figuré, después de lo que me dijo usted esta mañana. Por eso usé la máscara de James para hacer este muñeco. Es el que vamos a emplear para el experimento... ¡Vamos, pasen ustedes! —agregó perentoriamente—. Hay muchas corrientes de aire.

La corpulenta figura de H. M., con su abrigo adornado de piel y el antiguo sombrero de copa, acentuaban el aspecto grotesco de la habitación. Un fuego demasiado vivo ardía en la chimenea. Frente al hogar vimos una mesa y cinco sillas. Sobre una de éstas, y apoyado contra la mesa, se hallaba un muñeco de tamaño natural y confeccionado de lona rellena de arena. Lo habían vestido con americana y pantalones, y sobre su cabeza descansaba un sombrero de fieltro que sostenía la máscara en su debida posición. El aspecto general del maniquí era horroroso, y lo acentuaba aún más el par de guantes cosido a las mangas de tal modo que el muñeco parecía tener las manos unidas en actitud de plegaria...

—No está mal, ¿eh? —comentó H. M., con gran complacencia. Tenía un dedo entre las páginas de un libro y su silla se hallaba al otro lado de la mesa—. No tuve tiempo para arreglar un poco más este muñeco. Además, pesa casi tanto como un

hombre adulto y es difícil de manejar.

—Mi hermano James —dijo Halliday. Se pasó la mano por la frente e hizo un esfuerzo por sonreír—. Ya veo que le gusta el realismo, ¿eh? ¿Qué piensa hacer con él?

—Matarlo —repuso H. M.—. La daga está sobre la mesa.

Aparté la vista del muñeco. Sobre la mesa ardía una vela colocada en un candelabro de bronce, tal como la noche anterior. Vi allí varias hojas de papel y una pluma fuente. Además, estaba también la daga de Louis Playge, ennegrecida por el fuego.

—¡Caramba, Henry! —exclamó el comandante, aclarándose la garganta y tosiendo varias veces—. Esto de jugar con muñecos me parece muy infantil. Oye, estoy de acuerdo con que se haga algo razonable...

—No necesitan sortear esas manchas del piso —dijo H. M., mirando a su amigo—. Ni tampoco las de las paredes. Están secas.

Todos miramos a lo que nos indicaba, pero volvimos la vista al instante hacia el muñeco, al cual no podíamos acostumbrarnos. El fuego recalentaba demasiado el ambiente y sus llamas proyectaban sombras movedizas sobre las paredes...

—Aseguren la puerta. —Ordenó H. M.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? —quiso saber Halliday.

—Aseguren la puerta —repitió H. M., con voz soñolienta—. Hágalo usted, Ken. ¿No habían notado que la puerta está arreglada? Sí. Uno de mis muchachos se ocupó de ello. Es un trabajo apresurado, pero servirá para nuestros propósitos. ¡Vamos!

Cerré la puerta y corrí el cerrojo con gran esfuerzo. Debido a que lo habíamos forzado la noche anterior, estaba durísimo. Levanté luego el barrote de hierro y lo coloqué en su sitio.

—Ahora —anunció H. M.—, como dijo el fantasma del cuento, estamos encerrados para toda la noche.

Todos dimos un respingo. H. M. se hallaba en pie junto al fuego, con el sombrero echado hacia la coronilla. Las llamas se reflejaban en el cristal de sus anteojos, pero no se movía ni un solo músculo de su rostro. Sus ojillos nos estudiaron atentamente.

—Dispongamos la ubicación de las sillas —continuó—. Bill Featherston, quiero que te sientes a la izquierda del hogar. Aparta la silla un poco más... Eso mismo. ¡Maldición, no cuides tanto tus pantalones; haz lo que te digo! Usted siéntese a su lado, Ken... A un metro más o menos de Bill; eso mismo. Luego viene el muñeco, sentado junto a la mesa; pero le volveremos para que mire hacia el fuego. El otro lado de la mesa... Usted, míster Halliday. Yo completaré el semicírculo.

Arrastró su silla para colocarla junto a la de Halliday; pero la puso de costado a fin de poder observar el semicírculo que formábamos todos.

—¡Hum! Veamos ahora. Las condiciones son exactamente las mismas que las de anteanoche, con una sola excepción...

Buscó algo en su bolsillo, extrajo una cajita pintada de alegres colores y arrojó su

contenido al fuego.

—¡Eá! —tronó el comandante—. ¿Qué...?

Primero saltaron varias chispas seguidas por una llamarada verdosa. Luego se elevó una espesa nube de humo aromático que llenó todo el ambiente.

—Hay que hacerlo —declaró seriamente H. M.—. No es mi gusto artístico, sino el del asesino.

Tomó asiento y nos contempló fijamente, mientras todos guardábamos silencio.

—Ahora que estamos todos encerrados aquí cómodamente —continuó el viejo—, les diré lo que pasó anteanoche.

Halliday rascó un fósforo para encender un cigarrillo; el fósforo no llegó a prender, y el joven abandonó la idea de fumar.

—Imaginarán que están en las mismas posiciones que ocupaba cada uno de ustedes la noche del crimen —prosiguió H. M., en tono soñoliento—. Piensen bien donde estaban. Pero tomaremos primero a Darworth; el muñeco lo reemplaza, y —extrajo su reloj del bolsillo y lo colocó sobre la mesa— tenemos tiempo de sobra antes de que llegue cierta persona a quien espero.

»Ya les he dicho parte de lo que hizo Darworth; ayer se lo repetí a Ken y al comandante, y esta mañana se lo dije a Halliday y a *miss* Latimer. Les hablé del cómplice y de lo que tenían proyectado.

»Comenzaremos desde el momento en que Darworth mata al gato, que es el punto de partida de todas mis conjeturas y deducciones».

—No quisiera interrumpir —intervino Halliday—, ¿pero a quién espera usted esta noche?

—A la policía —repuso H. M.

Al cabo de una pausa, sacó su pipa del bolsillo y continuó:

—Ahora bien, hemos establecido que Darworth mató a ese gato con la daga de Louis Playge; lo sabemos por los pinchazos y heridas del cuello del animal. Muy bien; después que tuvo la sangre para salpicar esta habitación, se ensució bastante con ella; pero eso pasó inadvertido en la oscuridad, pues nadie lo vio a la luz, y él hizo que Featherton y el joven Latimer le encerraran aquí en seguida. Lo que interesa saber es lo siguiente: ¿Qué hizo con la daga? ¿Eh?

»Sólo dos cosas pudo haber hecho: Primero: haberla traído aquí consigo, o, segundo: haberla pasado a su cómplice.

»Tomemos primero el segundo punto, mis pequeños. Si se la entregó a su cómplice, eso querría decir que éste tendría que ser el joven Latimer o Bill Featherton...

H. M. levantó los párpados, que tenía entornados, como si esperara que protestasen. Nadie dijo nada.

—Ellos eran los únicos dos a quienes pudo haberla entregado. Ahora bien, no es razonable suponer que hiciera tal tontería. ¿Por qué dársela a su cómplice para que la llevara a la casa grande y volviera a sacarla? Corriendo mientras tanto el riesgo de ser

visto por alguno de los presentes, y el riesgo aún mayor de que su cómplice anduviera con una daga manchada de sangre en la mano, lo cual, de ser visto por algunos de los que estaban en la habitación del frente, hubiese arruinado todos sus planes. No, no; Darworth la trajo consigo a esta habitación. Así tenemos que razonar.

»A decir verdad, sabía por otro detalle que la había traído; pero dejaremos eso para más adelante; ahora les estoy demostrando las razones obvias de todo lo que pasó... ¡Bueno, hable alguno de ustedes! —agregó, con súbita brusquedad—. ¿Qué sacan en conclusión de todo eso?

Halliday se volvió hacia él. Había estado con la vista fija en el reloj.

—Pero —dijo—, ¿y esa daga que tocó la nuca de Marion?

—¡Hum! Así me gusta. Eso mismo. Hijo, ese punto aparentemente inconsistente nos aclara una gran dificultad. Alguien estaba rondando en la oscuridad. ¿Tenía esa persona otra daga? De ser así, lo importante es que él o ella la sostenía de una manera muy rara, muy poco natural; de una manera que nadie lo habría hecho. Tengan en cuenta que *miss* Latimer no fue tocada por la hoja, sino por la empuñadura y la cruz, de manera que la persona que pasó por detrás de ella la sostenía por la hoja... ¿Qué es lo que uno sostiene de esa forma en la mano? ¿Qué es lo que tiene la forma de una daga, de manera que alguien que esté pensando en esas armas podría confundirla en la oscuridad...?

—¿Y bien?

—Era un crucifijo —declaró H. M.

—Entonces, Ted Latimer... —tercié yo, al cabo de una pausa momentánea—. ¿Ted Latimer...?

—Les diré, he pensado mucho acerca del enigma psicológico de Ted Latimer, tanto antes como después que nos enteramos de que fue a su casa con un crucifijo en la mano...

»Ese joven medio loco habría ocultado ese crucifijo de la vista de ustedes como si se tratara de un crimen. Se habría avergonzado realmente si hubieran pensado ustedes que él, el joven intelectual, lo llevaba encima porque lo consideraba sagrado. Eso es lo raro de la juventud moderna: desdennan a la iglesia cristiana, pero creen en la astrología. No aceptan la palabra del clérigo que les dice que hay algo en el cielo; pero creen a pie juntillas cuando alguien afirma que allí en lo alto se puede ver el futuro. Opinan que está pasado de moda creer en Dios; pero admiten la existencia de fantasmas.

»En fin, eso es aparte. Lo importante es esto: Ted Latimer creía realmente en la existencia de ese espíritu que Darworth iba a exorcizar. El joven cayó en una especie de trance extático provocado por su exaltación y fanatismo. Creyó que la casa estaba sometida a influencias malélicas. Quiso meterse entre ellas y verlas. Se le había prohibido que se moviera; sin embargo, se creyó obligado a salir del “círculo de seguridad” y desafiar a las fuerzas de las tinieblas... Y, cuando Ted Latimer se levantó para abandonar el círculo, llevaba el arma tradicional contra los espíritus

maléficos: un crucifijo.

El comandante Featherton preguntó roncamente:

—¿Dices que él era el cómplice? ¿Él fue el que salió?

—Hombre, ¿no te lo demuestra el crucifijo? Él fue el que salió, sí. Pero él fue el que ustedes oyeron salir.

—¿Hubo otro? —intervino Halliday—. Entonces, ¿por qué no nos dijo que había salido?

H. M. Se inclinó hacia adelante y recogió su reloj. Tuve la impresión de que algo se estaba preparando cerca de nosotros.

—Porque ocurrió algo —repuso el viejo, calmamente—. Porque vio u oyó algo que le hizo sospechar, aún a él, que Darworth no fue asesinado por fantasmas... ¿Pueden ustedes explicar de otra manera la forma extraña en que se comportó después de ocurrido el hecho? Se mostró más exaltado que nunca. Proclamó su fe a voz en cuello. ¿Cómo se sintió *lady* Benning cuando Masters arrancó todos esos cables en el salón en que Darworth llevaba a cabo sus sesiones de espiritismo? Ted seguía creyendo en Darworth, aunque también dudaba un poco. En fin, sea como fuere, todavía opinaba que la verdad era más grande que el individuo; mejor sería que todos creyeran que Darworth fue ultimado por los fantasmas, si lo ocurrido demostraba aparentemente la verdad a los ojos del mundo... ¿No me dijo alguien que el mozo repetía una y otra vez que esto demostraría la verdad al mundo, y que no importaba la vida de un hombre comparado con eso? ¿No insistió en ello repetidas veces?

—¿Qué fue entonces lo que Ted vio u oyó? —preguntó Halliday.

H. M. se incorporó lentamente.

—¿Quieren que se lo demuestre? —preguntó a su vez—. Ya es casi la hora.

El calor del fuego resultaba sofocante y muy molesto. La niebla del incienso y la débil iluminación convertían a la máscara del muñeco en una cara en la que se reflejaba un gozo satánico. Era como si, personificado en el maniquí, Roger Darworth estuviera escuchándonos en el mismo lugar maldito en que murió.

—Ken —dijo H. M.—, toma la daga de Louis Playge. ¿Tienes un pañuelo? Bien. Recordarán ustedes que se encontró un pañuelo debajo del cuerpo de Darworth... Toma ahora esa daga y aplica al muñeco tres cortes con la punta. Hazlo con fuerza y desgárrale las ropas. En el brazo, la cadera y la pierna izquierda. ¡Vamos!

El maniquí debía pesar unos ochenta kilos. No se movió cuando hice lo que me ordenaban. La arena del relleno se volcó un poco, cubriéndome la mano.

—Ahora corta un poco sus ropas, pero no atraveses la lona... Eso mismo... por todas partes. Ahora has hecho lo mismo que hizo Darworth. Borra tus impresiones digitales de la empuñadura con ese pañuelo y déjalo caer al suelo...

Halliday dijo en ese momento:

—Alguien está caminando cerca de la casa.

—Vuelve la daga a la mesa, Ken. Ahora quiero que todos observen el fuego. No

me miren; mantengan los ojos fijos en el fuego; el criminal está cerca...

»Ahora no hay sangre que les distraiga. Sólo un poco de arena. Les diré que el crimen se basa en el hecho de que la daga de Louis Playge tiene esa forma especial, en preparar la mente de todos para lo que ocurrió, como lo hizo Darworth, y en el toque artístico de la sangre del gato y de sus ropas rasgadas. Además, debemos tener en cuenta el fuego muy vivo y el aroma de incienso para que no se huela... Sigán mirando al fuego; no me miren a mí ni al muñeco; vean cómo se elevan las llamas... y dentro de un segundo ustedes mismos resolverán el misterio...

Desde alguna parte de la habitación, o del exterior, nos llegó el sonido de un crujido y de algo que parecía arrastrarse. En todo momento tuve conciencia de la cercanía del muñeco, al cual podría haber tocado. El fuego ardía fieramente, crujiendo los leños de tanto en tanto, pero lo que mejor oíamos era el tic-tac inexorable del reloj de H. M. Los ruidos se hicieron más audibles...

—¡Cielos, no puedo soportar más! —exclamó el comandante. Lo miré de soslayo; tenía los ojos muy abiertos y su rostro estaba purpúreo—. Te digo que...

Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado.

H. M. se golpeó las manos como si aplaudiera. No sé cuántas veces lo hizo. En el mismo momento, el muñeco se levantó un poco de la silla, echándose hacia adelante y derribando la vela sobre la mesa. Tembló en el aire, se tambaleó y se desplomó al suelo. Oyóse el estrépito de la daga al caer junto a la «víctima».

—¿Qué es...? —gritó Halliday. Estaba de pie, mirando a su alrededor, y todos le imitamos.

Ninguno de nosotros se había movido; nadie tocó al muñeco; sin embargo, excluyendo al grupo original, no había nadie en la habitación.

Me temblaban las piernas cuando volví a sentarme. Me pasé la mano por los ojos y retiré hacia atrás uno de mis pies, pues el muñeco descansaba sobre él, notando que el suelo estaba lleno de arena que salía de su espalda. Había varias heridas en su parte trasera: una había soslayado el hombro, otra pasó un poco más arriba, una junto a la parte media, y otra más penetrante por debajo de donde debía estar el omóplato y le atravesaba de parte a parte.

—¡Calma, pequeños! —dijo H. M., en tono tranquilizador. Tomó a Halliday por el hombro—. Mire usted y vera de qué se trata. Ahora no hay sangre que nos distraiga. Examine ese muñeco como si no supiera nada de lo que Darworth intentaba hacer; como si nunca hubiera oído hablar de la daga de Louis Playge; como si nadie le hubiese dicho qué iba a ocurrir...

Halliday se adelantó con cierta vacilación y se arrodilló al lado del muñeco.

—¿Bien? —preguntó.

—Mire, por ejemplo —le urgió el viejo—, a ese orificio que le ultimó; el que le atraviesa el corazón. Levante la daga de Louis Playge y colóquela en el orificio... Ajusta perfectamente, ¿verdad? Eso mismo. ¿Por qué calza tan justo?

—¿Por qué? —preguntó Halliday.

—Porque el orificio es redondo, hijo, el orificio es redondo. Y la daga tiene exactamente el mismo diámetro... Pero si nunca hubiese visto el arma, ni le hubieran sugerido que existía esa daga, ¿qué le parecería esto? ¡Contésteme alguien! ¿Ken?

—Parece un orificio de bala —dije.

—¡Pero no lo mataron de un tiro! —protestó Halliday—. Se hubieran hallado las balas en sus heridas, y el médico policial no encontró ninguna.

—Se trataba de una bala muy especial, mi estimado mozalbete —replicó H. M.—. Era una bala hecha con sal de piedra o sal gema, como quieran llamarla... Expuestas a la temperatura de la sangre, se disuelven en menos de cinco minutos; los cadáveres tardan mucho más tiempo en enfriarse. Y cuando el cadáver yace a poca distancia de uno de los fuegos más vivos que he visto en mi vida... Hijo, esto no es nada nuevo. La policía francesa hace tiempo que usa balas de sal gema; son antisépticas, y no es necesaria una peligrosa extracción cuando se las emplea contra algún ratero, pues se disuelven por completo. Pero si atraviesan el corazón, el que la recibe en su cuerpo muere igual que si hubiera sido una bala de plomo.

Giró sobre sus talones e indicó el arma que descansaba en el suelo.

—¿Era la daga de Louis Playge de la misma circunferencia que una bala de calibre treinta y ocho? —preguntó—. ¡Que me maten, pero no lo sé! Pero Darworth la rebajó hasta darle ese diámetro. No hay ni un milímetro de diferencia. Él también hizo sus balas de sal de piedra, en su propio torno. El material lo sacó de una de esas esculturas de sal gema que Ted, muy inocentemente, mencionó cuando le interrogó el inspector Masters. Dejó rastros de sal en el torno. Esas balas se podían disparar con una pistola de aire comprimido, método que habría usado yo, o con una pistola ordinaria provista de silenciador. En efecto, recordarán que no se oyó ningún disparo. Debido a que Darworth quemó tanto incienso en una habitación tan reducida, saqué en conclusión que se empleó una pistola ordinaria, pues el incienso sirvió para disimular el olor de la pólvora... Finalmente, el caño de una pistola 38 entra justo por uno de esos espacios libres entre el enrejado de las ventanas, las cuales están muy cerca del techo. Si alguien pudiera llegar al tejado...

En ese momento oímos varios gritos procedentes del patio. La voz de Masters aulló: ¡Cuidado!, y sonaron dos detonaciones ensordecedoras cuando H. M. apartó la mesa y se lanzó hacia la puerta.

—Ése era el plan de Darworth —gruñó el viejo—. Pero el que acaba de disparar esos tiros es el asesino. Abre la puerta, Ken. Me parece que el criminal ha escapado...

Corrí el cerrojo, levanté el barrote, y abrí la puerta. En el patio se veían luces que iban de un lado a otro. Alguien pasó por junto a nosotros, se dispuso a volver hacia la puerta, y luego giró sobre sí mismo en el momento en que salíamos. Vimos el fogonazo de un disparo, y el estampido nos ensordeció. A través del humo de la pólvora, pudimos ver a Masters que, con un farol en la mano, se lanzaba tras la figura movediza que huía en zig-zag por el patio. El rugido de H. M. se elevó por sobre la

algarabía reinante.

—¡Pedazo de tonto! No registró...

—No dijo usted nada de que debía efectuar el arresto —le respondió Masters a voz en grito—... Dijo que no lo hiciéramos... ¡Apártense, muchachos! ¡Ahora! ¡Échense encima! No podrá salir del patio...

Otros bultos oscuros dieron la vuelta en torno de la casa.

—¡Tenemos al diablo arrinconado! —gritó alguien.

—No —dijo una voz aguda y clara—; no es así.

Juro que vi el destello del fogonazo iluminar un rostro y una boca que sonreía con expresión desafiante, en el momento en que esa mujer se disparó la última bala contra su propia cabeza. Algo se desplomó pesadamente cerca del árbol retorcido bajo el cual descansaban los restos de Louis Playge... Luego reinó el silencio en el patio, y a poco oímos los pasos lentos de los policías que se acercaban al árbol.

—Deme su farol —ordenó H. M. a Masters—. Caballeros —agregó—, vayan a ver a la criminal que nos causó tantas pesadillas. Tome el farol, Halliday... ¡No se asuste, hombre!

La luz tembló en manos del joven. Sus destellos iluminaron un rostro blanco que descansaba sobre el barro, cerca de la pared.

Halliday dio un respingo.

—Pero... ¿Pero quién es? —preguntó—. Jamás la había visto. Es...

—Claro que la ha visto usted, hijo —le aseguró H. M.

Recordé una fotografía que viera poco antes, y dije lentamente:

—Es... es Glenda Darworth, H. M. La segunda esposa. Pero usted dijo... Halliday tiene razón... Es la primera vez...

—Claro que la han visto antes —declaró H. M. Luego elevó la voz para *agregar* —: Pero no la reconocieron cuando representaba el papel de «Joseph», ¿eh?

XX. EL ASESINO

En el lavatorio contiguo a su oficina, H. M. estaba calentando agua sobre el mechero de gas que hiciera instalar allí a pesar de las reglamentaciones que lo prohibían.

—Lo que más me fastidia es el hecho de que debí haber descubierto todo un día antes si hubiera sabido todo lo que sabían ustedes. Sólo anoche y esta mañana tuve oportunidad de revisar todos los detalles del caso en compañía de Masters. Cuando me di cuenta de mi error me hubiera mordido los codos. ¡Hum! Eso me pasa por creerme tan superior.

Eran casi las dos de la mañana. Habíamos regresado a la oficina de H. M., despertando al vigilante nocturno y ascendiendo luego al nido del viejo. El vigilante encendió el fuego, y H. M. insistió en preparar un ponche de *whisky* para celebrar la victoria. Halliday, Featherston y yo nos sentamos en los viejos sillones de cuero mientras H. M. regresaba con el agua hirviendo.

—Una vez descubierto el indicio esencial de que Joseph era Glenda Darworth, el resto fue fácil. Lo malo es que había tantos detalles relacionados con el caso que tan sólo anoche descubrí la verdad. Otra cosa se interpuso en mi camino; ahora lo comprendo...

—¡Pero, oye tú! —gruñó el comandante, que estaba encendiendo un cigarro—. ¡No puede ser! Lo que quiero saber es...

—Ya lo oirás todo —repuso H. M.—, tan pronto como estemos cómodos. El agua tiene que estar muy caliente... Un momento... ¡Ahora echaré el azúcar!

—Además —terció Halliday—, quisiéramos saber cómo es que estaba ella en el patio hace un par de horas, y quién disparó los tiros por la ventana, y cómo diablos llegó el asesino al tejado de la casita...

—¡Beban primero! —ordenó H. M.

Después que hubimos probado el ponche y felicitado a H. M. por su habilidad, el viejo se tornó más expansivo. Acomodóse de manera que la luz de la lámpara no le diera en los ojos, colocó los pies sobre el escritorio y, lanzando un suspiro, comenzó a hablar.

—Lo raro del caso fue que Ken y Durrand, el policía francés, acertaron con la explicación del asunto, aunque no tuvieron la sensatez suficiente para aplicar sus deducciones al verdadero culpable. Pero eligieron a la pobre Mrs. Sweeney. Comprendo que el error se debió a que, aparentemente, Joseph estaba quemado casi por completo y reposaba en una losa de la morgue.

»Mira, Ken, esa teoría tuya era esencialmente correcta. Glenda Darworth era el cerebro director de la sociedad. Lo malo del caso es que tuviste que buscar más allá de Mrs. Sweeney. ¿Y por qué? Porque esa mujer nunca tomó parte en nada ni estuvo en situación de poder vigilar a los actores del drama y hacer su juego estratégico sin que la vieran. Todo lo que hizo fue estar en su casa y desempeñar el papel de tutora de un muchacho medio idiota. Pero Joseph... Bueno, si se busca un sospechoso que

ocupe esa posición, Joseph es el que salta a la vista. Siempre tomó parte en todo, pues era el médium. Tenían que contar con él; era indispensable, y nada podía ocurrir sin que él se enterase. Tú tenías la solución del enigma cuando esa amiga tuya te dijo los nombres de las obras en las que había triunfado Glenda Darworth... ¿Las recuerdas?

—Una era «La duodécima noche», de Shakespeare, y la otra «El Hombre Sincero», de Wycherley —manifesté.

Halliday dejó escapar un silbido.

—¡Viola! —dijo—. ¡Un momentito! ¿No era Viola la heroína que vestía ropas de hombre para seguir a su amado...?

—Ajá —asintió H. M.—. Y yo estuve releendo la otra, «El Hombre Sincero», mientras les esperaba a ustedes en la casita de piedra. ¿Qué rayos hice con el libro? —Rebuscó en sus bolsillos—. Y Fidelia, la heroína de esa obra, hace exactamente lo mismo. Esas dos obras, con dos papeles muy similares, no se pueden considerar como una coincidencia. Si ustedes hubieran sido un poco más eruditos, habrían descubierto a Glenda mucho antes. Empero...

—Vamos al grano —gruñó el comandante.

—Perfectamente. Admito que nos enteramos de todo eso un poco tarde. De manera que comenzaré por el principio y seguiré el hilo de lo ocurrido, con lo que podría haberse deducido si hubiéramos descubierto a Joseph desde el comienzo. Supondremos que no sabemos que Glenda Darworth es Joseph; no sabemos nada; estamos pensando en los detalles del caso...

»Hemos decidido que Darworth tenía un cómplice que iba a ayudarle a preparar el falso ataque del fantasma de Louis Playge. Ese cómplice debía ir al museo y robar la daga. Esa triquiñuela de mover el cuello a la manera de Playge estaba destinada a llamar la atención del guardián; Darworth estaba seguro de que los diarios la aprovecharían, dándole una publicidad muy conveniente para sus proyectos. Hemos visto cómo se cometió el verdadero asesinato: con balas de sal gema disparadas a través de las ventanas enrejadas por alguien que se hallaba en el tejado. Si Darworth hubiese limpiado su torno, y si Ted no hubiera mencionado casualmente esas esculturas, tal vez el plan hubiese tenido éxito. ¡Cristo! —gruñó, sorbiendo un trago de ponche—. ¡Que me maten si no temía que lo descubrieran ustedes! —Nos miró con expresión airada—. Si uno de ustedes me hubiera robado mi momento de triunfo, les aseguro que me habría retirado del caso. No me molesta ayudarles; pero tienen que dejar que el viejo veterano haga las cosas a su manera. ¡Hum! Aún tuve que decir a Masters que no probara el polvillo, pues podría haber descubierto que era sal, y aún su cerebro habría reaccionado favorablemente. ¡Hum! ¡Ajem! ¡Bah!

»Ahora bien, eso es todo lo que sabemos, ¿eh? Comenzamos, pues, a buscar al criminal. Miramos a nuestro alrededor..., ¿y qué vemos frente a nosotros, mirándonos a la cara? Vemos a la persona que podría ser el cómplice; el más indicado para ello. Vemos a Joseph. ¿Por qué no sospechamos de él y le sometemos en seguida a un interrogatorio?

»Primeramente: porque el supuesto muchacho es un toxicómano idiota dominado por Darworth y, sin duda alguna pocos minutos después de cometido el crimen, se hallaba bajo los efectos de una dosis de morfina.

»Segundo: porque nos han dicho que Darworth le tiene como pantalla para sus actividades, y Joseph no está enterado de nada.

»Tercero: porque, aparentemente, el mozo tiene una coartada perfecta, y estuvo jugando a las cartas con McDonnell todo el tiempo».

H. M. rió entre dientes. Al cabo de un tremendo esfuerzo, logró encender la pipa, lanzó una bocanada de humo y volvió a fijar la vista en el vacío.

—Todo fue muy bien preparado —continuó—. Primero, lo que salta a la vista; luego una serie de insinuaciones y detalles para borrar el primer efecto y conseguir que la gente diga «¡Pobre Joseph! No hay duda que quieren hacerle cargar con la culpa de todo». Lo sé muy bien. Yo mismo me engañé durante unas horas. Pero luego comencé a pensar. Cuando volví a leer las declaraciones, me resultó raro que ninguno de los componentes del círculo, que conocían a Joseph desde hacía casi un año, nunca sospecharon que fuera un toxicómano. A decir verdad, ese detalle fue una sorpresa para todos. Ahora bien, durante todo ese tiempo, es posible que Joseph y Darworth hayan logrado ocultarlo, aunque hubiera sido difícil; pero, lo que más me llamó la atención fue que era totalmente innecesario dar morfina a Joseph. ¿No es demasiado caro, peligroso y complicado el sistema? ¿No era mejor haberlo hecho por medio de algún narcótico común de los que se venden tan baratos en la farmacia y no producen efectos nocivos? ¿Qué ganaba con ello? Todo lo que hacía era crear un adicto a las drogas que en cualquier momento podría soltar la lengua y ponerle en apuros. ¿Por qué no empleaba la hipnosis, si Joseph era un sujeto tan dispuesto? Me pareció ése un método demasiado raro y complejo para conseguir un objeto muy sencillo como era el de mantener al muchacho quieto en su lugar mientras Darworth manejaba todo su instrumental espiritista durante las sesiones. Para hacer tal cosa no era necesario dormir la mente de un idiota.

»Por eso me pregunté: “¿De dónde salió esa novedad de que el muchacho era aficionado a las drogas?”. El primero que lo mencionó fue el sargento McDonnell, que estaba investigando el caso; pero nadie más habló de ello hasta que lo corroboró el hecho de que Joseph se presentara bajo los efectos de la morfina.

»Luego se me ocurrió que de todas las cosas inconsistentes, dudosas y sospechosas que oímos en el caso, la historia de Joseph era la peor. Primeramente dijo que había robado la aguja y la morfina a Darworth para aplicarse una dosis. Ahora bien, eso es muy poco probable, como tendrán que admitirlo...

—¡Caramba, Henry! —le interrumpió el comandante, acariciándose el blanco mostacho—. Tú mismo dijiste en esta oficina que fue porque... ¿Cómo era?... Dijiste que lo había hecho con el consentimiento de Darworth...

—¿Y no salta a la vista el error de tal suposición? —gruñó H. M., a quien no le agrada que le recuerden sus errores—. Está bien, está bien; admito que al principio no

caí en la cuenta; pero ¿no salta a la vista? Según afirmara Joseph, Darworth le ordenó que vigilara a alguien que tal vez quisiera atacarle. Eso fue lo que Joseph dijo a Ken y a Masters. Pues bien, ¿te parece razonable que Darworth le permitiese que se llenara de morfina para que vigilase? De cualquier modo que lo mires, se nota que no es cierto... Pero había otra explicación, tan obvia y sencilla que pasó largo tiempo antes de que se me ocurriera. Supongamos que Joseph no fuese afecto a las drogas; supongamos que todos los otros estaban en lo cierto, y que lo único que teníamos para confirmar el detalle era solamente la palabra del mozalbete, la cual aceptamos con tanta tranquilidad. Supongamos que inventó esa excusa para alejar de sí las sospechas. Admitido que se había aplicado una inyección de morfina en aquel momento; pero lo hizo simplemente porque no se atrevió a simular los síntomas del adicto. No estuvo mal el golpe de efecto, ¿eh?

»Pues bien, me pregunté entonces: “Aceptando esa hipótesis, ¿hay algo que la corrobore?”. Veamos, en primer lugar demostraría que Joseph estaba muy lejos de ser el idiota que se fingía, tornándose entonces en un personaje peligroso.

»Observemos de nuevo su declaración. Dijo que Darworth temía ser atacado por algunos de los componentes de su círculo. Según el testimonio de todos, Darworth no se mostró en absoluto nervioso por el hecho de tener que ir a mantener la vigilia en la casita de piedra; que cualquier cosa que temiera no provendría de allí; pero dejemos eso de lado... Lo que sabíamos, según les dije, era que el cómplice de Darworth, según el plan formulado por ambos, debía fingir un ataque contra él. Por lo tanto, si el cómplice formaba parte del grupo formado por las personas reunidas en la habitación del frente, ¿es admisible que Darworth hubiese pedido a Joseph que vigilara a todos? ¡Por supuesto que no! Joseph podría haber visto al cómplice y echado todo a perder. De cualquier punto que se la mire, la declaración del muchacho era completamente inaceptable. Pero se trataba precisamente de la declaración que habría hecho para protegerse a sí mismo, si él hubiera sido ese cómplice; si él hubiera asesinado a Darworth en lugar de ayudarlo, y si él se hubiese aplicado una inyección de morfina después de perpetrado el hecho, a fin de tener una coartada.

»Sigán teniendo presente a esa siniestra persona, y examinemos la segunda razón por la cual no sospechamos de él: la afirmación de que sólo era la pantalla de Darworth para cargar con todas las culpas en caso de accidente. Nuevamente pregunto: ¿Quién nos sugirió tal cosa? Sólo McDonnell, que estaba investigando el caso, y Joseph que lo admitió. Y nosotros lo aceptamos... ¡Cielos, con cuánta tranquilidad lo aceptamos! Creímos que Joseph vivía atontado y nada sabía de las maniobras de su protector.

»Pero luego recordé el florero de piedra».

El humo de nuestras pipas y cigarrillos se mezclaba con el vapor del ponche, formando una espesa niebla sobre el escritorio. Más allá del resplandor de la lámpara, vi el rostro sardónico de H. M., semioculto en la penumbra. Halliday se inclinó hacia adelante.

—¡Eso es lo que quiero saber! —exclamó—. Ese florero de piedra que cayó de la escalera y estuvo a punto de aplastarme la cabeza me tiene preocupado. Masters habló con gran superioridad diciendo que era una treta muy vieja. Admitido; pero esa treta tan vieja estuvo a punto de matarme, y si fue ese cerdo de Joseph... o Glenda Darworth... Si ella lo hizo...

—Claro que fue ella, hijo —declaró H. M., haciendo un lento ademán—. Denme un poco más de ese ponche, ¿quieren? ¡Hum! ¡Ajá! Gracias... Ahora bien, recuerde lo que ocurrió en aquel entonces. Usted, Ken y Masters se hallaban parados junto a la escalera, ¿no es cierto? Más aún, usted estaba de espaldas a ella. Bien. En ese momento —se presentaron el comandante y Ted Latimer, seguidos de cerca por Joseph. Pues bien, díganme, ¿de qué material era el piso?

—¿El piso? De piedra o de ladrillo. Creo que era de piedra.

—Ajá. Pero me refería a la parte en que estaba usted entonces, en la trasera del *hall*, donde no habían arrancado el piso antiguo. De tablas de madera, ¿verdad? Bastante sueltas, según tengo entendido. ¿No hacían vibrar la escalera?

—Sí —intervine yo—. Recuerdo cómo crujieron cuando Masters se adelantó unos pasos.

—Y el rellano estaba justamente sobre la cabeza de Halliday, ¿eh? ¿Y había una baranda en lo alto? Eso mismo, eso mismo. Es la vieja treta de Anne Robinson. ¿No han notado ustedes, en algún *hall* antiguo con una escalera no muy firme, cómo tiembla ésta cuando se pisa algunas de las tablas que tocan su base? Ahora bien, si un objeto de mucho peso estuviera colocado sobre la baranda del rellano de manera que cualquier movimiento le hiciera perder el equilibrio...

Al cabo de un momento de silencio, continuó:

—Ted y el comandante se alejaron. Joseph les seguía a poca distancia..., y le aseguro que no pisó esa tabla por casualidad.

»Cuanto más se estudia a Joseph, tanto menos parece ser un títere que danza pendiente del alambre sin saber qué ocurre. ¡Mírenle! Muy delgado y de baja estatura; podría considerársele pequeño. Tiene algunas finas arrugas en el cuello, el pelo cortado muy corto y teñido de rojo; la cara llena de pecas, la nariz algo chata y la boca demasiado grande; además, tiene una voz aguda de muchacho, y, lo más importante, no lo olviden, eran sus ropas a cuadros chillones, siempre distinguibles a la distancia. Parece un mozalbete, y pesa más o menos unos cuarenta y cinco kilos...

»Además, hubo algo muy curioso que notó Masters poco antes de que cayera el florero de piedra. ¿Lo vio alguno de ustedes? El muchacho estaba haciendo movimientos raros con las manos, como si se limpiase la cara, y se interrumpió cuando le iluminaron con la linterna...

»Pensé entonces: “¿Sera posible que se trate de algún disfraz?”. Tengan en cuenta que el muchacho había estado expuesto a la lluvia y no tenía sombrero. Me pregunté si no tendría temor...

—¿Y bien? —le urgió Halliday.

—Bueno, se me ocurrió que tal vez temía que sus pecas se hubieran borrado — replicó H. M.—. Eso no fue más que la base de una idea todavía vaga. Pero estaba pensando en todo el asunto y recordé entonces el árbol ése del patio. ¿Lo recuerdan? Masters dijo que una persona muy ágil podría fácilmente saltar desde la parte superior de la pared hasta el árbol, y del mismo al techo de la casita. Y McDonnell manifestó que el árbol estaba podrido, indicando una rama rota en la que había probado tal suposición... Es posible que se hubiera partido, bajo el peso de un hombre de tamaño normal. Digo que es posible, pequeños, porque Masters también aceptó esa afirmación. Pero había en la casa una persona lo suficientemente liviana como para haber saltado a ese árbol sin romperlo: Joseph, el inocente «muchacho».

»Ahora bien, ¿tenía Joseph la destreza y agilidad necesarias para hacer eso y para disparar un arma por esa ventana con suficiente puntería como para infligir las heridas que encontramos en el cadáver? ¿En qué se convierte ahora ese estúpido mozalbete aficionado a las drogas? Todo lo que sospeché por el momento fue que no era, lo que fingía ser, y que sin duda alguna estaba disfrazado. Me pregunté entonces: “¿Qué móvil puede tener ese muchacho para matar a Darworth? Estaba trabajando en combinación con él para sacar dinero a *Lady Benning* y a su grupo... ¿Por qué, pues, se aparta del plan y mata a su socio? No se trata de un accidente; esas dos últimas balas estaban destinadas a terminar con la vida del pillo de la barbita. ¿Por qué habría de matar a quien le hacía ganar la vida? La única persona que hereda el dinero de Darworth es su esposa...”.

»¡Su esposa! Fue extraordinario el efecto que me produjeron esas ideas. Veamos: ¿qué propósito tenía Darworth al representar esa comedia? Tal vez dijo a su secuaz que era para proclamar la verdad del ocultismo ante el mundo; para hacer conocer su nombre... Mas no era así. ¡Oh, no! Lo que le interesaba era la chica de Latimer. Pensaba proponerle matrimonio. Pero tenía una esposa en Niza, una mujer astuta que lo obligó a casarse con él en el momento preciso y que conoce demasiado de sus manejos. ¿Cómo tomaría ella la novedad?

»Según los retratos, se trataba de una mujer muy atractiva. Delgada, de treinta y dos o treinta y tres años de edad, no muy alta, aunque lo parecería con tacones altos. ¿Alguno de ustedes está casado? ¿Notaron cuán pequeñas parecían vuestras esposas la primera vez que las vieron descalzas? ¡Hum! Hay que ver, también, cómo cambia la expresión del rostro una masa de cabellos negros y un poco de rouge y lápiz de labios. Primero me dije: “¡Que me maten! Sería conveniente avisar a esa mujer que tenga mucho cuidado. ¿Por qué? Porque nuestro sonriente Darworth ya se ha librado de una esposa por medio del veneno o de otro sistema igualmente expeditivo, y si tiene la intención de contraer matrimonio nuevamente... Bien, si yo fuera su esposa, miraría debajo de la cama todas las noches y trataría de no meterme en callejuelas oscuras”. —H. M. inspiró profundamente y nos miró con fijeza—. “A menos”, me dije “que me dispusiera yo a obrar antes que él”.

Agitó la pipa en el aire.

—¿Les dijo alguien cómo comenzó su carrera Glenda Watson a los quince años de edad? En un circo ambulante. ¡Ah, ya lo sabían! Me sorprendería mucho que le fuera difícil trepar a una pared o a un árbol y usar un arma de fuego... Era una joven muy versátil. ¡Y qué mujer! Tenía talento y gran atractivo, pues, de otro modo, no habría conseguido triunfar en las tablas cuando el dinero de Darworth le permitió conseguir un buen papel en un teatro de Niza. Tuvo que destruir su sex-appeal durante los meses en que representó el papel de Joseph; pero no lo hizo durante períodos muy largos... Era una pena tener el pelo corto y teñido; pero poseía una espléndida peluca negra con el cual lo reemplazaba cuando iba a tomar aire. ¿Recuerdan a la mujer misteriosa que vieron entrar y salir de Magnolia Cottage? Les diré, «como Glenda Darworth, tenía que finalizar una conquista y...».

—¡Todo esto está muy bien! —explotó el comandante Featherton—. Pero no nos aclara nada. Hay una dificultad que no puedes salvar. La mujer tenía una coartada, pues estuvo vigilada por un hombre de confianza durante todo el tiempo que debió haber dedicado a ultimar a Darworth en la casa de piedra... No puedes escaparte de eso. Más aún; todos nosotros estábamos en la habitación del otro lado del *hall*, en el más completo silencio. Ella y el sargento se hallaban muy cerca, y no oímos nada...

—Ya sé que no oyeron nada —repuso tranquilamente H. M.—. Ése es el quid del asunto. No oyeron un solo murmullo procedente de esa habitación. Eso es lo que despertó mis sospechas.

»Ahora bien, desearía que todos ustedes tengan en consideración una serie de coincidencias muy raras. Primera: inmediatamente después del asesinato, se permitió a un fotógrafo que subiera al tejado de la casa de piedra, cosa que pudo y debió haberse evitado, pues si había alguna huella del asesino en el techo, las pisadas de otro las habría borrado. Segundo: alguien subió a la pared a probar la resistencia del árbol, con lo cual se borraron más huellas. Tercero: a pesar de los esfuerzos de Masters, la noticia de que se trataba de un crimen inexplicable, cometido tal vez por un fantasma, salió a relucir en todos los diarios...

Halliday se incorporó lentamente de su silla. El viejo prosiguió, sin prestarle atención:

—Cuarto: un policía muy listo estaba investigando las maniobras de Darworth, y habría tenido mejor oportunidad que nosotros de descubrir que «Joseph», que vivía en la casa de Brixton, era en realidad la fascinadora Mrs. Darworth. Quinto: ¿Han olvidado ya esa sesión de escritura automática llevada a cabo en casa de Bill Featherton? ¿Han olvidado que en ella no estuvo presente Joseph? ¿Han olvidado que el papel que decía «Sé dónde está enterrada Elsie Fenwick» fue mezclado con los otros papeles y le asustó terriblemente porque el pillastre se dio cuenta de que, además de su esposa, había alguien entre los presentes que conocía el secreto? ¿Por qué habría de asustarse si «Joseph» jugaba esa mala pasada? Él sabía que «Joseph» estaba enterado de todo. —H. M. se inclinó de pronto hacia adelante—. ¿Y quién era, según su propia admisión, la única persona con suficiente experiencia en esas lides

como para haber dado esa sorpresa a Darworth? ¿Quién era el experto en magia de salón?

Sobrevino un momento de silencio y Halliday se golpeó la frente con la palma de la mano.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿Quiere usted decir que McDonnell...?

—Bert McDonnell no cometió el crimen —declaró el viejo—. Fue cómplice del hecho, aunque tuvo muy poca participación en lo ocurrido. No habría sido necesaria su ayuda si Masters no se hubiera presentado inesperadamente en Plague Court. Eso decidió su destino. McDonnell estaba vigilando en el patio para que nada saliera mal. Cuando vio a Masters, tuvo que intervenir; tenía que alejar a Joseph, y estaba tan nervioso que estuvo a punto de echarlo todo a perder. ¿Quién sugirió que Masters fuera al piso alto y vigilara mientras él interrogaba a Joseph a solas? ¿Quién les condujo deliberadamente por senderos cerrados cada vez que parecían estar a punto de acertar con la verdad? ¿Quién juró que ese árbol del patio no podía soportar ningún peso? ¿Quién dijo que el único significado del árbol era que Louis Playge estaba enterrado allí?

H. M. vio la expresión de nuestros rostros e hizo una mueca.

—No es un mal muchacho. Lo que pasa es que la mujer hizo de él lo que quiso... No sabía que se iba a cometer un crimen... No sabía que ella pensaba asesinar a Ted Latimer, vestirle con esas ropas chillonas y meterle en la caldera...

—¿Qué? —gritó Halliday.

—¡Hum! ¿No se lo había dicho? —inquirió H. M.—. Sí, Verá usted, Joseph tenía que desaparecer. Glenda Darworth no pensaba cometer más crímenes; iba a desaparecer, dejando que la policía pensara lo que quisiera, y presentarse después con su verdadera personalidad para reclamar sus doscientas cincuenta mil libras. Pero esa noche, al salir de la casa, Ted Latimer vio a Joseph... Por eso tenía que morir.

XXI. EL FINAL

Halliday comenzó a pasearse nerviosamente por la oficina. De espaldas a nosotros, clavó la vista en el fuego.

—Esto será terrible para Marion —dijo.

—Lo siento, hijo —repuso H. M., roncamente—. Yo... Verá usted, no pude decírselo a ustedes esta tarde. Habría arruinado mis planes para lo noche. Además, pensé: «Esos dos muchachos son muy felices. Han pasado momentos muy malos, y no tengo derecho a privarles de unas horas de tranquilidad».

Abrió las manos y se las estudió largo rato.

—Sí, el chico está muerto —continuó al fin—. Él tenía más o menos la estatura y el cuerpo de «Joseph», ¿recuerdan? Por eso fue posible el cambio, el cual estuvo a punto de fracasar cuando Watkins espió por la ventana del sótano y vio al asesino ocupado en su tarea. Pero, justamente eso fue lo que nos convenció de que Joseph estaba realmente muerto. Watkins no vio más que la espalda del que yacía en el suelo; vio las ropas de colores chillones que ya había visto usar a Joseph todos los días. Además, el cristal de la ventana estaba sucio de polvo, y sólo ardía una vela en el sótano. ¿Quién no habría supuesto que se trataba de Joseph?... La mujer era muy lista, no hay duda alguna. Eso de rociar el cadáver de kerosene y meterlo en la caldera nos parece una brutalidad innecesaria, pero debemos tener en cuenta que no deseaba que se identificara el cuerpo. Sólo quedarían unos restos quemados, vestidos con las ropas de Joseph, y un par de zapatos de su pertenencia. Era una oportunidad muy conveniente y ella la aprovechó bien. ¿Por qué creen que lo cloroformó? Pues, para vestirle con las ropas de Joseph antes de apuñalearle. Por eso estuvieron tanto tiempo juntos en la casa antes de que Ted fuese a parar a la caldera.

Halliday giró sobre sus talones.

—¿Y McDonnell?

—Cálmese, hijo. No hay necesidad de perder el control... Lo vi esta noche, poco antes de ir a Plague Court. Les diré: yo fui muy amigo de su padre.

—¿Y qué?

—Él me juró que ignoraba que se iba a cometer un crimen. Será mejor que les cuente todo.

«Me le acerqué y le dije: “Hijo, ¿está usted de servicio todavía?”. Me respondió negativamente y le pregunté entonces dónde vivía. Me informó que ocupaba un departamento en Bloomsbury, y le sugerí que me invitara a tomar una cosa en su casa. Se dio cuenta de que algo marchaba mal. Cuando llegamos allá, echó el cerrojo a la puerta y encendió la luz, preguntándome a boca de jarro: “¿Y bien? ¿De qué se trata?”. Le dije entonces: “McDonnell, yo fui muy amigo de su padre, y por eso estoy aquí. Esa mujer se ha aprovechado de usted para sus fines, y ahora ya lo sabe usted, ¿verdad? Es una chupa sangre y tiene ciertas características satánicas, y, desde que quemó al pobre Latimer en Magnolia Cottage, usted debe haberse dado cuenta de lo

que es, ¿eh?”».

—¿Qué hizo él?

—Nada. Se quedó mirándome, aunque cambió por completo de color. Luego se llevó las manos a los ojos, tomó asiento y, finalmente, me dijo: «Sí, ahora lo sé».

«Le pedí que me lo contara todo. Él me preguntó por qué habría de hacerlo, y le dije: Después que su amiga Glenda mató a Latimer, se puso sus ropas femeninas y tomó el vapor que hace el recorrido Dover-Calais, llegando a París a última hora de la noche. Sacó de la casa todo lo que pudiera ponerla en peligro, y esta mañana se presentó en su casa de París como la esposa de Darworth. A pedido mío, el abogado de su esposo le telegrafió que viniera a Inglaterra para arreglar los asuntos legales del difunto. Ella ha contestado que estará en la estación Victoria a las nueve y media de esta noche. Ahora son las ocho menos cuarto y no hay manera de comunicarse con ella. Cuando llegue, el inspector Masters la recibirá en la estación y le pedirá que le acompañe a Scotland Yard. A las once será escoltada a Plague Court para presenciar una exhibición que tengo preparada. Está perdida, hijo. Esta noche la arrestarán».

«Pues bien, estuvo largo rato con las manos sobre los ojos. Me preguntó luego si podríamos condenarla y le contesté que estaba seguro de ello. Entonces asintió un par de veces y dijo: “Bueno, los dos estamos perdidos. Ahora le contaré todo”. Y así lo hizo».

Halliday se acercó al escritorio.

—¿Qué hizo usted? ¿Dónde está ese hombre?

—Mejor será que escuche usted lo que tengo que decir —le sugirió suavemente el viejo—. Siéntese. Les explicaré todo...

«La mayor parte de lo que pasó ya lo saben. Fue idea de la mujer que ella y Darworth se dedicaran a desplumar incautos, aunque siempre juró a McDonnell que su marido la había obligado a ello. Se dedicaban a cese negocio desde hacía cuatro años. Darworth desempeñaba el papel de un romántico solterón, como carnada para las mujeres; ella era el médium, un muchachito tonto que no despertaría sospechas en las amigas de Darworth. Todo marchó bien hasta que ocurrieron dos cosas: primero, Darworth se enamoró de Marion Latimer, y segundo, el pasado mes de julio la policía encargó a McDonnell que investigara las actividades de Darworth..., y el sargento descubrió la verdadera identidad de Joseph».

«Esto ocurrió por accidente: vio a la misteriosa mujer que salía de Magnolia Cottage y la siguió. Lo que pasó después no me lo explicó muy claramente; pero entendí que ella empleó toda su habilidad para cerrarle la boca. Parece que McDonnell tomó vacaciones poco tiempo después, y las pasó con Mrs. Darworth en su villa de Niza... ¡Oh, sí! Cuando la persuasiva Glenda quería ser fascinadora, lo conseguía plenamente. De paso les diré que, mientras McDonnell me contaba todo esto, repetía una y otra vez que la mujer era maravillosa; que nunca la habíamos visto con su verdadero aspecto, y me resultó horroroso oírle decir tal cosa, como si con ello quisiera excusarse. Mientras tanto, yo leía entre líneas muchas cosas...

»¿Saben lo que leí entre líneas, y por qué Glenda se preocupó tanto de conquistar a McDonnell? Para ese entonces ya se había dado cuenta del jueguito que Darworth tenía entre manos. El pillastre afirmaba que sus relaciones con el círculo formado por los amigos de *lady* Benning no tenían otro propósito que el de ganar dinero; pero Glenda había adivinado sus intenciones con respecto a Marion Latimer, y decidió...».

—Ganarle la delantera, ¿eh? —dijo Halliday con amargura—. ¡Simpática chica! Si él trataba de poner arsénico en su café, ella le devolvería el cumplido y cobraría las doscientas mil libras... Marion tendrá que oír esto. Le gustará...

—No se ofenda, hijo —le dijo H. M.—. Pero eso es exactamente lo que pasó. Naturalmente, fingió creer a Darworth cuando éste le mintió. Mientras tanto, volcaba en el oído de McDonnell una historia de sufrimientos. La voluntad dominadora de Darworth la había obligado a hacer todo eso. ¿Por qué? Porque le temía; porque él había asesinado a su primera esposa y era capaz de matarla a ella...

—¿Y McDonnell creyó eso? —gruñó Halliday—. ¡Bah!

—¿Está usted seguro de que no ha creído usted cosas más increíbles durante estos últimos meses? —preguntó H. M. tranquilamente—. Permítame que continúe... Mientras tanto hubo el peligro de que Darworth se dispusiera a liquidar a su segunda esposa como lo hizo con la primera. Glenda no estaba tranquila. Si Marion Latimer hubiese dado alguna esperanza a ese pillo, es posible que hubiera llevado a cabo sus planes. Eso preocupaba a Glenda. No quería enredos hasta que pudiera arreglar las cosas a su gusto.

»Por eso, cuando Darworth decidió representar su comedia en Plague Court, su esposa debió haber bailado de alegría. Su enemigo estaba ya en sus manos. Decidió jugar sobre seguro y advirtió a su marido que no le convenía hacerle ningún daño, pues alguien más estaba enterado de que él era el asesino de Elsie Fenwick... Si algo le pasaba a ella...

»¿Comprenden ustedes? Pensó dar un buen susto a Darworth, por si éste pensaba no dar importancia a su advertencia. Probablemente, él no creyó su afirmación; pero, de todos modos, comenzó a preocuparse. Si alguien más estaba enterado, se irían al diablo todos sus planes, y si su maldita esposa había sido indiscreta, tal vez se viera abocado a una acusación criminal por algo ocurrido diez o doce años antes...

—¡Ea! —gruñó el comandante, que se había estado atusando los mostachos con ademán nervioso—. Entonces, en mi propia casa... ¡Maldita sea! Ese McDonnell le pasó el mensaje en mi propia casa, ¿eh?

—Así es —asintió H. M.—. En un lugar donde Joseph no estaba presente. ¿Les extraña, pues, que se asustara tanto? Lo primero que se le ocurrió fue que uno de sus propios fieles estaba enterado de sus cosillas y reía para sus adentros. Debe haberse llevado una sorpresa de marca mayor: uno de sus devotos acólitos era tan peligroso e hipócrita como él. En seguida decidió llevar a cabo la exorcización de Plague Court sin pérdida de tiempo. En efecto, alguien parecía dispuesto a arruinar sus planes, y deseaba coronar su obra para impresionar a Marion Latimer; pero ¿cuál de ellos le

había pasado esa nota? Luego tuvo tiempo para reflexionar que estaba presente un desconocido, y que era éste el que... No obstante, cuando interrogó a Ted Latimer respecto a McDonnell, el muchacho le respondió que se trataba de un inofensivo excondiscípulo. Tenía sus sospechas; pero ¿qué podía hacer? No necesito decirles que el encuentro aparentemente accidental de McDonnell con Ted, y la subsecuente invitación que logró sacar al joven, no fueron más accidentes que la muerte de Darworth...

»El pillastre cayó en la trampa que él mismo preparara. Ya saben lo que sucedió. McDonnell jura que ignoraba que Glenda tenía intenciones de matarle. Ella dijo que Darworth le había prometido dejarla en libertad si la ayudaba a llevar a efecto esa última impostura. Así, pues, anteanoche McDonnell se dispuso a esperar en el patio. No se le necesitaba, pero quiso estar allí por si acaso. Y ya saben ustedes cómo le necesitaron. ¡Hum! ¡Qué sorpresa se llevó al ver allí a Masters! Debemos admitir que pensó muy rápidamente; debía justificar su presencia en ese lugar, de modo que dio una versión desfigurada de la verdad. Recordarán que fue él quien insistió en que “Joseph” no era más que un títere de Darworth.

—¿Pero, por qué decir que Joseph era un toxicómano? —preguntó Halliday.

—Ésas eran las instrucciones que le dio Glenda —replicó secamente H. M.—, en caso de que alguien le interrogara. McDonnell no entendió esas instrucciones en ese momento..., aunque comprendió su fin algo más tarde.

»Desearía poder repetir exactamente su relato de esta noche. Me dijo que no sabía cómo hacer para conseguir que Masters se retirara. Debido a la presencia de la policía, quiso urgir a Glenda a que abandonara su alocado plan del falso ataque. Ella no se dejó convencer. En verdad, según las anotaciones de Masters, fue ella quien estuvo a punto de arruinarlo todo. Mientras el inspector estaba con ellos en esa habitación, tuvo el coraje de acercarse a la ventana para asegurarse de que estaban flojas las tablas...

—¿Las tablas? —Interrumpió Halliday.

—Claro. ¿Ha olvidado usted que la pared que rodea Plague Court pasa a menos de un metro de las ventanas de la casa? ¿Y que son ventanas altas, desde las cuales un buen saltarín puede llegar al tope de la pared con un pequeño esfuerzo? Así fue como dio la vuelta hacia la parte trasera de la propiedad sin dejar una sola huella; caminó por la parte superior de la pared. Todos ustedes saben lo que hizo. Dejó a McDonnell allí mientras Masters estaba arriba. No necesitaba más de tres o cuatro minutos para cometer el asesinato. Ella y Darworth habían preparado la escena la noche anterior. Usted, Halliday, estuvo a punto de interrumpirles cuando fue allá, y no sé cómo le hicieron ver un fantasma, pero parece que le dieron un buen susto...

»Mientras tanto, alguien más intervino en el asunto y nos causó bastantes dificultades. Ted Latimer se levantó de su silla y salió de la habitación del frente. Es probable que lo que ocurrió entonces sea lo siguiente: Con seguridad vio la luz que tenía encendida Ken en la cocina, mientras leía los manuscritos, de manera que

decidió librarse de ser observado saliendo por la puerta principal y dando la vuelta en torno de la casa. Pues bien, así que hubo descendido los escalones de entrada, se metió en la cabeza que tal vez no cumplía con su deber si no desafiaba a las influencias maléficas de la mansión. ¡Hum! Giró, pues, sobre sus talones y regresó por el *hall*, dejando abierta la puerta principal.

»Ahora bien, es probable que Ken no le oyera cuando pasó frente a la puerta de la cocina. Tan pronto como llegó a la salida que da al patio, vio... Bien, ¿qué vio?

»Nunca lo sabremos con exactitud; el muchacho está muerto, y Glenda nunca se lo dijo a McDonnell. Es muy probable que viera a “Joseph” a la luz del fuego que iluminaba la ventana, descendiendo del techo con el revólver y el silenciador en la mano. Como bien saben, un silenciador no es enteramente silencioso; produce un ruido como el de una palmada fuerte. Ahora bien, Ted estaba predispuesto para ver espíritus malignos; es posible que haya tratado de convencerse de que eso es precisamente lo que vio, mas no pudo tragarse por entero la píldora...

»Decidió guardar silencio hasta más adelante. Pero Glenda le vio en la puerta, y desde ese momento lo condenó a morir. No estaba segura de haber sido vista por él, pero es muy fácil que haya pasado un mal momento ante esa perspectiva.

»En el ínterin, ¿qué sucedió? Masters bajaba del piso alto. Cuando subió, el viento había movido la puerta principal y él la cerró con el pestillo. Bien, desciende... y ve la puerta abierta, tal como la dejara Ted. Si hubiera entrado entonces en la habitación donde debían estar “Joseph” y McDonnell..., se habría terminado el caso. Pero vio la puerta abierta y se lanzó hacia ella como un loco, encontrándose con que no había huellas que dieran la vuelta en torno de la casa. Da la vuelta por el otro lado cuando “Joseph”, finalizado su trabajo, regresa por el lado opuesto. Oye los gemidos de Darworth... Les diré, no creo que Darworth se diera cuenta de que su cómplice le había ultimado, pues, de otro modo, habría gritado pidiendo socorro.

»Pero el joven Latimer, en pie en el umbral de la puerta que da al patio, oyó a Masters acercarse corriendo por la parte exterior; también había oído los lamentos de Darworth. Todavía no estaba seguro de lo que significaban; pero oyó los pasos de Masters y se dio cuenta de que, si realmente había ocurrido algo sucio, su situación podría ser embarazosa. Corrió, pues, de regreso a la habitación del frente y llegó un segundo antes de que Darworth hiciera sonar la campana.

»Mientras tanto, Glenda ha regresado. Metió el arma y el silenciador debajo de una tabla del piso que ella y Darworth prepararan la noche anterior en esa habitación. McDonnell estaba colocando las cartas sobre la mesa para hacer ver que estaban jugando al rummy. Su descripción de lo ocurrido entonces es muy reveladora. El sargento me dijo que estaba sonrojada y que le brillaban los ojos. Se levantó la manga de su americana y, para gran sorpresa de McDonnell, preparó tranquilamente su coartada de la morfina. “Querido”, le dijo, “creo que cometí un error. Me parece que maté de veras a ese cerdo”. Y sonrió dulcemente.

»¿Le extraña que McDonnell estuviera enceguecido cuando salió corriendo? Masters me dice que nunca vio a un hombre como él cuando salió con un puñado de cartas en la mano, como si estuviera enloquecido.

»Creo que ya saben el resto. Lo único dudoso era: ¿Qué diría Ted? Ya saben lo que hizo; guardó silencio respecto a lo que sabía y les gritó a ustedes que el crimen lo había cometido un fantasma. Comprendió que así sería mejor la publicidad, y, de todas maneras, todavía estaba muy intrigado, pues todos juraron que Darworth fue asesinado con una daga... A propósito, ¿no fue ésa la primera pregunta que hizo? “¿Con qué? ¿Con la daga de Louis Playge?”. Y luego guardó silencio hasta el momento en que proclamó su creencia en un crimen sobrenatural.

»El resto será siempre pura especulación, pues las únicas dos personas que podrían decirnos cómo atrajeron a Ted Latimer a Brixton están muertas... Evidentemente, Glenda tenía que obrar sin pérdida de tiempo. Ted podría cambiar de idea en cualquier momento y confesar lo que sabía. Una sola palabra respecto a las actividades de Joseph, y Glenda estaba perdida. Si era necesario, estaba dispuesta a seguir al muchacho y cerrarle la boca. Consiguió, pues, que Masters la enviara a su casa. “Joseph” tenía sueño, mucho más del que podría producir la pequeña dosis de morfina que se aplicó. Pero no se fue a su casa...

»Se le ocurrió entonces la idea más brillante de su vida. Ya la conocen ustedes. “Joseph” tenía pensado desaparecer; pero ¿y si le asesinaran?... Lo que debía hacer era comunicarse inmediatamente con Ted y contarle alguna mentira que le hiciera mantener la boca cerrada hasta que ella consiguiese atraerle a Magnolia Cottage.

»Esperó a que el joven saliera. Probablemente se quedó cerca de Plague Court. Empero, aunque fue el segundo testigo llamado a declarar, Ted se negó a irse a su casa, y se quedó allí hasta que hubo un altercado entre los componentes del grupo y todos se retiraron.

»Pero, así demorada, Glenda se quedó hasta que los empleados policiales y periodistas se hubieron ido; ya desde entonces estaba planeando los detalles de su magnífica idea, y, mientras todos ustedes estaban ocupados en la cocina, se le presentó la oportunidad de robar esa daga...

»Por eso fue por lo que perdió momentáneamente a Ted. Pero esa mujer no quiso darse por vencida. Eso es lo que tenía de extraordinario. Confió en su ingenio para sorprenderle a solas en su habitación, en la casa a la que muchas veces había ido, y le convencería para que se encontrara con ella el día siguiente. Si demoraba, si el muchacho tenía tiempo para pensar, era posible que cambiara de idea y confesara lo que sabía. Las autoridades sospechaban de él, y, sometido a un interrogatorio riguroso, era probable que se abatiera».

—¿Y qué cree usted que le dijo ella? —preguntó Halliday.

—Sólo Dios lo sabe. Por la nota que Ted dejó para su hermana, diciendo que estaba «investigando», parece que «Joseph» no pretendió hacerle creer que se trataba de un crimen sobrenatural. Debe haberle dicho que si iba a Magnolia Cottage le daría

pruebas. Ese «Nunca lo sospechó usted, ¿verdad?» parece indicar que Glenda acusó a un miembro del grupo y sostuvo que él estaba tratando de salvar a Darworth cuando Ted le vio. Al fin y al cabo, como a Darworth lo apuñalearon, Joseph no debe haber tenido dificultad en persuadir a Ted de su inocencia, pues, evidentemente, él no estuvo dentro de la habitación donde se cometió el crimen. «¿Un revólver? ¡Qué tontería! Sus ojos le engañaron. Yo estaba vigilando a mi protector, el que fue asesinado por...». ¿Por quién? Apostaría cinco libras a que Glenda eligió a *lady* Benning. «Yo estaba junto a la ventana y lo vi todo».

»Ahora bien, es evidente que tuvo gran cuidado para hacer desaparecer a Ted. ¿Por qué? Porque nunca debía saberse que la desaparición del muchacho tenía relación alguna con Magnolia Cottage. Si se encontraba un cadáver sospechoso y quemado hasta el punto de ser irreconocible, y las investigaciones demostraban que Ted había estado en la casa, muchos se preguntarían: ¿Será realmente el cuerpo de Joseph el que se encontró en la caldera?

»Glenda era muy astuta. No llevó a Ted directamente a la casa de Brixton para matarlo en seguida. Conociendo como conocía a la familia del muchacho, preparó una pista falsa. Su intención era insinuar que Ted había escapado a Escocia. Allí vive su madre; si ella afirma que no está su hijo con ella, lo más lógico es suponer que la policía creerá lo contrario. ¿Cuál es su propósito? Alejar las sospechas de Magnolia Cottage hasta que el cadáver encontrado allí sea aceptado como el de Joseph. Entonces pueden buscar a Ted hasta convencerse de que ha huido del país... y de que es culpable.

»Efectuó, pues, una falsa llamada telefónica, hablando en términos bastante vagos. Y no la hizo desde la estación Euston, naturalmente. Si hubiera dicho que iba a Edimburgo, corría el peligro de que se descubriera lo contrario con demasiada rapidez; la mujer confiaba en la manera cómo pensaríamos nosotros... ¡Ya lo creo que sí! Y lo más irónico del asunto fue que McDonnell se dejó engañar por la llamada. Envío un telegrama a la madre de Ted, y la dama replicó a Marion que su hijo no estaba allí, pero que no le atraparían.

»A las cinco de la tarde, Glenda, que tenía escondido a Ted estaba ya lista para llevar a cabo sus planes. Mrs. Sweeney había salido...».

—A propósito —intervine—, ¿qué tiene que ver esa mujer en el asunto? ¿Sabía lo que estaba pasando?

—Siempre lo negará —repuso H. M.—. Te explicaré. Decía la verdad cuando afirmó que Darworth le llevó a «Joseph». Mrs. Sweeney es una exmédium; Masters averiguó que Darworth la salvó una vez de ir a la cárcel y la tenía en un puño. Necesitaba alguien que se encargara de esa casa de Brixton. Entre él y Joseph tenían muy asustada a la mujer. Al principio es probable que quisieran hacerle creer que Joseph era un muchacho; pero no se puede vivir durante cuatro años en la misma casa con otra persona sin despertar sospechas. Es fácil que Glenda le haya dicho: «Mire usted, si habla, la haremos encerrar en la cárcel. Si ve usted algo, olvídalo.

¿Comprende? Ya está usted complicada en negocios muy sucios». No sabremos toda la verdad hasta que la confiese la Sweeney, pero, como Glenda ha muerto... En fin, el caso es que Darworth quería que alguien viviera siempre en la casa, y esa mujer era el ama de llaves ideal para él.

—¿Cree usted que sabía que Glenda asesinó a Ted, haciendo pasar el cadáver por el suyo?

—¡Estoy bien seguro de ello! De otro modo, la habríamos convencido de que confesara. ¿No recuerdas lo que dijo? «¡Tengo miedo!». En efecto, estaba asustadísima. No me sorprendería que Glenda tuviera la intención de esperarla, después de haber liquidado a Ted, para eliminarla cuando regresara. Por fortuna, tuvo que huir a causa de ese obrero que la vio por la ventana, y la Sweeney no volvió a la casa hasta después de las seis...

El Big Ben dio las cuatro. H. M. vio que el ponche estaba frío y su pipa apagada. Con expresión de desconsuelo, se estremeció un poco. Levantóse de su sillón y se paró frente al fuego.

—Estoy cansado ¡Que me maten! Podría dormir una semana. Creo que eso es todo... Preparé la escena de esta noche con ayuda de un amigo mío llamado Shrimp, un hombrecillo muy amable. Es experto en armas de fuego y pesa tan poco que pudo saltar fácilmente a ese árbol de Plague Court. Le hice registrar la casa y halló el revólver y el silenciador de Glenda bajo la tabla del piso. Íbamos a usar otra arma y otro silenciador, si no hubiéramos encontrado los de ella. Poco después de las once, Masters y sus acompañantes persuadieron a Glenda a que fuera a Plague Court, sin advertirle nada de lo que sucedería. Ella no podía negarse, y obedeció. Primeramente entraron en la habitación donde estuvo ella con McDonnell y Masters retiró el revólver de debajo del piso, pues Shrimp lo había dejado allí a propósito. Glenda no dijo nada. Salieron luego al patio. Shrimp tomó el arma, y, a la vista de Glenda, trepó al techo de la casita de piedra...

«Me gustaría saber qué habrá pensado esa mujer cuando le vio disparar los balazos. Ya saben lo que hizo. Cometieron el error de no registrarla de antemano. Podría haber hecho daño a alguno».

Clavé la vista en la lámpara rodeada de espesas nubes de humo. Me sentía extraordinariamente fatigado.

—Todavía no nos ha dicho qué hizo con McDonnell —dijo Halliday ásperamente—. Apuesto a que fue tan culpable como ella... Oiga usted, no lo habrá dejado escapar, ¿verdad?

H. M. fijó la vista en el fuego. Se encogió de hombros y se volvió otra vez hacia nosotros.

—¿Escapar? Hijo, ¿no lo sabe usted?

—¿Qué cosa?

—No, claro —dijo quedamente H. M.—. No nos quedamos en ese patio infernal; no vieron ustedes... Claro que no lo dejé escapar. Le dije: «Hijo, me voy de aquí...».

Eso fue cuando estuve con él en su departamento. Y agregué: «Tiene usted un revólver de la repartición, ¿verdad?». Me contestó afirmativamente Y continué: «Bien, ahora me voy. Si creyera que tiene usted una posibilidad de salvarse de la horca, no se lo aconsejaría». Él me dio las gracias.

—¿Quiere decir que se suicidó?

—Creí que lo haría. Pero Glenda debe haber sido una mujer extraordinaria. ¿Qué creen que hizo ese joven tonto? Se unió al grupo que fue a arrestarla; pero no pudo acercarse lo suficiente como para decirle nada, según me informó Masters, quien todavía ignoraba la participación del sargento en el crimen. Vinieron luego a Plague Court. ¿No comprende usted el significado de esos disparos? En cuanto Shrimp finalizó su demostración, McDonnell se separó del resto de sus compañeros con su revólver en la mano y dijo: «En la esquina tengo un taxi esperando, Glenda. Echa a correr. Yo detendré a estos hombres hasta que hayas huido». ¡Qué idiota! Fue su último gesto caballeresco para con ella...

—Entonces, esos dos tiros... ¿McDonnell disparó...?

—No, hijo. Glenda le miró. Extrajo luego su propia pistola en el momento de apartarse de los hombres de Masters. «Gracias», dijo a McDonnell, y le descerrajó dos tiros en la cabeza antes de emprender la huida.

«Murió donde debía, hijo. Ella y Louis Playge merecían el mismo fin».

FIN



Carter Dickson. Seudónimo de John Dickson Carr. Casi todas las novelas firmadas con este seudónimo están protagonizadas por *Sir Henry Merrivale*.